Ester Isel

Deja que suene nuestra canción



Besties Books

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Nota de la autora
Prólogo. Joel
1. Joel
2. Atena
3. Joel
4. Atena
5. Joel
6. Atena
7. Joel
8. Atena
9. Joel
10. Atena
11. Joel
12. Atena
13. Atena
14. Joel
15. Atena
16. Joel
17. Atena
18. Joel
19. Atena
20. Joel
21. Atena
22. Joel
23. Atena
24. Joel
25. Atena
26. Joel

27. Joel
28. Atena
29. Joel
30. Atena
31. Atena
32. Atena
33. Atena
34. Joel
35. Atena
36. Joel
37. Atena
38. Joel
39. Atena
40. Joel
41. Atena
42. Joel
43. Atena
44. Joel
45. Atena
46. Joel
47. Atena
48. Joel
49. Atena
50. Joel
51. Joel
52. Atena
53. Joel
54. Atena
55. Joel
56. Atena
57. Joel
58. Joel
59. Atena
60. Joel
61. Atena
62. Joel

63. Atena
64. Joel
65. Atena
66. Joel
67. Atena
68. Joel
69. Atena
70. Joel
71. Atena
72. Joel
73. Atena
74. Joel
75. Atena
76. Joel
77. Atena
78. Atena
79. Joel
80. Atena
81. Joel
82. Atena
83. Joel
84. Atena
85. Joel
86. Atena
87. Joel
88. Joel
89. Atena
90. Joel
Epílogo. Joel
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

Atena era valiente y soñadora, aunque entre las paredes de su hogar el tiempo se detuviera y le costase respirar. Joel era un torbellino de creatividad hasta que la crisis pulverizó sus ambiciones, obligándole a tomar un rumbo profesional distinto al que había imaginado.

La historia de Atena y Joel empezó de manera casual. Una tarde rodeados de música, siendo dos jóvenes sin edad sentados en las escaleras de la catedral de Barcelona. Regalarse un beso en los labios parecía la despedida perfecta para dos desconocidos que no estaban destinados a reencontrarse…

Pero, cuando coinciden de nuevo en un aula de bachillerato como profesor y alumna, lo que no pueden decir se convierte en notas de violín y exámenes en blanco. Y el recuerdo fugaz de unas horas charlando sobre sueños frustrados se transforma en el anhelo de más. Entonces surgen las excursiones recorriendo el arte de la ciudad, una libreta de retos y deseos anotados frente al mar.

Y cada pentagrama habla sobre ellos.

Y las melodías los envuelven.

Y resulta inevitable dejar que suene su canción.

Ester Isel

Deja que suene nuestra canción

Besties Books

A Rafael, Trinidad y Fali

Nunca es demasiado tarde o, en mi caso, demasiado pronto para ser quien quieres ser. No hay límite en el tiempo. Empieza cuando quieras. Puedes cambiar o no hacerlo. No hay normas al respecto. De todo podemos sacar una lectura positiva o negativa. Espero que tú saques la positiva. Espero que veas cosas que te sorprendan. Espero que sientas cosas que nunca hayas sentido. Espero que conozcas a personas con otro punto de vista.

Espero que vivas una vida de la que te sientas orgullosa. Y si ves que no es así, espero que tengas la fortaleza para empezar de nuevo.

FRANCIS SCOTT FITZGERALD,
El curioso caso de Benjamin Button

Nota de la autora

Atena y Joel nacieron con los primeros acordes de una canción de Leiva, en el momento menos oportuno, sin planearlo. En algunos capítulos encontraréis menciones a la música que me acompañó durante el proceso de escritura. Si os apetece escuchar el resto de melodías que me recuerdan a ellos, aquí van algunas, sin ningún orden en concreto, por si queréis ponerlas bajito mientras leéis la novela:

Godzilla, de Leiva, Enrique Bunbury y Ximena Sariñana.
Dinamita, de La Bien Querida.
Algo que sirva como luz, de Supersubmarina.
Los días raros, de Vetusta Morla.
Caronte, de Alba Reche.
Toda la noche en la calle, de Amaral.
Beso ilegal, de Alex Wall.
Siempre esperándote, de Carlos Sadness e Iván Ferreiro.
La senda del tiempo, de Celtas Cortos.
La isla, de Dorian.
A un minuto de ti, de Mikel Erentxun.
ABC, de Guitarricadelafuente.
Indestructibles, de La Habitación Roja.
Allí donde solíamos gritar, de Love of Lesbian.
El último primate, de Najwa Nimri.
Pienso en aquella tarde, de Pereza.
Tu nombre, de Veintiuno y Zahara.

Prólogo

Joel

Ciento ochenta y dos años. Ese fue el periodo —comprendido entre 1163 y 1345 — necesario para construir Notre Dame. Siglos después, durante una restauración, las llamas la abrazaron y la herencia del arte gótico luchaba por no desmoronarse mientras el mundo veía en directo cómo su aguja se precipitaba a un mar de humo. Protagonista en redes sociales y llorada por un Quasimodo que se quedaba huérfano de hogar, el emblema parisino que había resistido guerras y revoluciones era arrasado por el fuego.

Atena y yo también nos consumimos, la brisa removió las cenizas y solo quedó un esqueleto compuesto por pentagramas que hablaban de dos desconocidos coincidiendo de madrugada en la ciudad, una rosa de los vientos sin puntos cardinales y la invitación a ser valientes.

Nuestra historia empezó al escucharla combatir el caos junto a su violín negro, antes de que yo fuera su profesor y ella la que me enseñara las lecciones más valiosas. Antes de que descubriéramos que la vida es un cúmulo de instantes y accidentes, y nosotros estábamos condenados a colisionar.

Con música.

Siendo dos jóvenes sin edad sentados en las escaleras de una catedral.

Compartiendo un beso inesperado que no puedes olvidar.

1
Joel

Las calles estaban abarrotadas como en cualquier noche de sábado. El centro de Barcelona centelleaba bajo el dorado de las farolas y un cielo despejado en el que solo se advertían estrellas titilantes.

El repiqueteo de tacones, la marabunta que emergía de la salida del metro de la línea verde y las conversaciones ahogadas por el tráfico de las nueve eran todo lo que fluctuaba en el ambiente. Yo, en cambio, permanecía sumido en una maraña de cavilaciones que me incitaba a resoplar cada dos segundos, sintiendo que mi alrededor se desplazaba a un ritmo vertiginoso mientras mis extremidades avanzaban a cámara lenta.

Entré en el Hamlet, el bar de hamburguesa y birra de Paral·lel que consideraba un poco mío porque me había visto crecer, y ocupé la mesa del fondo. Distinguí los rizos azabaches de Eloi detrás de la barra. Le sirvió unos combinados grasientos a una pareja, y me sonrió mientras llenaba dos jarras de cerveza y caminaba en mi dirección.

—Estoy molido. —Se recostó sobre el asiento de madera de cedro, desatándose el delantal verde militar—. Mi tío me tiene aquí desde las tres.

Por mucho que se quejase Eloi, disponer de un negocio familiar en época de crisis y contratos temporales era un regalo. Quizá por eso había dejado de inscribirse a ofertas de InfoJobs y ser camarero le atraía más que ejercer la abogacía. Además, las propinas y los números de teléfono que le anotaban en servilletas suponían un aliciente para alguien que, en sus propias palabras, no cumplía los requisitos de un novio formal.

—¿Mañana libras? —pregunté con la esperanza de llenar mi agenda y evadirme de la realidad.

—Doblo. De una a cinco y de ocho a doce.

—Genial —suspiré. Me esperaba un domingo jodido.

—¿Todavía no ha empezado el partido? —Echó un vistazo al reloj y se secó el sudor de la frente con el antebrazo.

Estábamos a principios de septiembre y seguía haciendo el mismo calor que en agosto. El aire acondicionado del local paliaba las altas temperaturas, pero dormir en Barcelona sin ventilador era una tortura. Al igual que hacer trasbordo por los pasillos del tren o calentar un plato precocinado en el microondas. Recortarme la perilla días atrás y mojarme el pelo antes de salir servía de poco, en un pestañeo mi flequillo despeinado volvía a estar seco.

Me había propuesto ahorrar, lo cual se traducía en no usar la tarjeta T-10 a menos que fuera a recorrer una distancia considerable. Los surcos bajo las axilas en mi camiseta de algodón gris eran la prueba del trayecto a pie desde Plaza España. Tiré del tejano, que me llegaba por las rodillas, y me recosté contra el respaldo.

—Faltan cinco minutos, impaciente —reprendí.

Eloi tenía un doble rasero para medir el tiempo. Se quitaba las zapatillas sin desatar los cordones con el objetivo de no perder segundos al día siguiente, y se duchaba con música para advertir que más de cinco canciones equivalían a mucha agua. Solía ir apurado. Si no había llegado tarde aquella noche, era porque ya estaba allí. Sin embargo, la puntualidad de los partidos era algo crucial para él.

Por lo que a mí respectaba, hacía años que el fútbol no me interesaba, desde que mi padre murió y la tradición de sofá, *pizza* y bufanda del Barça se guardó en un cajón con sus recuerdos. Me enteré por el programa *Salvados* de que Iniesta se había mudado a Japón, y poco me importaba que Puyol se hubiera retirado. Enzarzarme en una de esas discusiones sobre si Messi era mejor que Ronaldo quedaba atrás, en aquella adolescencia que sabía al «Dream Team» de Guardiola, a celebraciones en Canaletas y a veranos siguiendo los éxitos de «La Roja».

No obstante, la magia del deporte no se hallaba en los resultados, sino en aquellos instantes que te brindaba junto a tus seres queridos. Mi mejor amigo era consciente de ello, y usaba las citas deportivas como excusa para sacarme del ático y emborracharme hasta que le contase mi verdadero problema. Nada de bufar por las obras de los vecinos, las goteras del salón o que me hubieran subido el alquiler ciento cincuenta euros y llevase una temporada en el paro.

Eloi se llevó la jarra a los labios y bebió un trago largo de su cerveza. La espuma le tiñó la zona del bigote.

—Todo eso son añadidos, Joel —dictaminó—. Tu cara de estreñido tiene nombre y apellidos.

Vega Reyes Hernando. La morena de mirada caramelo con la que llevaba quince meses saliendo y me ayudaba a olvidar el drama de ser un autónomo mal pagado, sustituyendo las cifras de las facturas por los lunares de su espalda. Locura. Idas y venidas. Ese huracán que desordena tu desorden y te enseña lo que creías perdido: que tu valía como individuo no la dictan las circunstancias, que tus logros profesionales no te definen.

Habíamos sido una noche de San Juan saltando hogueras en la playa, cenas de chino a domicilio para comer en la cama antes de comernos nosotros, baños compartidos de orgasmos y risas.

Hasta que Vega y yo nos convertimos en algo distinto.

Una relación abierta que había aceptado por miedo a perderla. Ella pasaba los fines de semana arrasando por locales de ambiente y gastaba los lunes de resaca en mi piso, reiterando que darle alas hacía que me quisiera más. Aunque yo solo sentía que me utilizaba, que un pez no precisa salir del agua para respirar ni un pájaro sobrevive en las profundidades.

—No nos hemos reunido para regodearnos en la mierda —increpé por encima del rumor de los aficionados. Los jugadores ya estaban en el campo y uno de los equipos acababa de marcar gol, aunque no lograba ver el numerito de la esquina superior de la pantalla.

—¿Te estás quedando ciego a los veintisiete? —se mofó Eloi, y sus ojos pardos se iluminaron.

—No me he puesto las lentillas.

Y no planeaba hacerlo en un futuro próximo. Con las gafas para leer y conducir sobrevivía, pese a haberlas dejado en la encimera convenciéndome de que no las necesitaba para tomar algo y pasear de vuelta hasta la buhardilla.

—Va a ir bien, no te preocupes más. —Mi amigo me dio una palmada en la espalda—. ¿Estás así por el trabajo?

—Supongo —admití.

—Vas a ser un profesor enrollado, como los del IES Magarid.

Eloi y yo nos conocíamos desde primaria. Gracias a él había aprobado la ESO dándole el cambiazo a algún examen y aguzando la vista en los tipos test. Me había aplicado en bachillerato, lo justo para aprobar selectividad y estudiar Diseño Gráfico. Durante la carrera había descubierto mi vocación y había sustituido pasividad por compromiso y entrega. Aun así, resultaba paradójico

que fuera a dar clases en un instituto. Yo, el precursor de las chuletas microscópicas en la tapa de la calculadora científica, el que había sobornado a compañeros de otras clases para que le pasaran las preguntas de los exámenes.

—No duraré demasiado —sentencié con un deje de pavor. Quizá debido a las noticias que había leído en Twitter sobre alumnos que pinchaban ruedas y amenazaban a sus profesores. Quizá porque la docencia implicaba renunciar a mi sueño de engrosar el portafolio y trabajar para agencias de publicidad. Pero el ego no pagaba el alquiler; el contrato de un año, sí.

—Por tu nuevo empleo. —Eloi elevó la cerveza para brindar—. Por que el seguro te cubra los retrovisores del Seat.

—Te odio —cuchicheé.

—Mira el lado positivo, hace varias semanas ibas a venderlo.

—Y puede que, dentro de varias semanas, vuelva a estar en la cola del paro.

—Te conozco, Joel, no eres de los que se rinden.

—Tampoco soy profesor.

—No se trata de lo que haces, sino de por qué lo haces. Esto es provisional, un trabajo que te salvará el culo hasta junio.

—Un curso —recalqué.

—Después podrás buscar otra cosa.

No respondí. La vida me había enseñado que buscar y encontrar no iban de la mano. Horas después me daría una nueva lección: cuando no esperas nada, sucede. Lo impensable. Aquello en lo que no confías. Las malas ideas que se vuelven jodidamente tentadoras. Pero dentro del Hamlet, con el murmullo de los comensales que se animaban a la tercera bebida, un partido que ambos equipos perdieron estrepitosamente y Eloi sonriéndole a una chica sentada a un par mesas de nosotros, no tenía la menor idea de lo que el destino me deparaba.

Me quedé en el local hasta la una y media. Ayudé a pasarle un trapo húmedo a las mesas y salí para enfrentarme al tortazo del clima después de negarme a que Eloi me acercase en coche. Necesitaba reflexionar en el exterior para que el aire arrastrase mis tribulaciones lejos, para que las bocanadas que soltaba no me persiguieran hasta casa y el cielo me diese un mapa de constelaciones que seguir, y así librarme de la frustración laboral, la irrisoria cantidad que había en mi cuenta corriente y los «¿con quién diablos estará ahora Vega?».

Entonces vi a Atena. Caminando a unos metros delante de mí, melena rubia cayendo por los hombros con gracia, algo encrespada. Iba enfundada en un peto

vaquero, un top de rayas horizontales y botines de tacón que debían estar asándole los pies, además de provocarle un dolor del que ella misma se quejaba.

—No vuelvo a hacerte caso nunca, tus zapatos son una tortura —le replicó la voz rasgada de Atena a su amiga.

—O te arreglas o no entras en la discoteca —sentenció la morena de coleta alta y mono de tirantes negro que la sujetaba del brazo—. Son las normas.

—Las normas de una sociedad sexista, Isolda.

—Por favor, ahora no... Saca la T-10 y acelera el paso.

—Espera. —Atena hurgó en el monedero, en la funda del móvil y en cada centímetro del *clutch* de purpurina—. Mierda, no la encuentro.

—Estupendo —masculló Isolda con amargura—. Nos hemos gastado el dinero del taxi en chupitos. Cuando te he dicho que le pusieras ojitos al camarero, iba en serio. Esos eran mis últimos veinte euros del mes.

—Es preferible no salir antes que sonreírle a ese baboso...

Le soltó un discurso a su amiga, uno que empezó con el lema «si no pagas, eres tú el producto que están vendiendo». Se recostaron en la fachada para mecer los monederos vacíos como si esperasen que el movimiento crease billetes, sin reparar en la presencia de un imbécil que enfilaba la calle tambaleándose cual peonza. El hombre, que dejaba un rastro de humo y zigzagueaba a la espera de terminarse el cigarrillo para meterse en un portal, les dedicó una inspección lasciva. No se cortó, emitiendo un silbido que en su estado de ebriedad equivalía a un piropo, mientras que en el contexto de dos chicas volviendo de madrugada, era una amenaza implícita.

—¿Lo habéis pasado bien? —El tipo le dio una calada honda a la colilla.

Lo contemplé como lo estarían haciendo ellas, barajando si el metro setenta, los noventa kilos y los brazos de gimnasio podrían alzarlas del suelo. Los pasos de Atena e Isolda se tornaron indecisos, titubeantes. Estaban muertas de miedo y no era para menos, las agresiones y desapariciones protagonizaban telediarios, portadas de periódicos y publicaciones destacadas en redes sociales. Ser mujer era sinónimo de debilidad.

Atena se giró con disimulo para escrutar la acera y me atisbó con el ceño fruncido. Bajo la luz de las farolas, sus ojos oscilaban entre canela y verde, cargados de reproche y pavor. No quería ser guerrera ni carne de cañón, solo una chica que recordaría esa noche por lo bien que se lo había pasado, y no por la taquicardia de vuelta a casa.

Me detuve para guardar las distancias, señal de que no estaba

persiguiéndolas, hasta que el borracho se acercó a ellas balbuceando frases ininteligibles y agarró la cadena del bolso de Isolda. La morena, asustada, se zafó del complemento y echó a correr junto a Atena.

En ocho zancadas llegué hasta el bolso y recogí el pintalabios, el monedero, los pañuelos de papel y el teléfono que yacían abandonados a su suerte sobre los adoquines.

—¿Qué pretendes? —le espeté al tipo, que se pasaba la palma por la cabeza rapada y apagaba la colilla contra la pared.

—Yo no...

—¿Tú qué? —Tragué saliva. Notaba las pulsaciones aceleradas, la ira era mi única respuesta ante aquellos que empleaban su posición de poder para atemorizar.

—Solo quería...

No completó la oración ni yo esperé a que lo hiciera, atravesé la calle y busqué a las chicas, quitándome el pensamiento de partirle la cara a aquel imbécil. Las hallé a veinte metros, frente a la puerta de un bar que aún no había cerrado. Cabizbajas, temblorosas, con la respiración agitada.

—Se te ha caído —dije entregándole el bolso a Isolda.

—No se me ha caído —rectificó desafiante.

—Lo sé. —Saqué mi T-10 de la cartera y se la ofrecí.

—¿Qué quieres a cambio? —Me dedicó una mueca de desprecio.

—Que lleguéis de una pieza a casa —repuse. Estiré el brazo sin acercarme, tratando de no intimidarlas.

Atena se aproximó, aceptó la tarjeta y musitó un «gracias» moviendo los labios. Su mirada, delineada con sombra y lápiz negros, brillaba. La sonrisa le rellenó los pómulos y sus rasgos dulces me sorprendieron, totalmente opuestos a la mordacidad con la que exponía sus alegatos.

No sentí una ráfaga de electricidad, el tiempo no se detuvo ni nuestros dedos se rozaron en un contacto que me estremeció de pies a cabeza. Ni siquiera le respondí, solo la observé alejarse unos pasos hasta que ella e Isolda desaparecieron por la entrada del metro. Ajeno a que mi vida se había complicado con aquel pequeño gesto altruista, avancé en dirección contraria.

Aquella noche yo pensaba en otra persona y ella en que ningún idiota las molestase en el trayecto de vuelta. No sabía que Atena era valiente encarando a quienes se propasaban mientras bailaba con su mejor amiga, pero que se hacía diminuta en un hogar que la oprimía. Desconocía lo obstinada que llegaba a ser

y lo fácil que resultaba para ella luchar por lo que se proponía. En los meses siguientes, odiaría y adoraría por igual su osadía, ansiando poseer yo una poca. Pero no llegué a advertirlo aquella madrugada. No adiviné que acababa de tropezar con mi talón de Aquiles, con la chica del violín negro, los exámenes en blanco y las letras de canciones que clamaban lo que no nos atreveríamos a decir. La muchacha que diferenciaría entre renunciar y elegir.

Una consonante la separaba de la ciudad griega, una vocal de la diosa. Y pese a no interesarle la mitología, personificaba justicia y guerra a la perfección.

Entre nosotros se interponía un abismo de ocho años, pero compartíamos esa juventud que muchos tachaban de indecisión. Ese carácter aventurero que nos obligaba a perseguir oportunidades, modificar anhelos o adaptarnos a situaciones que aniquilaban sueños. No lo supe ver, tuve que asimilarlo conforme sucedía hasta comprender que los problemas a los que se enfrenta cada generación son más similares de lo que creemos.

Pese a la edad, algunos no dejamos de ser jóvenes nunca.

2
Atena

Isolda Aloy era mi estrella polar envuelta en una cabellera morena, grandes ojos castaños y mejillas adornadas con pecas durante el verano.

No le gustaban los días grises, pero adoraba el olor a pavimento mojado. Y a gasolina, a césped recién cortado y a libros nuevos. Se pintaba las uñas cada semana para no mordérselas, no salía de casa sin meter pañuelos de papel en el bolso, y era de esas personas que te sacan de tus casillas jurando que no aprobaría un examen para después celebrar el notable.

Era experta en tirar las cartas, hacerse heridas depilándose las piernas con la cuchilla, y maquillarse en movimiento. Ayudada por tutoriales de YouTube, fue mi mentora en el arte de trazar rayas del ojo simétricas frente al espejo del vestuario de Educación Física.

Cantaba de pena, lo cual no evitaba que se lanzase a destrozar temas de moda en cualquier metro, plaza o calle, desde Maldita Nerea hasta Adele. Aunque tuviese un oído pésimo y se inventase la mayoría de letras en inglés. Ella, que había sido de las mejores estudiantes de bachillerato, no se avergonzaba al destapar sus carencias. Ese era uno de los rasgos que admiraba de Isolda, mi mejor amiga, la sangre adoptiva, la hermana a la que jamás delatarías a tus padres.

A veces creía saber más de ella que de mí, lo cual me agradaba. Por muy intrépida que pareciera la coraza que me colocaba, necesitaba sentir que mi mundo se sustentaba en cimientos sólidos, e Isolda era mi pilar. Los detalles rutinarios junto a la morena me ayudaban a canalizar las épocas de estrés, y «regresar a casa» sonaba más a pasar la noche en el hogar de los Aloy que en el mío propio.

—¿Tienes sueño? —El aliento de mi amiga me hizo cosquillas en el oído.

Estábamos tumbadas en su cama, con la ropa de fiesta puesta y el maquillaje resbalando por la cara. El miedo del camino de vuelta nos había seguido hasta el portal, donde avanzar a paso ligero y de la mano dejó de ser un requisito para sentirnos seguras.

—No. —Recorrí el gotelé de la pared con los dedos.

—¿Y hambre?

Isolda nunca bajaba la persiana para dormir, y a través del fino estor se tamizaba la claridad de las farolas encendidas. Pude ver cómo me dedicaba una sonrisa.

—Se me pasó con el susto —admití—. ¿Tú quieres picar algo?

—Me he comido una tortita de arroz mientras estabas en el lavabo.

—Eso equivale a masticar poliespán, no a alimentarse.

—Por eso me he tomado un Phoskito después, para quitarme el mal sabor de boca. No sé cómo mi madre puede saciarse con esos tentempiés supersanos y *lights* —imitó el tono cantarín de su progenitora.

Isolda se reía de las dietas constantemente. Para ella, la mejor manera de entrar en un vestido ajustado era comprando otro más ancho y haciendo retales del viejo para usarlo a modo de diadema, pañuelo o cinturón. Tal era su afán por promover que cada niña y mujer estuviera a gusto con su cuerpo, que tachaba las etiquetas de las tallas pequeñas y escribía corazones en las que la industria de la moda calificaba de tallas grandes. Esa era una de las razones por las que la quería con locura, aunque tuviese vetada la entrada en un par de tiendas de La Maquinista.

Cogí aire muy despacio para que la burbuja que se me inflaba en el pecho no aumentase de tamaño. Estaba habituada a aquella sensación; la ansiedad que me producían Tanit, Víctor o el hecho de que en unos días empezaría el instituto y mi gran apoyo no estaría a mi lado.

—Háblame de cualquier cosa —le rogué.

—¿Ansiedad?

—Moderada, es soportable.

—¿Va todo bien en casa?

Asentí. Merecíamos terminar la velada en las nubes, no asfixiadas por el maremoto.

—¿Te ha parecido guapo el moreno de la T-10? —Lancé el interrogante sin saber el motivo. Quizá para rebajar la intensidad de la conversación. O quizá porque sus ojos celestes se me habían quedado grabados en la retina, y la

amabilidad de ese desconocido me producía un cosquilleo en la tripa.

—Sí, bastante guapo —coincidió Isolda—. Pero nada de tíos por ahora.

—Puedes tener pareja y sacar adelante la universidad. El amor no te convierte en una irresponsable.

—Salir con tíos quita tiempo, Atena. Todo o nada —enfatizó—. Hasta ahora, he sido la presa fácil para una noche de besos, pero eso va a cambiar. En el futuro querré ser la novia de alguien, no la chica con la que echan un polvo el fin de semana.

—Está bien que tengas las ideas claras, aunque no hay nada malo en una opción u otra, siempre y cuando te sientas a gusto con ella.

—Aquí viene el segundo discursito de la noche... —Se cubrió el rostro con el antebrazo.

—Nada de discursos, solo digo que puedes llevar adelante lo que te propongas.

—Gracias, *coach* motivacional. —Se removió en su lado del colchón y se aclaró la garganta—. Si te soy sincera, opino que el amor es una utopía.

—Argumente su respuesta, señorita Aloy.

—Hemos matado la magia con la tecnología.

—Tienes razón, en parte.

—No quiero enamorarme de alguien que me haga ver la vida diferente. Quiero poner mi corazón en las manos de un chico que no intente modificar cómo veo y siento. Respetar es más romántico que cambiar quién eres por otra persona —explicó—. Y no creo que encuentre eso en una discoteca ni en aplicaciones para ligar.

Aplaudí su razonamiento, olvidando la hora que era. Isolda me siguió la corriente con una carcajada, y el balanceo de las risas nos recordó los chupitos de más que habíamos bebido.

—¿Os podéis callar? —El hermano menor de Isolda asomó su mata de ondulaciones doradas por la puerta. La queja, en consonancia con el carácter pausado y diplomático del muchacho, fue verbalizada en un susurro. Así era Dídac: pura bondad, el amuleto idealista con el que compartiría clase ese curso, tras haber suspendido segundo de bachillerato.

—Perdón, ha sido culpa mía —me disculpé.

—Cierra el pico, enano —se burló su hermana. Esperó a que la puerta se encajase para girarse hacia mí y añadir—: Pelota, ¿desde cuándo le pides perdón a Dídac? La única ventaja de ser la mayor es tomarme ciertas libertades por cada

Barbie a la que le cortó el pelo ese diablo.

—No seas déspota.

Nuestros diálogos se transformaron en susurros. De ahí que, en cuestión de minutos, la morena cayese rendida y me deleitase con una sinfonía de ronquidos que ni dos otorrinos ni numerosas cajas de tiras nasales habían logrado silenciar.

Puede que la charla que mantuvimos sobre el amor me sugestionase, o puede que lo hiciera yo sola al bajar los párpados, volviendo a dibujar esa mirada azul cielo enmarcada por largas pestañas. Añadí un amago de sonrisa cordial, imaginé el tacto de su barba y rebobiné ese momento en el que me había acercado a él para aceptar su altruismo en forma de tarjeta de metro.

Todavía no sabía su nombre, por eso le dediqué un suspiro en mitad de la oscuridad. No sospechaba que nos conoceríamos, que nos añoraríamos en la cercanía, que además de Joel a secas o mi profesor, ese desconocido sería melodías. Y llegaría un día en el que correría hasta él con un nudo de angustia trenzado en el pecho y vería el firmamento cambiar de color entre sus brazos.

Pero resulta imposible anticipar lo que aún no ha sucedido, así que, antes de enamorarme de su personalidad y crearle un universo de pentagramas, Joel solo fue un suspiro.

Me di la vuelta para que el sueño me alcanzase y dormí toda la noche, sin pesadillas. Horas más tarde, desperté abrazada a mi mejor amiga, desayuné con los Aloy y no volví a pensar más en él. La vida era simple a finales del verano.

3
Joel

Subí las escaleras hasta el quinto y refregué la suela de las zapatillas contra el felpudo de claveles, antes de golpear la madera con los nudillos. Mi madre odiaba que llamasen al timbre.

—Pasa, pequeño. —Fue mi hermana la que abrió la puerta, su mano derecha acariciaba la prominente tripa de cinco meses sobre la tela del vestido malva.

Estaba preciosa con una coleta baja de la que se desprendían algunos mechones castaños. Su mirada celeste irradiaba un brillo especial.

—Hola, Irina. —Le di un beso en la mejilla y entré.

—Espero que no hayas desayunado mucho, mamá se ha vuelto un poco loca —cuchicheó mientras avanzábamos por el pasillo.

Había llamado una hora antes para avisar que me unía a la comida familiar del domingo, algo que evitaba desde hacía semanas. Concretamente, desde que me había dado de baja como autónomo al no recibir encargos y mi relación con Vega se iba al traste.

Desaparecer había sido un acto reflejo.

No soportaba los suspiros de pena de mi madre y los «¿cuándo vas a sentar la cabeza?» de mi hermana seguidos de una enumeración de puestos que, según Fede, su marido, estaban disponibles en webs de empleo que él no tenía que mirar porque era el jefe del departamento comercial de un portal de reserva de restaurantes. Me sacaban siete años, y la crisis no les había afectado. Yo, que había finalizado la carrera cuando los contratos indefinidos pasaron a ser prácticas no remuneradas, me había llevado la peor parte.

Saludé a Fede, que ya estaba frente a la mesa olfateando la empanada de atún casera, y me senté a su lado para sacarle conversación. Llevaba uno de sus trajes de vendedor infalible, con hombreras, solapas brillantes y un bolsillo falso

del que emergían dos centímetros de pañuelo satinado. Que un tío tan elegante llevase el cabello por los hombros seguía chocándome, aunque la longitud no disimulaba del todo las incipientes entradas que él definía como «raíz fina, a los rubios nos pasa». A su lado, mi camiseta del 360° Tour de U2 y los tejanos desteñidos palidecían.

—¿Qué tal en la oficina? —inquirí, y su rostro cuadriculado se giró en mi dirección.

Me importaba bastante poco su respuesta, pero aquel interrogante era la música que le distraía durante horas. Mientras mi hermana aborrecía hablar del trabajo y escondía su uniforme de enfermera los días libres, Fede disfrutaba ahondando en cada nimiedad referente a su empleo. Me contó el problema que habían tenido con el sistema informático, los dos nuevos clientes que había conseguido, y añadió algo sobre unos puntos, pero ya había dejado de escucharlo. Irina no bromeaba cuando decía que esperaba que la niña no sacase la habilidad paterna para las relaciones públicas.

—Cariño, estás más delgado —saludó mi madre. Depositó una fuente de ensaladilla con pimiento rojo en el centro del mantel, me dio un abrazo y no tardó en preguntar por el contrato.

—Todavía no lo he firmado.

—¿Y cuándo vas a hacerlo?

—Supongo que el mismo día que empiece, aún falta —resumí. Sus ojos chocolate se tiñeron de recelos antes de repetirme que no hiciera nada sin leer bien las condiciones.

Me sentí pequeño, cuestionado, pese a saber que solo trataba de ayudarme. Abrí la lata de Coca-Cola y me centré en pelar gambas, coger rebanadas de pan con tomate y engullir aceitunas. A mi alrededor se generaba un debate sobre la docencia y el paro que me quedaría después de trabajar con un salario neto de mil trescientos euros mensuales.

—Tendrás para unas vacaciones. Fede y yo queremos irnos a Japón —destacó Irina.

—No te confíes y ahorra —dictaminó su marido—. Si me mandas tu currículum actualizado, puedo volver a enviarlo por la empresa.

—Mereces un descanso, cariño. —Mamá se recogió la melena caoba con una pinza del pelo y atacó la fuente de carne en salsa—. ¿Comes bien? Estás muy pálido y pareces cansado. ¿Cuánto hace que no pides un análisis de sangre?

No comprendían que el dinero me preocupaba, pero también mi ego. Había

errado durante años, emprendiendo un sendero sin salida. Era el momento de dar media vuelta, desandar mis pasos y acatar. Me sentía como un perdedor, agazapado y malherido. No iba a triunfar, adiós a mi puesto como director de arte, a mis proyectos creativos y a las ideas cojonudas que harían que se quedasen con mi apellido. Iba a tragarme mis ilusiones una a una, con espinas incluidas.

—¿Y qué asignatura vas a dar? —balbuceó Fede, cubriéndose la boca llena de ensaladilla.

—Fundamentos del Arte. —A mi madre se le hinchó el pecho.

—¿Diste algo similar en la carrera? —preguntó Irina.

—Historia del Arte. En primero. —En un tiempo remoto.

—Lo harás bien —cercioró Fede—. Mandas leer el temario en alto y les preparas un examen al mes. Trabajos semanales para que los chavales no se pierdan y...

Me odiarían antes de aprenderse mi nombre.

—¿Sigues con náuseas? —Desvié la conversación a Irina, que había apartado su silla de la mesa y arrugaba las facciones como si oliese a rancio.

—Es el reflujo —explicó mamá.

Entonces entramos en el terreno de los bebés, cunas, pañales, el carrito que habíamos seleccionado para comprarles cuando naciera la cría, y los tonos neutros que barajaban para pintar las paredes de su habitación.

Recogí los platos sucios de la mesa y sonreí al ver la tarta de limón que había hecho mi cuñado.

No me quedé para el café. Preferí no tentar a la suerte y me escabullí mientras el foco se hallaba en quienes sí tenían una familia, nómina y futuro.

Bajé por las calles de Sabadell, donde había crecido, y me metí en el coche. Recosté los brazos sobre el volante, sin encender el motor. Había echado de menos conducir, algo que me resultaba imposible en el centro de Barcelona. Adoraba hacer kilómetros por la autopista con el Seat plateado del 95 que Eloi denominaba «cacharro centenario de segunda mano». Quizá lo fuera, pero el hecho de haberlo pagado a plazos con mi primer sueldo tras hacer la cartelería de un bar me enorgullecía.

Metí la llave en el contacto e inspiré hondo por encima de *Godzilla*, de Leiva, que sonaba en la radio. Puse el aire flojito, lo justo para no quedarme pegado al asiento, y pensé en los cambios que iba a experimentar mi vida. Con los versos de la canción entretelándose en mi cabeza, lo tuve claro. Debía que

tomar las riendas y ser tajante porque, tan importante como sobrevivir al día a día, es discernir cuándo algo ya no forma parte de tu rutina. Aunque sea todo lo que veas al cerrar los ojos y el espejismo continúe agitándote el corazón.

4
Atena

El domingo, sustituí la ropa de la noche anterior por la camiseta blanca y los *shorts* con los que me había presentado en casa de Isolda antes de salir de fiesta. Saqué la T-10 del *clutch* de mi amiga y arrinconé sus botines de tacón, reemplazándolos por sandalias planas.

Comimos en la terraza. Tostas de escalivada con atún, calamares y gazpacho fresco. Desde allí se obtenían vistas a la parte residencial del barrio, donde predominaban las casas pareadas con parcelas de jardín idílicas, habitadas por familias de catálogo. Yo, por contra, residía en la zona obrera de Gradell, conformada por bloques altísimos y fachadas desgastadas.

Me despedí de los Aloy después del postre y les di las gracias por dejarme pasar la noche. «Vuelve cuando quieras», respondieron con sinceridad, al unísono. Isolda me había repetido hasta la saciedad que a sus padres les gustaba que me pasara por casa. «Eres el juguete estrella con el que distraer a dos críos que han crecido prácticamente solos», aseguraba.

Y estaba en lo cierto.

Las carreras profesionales de Daniel y Úrsula nunca se llevaron bien con la conciliación familiar. Ocuparse de dos hijos sin renunciar a la arquitectura —y sin contar con la ayuda de abuelos o tíos— había sido todo un reto. Aun así, los Aloy habían hecho malabarismos para pasar el mayor tiempo posible junto a Isolda y Dídac, pese a que su jornada laboral, que solía alargarse hasta las ocho, les privó de sentarse a preguntarle las tablas de multiplicar a su primogénita, entonar canciones de Disney junto a Dídac y asistir a las reuniones del colegio.

Desde muy pequeños, los hermanos se habían acostumbrado a ir a la escuela de la mano con una llave de casa colgada al cuello. Rosa, la vecina de enfrente, había completado aquel rompecabezas preparándoles la comida y

asegurándose de que las horas de dibujos animados y deberes fueran proporcionales.

Mi mano rodeaba el pomo para salir del piso de Isolda cuando Dídac se materializó en el vestíbulo. Sus ojos castaños se posaron en mí. Eran del mismo tono que los de su hermana, pero muy distintos respecto al modo de mirar. El rubio estaba condenado a ser un niño que no sabía mentir, inocente y de sonrisa fácil. Le costaba poco alzar las comisuras y acompañar el gesto con una melodía cantarina y contagiosa. Cuando sonreía de verdad, al encontrar ingenioso un comentario o en un ataque incontrolable de risa, el rostro se le iluminaba.

No recuerdo cuándo le conocí —alguna tarde en el parque o jugando al Scalextric en el pasillo de los Aloy—, solo sé que sus problemas para pronunciar ciertas letras del abecedario me hicieron ser «Ena» durante años.

—Nos veremos en clase —musitó él.

—Sí, cuento los días —espeté con sarcasmo.

Rio y se le sonrosaron las mejillas. Reprimí el impulso de pellizcarle los carrillos.

—Pareces un bebé cuando sonríes —comenté, disfrutando de su mueca de fastidio. Dídac detestaba que los meses que se llevaba con Isolda y conmigo le hubiesen excluido de la mayoría de actividades que organizábamos.

—Deberías probarlo tú también, es un deporte saludable.

—El único que practicas, aunque te hayas aficionado a la ropa deportiva.

—No me gusta sudar, y el chándal está de moda —respondió tajante. Era su manera de ser, cristalino y rotundo, directo, pero sin cortar—. Mi constitución delgaducha no casa con pantalones ajustados ni camisetas sin volumen. El chándal llena con aire lo que el gimnasio jamás podrá darme.

—¿No aspiras a ser actor? Tu cuerpo será tu herramienta de trabajo.

—Aún me queda mucho de formación hasta que llegue un desnudo. Mi constitución habrá cambiado para entonces, o me pasaré a los batidos de proteínas.

—Cruzaré los dedos por ti.

Mis ojos acariciaron el trébol de cuatro hojas sublimado entre las franjas verticales de su pantalón antes de marcharme.

Tardé apenas diez minutos en llegar a casa y resultó extraño. Pasar de los Aloy a los Beltrán era como retroceder siglos en la historia de la humanidad. Encajé la llave en la cerradura muy despacio. No sirvió de nada; la madera

anunció mi presencia con un crujido, aunque nadie se acercó a saludar. Estaba sola, lo cual era siempre positivo. Bueno, no siempre, solo desde que Tanit se había marchado.

Me quedé plantada en mitad del salón, divisando los platos por fregar de la cocina americana a mi izquierda; las tres puertas que daban acceso a mi dormitorio, al baño y a la habitación de matrimonio, a mi derecha. Se trataba de una vivienda discreta de techos bajos y baldosas de cerámica antigua. Para dos personas, era más que suficiente.

En ocasiones, me preguntaba si podía achacar a sus escasos metros que el aire se condensara de tal forma que los movimientos costasen el doble. Otras veces, me reconfortaba poder echarle la culpa de todo al espacio, y no a mi padre.

Me aproximé a la ventana, la abrí y la brisa del mediodía meció mi pelo. Las vistas a los balcones y toldos verde oliva del edificio vecino no eran gran cosa, pero resultaba suficiente saber que ahí afuera había algo distinto al odio camuflado con indiferencia que barnizaba nuestras paredes.

No sé cuánto tiempo pasé apoyada en el alféizar, pensando en cómo con cada persona parecía tener una edad. Junto a Isolda mis dieciocho menguaban, quizá porque ella era la que cuidaba de mí, me invitaba a comer y me regalaba ropa con la excusa de que se había equivocado de talla y le daba pereza descambiarla. Con Dídac experimentaba lo que sería tener un hermano menor del que no apartar la vista por si se caía de la bicicleta o se gastaba los ahorros comprando material para escenificar uno de sus cortos.

Y cuando me hallaba en el 4º 2ª de la calle Miguel Delibes... Los segundos iban hacia atrás y la gravedad se incrementaba. Allí dentro creía haber vivido muchas veces la misma vida.

5
Joel

Eran las doce pasadas de un miércoles o un jueves. Puede que fuera martes. O lunes. Perdía la noción de los días sin tener compromisos. Mi único medidor eran los golpes de Vega en la puerta, lo cual significaba que no era viernes ni fin de semana, cuando desplegaba sus alas de fuego y alcanzaba el éxtasis con otros.

No abrí. Permanecí inerte sobre las sábanas, escrutando el cielo a través de la claraboya situada a la altura de mi almohada, en el techo blanco a dos aguas. Le dediqué una mueca nostálgica al celeste del firmamento. Tiempo atrás había disfrutado saliendo, atesorando el oxígeno exterior y el olor a playa en mis pulmones, recorriendo cualquier paseo marítimo en bicicleta y recogiendo las calles con la última cerveza junto a Eloi. Pero aquello quedaba muy atrás, enterrado en una época en la que no contaba los billetes al sacarlos del cajero ni medía cuánto faltaba para fin de mes. Una etapa gloriosa en la que estaba en mis últimos años de carrera, mis padres pagaban la matrícula, mamá me daba algo suelto para que comiese un combinado en la cafetería de la facultad y papá compraba entradas para conciertos de Bruce Springsteen, aunque costasen sesenta euros.

Al echar la vista atrás y notar cada pulsación en los oídos, fui consciente de que la vida se divide en dos tipos de momentos. Los que ayudan a sobrellevar la rutina, como unas tapas después de una jornada asfixiante, una escapada a la montaña para alejarte de la contaminación de la ciudad o una sesión golfa de cine. Y otros, los más importantes, aquellos que no podrás recuperar y no cuestan dinero. Las conversaciones sobre vacaciones que no llegaste a hacer con tu padre. Una videollamada de tu hermana que interrumpe la serie que estabas viendo y se convierte en carcajadas, quitándole hierro a cualquier asunto. El día

de Reyes desayunando chocolate con churros en familia, abriendo regalos y sintiendo que lo mejor, la suerte más grande que has tenido y tendrás jamás, es ser un Sanz.

—¡Joel, joder! ¡Abre de una vez! —La voz aguda de Vega se coló en mis cavilaciones.

Respiré hondo antes de incorporarme y cruzar descalzo el parqué, rumbo a la entrada. Lo conseguí en apenas quince zancadas, atravesando un único tabique. La buhardilla era un espacio abierto que combinaba el discreto salón con una cocina minúscula; solo el dormitorio y el baño anexo estaban separados del resto de metros. Que el ascensor no funcionase y las humedades provocaran goteras durante las tormentas eran factores clave para que el dueño mantuviese un precio no demasiado desorbitado.

Eloi lo definía como un piso minimalista con sofá de tonos crema, alfombra simulando briznas de hierba y estanterías de álamo atestadas de libros de diseño gráfico que recubrían las paredes. Sin fotografías, figuras, televisión o cuadros, a excepción del póster de Pantone colgado frente al diminuto escritorio de mi habitación, donde yacían el portátil, un marco con diferentes ejemplos de tipografías y la montaña de folios garabateados con trazos e ideas de proyectos pasados. Todo ello permanecía intacto, en el mismo punto en el que lo deposité al dar por finalizada mi aventura como *freelance*. Prueba de ello, al lado del ratón, se hallaba el folio con la fecha para sellar el paro por internet, aunque ya no me haría falta.

Vega volvió a llamarme.

Quité la llave de la cerradura y abrí. Ella me saludó con una ceja enarcada y los labios fruncidos en una línea recta. Estaba despeinada, con la cabellera chocolate recogida en una coleta alta mal hecha mediante una de esas gomas de espiral que me parecían el cable de un teléfono. Olía a alcohol, a sexo, a desfase y, aun así, mis latidos se desordenaron por nuestra proximidad.

—Has tardado —ironizó. Se colocó un mechón tras la oreja, dejando al descubierto el pendiente de aro y los tres brillantes que ascendían por su cartílago.

—Tú has tardado —corregí.

—No me mires así, la espera va a merecer la pena. —Se bajó un tirante del vestido burgundy que le llegaba por encima de las rodillas.

En otras circunstancias, me hubiera lanzando sobre ella temblando de excitación al constatar que no llevaba sujetador. La hubiera cubierto de besos y

no habríamos llegado al dormitorio. Resbalar por el sofá y hacer el amor en la alfombra era nuestra especialidad. Sin embargo, había tomado una decisión.

—Tenemos que hablar —indiqué.

—Podemos hablar después —increpó con una sonrisa que se adueñó de su rostro bronceado.

Avanzó hasta sentarse en el brazo del sofá y titubeé. Estuve a punto de sucumbir, de rendirme sin luchar, de aplazar lo importante por una gratificación efímera que me dejaría vacío una vez el orgasmo se disipase. Pestañeé para serenarme y enfocar de nuevo la estancia que se diluía con su presencia, y ordené las palabras antes de soltarlas sin más.

—No estoy cómodo con lo que tenemos.

—Dijiste que...

—Sé lo que dije —interrumpí—. Y también sé por qué lo dije. Me asustaba perderte. Supongo que creí que, si probabas con otros, si salías un par de veces y la idea dejaba de atraerte, lo olvidarías.

—No es algo pasajero —matizó, y casi noté el ácido subiendo por mi tráquea—. Necesito ser libre, Joel. No puedo ser tuya.

—No quiero que seas mía —puntualicé—. Quiero que desees estar conmigo. Que te mueras por contarme tu día de mierda o las buenas noticias. Que las sobras no duren una semana, quejarme del calor de tu cuerpo durmiendo al lado del mío, pensar en ti porque estás presente, y no porque tu ausencia me revuelva el estómago.

—Todo eso es muy bonito, y me halaga que lo sientas de ese modo, pero esto es lo que hay.

Saboreé su afilado y amargo «lo tomas o lo dejas». Antes de que un pie optase por acercarme a ella, el otro dio marcha atrás. Regresé a mi habitación para coger la bolsa de plástico en la que estaban todas sus pertenencias: un cepillo de dientes que casi no había utilizado, los pintauñas flúor que se había comprado en una promoción de 3×2 en agosto, mis chanclas de la playa que había usado más que yo, y mi vieja camiseta de The Cure que se ponía al salir de la ducha y le cubría los muslos. Objetos temporales, nada realmente suyo, personal o emotivo. La ropa, los regalos de cumpleaños, los peluches de su infancia y su corcho de polaroids seguían en casa de sus padres.

Vega tenía muchas capas, pero no permitía que traspasase la superficie. Nunca la había visto llorar, no se había quejado cuando no le renovaron el contrato en la escuela de inglés, ni cuando su familia insinuó que estudiar un

máster en Belfast mejoraría su currículum como filóloga. Cualquier atisbo de fragilidad en ella era reprimido por caricias fogosas, comentarios sarcásticos e invitaciones a desnudarla físicamente. Nada en el plano emocional, donde su pórtico blindado cortaba el paso. Y yo no podía enamorarme así, con medias tintas, esbozando un mapa de territorios inaccesibles, fingiendo que los cimientos para la estabilidad y un compromiso serio se fraguaban con la cautela del que no puede encariñarse por si al abrir la puerta la otra persona decide no volver.

—Tus cosas. —Le entregué la bolsa.

Vega no la aceptó, su frente se colmó de pliegues y el caramelo de su mirada se enturbió. Mi reacción la había sorprendido, casi consternado. Se levantó del sofá con parsimonia, como si fuera un ademán para hacerme recobrar la cordura y rogarle que se quedase. No me achanté y seguí con el brazo estirado hacia ella, esperando a que cogiera la bolsa y se marchase de mi vida.

—Estás cometiendo un error —replicó mordiéndose el labio inferior. No discerní si lo hacía para contener la retahíla de insultos que tenía en mente o para excitarme con un gesto tan suyo.

—Seguir así sería un error.

No quería amar al amor ni quererla odiándome. Y no podía escalar sus muros de hormigón si yo vivía en un laberinto.

Clavé la vista en los ventanales del salón. El dorado que bañaba la fachada gris delantera fue lo único que advertí mientras Vega cerraba la puerta del caos y sellaba la vorágine de lo bueno y lo malo con un estruendo sordo. Después, silencio. Quince meses en una bolsa que aún sujetaba y lancé a una esquina mientras pronunciaba ese adiós irrevocable.

En ocasiones debes elegir entre seguir a los demás o marcar tu propio camino y, aunque las certezas no me acompañaban en aquel septiembre de curvas inesperadas, tenía claro que hacer lo mismo no me conduciría a un destino diferente. Perseguir la estela de Vega era cazar el reflejo de las estrellas sobre el agua. Había llegado el momento de detenerme, bañarme en incertidumbres y afrontar lo que estaba por venir.

Ser adulto es encajar los errores, despedirse de lo que no te pertenece y reconstruirte tras la hecatombe. Y yo estaba aprendiendo.

6
Atena

Ordené la montaña de ropa que había trasladado a diario de la silla del escritorio a los pies de la cama: camisetas de tirantes, *shorts*, un vestido vaquero y mi peto favorito. Puse las partes de arriba en el montón para lavar y colgué los pantalones en las perchas libres del armario, hurgando antes en los bolsillos. Hallé la T-10 a la que aún le quedaba un viaje, la que el guaperas de ojos celestes nos había dado a Isolda y a mí la semana anterior.

Sonreí y la coloqué en una esquina del enorme *collage* emplazado sobre el cabezal de mi cama, el que me había hecho mi mejor amiga al cumplir los dieciocho y que estaba adornado con lucecitas en forma de estrella. Observé el cuadro enmarcado, paseando por cada fotografía. Un sábado maquillándonos con los probadores de Sephora. *Selfies* en el cine sujetando envases de comida rápida que habíamos colado en el bolso. Ataviadas con un uniforme ridículo y gafas protectoras para volar en un túnel de viento. Rodeadas por la recreación que habían hecho del Central Perk de *Friends* en las Fiestas de Gracia. Y babeando frente a los McFlurry de chocolate con Oreo.

Isolda era la familia que uno elige. La que aplaudía en mis recitales de fin de curso de la escuela de música, la que me daba trozos de tarta de *brownie* o galleta cuando probaba recetas de repostería. La que gozaba de total libertad para ser brutalmente honesta o jodidamente adorable.

Mi mejor amiga me había salvado, literalmente, en los momentos más complicados. Cuando, meses atrás, mi madre había hecho las maletas y se había ido a Burgos con un hombre al que no llegué a conocer porque no quise irme, abandonar la vida que tenía en Cataluña, las clases de solfeo e instrumento, ni ese bachillerato artístico que se me resistía.

—Cariño, has suspendido un curso. Seguro que en Burgos hay mejores profesores —me había dicho mamá, incapaz de admitir que las clases me habían superado.

—Me quedo —había sentenciado yo con la boca grande.

Quizá tomé la decisión influenciada por el rostro descompuesto de papá, que sollozaba las veinticuatro horas y que había llenado de orquídeas blancas y notitas románticas el piso hasta que su esposa colocó los papeles del divorcio sobre la mesita de noche.

Firmarlos le cambió.

Justo después de ponerle el capuchón al bolígrafo y emitir un resoplido sonoro, papá bajó a hacer la compra y volvió con un *pack* de cervezas. Las fue abriendo sin vacilar, una tras otra, hasta que el dolor y el alcohol salieron en forma de lágrimas silenciosas y lo acompañaron durante días. No pegó ojo, no comió ni se fumó un cigarrillo en la terraza. Solo dejó que el tiempo pasara, rodeado de latas vacías cuyo elixir nunca borró el abandono de la mujer a la que había prometido un «hasta que la muerte nos separe».

Supongo que, por eso, una parte de él desapareció. La humana, la de domingos de hamburguesa, veranos arrugándonos en la piscina comunitaria y noches viendo *CSI*, *Doctor House* o *Medium*. Ya no saludaba al entrar en casa, no me esperaba para cenar ni me escuchaba tocar el violín. A veces era mejor así, que cada uno llevase su vida sin inmiscuirse en los asuntos del otro, como si fuéramos compañeros de piso de esos que solo cruzan unas palabras para comerse el último yogur o avisar de que van a poner una lavadora y queda espacio para más prendas de color.

Rescaté del escritorio el estuche sepia del violín, lo abrí y froté con mimo la madera negra del instrumento antes de sentarme en la cama para calentar los dedos al ritmo del metrónomo. Casi escuché la voz de mi profesora, Ariadna, rogándome que me irguiera como las personas, que pusiera el violín más horizontal, enderezase el brazo izquierdo y mantuviera el arco perpendicular. No le hice caso y la escala de re mayor sonó tensa, quebradiza y desafinada.

No obstante, continué. Sin pretensiones, solo por diversión, dejándome llevar por ese hormigueo en las yemas, la detonación que empezaba en mi pecho y me abstraía de la realidad hasta que solo estábamos la música y yo, unidas por un arco que salpicaba melodías al deslizarse por las cuerdas.

Destrocé de inicio a fin el *Estudio nº 36*, de Kreutzer, e hice lo mismo con el *nº 28*, de Fiorillo. A veces las partituras clásicas se me atascaban, por eso

buscaba en internet a músicos con más oído que yo, que reproducían canciones modernas como *Smooth Criminal*, de Michael Jackson, *Wake me up*, de Avicii, o *Cheap thrills*, de Sia. En esas estaba, totalmente absorta imitando a una chica holandesa, cuando los golpes de mi padre me sobresaltaron.

—¿Te queda mucho? —bramó asomando la nariz aguileña por la puerta. Sus ojos negros, que contrastaban con el pelo y bigote cenizas, me fulminaron sin compasión—. Quiero ver la televisión.

—Estaba improvisando un poco. —Me encogí de hombros.

—¿Puedes improvisar coincidiendo con mi jornada laboral? Me duele la cabeza. —No empleó un tono agresivo, amenazante ni elevado, pero desinfló el globo de la inspiración.

—Claro. —Guardé el violín.

Cerró sin añadir más y me desplomé sobre el colchón, sintiendo que mis años de estudios musicales se reducían a ruido. Papá siempre odiaría aquella faceta de mí, la intrépida y creativa, la que le recordaba a mamá.

Desbloqueé la pantalla del móvil y pasé una docena de chats de WhatsApp antes de llegar al de mi madre. La imagen de perfil de Tanit me sonrió desde el Puente de Santa María, en Burgos. Había rejuvenecido y el tinte platino con mechas doradas redondeaba sus facciones. Encarnaba una versión adulta de mí: grandes ojos verdes, cejas finas, labio inferior ligeramente más grueso que el superior, constitución delgada y rodillas anchas. Parecía feliz. Me pregunté si realmente lo era. Si me echaba de menos o aquel imbécil que dormía a su lado compensaba con creces el sacrificio de abandonar a sus amistades, las tiendas de barrio, sus restaurantes preferidos y ese halo especial que emanaba Barcelona. Por aquel entonces me negaba a asumir que Sergio, al que yo apodaba «el paleto», tuviera la culpa de todo. La que había roto los lazos con su familia y había desvalijado cajones, armarios y álbumes de vacaciones en Oviedo, Salamanca, Málaga o Castellón era ella.

Salí de la aplicación sin mandarle el mensaje que quería, porque con ver su foto me bastaba. Lo hacía al despertar, antes de acostarme y más veces de las que me gustaría admitir durante el día. Aquel ritual enfermizo me confirmaba que seguía existiendo, que, si estaba en línea o había puesto otra imagen, respondería a cualquier cosa que le escribiese. El problema era que lo que deseaba decirle resultaba inapropiado. Entendía que la convivencia con mi padre hubiera desgastado el matrimonio, que el choque de caracteres o peculiaridades individuales tuviesen ese efecto, el de aniquilar el cuento de hadas hasta que los

príncipes y las princesas se convertían en calabazas. Sin embargo, ¿qué pasaba conmigo? Con el cariño, el apego, el instinto maternal. ¿Por qué no me sorprendía con viajes exprés algún fin de semana o no descolgaba el teléfono para interesarse por mi verano? ¿Acaso querer a otra persona le restaba amor para darme a mí? Ese era el gran interrogante que nunca me atrevía a formular, por eso las paredes de mi habitación se aproximaron unas a otras, me faltó el aire y necesité sumergirme en la música.

Con el estuche del violín a la espalda y la T-10 entre los dedos, salí del dormitorio segura de lo que huía. Dudando hacia dónde ir.

7
Joel

Faltaban dos días para empezar mi incursión en el ámbito de la docencia y, cansado de buscar obras de arte en Google para no quedar en evidencia ante los alumnos, apagué el portátil. Me puse la primera camiseta limpia y los pantalones sin planchar que colgaban de la silla, y salí a perderme por las calles de Barcelona.

Las Ramblas estaban concurridas a las siete. De turistas que le robaban pedacitos a la ciudad con sus cámaras, artistas que retrataban rostros hasta convertirlos en caricaturas, tiendas de *souvenirs* y puestos que vendían granizados y fruta fresca. El rumor de las terrazas apagaba el tráfico. Esa tarde, la mezcla de idiomas serpenteaba desde Plaza Cataluña hasta la estatua de Colón.

Atravesé el gentío sin prisa, impregnándome con el olor a flores de los ramos expuestos frente al Mercado de la Boquería y observando a un mimo que homenajeaba a Chaplin. Me detuve a la altura del Liceo, donde alguien versionaba *To build a home*, de The Cinematic Orchestra.

Primero la oí, el tiempo suficiente para que sus notas calasen dentro de mí, después la vi. Relajada, muy lejos del suelo que repiqueteaba al llevar el compás con la punta de un pie. Era arte, toda ella. Diminuta e inmensa, enfundada en un mono ocre con volantes en el cuello y la confianza de quien se rinde ante algo que le conmueve.

Llevaba el cabello trenzado a un lateral para no entorpecer la fricción del arco contra las cuerdas de un violín completamente negro, y se balanceaba al ritmo de cada nota como si de una melodía hipnótica se tratase. Quizá lo era, porque cuando enlazó *La gran broma final*, de Nacho Vegas, a su repertorio, aquella mezcla ecléctica funcionó. Un corro se formó a su alrededor para detener

sus vidas unos instantes y regalárselos a la música. Algunos sacaron el móvil y compartieron fragmentos en redes sociales. Otros se agacharon para tirarle monedas en el interior de la funda colocada a su derecha.

Yo no aparté la vista de Atena, preguntándome qué vislumbraría con los ojos cerrados, qué ingredientes componían ese torbellino que le provocaba una sonrisa genuina, el ligero temblor en un párpado y el vaivén de sus cejas durante una breve pausa. No tenía ni idea de lenguaje musical, pero no me cabía duda de que aquella chica rebosaba talento. Me quedé embobado con su interpretación de *Clocks*, de Coldplay, mientras el vibrato a modo de colofón final me erizaba la piel de los brazos.

Supuse que era alumna del Conservatorio, que se había cansado de ensayar en casa para un recital importante y estaba practicando con público. La imaginé sobre un escenario, bañándose en ovaciones, brillando bajo los focos, conmoviendo a cada espectador que habría pagado una entrada porque su virtuosismo lo merecía. Cuando hizo un descanso para masajearse la clavícula y reposar el cuello, me acerqué con la intención de echarle las últimas monedas de mi cartera sin remordimientos.

Su mirada se enredó con la mía y la reconocí.

—Eh, eres la chica de la otra noche.

—Y tú eres el buen samaritano que me dio su T-10. —Sonrió—. Gracias por eso. Y por escucharme.

—Suenas bien.

Saqué la cartera, pero Atena metió el violín en la funda con agilidad y se negó a aceptar mi dinero.

—No pretendo arruinarte con tarjetas y canciones.

—Créeme, no soy de los que se paran a oír más de un estribillo. Me ha gustado mucho.

—En ese caso, puedes invitarme a tomar algo.

No quiso unos pinchos con caña, un bocadillo o un mojito. Sus ojos se iluminaron cuando pasamos por la Gelatería Giovanni y se llevó una mano al pecho, cautivada por el olor a dulce. Hicimos una cola que daba la vuelta a toda la calle, y solo ella se atrevió a pedir un gofre con Nutella bajo el sol de treinta grados. Yo me decanté por una tarrina de chocolate blanco y mango, antes de caminar unos metros hacia Pla de la Seu.

Llevaba toda mi vida en Barcelona, pero su arquitectura siempre me impresionaba. La catedral gótica era, de entre todas las construcciones de la

Ciudad Condal, mi favorita. Por su fachada de líneas verticales que escenificaban ángeles, gárgolas y animales fantásticos. Por la grandiosidad con la que se alzaba, imponente, con la pretensión de hacerle cosquillas al cielo. O simplemente por haber sido la primera excursión del instituto que me había provocado algo.

Nos sentamos en las escaleras y sonreímos cada vez que un objetivo nos retrató como parte del mobiliario, bajo la acuarela violeta del atardecer.

Varios peldaños más arriba, una pareja de adolescentes se comía a besos sin tapujos. Ahora, consciente de todo lo que ocurriría después, sacaría el teléfono que no miré ni una sola vez aquella tarde, llamaría al director del IES Valancós y renunciaría a un trabajo para llenar la galería del móvil de fotografías junto a Atena, recorriendo las construcciones de la ciudad con besos, en lugar de apuntes. Pero qué poco sabía entonces, lo justo para confiar en que unas horas en el centro no empezarían a tejer un entramado indivisible.

—Por cierto, soy Atena —se presentó con la cucharilla de plástico entre los dientes.

Me tendió la mano.

—Joel. —La estreché y pensé que ser testigo de la pasión de alguien antes de tener una conversación que te describiera sus anhelos era mágico. La intimidad a la que se había expuesto rodeada de desconocidos acuñaba cada sinónimo de valentía. Consideré que todos deberíamos ser un poquito como Atena, osados, soñadores, kamikazes de la cultura. Yo incluido—. ¿Sueles tocar por aquí?

Ella chasqueó la lengua antes de llevarse un trozo de gofre a la boca, sopesando una explicación más elaborada a la que me dio.

—A veces —resumió.

—¿Por dinero?

—Sí y no. Empecé a hacerlo por un sueño.

—¿Puedo preguntar cuál?

—Tocar en el Liceo. Fui a ver una obra hace tiempo, cuando apenas lograba afinar el violín, y me enamoré de la música en directo.

—Y te colocas justo delante para martirizarte mientras el deseo se cumple.

—Yo lo llamo motivación.

—Yo lo llamo masoquismo —solté entre carcajadas irónicas, sin comprender su punto de vista.

Joel, el diseñador, era un cobarde que apartaba la mirada de las marquesinas

de autobuses decoradas con pósteres que anunciaban eventos a los que había enviado propuestas, y de los que no llegó a obtener contestación. Me había cambiado de número para evitar más llamadas de proyectos no remunerados porque, si abandonaba algo, debía hacerlo a lo grande, y no dejando la puerta entreabierta.

—Masoquismo es pulverizar sueños antes de que se cumplan —dictaminó Atena con una convicción apabullante. Casi la creí.

—La sociedad se encarga de eso —contraataqué.

Su réplica se materializó en palabras escritas. Me tendió el brazo izquierdo y me invitó a leer la oración de caligrafía cursiva que estaba tatuada en la zona interior, alargándose de la axila hasta el codo: «Nuestras vidas se definen por las oportunidades, incluso las que perdemos».

—Me suena —musité tratando de rescatar la frase, sin suerte.

—*El curioso caso de Benjamin Button*.

—No he visto la película. —Apenas recordaba la imagen de Brad Pitt subido a una moto y una bailarina pelirroja.

—Yo sí. Y después, me compré el libro.

—Puedes *spoilearme,* no está en mi lista de pendientes.

—Trata infinidad de temas, pero para mí el principal es que la temporalidad no es cronológica, sino emocional. El orden en el que vivas algo es irrelevante. Todo cuenta, todo forja quién eres.

—¿Y quién eres tú? —la reté.

—Alguien que diferencia vivir de sobrevivir.

—Si sigues por ahí, me ofenderás —bromeé.

—Valdrá la pena si te ayuda a cambiar de mentalidad. Pareces bastante deprimido.

—Lo estoy. —Rebañé la tarrina por inercia—. El lunes diré adiós a mis ambiciones para convertirme en alguien de provecho, con salario y alarmas antes de que los primeros rayos de sol asomen por la ventana.

—¿No hay otra vía para canalizar esas ambiciones?

—Ya lo he hecho, y no ha funcionado.

—Entonces no lo has hecho bien. Créeme, estás condenado a perseguir tu sueño hasta agotar cada posibilidad existente. Y, después de eso, las ganas te darán alas.

—Admiro tu optimismo.

—Es por el chute de glucosa —admitió, divertida—. No sé si llegaré a vivir

de la música, puede que tocar en Las Ramblas sea el pico más álgido que experimente. Pero eso no va a echarme atrás. Los pentagramas son mi combustible cuando lo demás falla, sería absurdo apartarme de algo así. Hazme caso, no te boicotees a ti mismo. —Me dio un golpecito en el muslo y percibí una corriente reconfortante.

Es cierto eso que dicen, hablar con un desconocido resulta fácil. No te conoce, va a ser honesto sin implicarse y, en caso de que te juzgue, sus opiniones no te afectarán demasiado. Por eso me abrí a Atena hasta que el firmamento se volvió un lienzo salpicado de estrellas. Ella apoyó el mentón en las rodillas y prestó atención a cada uno de mis argumentos, sin fruncirme el ceño cuando le aseguré que era un desagradecido y que mi orgullo me hacía arrogante. Me animó a contarle dónde me gustaría estar, colocó sus palmas contra mis pestañas y acalló mi risa con un «esto es serio, Joel». Le hice caso, vacié la mente de pensamientos negativos, me despojé de los lastres del presente, y visualicé mis deseos con los párpados bajados.

—No los abras aún —me pidió Atena sin apartar la mano—. Tómatelo con calma.

Ignoré el aroma a vainilla que me trajo su cercanía. Me centré en el sitio que ocupaba, más allá de la respiración de Atena. Muy despacio, su piel se despidió de la mía invitándome a abrir los ojos. Al enfrentarme de nuevo a los transeúntes, a las tiendas y a las copas de los árboles que luchaban por integrar la naturaleza en una calle edificada, lo hice con una óptica renovada.

—Dónde estás —susurró Atena.

—Aquí.

—¿Qué ha cambiado?

—Yo.

En mis fantasías, era infalible, fuerte, audaz, no menguaba ante las adversidades ni coleccionaba fracasos. Mi mayor problema no radicaba en un puesto de trabajo o en comparaciones con gente de mi edad, sino en mí.

—Tienes suerte, Joel. A veces nos creemos arquitectos de nuestro propio destino y nos equivocamos. No nos percatamos de que cada una de nuestras acciones tiene una repercusión en el resto —argumentó—. Podrías culpar a otras personas de tu situación actual. A los que consiguieron el trabajo que ansiabas, a los que rechazaron el que tú vas a aceptar... Si consideras que eres el único que te está frenando, sabrás qué hacer.

8
Atena

¿Cuánto tiempo es preciso para conocer a alguien?

Sentada junto a Joel y con el anochecer desplegándose sobre nuestras cabezas, sus cavilaciones entraron en mi mente como si nos uniera un hilo invisible que había estado allí desde hacía mucho. Me atropelló la sensación de *déjà vu*, de habernos cruzado antes y tener un papel importante en la vida del otro. Isolda habría afirmado que éramos dos almas inseparables que se reunían tras varias reencarnaciones, pero la incredulidad iba más conmigo que ese misticismo de mi mejor amiga.

Observamos a un grupo de *street dance* moverse con uniformes de franjas reflectantes, el viento arrastró notas de un guitarrista que sonaba a Ed Sheeran, y vimos bajar las persianas de los comercios pasadas las diez. Me esforcé en transmitirle a Joel la esperanza que a veces no tenía ni para mí misma, aunque más que en los diálogos, me centré en el silencio. En esa comunicación no verbal que emplearíamos como lenguaje en más de una ocasión.

Varios comentarios triviales sobre los gustos musicales de sus vecinos bastaron para que sus hombros se relajasen y elevase la mirada de las Vans. Más sosegado, estiró las piernas. Y sentí un pellizco. La necesidad de alejar sus preocupaciones hasta que dejase de arrugar la nariz y apretar la boca en una recta impasible. Las ganas de alargar la noche como una tela flexible sobre la que caminar descalzos sin temor a cortarnos.

Isolda me definía como empática, quise convencerme de que mi tentativa de hacer reír a ese chico se debía a eso. No obstante, hoy sé que hay emociones que nacen de la nada, sin sol ni agua, sin cuidado y sin querer.

—Se ha hecho tarde —dijo él, sin moverse un centímetro. Ni siquiera descansó la mano sobre la escalera en un ademán de levantarse. Intuí que no quería prolongar su sermón triste, que se estaba arrepintiendo de compartir

conmigo sus inquietudes.

—¿Sabes una cosa? Creo que mi música no está bien pagada con un gofre.

—¿Qué propones? —Su semblante recuperó algo de color.

—¿Te apetece cenar?

—Claro. ¿Has estado alguna vez en el Hamlet? Queda a unos treinta minutos.

—Me apetece algo al aire libre —concreté, levantándome. Así era yo, contrastes. Me agobiaba en los espacios cerrados, me gustaba deambular bajo la lluvia, o que el calor me abrazara.

—Vale.

Fuimos a un bar de aspecto rústico cercano a la parada de Jaume I, y nos decantamos por dos bocadillos de pimiento con queso gratinado para llevar. Joel se pidió una Moritz y yo agua. No tomaba alcohol a menos que fuera en una noche de discoteca o *pub* junto a Isolda. Una parte de mí temía que fuera a convertirme en mi padre si me habituaba a celebrar o disfrazar con tragos la angustia.

—Cuéntame algo de ti —propuso Joel ascendiendo por Paseo de Gracia—, he monopolizado la conversación.

—¿Algo superficial como qué series de Netflix he visto, o me explayo con mis perspectivas de futuro?

—Lo que prefieras. —Mordisqueó el pico del pan y se limpió la perilla con la servilleta de papel. El resplandor de las farolas le alargaba la sombra de las pestañas sobre los pómulos.

—Estoy obsesionada con *Cómo defender a un asesino* y, si no la has visto, merece mucho la pena. La escena de la primera temporada en la que Connor canta villancicos es mi felicitación de Navidad —narré entusiasmada. De reojo advertí las comisuras de Joel alzarse en una sonrisa ladeada.

—¿Tiene muchas temporadas?

—Cinco emitidas, la han renovado para una sexta.

—No voy a tener tiempo de leer y ver tantos capítulos. —Me gustó que lo considerase—. ¿Cuáles son tus planes?

—¿No me libro?

—Me temo que no.

—Espero a que acabe el verano. —Suspiré.

—Para empezar...

—Las clases —finalicé la oración.

—¿Problemas con los estudios?

—Muchos y muy variados. —Le di un bocado a un trozo de pimiento rojo bañado en vinagre—. Pero también aburridos, como tu empleo.

—Golpe bajo —se quejó.

Me detuve para beber un trago de la botella de agua.

—¿Qué música te gusta, Joel?

—Los clásicos: U2, Los Rolling, Guns N' Roses, Springsteen...

—¿Nada en español?

—Crecí con esos grupos, mi padre solía ponerlos en los trayectos en coche. Y a ti, ¿qué te gusta?

—Cualquier canción que me inspire. Desde Mikel Erentxun hasta The 1975.

Me acabé el bocadillo mucho después que él, resistiéndome al final de aquella cita improvisada. La sutileza con la que se acercaba la lata, ya vacía, a los labios, no me pasó desapercibida. Llegamos hasta Diagonal y no supimos qué hacer. ¿Seguir perdiéndonos por el centro hasta la madrugada o desandar nuestros pasos rumbo a casa?

—¿Dónde estás? —preguntó súbitamente, cubriéndome los ojos con ambas manos.

«Aquí, en el ahora, viviendo solo una vida», pensé.

No le contesté con palabras. Me colgué de su cuello para comprobar si era real, si Joel tenía la capacidad de sostenerme y borrar esas líneas difusas que ensuciaban mi verdadero camino. Y así llegó el beso. Nuestro primer beso. Con la belleza de lo que no planeas y una ráfaga cálida que se instauró en mi vientre. Natural. Como gotas de lluvia templadas o la sensación de un cielo de verano bronceándote. Como el cosquilleo de un salto al vacío en el que tanteas las nubes.

Fue tímido y delicado, un contacto dulce sin incursiones en la boca del otro ni dedos ávidos que se cuelan entre la ropa e incendian la piel.

De ese modo inauguramos nuestro álbum de momentos congelados en suspiros, esculturas y melodías. ¿Valió la pena conociendo el desenlace? Sí. ¿Regresaría a aquel punto exacto para recorrer por enésima vez nuestra cronología de lecciones que no se aprenden en los libros y atrincherarme entre sus brazos? Sin dudarlo.

Al separarnos, vi pliegues de asombro en su frente que pronto sustituyó por una sonrisa arrebatadora. La brisa nocturna revolvió mi pelo e hizo bailar su

fragancia de menta y jabón. Rio a mi comentario sobre las cosquillas que me provocaba su barba y me pareció adorable, sexi, irresistible. Un sonido con el que me gustaría familiarizarme. Me pregunté cómo sería levantarme al lado de aquella expresión relajada, con hoyuelos de reír, tanteando sus labios.

—Atena. —Envolvió cada vocal, acentuando las consonantes al ritmo de sus latidos. Y de los míos. En una cadencia frenética en la que nos acompasamos.

No se me ocurrió mejor respuesta que la de acunar sus mejillas y profundizar el beso, navegando en cada caricia de su lengua, en el vaivén de sus dientes rasgando mi labio inferior.

Puede que transcurrieran segundos, puede que fueran horas o que el tiempo dejase de importar porque la duración no mide la relevancia de lo que sucede. Puede que aquel fuera el beso más bonito de mi vida. Sencillo, tan fácil como coger aire al salir a la superficie, tan «chica besa a chico sin jerarquías, prohibiciones ni prejuicios».

Quise que no terminase, lo retuve delineando su mandíbula, grabando senderos suaves por su cuello y clavando mi mirada en su celeste, vislumbrando mi reflejo en sus pupilas dilatadas por el deseo.

Aquella noche solo fuimos Joel y Atena, un joven terriblemente alto con ojos de ensueño caminando al lado de una rubia que cargaba un violín a la espalda, de vuelta a casa. Nos dijimos adiós en la distancia, girándonos, yo en las escaleras mecánicas rumbo a la boca del metro, él estático contra la barandilla de metal de la salida. Sin intercambiar teléfonos, sin abrazos de despedida ni una escena efusiva que incomodase a quienes zigzagueaban a nuestro alrededor. Iba a ser el final de una historia que no debió comenzar, y lo hubiera aceptado de buen grado hasta que lo gritó:

—Volveré a Las Ramblas para oírte tocar.

Se me encogió el pecho. Desconocía que la próxima vez que nos veríamos con un violín entre nosotros, habría melodías, pero no corazones dispuestos a escucharlas.

Esa noche, al llegar a casa, seguí precisando que la música me acompañara. Tumbada con la mirada fija en el techo, sin ver nada, me puse los auriculares y navegué por listas de reproducción aleatorias de YouTube. No pensé en que Víctor se había acostado sin esperar a que regresara, tampoco entré en WhatsApp para contemplar el minuto exacto en el que Tanit se ponía en línea.

Vagué por la conversación que había tenido aquella tarde con Joel. Pensé en

los sueños, en si era más dramático renunciar a ellos o no descubrirlos jamás. En si mi juventud propiciaba que diese consejos ingenuos y me volvería una escéptica al finalizar segundo de bachillerato. Si la fuga de cerebros duraría eternamente. Si el Liceo me seguiría dando alas a los treinta.

De repente, cada canción se convirtió en una oda a los anhelos, y las letras no solo me traspasaron, se quedaron conmigo. Anoté un par de versos en los márgenes de una libreta y los repetí en mi cabeza. Cada sílaba me habló de él, del muchacho perdido al que nadie ofrecía la promesa de que todo iría bien.

Y no quise tocar el violín, sino a Joel a través de mis notas.

9
Joel

La alarma del móvil sonó a las seis, cuando ya llevaba dos horas despierto. Había dado vueltas en la cama anotando cosas que podían salir mal en mi lista mental titulada «intrusismo profesional».

La primera y más probable, iba a quedarme en blanco.

En consecuencia, los alumnos no me tomarían en serio.

El temario se me atascaría y me convertiría en uno de esos docentes que limita sus clases a hacer leer en voz alta y atemorizar a los estudiantes con ejercicios y trabajos extras.

Y ocurriría lo mismo al día siguiente.

Preparé café para templar mis nervios y lo tragué de un sorbo, sin deleitarme con el aroma que tanto me gustaba por las mañanas. Casi me atraganté, como si fuera lodo y no un expreso con dos cucharadas de azúcar lo que colmaba mi taza de *Star Wars* con el logo de Starbucks.

No había platos sucios en el fregadero, solo el juego de tenedor y cuchillo que lavaba y rescataba para volverlos a usar. Me nutría a base de las fiambreras que me daba mi madre y las sobras del Hamlet que Eloi insistía en que me llevase. «Ya me lo devolverás consumiendo cada tarde cuando te ingresen el primer mes», bromeaba mi amigo. Yo contestaba con un mohín inseguro; si el trabajo me aterraba, el mes de prueba del contrato me obligaba a pensar en el presente. Nada de planear qué haría con el dinero por si el director irrumpía en el aula con la fatídica noticia de que debía irme de inmediato. Sin explicaciones ni remordimientos.

Antes de entrar en la ducha, rescaté del armario el uniforme de batalla: la camisa púrpura de la boda de mi hermana, los pantalones vaqueros con un cinturón que pretendía aportarle un aire sofisticado al conjunto, y unos Oxford negros a los que saqué brillo con papel higiénico.

Me agaché para entrar en el baño, donde el techo a dos aguas castigaba mi metro ochenta. Me colé en el plato de ducha aguantando la respiración y me froté la espalda con fervor, como si tratase de difuminar el tatuaje que cubría mi omoplato derecho, una rosa de los vientos sin puntos cardinales que me había hecho con Eloi en tercer año de universidad. A fin de cuentas, un error.

Calculé mal con el champú y generé más espuma en la cabeza que en todo el cuerpo, pero no importó. Estaba tan tenso que los pequeños detalles pasaban desapercibidos. Solo podía centrarme en la rigidez de mis cervicales. No me paré a secar la carrera de gotas que descendían por el cristal de la mampara ni los diminutos puntos que humedecían los azulejos turquesa. Hice malabares para no resbalar en los charcos de agua alrededor de mis pies, y me vestí mojando la ropa sin remedio.

Con un maletín ébano vacío colgado del brazo, cerré la bolsa de basura orgánica y la de botellas de plástico. Las coloqué frente a la salida para tirarlas de camino al coche.

«Puedes con esto», me dije al cerrar la puerta con llave. Por primera vez en meses, yacer en la cama sin horarios ni compromisos se me antojó un jodido paraíso.

Tras veinte minutos de caravana, el IES Valancós, situado en la periferia de Barcelona, me saludó con su fachada de ladrillos caravista de tres alturas y grandes ventanas rectangulares. Seguí la verja gris hasta el aparcamiento de la zona trasera, y me dirigí hacia la entrada principal. Subí los cuatro peldaños y presioné el timbre a la espera de que alguien abriese. Si el exterior era bonito —un patio asfaltado con un camino de piedra bordeado por matorrales y pinos altísimos—, el interior no se quedaba atrás. Paredes recién pintadas de color avellana, muros de carga recubiertos por tablones de anuncios y aulas en blanco.

—Bienvenido, Joel. —El director me recibió con un apretón de manos que me cortó la circulación. Aquel cuerpo de metro sesenta y aspecto de anciano con una mata de pelo entrecano contenía la fuerza de un ciclón. Su camisa, a diferencia de la mía, lucía impoluta y sin arrugas.

Después de pasar a su despacho personal para firmar el contrato, me hizo un *tour* por los diferentes espacios: la sala de profesores de la segunda planta, la biblioteca anexa a la estancia de proyecciones frente a la pista de baloncesto, y las máquinas expendedoras atestadas de dónuts, Kit Kat, M&M’s y chocolatinas Milka.

—Es un recinto pequeño, no tenemos cafetería —se excusó, ajustándose las

gafas de media luna tras las que se escondían unos ojos rasgados castaños—. Tus clases son en el último piso, darás una optativa a cuarto de la ESO y Fundamentos del Arte a bachillerato artístico.

Me entregó una carpeta del instituto que contenía horarios, temario y fotocopias con pruebas de nivel para ese día. Era de esperar que centrase mi atención en el logo de un birrete y un lápiz que parecían sacados de las autoformas de un documento Word. Le fruncí el entrecejo al daltónico que había seleccionado escarlata y un cobalto saturado como colores corporativos, y prometí que no diseñaría nada en el rato libre que tenía hasta mi primera clase.

Las presentaciones con el resto de trabajadores no se hicieron de rogar.

«Qué joven».

«Qué guapo».

«¿Qué clase das?».

«Espera, te hago un sitio a mi lado».

En menos de cinco minutos estaba rodeado de un grupo de profesoras dispuestas a enseñarme a encender un ordenador, escanear sin que las hojas quedaran torcidas y dividir sus desayunos conmigo porque, decían, la bollería industrial de las máquinas era imposible de quemar, aunque yo tuviera buen tipo.

Por suerte, Román, el de Literatura, me acogió en su esquina de la mesa alargada que compartían los docentes.

—O te inventas una novia maravillosa o no dejarán de revolotear a tu alrededor —apuntó.

Me sirvió un cortado aguado de la cafetera que habían instalado para amenizar las soporíferas juntas de evaluación, y se disculpó cuando el Huawei le vibró más de diez veces seguidas.

—Mi mujer quiere que recoja al niño de la guardería a las cinco. Imposible —bufó pasándose las manos por el tupé oscuro.

—Salimos a las cinco —puntualicé.

—En teoría, pero tengo que corregir las pruebas de nivel de hoy para que no se me acumulen.

—¿Son obligatorias? Pensaba empezar directamente con el temario, o dejarlo solo en una presentación de la asignatura.

Sonrió, mostrando la hilera de dientes amarillentos por el tabaco y la cafeína.

—Todo lo que te proponga el director es una orden. Aunque use condicionales o te diga que tienes total libertad.

—No creo que pase nada por improvisar —insistí.

—Cíñete al guion y reparte lo que te haya dado, te ahorrarás dolores de cabeza.

Con el consejo de Román grabado a fuego, me encaminé a la clase número 20. El aula estaba alumbrada por la luz natural que se colaba a través de las ventanas. A mi derecha, encajado en una esquina, se encontraba un armario con diccionarios y manuales de consulta. Un calendario del curso vestía la pared del fondo de punta a punta, mientras que la pizarra verde botella se erguía a mi espalda.

Las charlas disminuyeron de volumen hasta fundirse con el carraspeo de mi garganta. Me situé tras un escritorio que no sentí como mío, deposité el maletín a un lado y puede que me desabrochase un botón para aflojar la soga que me apretaba el cuello. Saqué el montón de papeles que me había dado el director y repasé la lista de segundo de bachillerato artístico.

Diana Abad
Dídac Aloy
Samuel Ares
Xavier Baeza
Atena Beltrán

Me detuve. Lo leí una vez. Dos. Tres. Y elevé la vista para barrer la hilera de pupitres de la estancia con la esperanza de que aquel nombre peculiar fuese una mera coincidencia. La morena del septum y la camiseta de Metallica se ajustó las gafas de pasta. Un joven de cabello rubio ondulado se ruborizó cuando lo pillé colando la mano en la mochila para sacar un Donette. A su derecha, la chica del violín me observaba con la misma incredulidad que debía estar mostrando yo, así que bajé la cabeza, ordené los folios con el temario del semestre y las lecturas obligatorias, y alargué el brazo para tendérselas a los alumnos de la primera fila.

Mi corazón se desbocó y, perdido en una carrera de latidos sin tregua, no regresó a su estado normal hasta que el timbre marcó el final de la hora. Sesenta minutos en los que tartamudeé, leí en alto —varias veces— la misma línea y me presenté anotando mi nombre en la pizarra, como si Joel Sanz fuera exótico e impronunciable.

—¿Cuántos exámenes habrá? —inquirió la estudiante del *piercing*.

—No lo he pensado todavía —admití.

—¿Y habrá trabajos en grupo? —Sus ojos ámbar me juzgaron.

—Supongo.

—¿Además de los ejercicios semanales? Es un curso importante y no podemos dedicarle tanto a una sola materia.

—¿Minerva? —pregunté, dándole gracias a mi don de retentiva. La muchacha asintió—. No te preocupes, haré el cálculo para que sea equitativo. Hoy solo es la presentación y... la prueba de nivel.

Un resoplido generalizado hizo tambalear la clase y me contuve para no unirme a ellos. ¿Cómo esperaba el director que desarrollasen las características del arte romano o usasen la terminología específica para comentar una pintura rococó sin haber abierto el libro? ¿De qué servía un papel que medía unos conocimientos con los que no estaban familiarizados? ¿Acaso era alentador hundir a alguien con un suspenso antes de comenzar?

Como era de esperar, el resultado fue una debacle. Xavier describió *Niños comiendo uvas y melón*, de Murillo, como si estuviera redactando un texto literario. Dídac le echó agallas y se centró en lo que transmitían *El columpio*, de Fragonard, y *Las tres Gracias*, de Rubens, aunque resaltó elementos teatrales que nada tenían que ver con la asignatura. Minerva se aproximó bastante con la composición de *La vista de Delft*, de Vermeer, pero no supo contextualizarla en la Holanda del siglo XVII.

Atena fue la última en levantarse de la silla para entregarme su folio. Ese día no había duda del color de sus ojos; esmeralda al desnudo, sin sombra negra y con una raya mucho más fina. Los mechones que acariciaban su frente eran de un rubio más claro, y la melena le ocultaba los tirantes del top que apenas le cubría hasta el ombligo, y el cual se bajaba compulsivamente, incómoda, pese a llevar unos tejanos de talle alto. Algo se agitó dentro de mí, y no fue un tirón en la entrepierna ni el impulso de volver a besarla. Era más jodido que eso: ganas de charlar, de contarle que atentar contra mis ambiciones equivalía a rescatar su prueba de nivel y puntuar con un suspenso el pentagrama de siete compases que había compuesto y dibujado. No le pregunté por qué lo había hecho y el significado de sus notas permaneció protegido en un lenguaje desconocido para mí.

—Adiós —musitó, y capturé su perfil en mi retina. La redondez de su nariz, las mejillas lisas sin una sonrisa, el labio inferior más prominente que el superior. La fragancia a vainilla y el crepitar de sus botines de cordones contra el suelo de granito pulido.

—Adiós —respondí, pero soné a interrogante.

10
Atena

A mi lado, Dídac se cubrió la boca con la mano y ni aun así consiguió amortiguar la risotada.

—¿Otro *meme* de Operación Triunfo? —pregunté sin ver la pantalla de su móvil por los reflejos del sol.

—De Eurovisión —balbuceó reproduciéndolo de nuevo.

Era la hora del recreo. Estábamos apoyados en la verja con una postura que nos parecía relajada, aunque cualquier transeúnte que pasara por nuestro lado nos tomaría por protagonistas de *The Walking Dead*. Dídac por las ojeras que le llegaban hasta los pies debido a un maratón de *Shadowhunters* que le había tenido en vela toda la noche. El profesor que asomó la cabeza por el camino asfaltado junto a Román era el causante de mi semblante pálido y el estómago revuelto. Joel salió a la calle y fue directo a la cafetería de la esquina, ajeno a mi escrutinio, haciéndome suspirar.

«Solo fue un beso. Hay millones de chicos en Barcelona, no tienes que obsesionarte con uno que trabaje en tu instituto —me dije—. De hecho, no tienes que obsesionarte con nadie. Contigo te bastas y te sobras». No podía repetirle discursos feministas a Isolda y cagarla así. Mi única prioridad ese año debía ser graduarme, aprobar selectividad y entrar en el Conservatorio.

—Tengo que contarte una cosa —me informó Dídac guardándose el teléfono en el bolsillo del chándal, influencia de Billie Eilish y Rosalía. Se pasó los dedos por las ondulaciones doradas y advertí su nerviosismo. Tocarse el pelo, arrancarse los pellejos de alrededor de las uñas y parpadear mucho eran sus signos de debilidad.

—Soy toda oídos.

—Aquí no, estamos rodeados —gruñó.

Ocupando la mesa de madera emplazada sobre la parcela de césped de la derecha se hallaba el grupo de intelectuales. A unos siete metros, las modelos de Victoria's Secret iniciaban su ritual de seducción desfilando, tan maquilladas y esbeltas que hubieran provocado que la Atena de la ESO se guardase el sándwich de Nutella en la mochila, sin probar bocado. Las vi desaparecer hacia la parte trasera, donde los deportistas exhibían sus cualidades —bíceps y gemelos— lanzando pelotas, zapatillas y cualquier objeto que hiciese parábola a una portería sin red. Aunque las que mayores éxitos en partidos oficiales habían obtenido eran las chicas de baloncesto.

El rubio me sujetó por la muñeca hasta cruzar un tramo considerable. Oteó los alrededores con suspicacia y después me invitó a sentarme en el lateral escarpado con rocas puntiagudas.

—Agárrate, Atena. Son noticias fuertes.

—Llamamos más la atención así, van a pensar que hacemos algo raro —puntualicé, pero no me escuchaba.

Dídac siempre había sido un tanto peculiar. Lobo solitario por elección propia y fiel fan de las modas. Por eso tarareaba canciones de Lola Índigo y se había comprado la discografía de las Spice Girls cuando, meses atrás, anunciaron su regreso a los escenarios. Yo, que andaba bastante perdida sin Isolda, adoraba su compañía, pero no me apetecía que el director —que acababa de salir a inspeccionar el terreno— se montase una película sobre tráfico de drogas.

—Vale, allá voy. —Soltó una bocanada descomunal y se acarició el pecho —. Soy gay.

—Lo sé. —Ni me inmuté.

Su hermana y yo lo habíamos deducido cuando, cinco años atrás, había querido tatuarse la cara de Pablo Alborán en la pierna. «Para mirarlo mientras se toca», había dicho Isolda, y yo solo me había reído porque ella ya había planeado hacer algo similar con Justin Timberlake.

—¿Por qué no te sorprendes? —preguntó Dídac, indignado.

—Me lo imaginaba.

—Entonces, ¿todos lo saben?

—Ni idea. —Me encogí de hombros.

—No me mientas.

—Supongo que también se lo imaginan.

—Tanto sufrimiento para nada —espetó con teatralidad.

—¿Qué más te da lo que piensen? No estamos en la Edad Media.

—La vida de un adolescente homosexual no es una película de Hollywood. Nos insultan, nos agreden y cuestionan nuestro derecho a celebrar el Orgullo Gay.

—Tú nunca has ido al Orgullo.

—Este año iré. Y te arrastraré conmigo.

—Vale —accedí—. ¿Por qué me lo has contado ahora? Incluso antes que a tu hermana.

—Por varias razones. La primera, tú me ahorrarás el mal trago de decírselo a ella.

—No abriré la boca si no quieres.

—Por favor, Atena... He visto vuestras conversaciones de WhatsApp. Os combináis hasta las bragas. —Puso los ojos en blanco—. Segundo, el profesor de Fundamentos del Arte está buenísimo y necesito a alguien con quien comentarlo.

—Genial. —Me centré en mantener cara de póquer.

—Sé que muchas veces Isolda y tú no me tomáis en serio, pero ya no soy el crío que se chivaba si os pillaba pintándoos las uñas en vez de hacer los deberes, o levantadas de madrugada comiendo helado. Quiero poder decírtelo todo.

—Claro.

—Y que tú hagas lo mismo.

Asentí, pero no exterioricé lo que estaba pensando. No le hablé del chico que se había parado a escucharme en Las Ramblas, ni de la catedral ni del beso. Porque los hermanos de tus amigos nunca dejan de ser eso, personas unidas a ti por una cadena humana que se rompe con la ausencia de una de las piezas.

El día fue de mal en peor. A la incomodidad de subir las escaleras a escasos centímetros de Joel, oliendo su perfume de menta y anhelando que recordase a la Atena sin apellidos, le siguieron varias pruebas de nivel catastróficas en las que escribí las notas que rondaban por mi cabeza al observar al profesor de Fundamentos del Arte. Si lo meditaba, componer una canción en un folio con el sello del instituto era descabellado incluso para mí. Había hecho una buena quiniela con los años de Historia, y respecto al texto de Inglés narrando mis vacaciones de verano..., se asemejaba a una traducción hecha con Google Translate.

Las dos y media se hicieron de rogar y la cefalea me acompañó de vuelta a casa. Sin ánimos para cocinar ni un huevo frito, metí dos rebanadas de pan en la

tostadora, refregué tomate y las coroné con jamón dulce y queso. Dídac se había quedado en la biblioteca para confeccionarse un horario exhaustivo, y Minerva habría aprovechado las seis paradas de autobús para leer los primeros temas de los que nos examinaríamos en noviembre, pero yo era incapaz de sumergirme en los apuntes.

Eché de menos quejarme del interrogatorio de mi madre mientras comíamos, farfullar «no me agobies» y que ella se ofendiese porque quería saber qué tal me había ido el día. Sin embargo, el teléfono no sonó, mi padre no aprovechó el descanso del trabajo para dar señales de vida, y el silencio se tornó insoportable. Conecté los auriculares al móvil y llené el vacío con la lista de reproducción de obras clásicas que Ariadna me había recomendado para entrenar el oído.

Aquella tarde, por petición expresa del pequeño de los Aloy, quedé con Isolda para sacarlo del armario. La esperé sentada en el rectángulo de su portal, levantándome constantemente para permitir que carros, ancianos y padres que llevaban a sus hijos a extraescolares pudieran pasar por la estrecha entrada.

—Te invito a la última tarrina de septiembre —le propuse a mi amiga antes de que cruzase el paso de peatones.

Isolda volvía de la facultad con la carpeta de la UB bajo el brazo, tan preciosa como siempre. Al natural. Cara lavada, moño deshecho, pendientes en forma de luna y un vestido boho de estampado étnico.

—Te invito yo —objetó.

—En dos semanas me ingresan la beca, puedo permitirme una merienda.

—Pero...

—Nada de rechazarme —me impuse.

Los sueldos de los padres de Isolda podrían mantener a varias familias. Por contra, los trabajos de albañil de Víctor no daban para mucho. De ahí que me concedieran la beca por segundo año consecutivo. Nuestra renta debía ser patética para que no tuvieran en cuenta mi media de 4,8.

—Subo a dejar las cosas y nos vamos.

Fuimos a Dolç Gelat, la heladería donde nuestros caminos habían convergido en un caluroso festivo, catorce veranos atrás. Y aunque las Isolda y Atena de cinco años habían errado al optar por bolas de arándano y zanahoria, fugarnos de la mano para tirar el contenido de la tarrina por una alcantarilla sin que nuestras madres nos viesen se podía calificar como la mejor decisión del mundo. El inicio de una amistad.

—Una tarrina mediana de caramelo y melón —pidió mi amiga por encima de los éxitos comerciales del hilo musical. Yo, que según Isolda iba a contracorriente, aproveché el aire acondicionado del local para mojar una caña de crema en chocolate caliente—. Haré el Trabajo de Fin de Grado sobre ti. Tu afición por quemarte el paladar de mayo a octubre me fascina.

—Creía que te habías metido en Psicología para analizarte a ti misma —me burlé.

—Cuatro cursos me dan para las dos.

Saqué un billete para pagar, pero ella se adelantó y le entregó el dinero a la camarera.

En la mesa cuadrada de una esquina, arropadas por las paredes de franjas mandarina y lima, hice los honores.

—Tengo un mensaje de parte de tu hermano.

—¿En serio? ¿Tanto le ha molestado que le cogiera un estuche que se niega a hablar conmigo directamente? Menudo consentido...

—No va por ahí el asunto. Es más bien un tema personal.

—Qué le pasa.

Mastiqué el hojaldre con la vista fija en el borde dorado del plato.

—Es gay —expuse tras una pausa.

—¿Te ha dicho que es gay?

Sabía que mi amiga reaccionaría así, igual que yo. Nos importaba poco su sexualidad. De hecho, Isolda había seleccionado tanto hombres como mujeres en intereses de Tinder antes de eliminar la aplicación decepcionada por la fauna que la habitaba. Lo que nos dejó pasmadas fue que Dídac se abriese antes a mí que a ella.

—Ándate con cuidado, Atena. Te ha seleccionado como a su elegida, es el momento de que tomes el relevo de hermana mayor.

—Espero estar a la altura.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora, decírselo a mis padres?

—Creo que solo busca tu apoyo, que seas su aliada. Habla con él, estaba bastante tenso esta mañana.

—Esta noche entraré en su habitación mientras duerme y... —Una notificación del móvil ahogó su relato y le pintó una mueca traviesa en los labios —. Me ha escrito Marc.

—¿Qué Marc?

—El moreno de la semana pasada, el que se acercó a bailar conmigo. —

Colmó la cucharilla con una cantidad generosa de helado y se lo tragó sin parpadear.

—¿El que quiso meterte la lengua hasta la campanilla?

—Ese.

—¿No decías que no te gustaba?

—Las luces de la discoteca no le favorecían.

—¿Vais a quedar?

—Puede. Creo que me apetece probar algo más, y no ser solo el rollo de una noche. Trabaja cerca de mi facultad —destacó, como si la proximidad forzase que dos personas tuvieran que verse—. Un par de días charlando por WhatsApp y después lo valoraré. —Sonó a que iba a contar las faltas de ortografía del tal Marc y, si no se quedaba en números negativos, se lo pensaría —. Y tú qué me cuentas, ¿algo interesante en el primer día?

Me planteé hablarle de Joel. Del hormigueo que notaba en las yemas al observarle escribir su nombre en la pizarra. Del acto reflejo de clavarme los incisivos en el labio inferior al rescatar el beso más irreflexivo que había dado. De sus sueños frustrados y su desánimo al sustituir el sendero vocacional por el pragmático.

Pero lo guardé para mí.

—¿Aparte de la confesión de tu hermano? Nada destacable.

—Si el mocoso se pone pesado, no te cortes. Una buena colleja lo amansa.

—Se porta bien conmigo. No sé qué haría sin él, asqueada mientras todos sonríen felices en sus grupitos cerrados.

—Volvería a bachillerato solo por pasar más tiempo contigo. La universidad es como una ciudad en la que nadie se para a saludarse. Todos tienen pareja, curro a media jornada o asignaturas que se solapan.

—Genial, así nadie me robará el privilegio de ser tu mejor amiga.

—Nadie conseguiría igualarte nunca, Atena.

11
Joel

El Hamlet estaba semivacío, como cada lunes por la noche. Me desplomé en uno de los taburetes frente a la barra y le di la espalda a la televisión, que emitía temporadas repetidas de *Cómo conocí a vuestra madre*.

—Alegra esa cara —saludó Eloi.

Le pasó un trapo húmedo a la madera y el olor a cítricos me noqueó.

—Es mi cara alegre —mentí.

Había pasado el trayecto de vuelta del instituto buscando la cámara oculta que se reía a mi costa. Mi rostro sombrío en el retrovisor constataba que no era tan buen actor como creía, y eso de llevar la procesión por dentro no se me podía aplicar. Si pretendía proteger bajo llave mis pensamientos, más me valía practicar.

—¿Tan malo ha sido el primer día? —preguntó mi amigo.

Me sirvió un combinado de hamburguesa con beicon y ensalada que no había pedido, y se cruzó de brazos a la espera de que le relatase mi odisea.

—¿Por dónde empiezo? Ah, sí... Por Vega. Se plantó en el ático dispuesta a quitarse la ropa después de un fin de semana de fiesta. Y la eché.

—Joder, lo siento, tío.

—Sí, yo también lo siento. Volverá, como hace siempre, y puede que me pille en un mal momento.

—Tienes que ser fuerte, si de verdad quieres seguir adelante, céntrate en ti.

—Espera, no he llegado a la mejor parte. —Pasé un dedo por el pan húmedo de mi plato y pinché una rodaja de tomate que no mordí—. Salí a dar una vuelta por el centro y me encontré con una chica a la que le había dado mi T-10 después de que un imbécil tirase del bolso de su amiga unas noches atrás. Justo a dos calles de aquí.

—No le veo relación a nada. —Eloi arrugó la frente.

—Tomamos algo y me besó.

—Vale, alto —cortó mi narración—. Eso de que un clavo quita otro clavo sin un periodo de reflexión es una mierda muy jodida. No te metas ahí.

—Te va a encantar lo que me ha pasado esta mañana. —Se me escapó una risa irónica—. Estaba en mi clase de bachillerato.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciocho o diecinueve. He husmeado su expediente y ha repetido.

—Consejo número uno, no husmees nada y aléjate de ella.

—No sabía que...

—Ahora sí lo sabes —interrumpió—. Acabas de conseguir el empleo, no la líes.

—Gracias por tu apoyo —espeté con sarcasmo antes de aliñar la ensalada y empezar a cenar mientras Eloi me asesoraba.

—Se te dan mal las relaciones, así que hazme caso. —Me tragué el «a ti también se te dan mal, por eso no sales con nadie más de tres veces»—. Olvida a Vega, pero hazlo solo o no la superarás nunca y la perseguirás hasta el fin del mundo cuando tu obra de *Romeo y Julieta* escolar se vaya al traste. Porque lo hará.

—No he dicho que vaya a pedirle matrimonio —refunfuñé—. Solo te cuento mi día.

—Hay un patrón que se repite desde que nos conocemos, Joel. Me cuentas aquello de lo que no estás seguro y te callas lo que tienes claro. Así que aprovecho tus incertidumbres para darte algo de luz. Por si nuestra siguiente conversación es a través de unas rejas.

—Eres imbécil —mascullé.

—Y tú, un imán para los problemas.

Negué con una sonrisa comedida y me lancé a la hamburguesa. Vega era pasado; Atena, un error que no volvería a suceder. Si mi existencia se basaba en tachar deseos —mi pasión por el diseño y mi ambición de dar la vuelta al globo terráqueo con una mochila colgada a la espalda—, comenzaba a incluir también personas. Solo debía ocuparme de un cabo suelto si no quería...

—Tirar por tierra tu carrera como docente —apuntó Eloi conectando su última frase con mis cavilaciones.

—Ya lo he hecho, no duraré más de una semana.

—No seas pesimista, Joel. Las cosas no pueden salirte mal eternamente.

El tío de Eloi le hizo un gesto para que se tomase el resto de la noche libre. Con dos comensales que acababan de pagar, el local se quedó en silencio. Mi amigo subió la música, atenuó las luces y convirtió el espacio en un concierto de Fito & Fitipaldis, Pereza y Revólver.

—¿Así pretendes animarme? —inquirí por encima de *Mi rendición*.

—Ignora las letras, solo escucha la música —me instó.

No lo logré hasta que le di palique. Nos perdimos en los recuerdos y, entre bocados a la hamburguesa y dos cervezas con poca espuma, regresamos al pasado. A los días en los que cogerle las llaves del Peugeot al padre de Eloi para perder la virginidad en el asiento trasero era buena idea, sin contar que habría interrupciones y amenazas de llamar a la policía por alteración del orden público. O a esas tardes castigados copiando capítulos del *Quijote* por no haber llegado puntuales al instituto. O a la primera copa de Malibú con piña y lo mayores que nos sentíamos al llenar el tercer vaso, como si una borrachera controlada en mi dormitorio, con mis padres viendo la televisión en el salón, fuera la gran transgresión que rememoraríamos hasta la vejez.

—Qué idiotas éramos —rio Eloi.

—Ojalá pudiéramos volver atrás.

—¿Para cambiar algunas cosas?

—Para quedarnos allí —manifesté con nostalgia.

—No lo dices en serio. Si volvieras a tener quince, la vida te parecería igual de patética que por aquel entonces.

—Lo sé.

Aun así, si alguien hubiera entrado en el Hamlet con una máquina del tiempo a rastras, no lo habría meditado ni un segundo. Me hubiera metido de cabeza, dispuesto a recuperar las crestas de puntas teñidas, los pantalones unos centímetros por debajo del calzoncillo, la época de fumar un cigarrillo al salir con los amigos y de fanfarronear inventando ligues para no quedarme muy atrás en comparación con el éxito que tenía Eloi.

—¿Te pongo otra? —preguntó mi amigo señalando mi caña.

Miré el reloj, eran las diez pasadas.

—No, vuelvo a casa.

—¿Seguro? Si necesitas...

—Estoy bien.

Él sabía que no era verdad, pero también me conocía. No me gustaba hacerme el mártir, prefería pasar a solas los momentos bajos y regresar más tarde

con energías renovadas. Y eso hice. Respondí a la llamada de Irina y fingí que había sido una jornada decente, sin sobresaltos. Le di permiso para que se lo contase todo a mamá y así no tener que repetir la historia. La charla duró poco, mi hermana entraba a trabajar en el turno de noche y aprovechaba el trayecto del *parking* a la cuarta planta del hospital para desearme suerte al día siguiente. Aunque, según ella, lo peor ya había pasado, me quedaba algo pendiente. Diálogos conmigo mismo que me mantendrían en vela hasta la madrugada.

12
Atena

La primera vez que pisé la Escuela de Música Elvira Baldó, tenía ocho años y no sabía leer una partitura ni había tocado un instrumento antes. La flauta y el xilófono de la hora semanal que dedicaban en primaria a la materia no se consideraba digna de mención, aunque fue allí donde la profesora resaltó mis cualidades. En consecuencia, Tanit me llevó a hacer una prueba y aquella misma tarde salí enamorada del violín.

«Esperad unos meses antes de comprarle nada, esta niña es como una veleta», oí decir a mi abuelo. Llevaba razón, porque un día me gustaba el fútbol y al siguiente marcaba un gol en propia y arruinaba mis planes de entrar en el equipo con Isolda. Me apuntaba a natación para después quejarme de lo fría que estaba el agua en febrero, o de lo aburridos que eran los pasos de baile de la academia del barrio. Estudiar música era muy caro y pagar la matrícula, adquirir los libros y hacerse con un instrumento se consideraba un lujo, así que los Beltrán hicieron bien en esperar.

Sin embargo, mi pasión no se diluyó.

Los martes y jueves se convirtieron en lecciones de solfeo, canto y peleas constantes con las cuerdas hasta que aprendí a dominar el arco. Pese a empezar con retraso el semestre, aprobé los exámenes finales con buena nota y suspiré aliviada: seguiría junto a mis nuevos amigos un curso más. Mis padres siempre se extrañaron de que mi media en el colegio fuera tan justa, pero aprobase sin esfuerzos los parciales de Música. Achacaron aquel misterio a que «la niña tiene talento, le sale natural», ignorando que mi facilidad no era la ventaja que me daba el trabajo hecho, sino el aliciente para que me esforzase más en algo en lo que podía destacar.

En las aulas bautizadas con nombres de músicos célebres que sonreían desde los retratos inmensos colgados de cada puerta, hallé mi lugar. Ese en el que no me sentía menospreciada, donde nadie me comparaba con el resto porque en las improvisaciones nada estaba bien o mal, y en el que los profesores no me fruncían el ceño si mostraba mi personalidad a través de una obra. Las características individuales eran premiadas y nadie luchaba para sumergirte en la marea homogénea de aquello que se consideraba correcto, normal, adecuado.

Con el paso del tiempo, la música se transformó en mi refugio, un mundo idílico en el que cobijarme si algo iba mal. En el instituto, en casa, en aquellos primeros amores de adolescencia. Tras la marcha de mi madre y la ruptura definitiva de una familia que ya no volvería a ser sinónimo de hogar, la hecatombe se desató. La culpable de todo —de cada suspenso, vigilia y mal carácter— fue la música. O eso afirmaron mis progenitores al reducir las tardes en la Escuela a una sola. «De otra manera no podrías compaginarlo con el bachillerato».

Había dejado el conjunto instrumental y solo hacía violín, aunque Ariadna me entregaba ejercicios semanales de solfeo y composición para que no me atrasara. Añoraba a mis compañeros, los chistes que solo nosotros entendíamos, la camaradería de quienes llevábamos una década compartiendo recitales, realizando exámenes orales muertos de vergüenza, intercambiando meriendas de pan de molde por barritas de Kinder Chocolate o bolsas de patatas al jamón de la tienda de la esquina.

Esa tarde saludé a Eva, Leo y Julia a través del cristal del aula insonorizada en la que preparaban su trío para una audición en enero, y subí hasta la tercera planta.

—¿Has ensayado mucho? —La cabellera castaña de Ariadna se asomó y me invitó a pasar al aula Vivaldi. Se abanicó con la mano, lamentando haberse puesto un vestido hasta los tobillos, y encendió el aire acondicionado.

—Menos de lo que necesito —confesé.

—Deberías haberte apuntado a los intensivos de verano, hicimos algunos conciertos gratis y versionamos muchas canciones conocidas.

—Lo sé, me arrepiento —mentí.

En agosto no había becas con las que cubrir más gastos. De hecho, me había saltado varias clases de música en septiembre para retrasar el pago de la matrícula y la mensualidad. Había evadido los mensajes de Ariadna hasta

aquella misma mañana, cuando el SMS confirmando el ingreso del Ministerio me dio luz verde para pisar el edificio de la Elvira Baldó con el justificante de la transferencia bancaria.

—Te reservo plaza para el próximo intensivo. Una alumna como tú no puede apartarse tanto tiempo de lo que gusta.

Acercó dos atriles plateados sobre los que apoyar el compendio de fotocopias encuadernadas con espiral que tocaría ese año y me dio unos minutos para afinar el violín, mientras se quitaba anillos y pulseras para tener las manos libres.

Empezamos calentando con escalas acompasadas a la velocidad del metrónomo. Después repasé fragmentos de varios estudios antes de atreverme a tocarlos completos. Como siempre, había apuntes a tener en cuenta. Ariadna resaltaba los fallos con el rotulador de punta fina rosa y añadía comentarios a lápiz para reducir el volumen, darle mayor intensidad, recrearme en una nota o aportarle más brillo a un armónico.

Aprovechamos los diez últimos minutos para ensayar una canción fuera del repertorio de acceso al Conservatorio, algo moderno como *Hysteria*, de Muse.

No supe si iba a enseñarle mi composición hasta que la lección finalizó. Había estado dándole vueltas durante los tres cuartos de hora, pero no fue hasta guardar el violín y meter las partituras en la carpeta, cuando garabateé las notas en la esquina de mi libreta de pentagramas y se la mostré a Ariadna.

—¿Es tuyo?

Hacía mucho que no le llevaba una de mis ocurrencias para saber su opinión, un acto espontáneo que había perdido con la edad.

—Me vino a la cabeza ayer, es una tontería... —Pero no me la sacaba de la mente, se reproducía en bucle sin mi permiso y me narraba una historia.

—Crear no es una tontería, Atena. ¿Quieres que le eche un vistazo en casa?

—Me gustaría oírla —aclaré.

—¿Por qué no la tocas tú?

—A veces no soy objetiva conmigo misma.

Detestaba la mayoría de mis composiciones, por eso nunca las acababa. Me resultaba más fácil juzgarlas si las interpretaba otra persona.

—Está bien —accedió.

Colocó mi libreta en un atril y rescató su violín para dar vida a mis notas.

Me relajé y logré disfrutar de la melodía sin juicios. Advertí el compás en el que debía añadir una pausa, las corcheas que aceleraban el ritmo hasta dejarlo en

el punto más álgido, tras una carrera en tonalidad mayor que se enlazaba con la segunda parte en mi menor. Más lenta, con un *staccato* agresivo hacia el desenlace.

—¿Por qué le has cambiado la armadura a la mitad? —preguntó Ariadna.

—Quería que sonase más triste.

—La primera parte es bonita.

—Pero la segunda suena más realista.

Atropellada, casi un accidente. Una sucesión que no daba tregua.

—Me gustaría saber cómo continúa.

—A mí también.

—Averígualo, Atena. Escucha lo que sigue y déjalo fluir.

Sin embargo, era complicado. No tenía Fundamentos del Arte hasta el miércoles a última hora y estaba dividida. Entre las ganas de ver a Joel y propiciar una conversación, y la necesidad de demostrarme a mí misma que podía ser fuerte y olvidarme de él.

Quería escuchar la melodía y, a la vez, escapar de los ecos mentales y crear mi propia música.

13
Atena

Me senté en mi pupitre habitual de la tercera fila, y eché un vistazo al móvil mientras esperaba a que Dídac llegase. Releí el «buenas noches, cariño» que me había enviado mi madre a las 23:58, pese a que yo lo había recibido esa mañana al quitar el modo avión del teléfono. ¿Desde cuándo Tanit se acostaba después que yo? La recordaba en casa, con los párpados pegados a las nueve y media, cuando regresaba de la escuela de música, y entonces se levantaba del sofá dando tumbos para servir la comida mientras mi padre ponía la mesa. Cenábamos en la cocina, a excepción de los días en los que *Masterchef* nos llevaba al sofá, frente a la televisión con las habituales porciones de *pizza* casera colmada de atún, aceitunas negras, cebolla y doble de queso. Mamá achacaba su sueño a la sensación de saciedad, pero era algo habitual. Pasadas las diez se iba a la cama para dormir un mínimo de ocho horas.

Quizá había cambiado los horarios como nos cambió a nosotros, a la humedad de Barcelona, a las reposiciones de *Plats bruts* o a pasear por Montjuïc en uno de esos domingos en los que ejercitar las piernas y recordar los Juegos de Barcelona 92 se le antojaban el mejor plan del mundo.

—¿Qué miras, rubia? —Dídac se recostó sobre el respaldo de mi silla.

Parpadeé para enfocarle y apagué el teléfono antes de que pudiera leer el estúpido mensaje.

—Nada, solo cotilleaba un poco. Por si alguien se había puesto una foto de perfil nueva.

Era obvio que mentía, Isolda lo hubiese captado al instante. Pero Dídac no, a él podía frenarle con excusas evidentes.

Sacó su móvil del bolsillo y me enseñó un videoclip de Adam Lambert. Insistió en que viera un directo de Vance Joy y le recordé que se le acabarían los datos, aunque no le importó. Los acordes de *I’m with you* quedaron ahogados

por las charlas matutinas del resto de compañeros. Samuel, un chico larguirucho y delgado como un palo en el que solo resaltaba el marrón de su cabello revuelto y sus inmensos ojos chocolate, se acercó trayendo un halo de colonia de las fuertes.

—Hola, Sam —musité, y una sonrisa triunfal se dibujó en su cara.

Utilizar aquella abreviatura y mencionar *Stranger Things* le hacían feliz. Que sus padres le obligasen a sacarse el bachillerato suponía un tormento sin igual para alguien que tenía las cosas claras: le apasionaba el kitesurf y empezaba a hacerse un nombre en las competiciones federadas. No obstante, su ambición iba más allá. Ese verano había aprovechado el tirón en redes sociales para conseguir dos patrocinadores, y el sueño de dedicarse al deporte y abrir su propia escuela en la playa le tentaban.

—Qué tal, Atena —respondió, alisándose la camiseta negra con Eleven enfundada en su mítico vestido rosa.

—Deseando que acabe el día —admití.

—Ya somos dos.

Me pidió la agenda para comprobar que había apuntado bien las entregas de esa semana, Dídac siguió con su concierto de YouTube y el grupo de las bailarinas —Felisa, Ruth y Olaya— nos impresionó haciendo alardes de flexibilidad levantando la pierna por encima de la cabeza. Pese a los pocos alumnos que había en el artístico en comparación con el bachillerato social, el científico o el tecnológico, contábamos con el séquito de «las populares». Las muñecas de porcelana de *ballet* clásico por las que el sector masculino llevaba siglos babeando y a las que cada chica aspiraba a parecerse. Eran un *pack* indivisible, tres clones de melena morena, lisa y brillante recogida en un moño alto, con un maquillaje minucioso y natural que daba tanta rabia como el de las actrices que despiertan con el rostro lleno de mejunjes en las películas. Vestían camisetas de licra que evidenciaban su índice de grasa corporal casi negativo, y faldas que acentuaban las kilométricas líneas de sus piernas, depiladas incluso en invierno. Sospechaba que el destino sería cruel conmigo, convirtiéndolas a ellas, y no a mí, en las protagonistas indiscutibles que llenarían escenarios.

—Buenos días. —Román entró con energía y dio un portazo a propósito.

El murmullo se extinguió. Cada estudiante ocupó su sitio, abrió su mochila y sacó el libro de texto antes de que el profesor de Literatura diera instrucciones.

Román era buen docente. Explicaba el temario a tiempo, corregía los exámenes la misma semana que los hacíamos y estaba disponible para consultar

dudas después de clase. Sospechaba que su tono aspirado se debía a una timidez que camuflaba marcando las distancias. A diferencia de la profesora de Inglés o la de Historia, nunca hablaba de sí mismo, de su familia o de lo que había estudiado. Deducíamos que vivía lejos porque algunas mañanas había llegado tarde quejándose de las caravanas, también que tenía hijos por las ojeras que le llegaban hasta los pies. Aunque me gustaba más imaginar que por la noche sustituía las camisas de cuadros por ropa de fiesta y causaba furor bailando en cada local del centro.

Sin embargo, su ritual al poner un pie en el aula distaba mucho de ese desenfreno con el que yo fantaseaba. Hacía un escáner inicial de los elementos de la clase, clavando sus ojos en cada estudiante. Pelo, ojos, nariz, labios, orejas. Después se centraba en la ropa y los zapatos.

—Diana, ve a cambiarte la camiseta —dijo señalando la prenda de manga corta con cuello desbocado en un hombro.

—No tengo nada para ponerme —repuso la pelirroja.

—Baja, el director llamará a tu casa para que te traigan algo.

Después llegó el turno de Minerva, que se quitó el septum sin rechistar. Xavi se deshizo de la gorra y de la pulsera de pinchos, y yo fui al baño a lavarme la cara hasta que el delineador de mis ojos desapareció. No rechisté ni opuse resistencia, sabía que Román solo trataba de contentar al director.

Volví diez minutos después, cuando el aula ya estaba sumida en un silencio sepulcral, inmersa en el tema 1: «Innovación y modernidad en el siglo XVIII». O eso creía el profesor de Literatura. Sam dibujaba una caricatura de su nariz aguileña, las bailarinas actualizaban Instagram y Xavi observaba el móvil cada cuatro segundos para comprobar el estado de su último pedido en Amazon.

A mi derecha, Dídac sacó su libreta de anillas y empezó a resumir un texto con subrayadores de varios colores, añadiendo pósits celestes y naranjas en los que anotaba palabras clave. Su estuche, de un gris discreto con versos de canciones escritos a bolígrafo, era el bolsillo mágico de Doraemon. Le había visto sacar de él típex, tijeras, pegamento, guantes, tapones para los oídos, tiritas y bálsamo de labios. Hurgó hasta dar con un espejo minúsculo en el que mirarse la pestaña que le hacía llorar el ojo izquierdo, y volvió a su tarea. Yo, que seguía pensando en el *whatsapp* de mamá, agaché la cabeza y copié párrafos sin coherencia en un folio hasta que sonó el timbre y Román arrastró sus relucientes mocasines hacia la puerta.

—Estudiad de la página quince a la veintidós —clamó antes de desaparecer.

No tuvimos ni cinco minutos de descanso. Virginia, de Inglés, entró haciendo resonar sus tacones de diez centímetros. Iba deslumbrante con uno de sus vestidos pastel de la sección de marcas caras de El Corte Inglés y un pin con la bandera de Londres que le había traído su hija del viaje de luna de miel. Pese a su acento británico, Virginia no había salido de España. Según ella, Andorra no se consideraba un país, aunque adoraba los trayectos en coche para hacerse con las últimas gangas: gafas de sol de Gucci, pulseras de Pandora o perfumes de Chanel. «Tengo suerte de ser de letras o me desmayaría si supiera la de euros que llevo encima», reiteraba. Y no era para menos, entre la manicura francesa, las sombras de NARS y el reloj Daniel Wellington dorado, ya sumaba más de lo que Isolda había gastado en las rebajas de Stradivarius en años.

Abrió las ventanas para airear la clase y la ráfaga cálida no movió ni un pelo de su melena platino acicalada con laca. Cogió la silla de detrás de su escritorio y la aproximó a nosotros en una pose más que estudiada. Piernas cruzadas y libro abierto por una página aleatoria, descansando en su regazo. El famoso «en selectividad tendréis que redactar una página sobre el tema que os toque» que brotaba de sus labios carmín decantaba en un monólogo sobre lo que fuera. Lo más destacado de la cartelera, lo guapo que le parecía Hugh Jackman, lo bien de precio que salía el *pack* de bragas color carne de Primark. No era de extrañar que diésemos por perdida la materia antes de comenzar el curso. Solo Minerva, que pasaba las tardes en una academia de refuerzo, entendía algo de los dichosos *listening* que escuchábamos de mes en mes, cuando la cháchara de Virginia hacía mella en sus cuerdas vocales y se quedaba sin voz.

Ese día analizamos el panorama de la prensa rosa y el paso del tiempo en David Beckham, ilustrándolo con fotos de los tatuajes del exfutbolista que ella misma buscó en Google. La media hora del recreo pasó volando entre los audios de Isolda y las imitaciones de Dídac, que ese miércoles mezclaba sus dotes de actor con las de cantante.

Todo había vuelto a la normalidad y se me antojaba soportable, hasta que unos ojos azul cielo se posaron en los míos. Vi sus nubes, un gris diáfano que amenazaba tormenta, y la música me acompañó mientras recorría la línea de su mandíbula oscurecida por la barba de una semana, varios mechones del flequillo que apuntaban en direcciones distintas y las arrugas de una camisa oscura que le incomodaba. Quise escucharle y no pude. Supongo que por eso no me quedó

más remedio que rendirme al pentagrama que se esbozaba en mi mente, mi interpretación de los diálogos que no llegaríamos a mantener sobre sueños frustrados.

De haber apartado la mirada de él, me habría percatado de los suspiros de Diana y Felisa al verle depositar el maletín sobre la silla. Pero era inútil a la par que absurdo e irracional, podría haber caído un meteorito sobre nuestras cabezas y yo hubiera seguido con el foco puesto en Joel. Un imposible. Un inalcanzable. Condicionales y subjuntivos dando forma a lo prohibido. O quizá solo una obsesión pasajera. Un beso fugaz. Un encuentro que no volvería a repetirse.

Me removí en el asiento, tratando de apagar el solo de violín nostálgico que vibraba en mi tripa, y supe que aquellos sesenta minutos se me harían eternos.

14
Joel

En mis años como alumno había detestado todo tipo de grupos y etiquetas. Quizá porque me colocaban en el peldaño más bajo de la pirámide, o porque mi subconsciente temía que los juicios ajenos matasen los sueños que aún no habían florecido.

Por eso me odié al entrar en la clase de segundo de bachillerato el miércoles y encasillar a una de mis alumnas en el estereotipo de empollona por tener la mano alzada de manera perpetua.

Minerva, la delegada cuyo pasatiempo era desafiarme, parecía una inspectora de policía camuflada bajo camisetas de grupos góticos y uñas con pintura negra descascarillada. Su expresión me juzgaba, sus resoplidos ponían en entredicho mis explicaciones y nada le parecía bien. Era brillante, posiblemente tenía más idea que yo sobre las obras que íbamos a estudiar y olfateaba mi miedo a metros de distancia, por eso arrugó la nariz cuando pasé más de diez segundos hojeando el índice del libro.

—Vamos a la página dos, empezamos por el arte griego —enuncié bajando la vista, evitando a Atena y a su rostro abstraído—. Se divide en tres periodos: arcaico, clásico y helenístico. Debajo de la introducción tenéis un breve resumen de los elementos comunes en arquitectura, pintura y escultura.

—¿Podemos pasar directamente a comentar el Partenón? —sugirió Minerva.

—Después de corregir las pruebas de nivel, creo que es necesario hacer hincapié en los aspectos formales antes de entrar en materia. —Traté de mantener la calma.

—Pero ya vamos retrasados. El día de la presentación deberíamos haber dado una obra. No dará tiempo a terminarlas todas.

—El calendario está ajustado, pero las acabaremos —prometí sin tener ni idea. No había contado ni las obras ni las semanas lectivas. Era un fraude sin plan.

—Hay alumnos de otros institutos que dan cuatro obras por clase.

—Es un ritmo precipitado.

—También lo es ir a selectividad sin haber visto todo el temario.

Sin una réplica, sin salidas a ese embrollo en el que me había metido yo solo ejerciendo de profesor, hice lo que tanto había aborrecido en el pasado: usar la autoridad para silenciar a quienes no compartían una opinión.

—Empezaremos por el arte griego —repetí—. Minerva, por favor, lee en voz alta.

Me odió más. Lo percibí en el brillo de sus ojos, en el tono que empleó para reproducir cada párrafo y en el ataque de tos que fingió para librarse de mi castigo.

Aquella aula era un campo de minas. Dos a punto de estallar en mis narices. El resto, despertando momentáneamente para bufar, lanzarse bolitas de papel, subrayar apuntes por inercia o resumir páginas sin prestar atención.

Mandé leer a tres alumnos más para hacer alarde de poder y reforzar un mensaje: «Si pones en entredicho mi planificación, esto es lo que te espera». Cuando sonó el timbre y los estudiantes salieron en estampida hacia la puerta, me sentí como una mierda. Yo no era así, no disfrutaba con el papel de malo de la película ni me interesaba atemorizar a nadie. Solo quería que confiasen en mí, que me validasen, en lugar de cuestionar mi metodología. Pero para recibir halagos y ser aceptado, debía esforzarme más, ganarme a pulso mi puesto.

Entonces la vi pasar. En el último grupo que abandonaba el aula. Con una camiseta calabaza remetida por los vaqueros, el cabello recogido en una coleta alta y sin su habitual maquillaje negro bordeándole los ojos.

—Atena, ¿puedo hablar contigo un momento?

Arrugó la frente, le hizo un gesto a Dídac para que se marchase sin ella y arrastró la suela de las Converse rojas hasta mi mesa. Me levanté para rodear la madera que nos separaba, pero se me antojó demasiado personal y recosté las palmas en el borde, inclinándome hacia ella para hablar en susurros.

—Quería asegurarme de que todo está bien.

—Quieres asegurarte de que no digo nada sobre nosotros —leyó entre líneas.

—No hay ningún nosotros —rectifiqué, pasando por alto la punzada que me

asaltó el pecho al ver el enfado cruzando su semblante.

Era adulto, debería haber sido capaz de afrontar aquello de forma rápida, una sutura limpia para cerrar la herida por la que no podía colarse nada. Pero su presencia me afectaba. Tragué saliva y me ajusté la camisa como si la tela pudiera contener los bombeos acelerados de mi corazón. No creía en los flechazos, y aquello no era amor, aunque me intrigase. Apenas la había tratado, no podía encapricharme de una imagen superficial de la que no conocía su contenido. Sin embargo, si hubo un momento en el que deseé no ser docente, fue cuando le negué lo que éramos. Dos personas que querían apoyarse mientras esperaban a que la llave de los anhelos llegase por arte de magia.

—Está bien —replicó, tratando de adornar sus rasgos con una sonrisa que se congeló antes de alzarle las comisuras.

—No lo está, por eso tenemos que hablar. —Aunque no quedaba nada por añadir. Pero la retuve allí, cerca, temiendo que mi maldito «no hay ningún nosotros» marcase un punto final.

—Claro, profesor —escupió, sarcástica.

—Atena. —Enarqué una ceja—. ¿Podemos ser civilizados y no hacer un drama de esto?

Recuerdo la electricidad cuando su mirada verde se clavó en mí como una espina. Su labio inferior tembló y alargué la mano para coger la suya antes de retirarla al recibir una descarga.

—Podemos fingir serlo —murmuró afectada por nuestro breve contacto—, pero no es lo que elegiría si fuera libre para tomar la decisión.

—La libertad nos limitaría.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que, si fueras libre, no nos habríamos conocido. Hubieras preferido tocar en el Liceo antes que en una calle frente a extraños que no valoran tu talento. No habríamos coincidido.

—Puede que antes o después. De todas formas, te equivocas. Nunca elegiría tocar en un lugar que no merezco, las cosas hay que ganárselas. Y parece que me queda mucho camino por recorrer aún.

—Lo conseguirás, estoy seguro de que...

—No te esfuerces, Joel —interrumpió acunando mi nombre. Hizo una pausa tras él, como si fuera a cobijar las cuatro letras contra su paladar hasta derretirlas—. Ya no estamos en las escaleras de la catedral, ya no somos dos desconocidos.

La puerta del aula seguía abierta. Me contuve para no dar unas zancadas hacia ella, cerrarla de una patada y encerrarnos entre aquellas paredes unas horas. Y así continuar la conversación que habíamos iniciado al aire libre, sincerarnos, despojarnos de las capas y pedirle que interpretase sus canciones preferidas con el violín.

—Lo lamento —me disculpé por no hacerlo. Anhelar y arriesgar no iban de la mano.

—¿Qué habría ocurrido si nos hubiéramos reencontrado lejos del instituto? —inquirió.

—¿De verdad quieres que conteste?

—Acabas de hacerlo. —Se le escapó un suspiro.

—Es más prudente no hacerse preguntas —puntualicé. Entonces un interrogante se generó de la nada. Me mordí la lengua, pero la duda resbaló por mis labios antes de que pudiera sellarlos—. Las notas que escribiste en la prueba de nivel... ¿Significaban algo?

—Nada importante.

Entrelazó los dedos de ambas manos, jugueteando con ellos, mientras sus ojos acariciaban mi boca. Sin añadir más, avanzó hacia la salida, dejándome a solas con miles de pensamientos.

15
Atena

—¿Por qué estás tan callada? —preguntó Isolda.

Era viernes por la tarde y me quedaba a dormir en su casa. Pese a ser las ocho, estábamos sentadas en su cama con el pijama puesto. Ella, enfundada en un conjunto de flamencos de nueva temporada; yo, reciclando una camiseta de algodón que ya no me ponía para salir y unos *shorts* que mi mejor amiga me había regalado tiempo atrás con la intención de que corriera con ella por las tardes. Su espíritu deportista se había esfumado con las lluvias de esa semana y las excusas posteriores, así que la tela transpirable, que debió de costarle un ojo de la cara, pasó a ser mi uniforme de noche.

Sus padres habían salido a celebrar el aniversario de casados a un restaurante caro en el que los camareros te sirven la bebida y te quitan las migas del pan. Dídac estaba viendo series en el salón, aunque él lo denominaba estudio de gestos faciales y posturas para transmitir emociones. De ahí que llevase dos horas con el mismo capítulo de *Six Feet Under*.

—Estoy cansada. —Me encogí de hombros y seleccioné una nube del cuenco que teníamos entre nosotras.

—Mentirosa —recriminó ella, recostando la espalda en la pared—. Cuando estás cansada no comes.

—Esto no es comer, solo picar.

—Tienes mala cara, ¿ha pasado algo con tu padre?

—Nada fuera de lo habitual.

Desde que había empezado el instituto nos veíamos menos, lo cual se traducía en una calma gratificante.

—¿Qué tal el profesor nuevo?

—Bien. Normal. —Me encorvé un poco simulando estar mirándome un lunar del tobillo, por si mi cara me delataba. Lo último que me apetecía era hablar de Joel.

—¿Solo eso? Dídac dice que está buenísimo.

—Dídac es un poco exagerado.

—¿Tienes foto?

—¿Me tomas por loca? ¿Por qué iba a hacerle una foto a un profesor?

Quizá me puse un poco a la defensiva. Isolda se dio cuenta y enarcó una ceja.

—Para enseñármela. ¿Seguro que no te pasa nada? Estás rara.

—No descanso bien, todavía no me he acostumbrado al horario de clase.

Esa vez coló. Mi amiga sabía que adoraba dormir y que las mañanas no eran lo mío. Apenas desayunaba, mis saludos eran gruñidos y no retenía nada de lo que me dijeran recién levantada.

—¿Cómo se apellida el profesor guaperas? —Encendió su móvil y entró en Facebook.

—¿Qué se supone que vas a hacer? —Aunque lo intuía, solo trataba de retrasar lo inevitable, el momento en el que Isolda suspiraría también por Joel, empezaría a introducirlo en nuestras conversaciones y me volvería loca.

—Si no cooperas, llamo a mi hermano. Es capaz de hacerse una cuenta falsa solo para pedirle amistad —amenazó.

—Sanz —bufé. Nunca me preocupaba por mirar los folios de lecturas obligatorias, horarios de tutorías ni correos de profesores. Sin embargo, había memorizado sus datos como una idiota.

—¿Sanz qué más? Salen unos mil millones de personas —se lamentó.

—Ni idea. Además, igual es de esos que utiliza solo las iniciales o se cambia el nombre por algo sin sentido para que nadie lo encuentre.

«Joder, Atena, no vayas por ahí», pensé. Demasiado tarde, mis propias palabras me sugestionaron y nadé en un mar de interrogantes. ¿Sería de los que no actualizaría desde hacía meses y ni siquiera respondía a las felicitaciones de cumpleaños? ¿Compartiría sus comidas a diario? ¿Subiría fotografías de sus proyectos, viajes y enlaces de sus canciones preferidas? No lo imaginaba llenando su perfil de frases esperanzadoras, tampoco modificando su foto de portada cada semana.

Esa mañana había tenido clase con él. Había comprendido que «no hay ningún nosotros» equivaldría a miradas esquivas, pliegues en la frente, huir de

mi pupitre como si le hubiese puesto una orden de alejamiento y ni siquiera alzar los ojos cuando pasaba lista y llegaba a un Atena Beltrán que sonaba a despedida. Puede que mi mal humor se debiese a eso, al rechazo. Su actitud a la ofensiva me dolía.

—Mejor busco en Twitter —concluyó mi amiga, aunque tampoco encontró nada. Veinte minutos después, cuando ya lo daba por perdido, vio que Román seguía a un tal @itsjoels—. Lo tengo. Joder, sí que está bueno. Vais a suspender, es imposible concentrarse con un ser tan perfecto delante. Espera, me suena demasiado. ¿No es el tío que me devolvió el bolso?

—Lo es.

Eché un vistazo por encima del hombro de Isolda. Solo había publicado quince imágenes, casi todas junto a un tal Eloi en el mismo bar, el que mencionó para tomar algo en nuestro paseo improvisado por Barcelona. Tres fotos más de pantallas de ordenador con ilustraciones y carteles anunciando una feria de Sabadell. Y el primer plano de un tatuaje de la rosa de los vientos que me intrigó.

—¿Dónde crees que se lo hizo? —Isolda amplió la foto.

—Ni idea. —Aunque quería tenerla.

—¿En los gemelos o en el brazo? —se aventuró pasando a una imagen de cuerpo entero en la que los pantalones cortos revelaban unas piernas muy trabajadas—. 2016 era un buen año para apuntarse al gimnasio y coincidir con semejante dios.

De Instagram pasó a LinkedIn, donde descubrió que era licenciado en Diseño Gráfico y había hecho prácticas en dos empresas pequeñas, dominaba la mayoría de programas de ilustración, edición y se desenvolvía tanto en Mac como en Windows. Husmeó su currículum *online*, un documento interactivo con enlaces, vídeos e infinidad de colores que denotaban su virtuosismo con las herramientas de maquetación, señalando como habilidades la cartelería, infografía, diseño web y *editorial branding*. Isolda se centró en la fotografía que encabezaba el PDF, yo me resistí a su físico y me dejé llevar por el magnetismo de sus proyectos. La mayoría, los que no eran encargos como *freelance*, tenían como eje central alguna reivindicación: un tríptico para un centro de apoyo a jóvenes transgénero, dos perreras que buscaban voluntarios, encuentros de novelistas *amateurs* y varias campañas de recogida de alimentos y juguetes para Navidad.

¿Por qué no podía ser un cretino sin escrúpulos al que me resultaría sencillo odiar?

—Inglés y francés avanzados —masculló Isolda—. Aparte de belleza, tiene la mente bien amueblada.

—No como nosotras, dos acosadoras en potencia. Sal de ahí —rogué.

Le habría explicado que lo que estaba viendo implicaba más que méritos académicos, que aquel chico poseía sueños que estaba pausando para pagar el alquiler. Quizá la crisis lo había llevado al IES Valancós, aunque jamás pertenecería al instituto porque sus alas no cabían en un horario establecido y apuntes que dictar con amargura. Pero no aguantaría que Isolda me preguntase por él cada día, así que guardé silencio. Si soportaba la música hasta que dejase de sonar, lograría superar aquel encaprichamiento estúpido.

—Puedes repetir curso por mí mientras yo paso tus horas de Psicología tumbada en el césped.

—Eso de no ir a clase en la universidad es un mito. Solo llevo una semana y ya me estoy agobiando.

—¿Mucho temario?

—Sí. Y demasiada libertad.

—No tendrás ningún problema para aprobar, Isolda, siempre has sido de notable.

—Cuando me daban un horario estricto y me pautaban todo al milímetro. En la facultad es distinto, no hay parciales cada semana o trabajos para subir nota. Los profesores no se aprenden tu nombre y les da igual que vayas a clase o no. Si no cumples el mínimo de asistencia o suspendes el examen final de su asignatura, vas a septiembre.

—Nunca has suspendido —la animé—. Además, ahora vas a estudiar lo que realmente te apasiona. Por muy duro que sea, te adaptarás.

—Eso espero, el recargo por suspender y volver a matricularte es un abuso.

Empezó a estresarse y se rascó el pintauñas dorado de una mano mientras concretaba lo difícil que le parecía cada materia. Me enseñó un libro de etología y evolución de la conducta que había tomado prestado de la biblioteca, resopló señalando los capítulos que estaban comentando en clase, y me vi en la obligación de lanzar una escalera a su cubículo de preocupaciones.

—Si fracasas como psicóloga —inicié mi maniobra de distracción—, siempre podrás convertir tu afición en algo con lo que lucrarte. Isolda es buen nombre para una tarotista.

Su lado místico no necesitó más para ir hacia la estantería y rescatar la baraja con la que llevaba leyéndonos el futuro desde hacía años. Nunca acertaba,

quizá porque modificaba a su antojo las cartas que salían hasta que el más allá le decía lo que quería escuchar. «Eres lo que atraes, y si pienso que sucederán cosas buenas, multiplico las opciones de que ocurran», justificaba ella. Yo tambaleaba su quimera cuestionando el poder de un trozo de papel, por mucho incienso o velas aromáticas que encendiese. Mi amiga se quedaba sin argumentos y se escudaba en el clásico «acuario atípica, sé más tolerante».

Esa noche, el esoterismo confabuló en su contra y cada carta que giraba o cambiada por otra tras mezclar la baraja le auguraba lo mismo: amor a la vista. Así fue como acabamos hablando de Marc.

—¿Qué tal va su ortografía? —me mofé—. ¿Progresa adecuadamente?

—Se salta los acentos, pero no las comas. Eso le da puntos —sopesó Isolda.

—¿Sus temas merecen la pena?

—Ameniza los viajes en metro. No lo sé, parece simpático.

—¿Simpático? —Fruncí el ceño—. ¿Tan poco te gusta?

—Esa es la cuestión, no lo sé. Hablar por WhatsApp es muy práctico si vives en otro continente, pero yo no me pillo por alguien con iconos. Necesito verle la cara cuando habla, saber si se ríe o es de esos tíos serios. Si mira a los ojos, te pregunta dónde te apetece ir antes de elegir sitio y no se retrasa de la hora. Cuando compruebe todas esas cosas, decidiré si me gusta o solo es un espejismo.

—Parece que lo tienes claro. ¿Vas a quedar con él?

—Puede. Es que... Si pretendo salir con alguien y que la cosa no se quede en besos un sábado por la noche, necesito tiempo. Incluso una cita me parece poco.

Sonreí. A mí me había bastado una cita improvisada para hundir los pies en el fango.

—Toma. —Me ofreció la baraja para que hiciera tres cortes—. Ahora vas a ser tú la que sufra un interrogatorio si sale la bruja con el corazón frente al espejo.

Pasamos las siguientes horas dándole nuestra interpretación personal a arlequines con espadas, puestas de sol lóbregas, trovadores decapitados y ángeles sobrevolando campos de girasoles. Dídac se unió a nosotras para cenar fajitas de pollo en el sofá, y pusimos una película de Netflix que amenizó la velada. Hubo guerra de cojines, bailes improvisados y palomitas de mantequilla bañadas en Nutella.

Con *Lover*, de Taylor Swift, como banda sonora, tiramos las cartas hasta

que el destino se asemejó a nuestros sueños. Para aportarle mayor realismo, lo escenificamos con mímica. Isolda se licenciaba con matrícula de honor y obtenía una beca para estudiar en California, tostándose bajo las palmeras en sus ratos libres. Dídac conseguía su primer papel en una película de Amenábar y hacía historia siendo el nominado más joven que se alzaba con un Oscar desde 1944. Y yo... Yo entraba en el Conservatorio, tocaba en grandes escenarios y recorría la geografía europea deleitando a los espectadores con mi solo de violín. Pero, cuando clavaba la vista en las butacas, tras hacer mi usual reverencia, en el público solo reconocía los ojos de Joel.

16
Joel

Dos *pizzas* hawaianas, cerveza fría y Eloi y yo apalancados en el sofá, sin zapatos, notando las cosquillas de la alfombra en la planta de los pies. Ese era el plan del sábado por la noche.

—Siéntete afortunado —bromeó mi amigo—, he rechazado una cita prometedora para estar contigo. Y ya sabes que mi tío no me da muchos fines de semana libres.

—Vete si quieres, pero la comida se queda. —Mordisqueé la porción que tenía en la mano y noté cómo la harina de la base me teñía la barba.

—¿Vamos a hablar de lo que te preocupa, o hacemos como siempre y lo apartamos a un lado hasta que explotes?

—Nos acabamos la *pizza* y charlamos —prometí.

Mastiqué pausadamente, digiriendo la situación.

Llevaba dos semanas trabajando en el IES Valancós y se me antojaban dos siglos. Cada clase, en lugar de mejorar, confirmaba mi poca madera de docente. Y no es que estuviera acostumbrado a que las cosas resultasen fáciles. Más bien al contrario, pero echaba de menos a las musas, mi anhelada inspiración se hacía de rogar. En lugar de salir corriendo hacia el ordenador o anotar una idea de madrugada, me hallaba sumido en la frustración previa al eureka.

Cogí aire y lo solté despacio, mucho más cómodo con una simple camiseta ancha y vaqueros que con las camisas y pantalones de vestir que usaba de disfraz en el instituto. La mesa del profesor era mi escudo, la barrera que me separaba de los alumnos, un muro infranqueable. No podía culparlos a todos ellos de aquella desidia generalizada, así que me atribuía la responsabilidad a mí. Me sentía inferior. Patético. Incapaz. Por ocupar un puesto que no era mi vocación, por no llegar a los chavales que fijaban la vista en obras de arte como quien ve

un jeroglífico que jamás descifrará. La baza de ser el más joven del claustro no me convertía en aliado y, si había un sentimiento que despertaba en aquellos estudiantes, era la indiferencia.

Quizá porque no puedes impresionar a nadie cuando te estás defraudando, y eso ellos lo percibían, pese a los trajes, el tono autoritario y mi ímpetu en que me entregasen sus resúmenes semanales para asegurarme de que estaban entendiendo mis discursos ininteligibles y que no iban a suspender selectividad por mi torpeza explicando el temario. Quizá no era el más indicado para inculcar nada si había acabado allí de rebote. Por una crisis. Por un alquiler. Por una rutina en la que el dinero pesaba más que mis cualidades.

—En serio, Joel, descansa el cerebro un poco —me alertó mi amigo—. Oigo tus pensamientos.

—¿Otra cerveza? —ofrecí, y me puse en pie antes de que me diera una respuesta.

Regresé al sofá con dos latas frías y bajé la tapa del cartón para cubrir los restos de mi *pizza*. No pronuncié más que monosílabos hasta que me acabé la segunda Moritz, fuimos a un veinticuatro horas a por refuerzos, y el alivio momentáneo de la compañía de Eloi mitigó mi pesimismo.

—¿Te ha tocado un grupo malo? —Me apuntó a la sien con los dedos índice y medio antes de simular que me disparaba. Sopló el gatillo y me provocó una risa ronca.

—Los de la optativa no dan problemas, y los de bachillerato son buenos chicos. A excepción de una estudiante que me la tiene jurada.

—¿La delegada sabelotodo a la que haces leer en alto o la que te besó y ahora te odia?

Resumido así, con humor, parecía menos intenso. Le di un golpe en el brazo con el puño cerrado y Eloi se contuvo para no devolvérmelo el doble de fuerte.

—Minerva, una alumna brillante que tiene razón en cada palabra que dice, solo que lo expresa en un tono acusatorio que me saca de quicio.

—Suspéndela. —Se llevó la Moritz a los labios y bebió un trago largo.

—Si suspendo a la mejor, ¿qué hago con el resto?

—Pues bájale la nota como toque de atención.

—Pretendo motivar, no amenazar.

—Con nosotros era lo único que funcionaba. Los «estudia o acabarás siendo reponedor o camionero como tu padre», y los «sois el peor curso que me ha tocado en los quince años que llevo enseñando» —imitó la voz estridente de

nuestra tutora.

—Que fuera lo único que sabían hacer nuestros profesores no implica que estuviera bien —repuse—. No voy a repetir los errores que cometieron conmigo. Además, ya no funcionan esos trucos baratos. Cualquiera se conformará con encontrar trabajo, de lo que sea. Y no es justo hundir a las generaciones mejor preparadas de España. Ya lo harán sus jefes cuando los contraten como becarios a los treinta o tengan que largarse a Londres para cuidar niños o servir hamburguesas en un McDonald's.

—No sé, Joel... Te quedas sin opciones.

—Quiero inspirarles.

—¡Oh, capitán! ¡Mi capitán!

—Si se me ocurriera cómo hacerlo... —lamenté.

Le narré las últimas clases: ojos fijos en los móviles que escondían en el cajón bajo el pupitre, las entregas escuetas de Samuel, las caras de no entender nada de Diana, Ruth y Xavier, las distracciones de Dídac. Que Felisa me hablase de eventos deportivos en vez de la batalla de Salamina cuando le pregunté por lo que recordaba del Templo de Atenea Niké fue el remate. No estaban comprendiendo nada. Memorizar no les servía. Ni leer, resumir o hacer comentarios de cada arquitectura.

—No te fustigues tanto, Joel. Que quieran ser *youtubers* o estén obligados a estudiar algo que no les gusta no es tu culpa.

—Me da igual lo que sean si es lo que les hace felices, pero me jodería que se les cerrasen puertas por unas décimas...

—Mírate, eres todo un padrazo —se mofó—. Te preocupas por ellos.

—Navegamos en el mismo barco, tenemos que contribuir para no hundirnos.

—Sigue así, lo estás haciendo mejor que «algunos profesores de verdad» —entrecomilló el término.

—Podría hacerlo mejor.

—Siempre en busca de la perfección. Hacía mucho que no te veía así, con el fuego en la mirada y las ganas de comerte el mundo.

Pero no era por mí, sino por ellos. Algunos tenían claro su futuro; otros, avanzaban de puntillas, tan perdidos como lo había estado yo. Era imposible no empatizar, no desear allanarles el camino y tenderles una mano.

—El fracaso escolar se debe a lo mal que está montado el sistema educativo —afirmé pasadas las doce, tumbado sobre la alfombra, con la cabeza recostada

sobre ambos brazos.

—Te has pasado con el alcohol —canturreó Eloi, que también estaba achispado—. Si no puedes dar una clase en condiciones y pretendes derruir los cimientos de la docencia..., suerte con ello. Porque te aviso, amigo, vas a fracasar estrepitosamente.

—Joder, ¿es que no te acuerdas de lo pesadas que se nos hacían las clases? Siguiendo un horario durante meses, con profesores que no nos entendían, encerrados leyendo cosas que jamás veríamos...

—Sé adónde vas, tío —me advirtió.

—Ayúdame.

—La creatividad es tu terreno.

—No me he ganado muy bien la vida con ella.

—Nunca es tarde, pero si ese director es tan conservador, más te vale adornar tus locuras con buenos argumentos para que no te echen.

Se pellizcó el mentón y añadió un par de oraciones más, pero yo ya no le veía. Acababa de tener una idea y, en aquel instante, todo eran fuegos artificiales.

—Espera. —Corté el discurso de Eloi.

Corrí a por el portátil y regresé al salón para teclear sin tregua.

Mi amigo se acomodó entre los cojines del sofá y se durmió. Yo estuve despierto hasta el amanecer, encajando las piezas de un proyecto que iba a defender a capa y espada. Esperaba que mi idea recondujera la dinámica de las clases y que me colocase en la casilla de salida para desempeñar mejor mi trabajo como profesor.

Más tarde, cuando la vorágine se ordenó y di por concluida mi tarea, me apoyé en el alféizar de la ventana para respirar el olor a domingo pausado, con ciclistas madrugadores, el ulular de las aves y la brisa matinal acariciándome el rostro. Me pregunté si provenía de mí aquella calma aparente, y deseé que fuera lunes por la mañana.

17
Atena

Los trabajos en grupo no eran mi especialidad, y menos si involucraban exposiciones orales delante de la clase. A Dídac, en cambio, le pareció estupendo que Virginia nos mandase crear un informativo con noticias en inglés.

—Sam tiene un acento decente —puntualizó el domingo, por teléfono—. Si empieza él, causaremos buena impresión.

—Claro, ya hundiremos el final de la exposición nosotros —cuchicheé.

—Tendremos el aprobado automático si nombramos a Chris Hemsworth.

—No podemos pasarnos veinte minutos hablando de un actor.

—Lo dirás por ti, rubia, yo estoy totalmente capacitado para enrollarme comentando sus pelis. Si hace falta, recito de memoria los créditos y rebozo el *powerpoint* con fotos de Thor sin camiseta para desviar la atención.

Si hubiera estado de mejor humor —o lo que era lo mismo, si Joel hubiera cambiado de trabajo, evitándome así migrañas—, habría reído a cada uno de los comentarios de Dídac en lugar de rebatirlos adoptando el tono quisquilloso de Minerva.

—Virginia ha pedido un informativo —repliqué—, no una versión picante de *Días de cine*.

—Vale, pues cubrimos el concierto de una estrella de la música clásica. Sam es el enviado especial y yo, el presentador. Tres preguntas rápidas antes de que se corte la conexión y pasamos a tu recital de quince minutos con el violín.

—Prepárate para el suspenso —vaticiné.

—No es descabellado, las bailarinas planean una actuación en directo.

—Las bailarinas no son el mejor ejemplo a seguir.

—No te cierres en banda, Atena, las propuestas arriesgadas son las que sobresalen.

—Ya, pero en este caso es preferible pasar inadvertidos.

No nos pusimos de acuerdo, así que hicimos algo que en la mente de Dídac tenía mucho sentido: reposar el *brainstorming* de propuestas patéticas yendo al cine. Renegué de su manera de escaquearse de las obligaciones, pero acepté la invitación. La cabeza iba a estallarme si dedicaba un pensamiento más al profesor de Fundamentos del Arte, y encerrarme en casa no ayudaba a mi ansiedad.

—Creía que querías ver alguna en concreto —dudé una hora después, al observar a Dídac coger un díptico con la cartelera y pedirme que cerrase los ojos para apuntar al papel.

—Prefiero los dramas con música épica, pero tu cara es un poema triste de Neruda. —Se encogió de hombros—. Que sea lo que el azar quiera.

Estiré las comisuras en una sonrisa comedida y mi índice dictaminó que dedicásemos la tarde a una distopía de robots conquistando galaxias lejanas.

—Para eso vamos a necesitar una buena dosis de dulce. —El rubio chasqueó la lengua mirando hacia la tienda de gominolas.

—¿Elegimos otra vez?

—¿Y qué gracia tiene eso?

—No sé, es lo que hacemos Isolda y yo con las cartas.

—Nunca os lo tomáis en serio, Atena. ¿Qué sentido tiene perder tiempo repitiendo algo en vez de decantarte por la opción que quieres desde el principio? No os entiendo.

—Es divertido. Venga, dime qué sinopsis te gusta más y voy a la taquilla.

—No funciona así. El azar está para sorprender o resolver conflictos, como qué ver si somos dos y no hay un tercero en discordia para el desempate. Es una especie de democracia aleatoria.

—Dídac, elige la que prefieras. No importa, cualquiera me vale.

—La amistad no funciona si solo es uno el que se sacrifica.

«¿Qué sabrás tú de la amistad, lobo solitario?», le habría reprochado Isolda de haber estado allí.

Durante un segundo, resultó extraño. Ese chico, que había formado parte de mi vida desde siempre, pero que no gozó de un papel relevante en ella hasta ese curso, me daba lecciones que seguramente habría sacado de la gran pantalla. Y esa noche, gracias a él, mi última reflexión no giraría en torno al maldito «no hay ningún nosotros» que se reproducía en bucle. El chico de las películas al

azar salvaba a la chica de los gofres calientes en verano. Durante una tarde. A veces eso es todo lo que precisas, unas horas para coger aire antes de volver al campo de batalla.

Nada satisfecho con mi expresión alicaída, Dídac me arrancó la primera risa sincera de los últimos días.

Y me prestó su americana de lunares cuando el aire acondicionado me erizó el vello de los brazos.

Y llenó una bolsa con nubes, plátanos de azúcar, ladrillos pica pica, regalices, ositos de sabores, dentaduras y Lacasitos para compartir.

Y completó el festín de la diabetes con un cubo inmenso de palomitas de colores. El pequeño de los Aloy detestaba las de mantequilla, y pringarse los dedos a la vez que se le teñía la lengua era indispensable para culminar una buena experiencia cinematográfica.

—Ni se te ocurra comerlas. —Me dio una palmada en la mano cuando intenté coger una, ya acomodados en los asientos centrales de las primeras filas —. Son para cuando acabe la peli.

—¿Y por qué las hemos cogido ahora?

—Es fácil, está en juego el plan de después.

—¿No vamos a dejar que el azar siga decidiendo?

—Es mucha responsabilidad para él en un periodo de tiempo tan corto. —Sacó dos bolsas de plástico transparentes, de las que se usan en los supermercados para pesar la fruta, y me dio una—. El que consiga más palomitas verdes, decide qué hacemos al salir. Y no hagas trampas, no empezamos hasta que apaguen las luces.

—Eres rarito.

—Te acostumbrarás. —Me guiñó un ojo.

El reto de las palomitas lo ganó él con un total de cincuenta y siete. Tras celebrar su victoria comiéndoselas, se decantó por llamar a Sam para poner en común el guion que se le había ocurrido durante la secuencia final de la proyección.

Una hora más tarde estábamos reunidos en el parque de ruedas del barrio para dar forma a los primeros párrafos del informativo, al que titulamos «Bloody bad news». Se trataba de una ficción con alusiones a *Entrevista con el vampiro*, y que reflejaba el afán de dos intrépidos periodistas por cubrir las noticias durante toda la eternidad. Era lo más absurdo que había oído en semanas, pero también lo que me estaba librando del dolor de cabeza.

Sentados en los columpios, devorando las sobras del cine bajo el atardecer anaranjado, Sam y Dídac echaban a suertes el papel protagonista de vampiro milenario. Recelosa al principio, me lancé a la aventura al ser acusada de cascarrabias, y contribuí buscando tiendas de disfraces en internet para hacernos con colmillos, crucifijos y sangre.

—Lo petaremos —declaró Sam, terminándose el último regaliz.

Detecté el rubor que le provocaba la sonrisa del larguirucho a Dídac, y crucé los dedos para que la complicidad que desprendían fuera buena señal. Ojalá ellos sí tuvieran un «nosotros».

18
Joel

—Sacad los móviles —anuncié el lunes, entrando en la clase de bachillerato artístico.

Los alumnos me observaron con el ceño fruncido, temerosos de que aquella petición formase parte de un castigo.

—¿Qué hemos hecho? —preguntó Xavier con hastío. A su izquierda, Minerva le quitaba la carcasa de Extremoduro a su iPhone, creyendo que lo iba a requisar.

—Nada, de eso se trata. No hemos hecho absolutamente nada en estas semanas —dictaminé—. Memorizar sin comprender y sin interés no da buenos resultados. Podéis aprobar un parcial de quince obras, pero en selectividad habrá presión. Os la jugáis en unas horas y la cabeza falla. Quiero proponeros un método diferente para retener información.

—¿Chuletas en el móvil? —opinó Ruth.

Felisa puso los ojos en blanco ante la ocurrencia de su amiga y a Dídac le salió por las fosas nasales el batido de fresa que bebía a escondidas.

—Redes sociales. Después de haber visto vuestro apego por la tecnología, asumo que pasáis más tiempo delante de una pantalla que de los apuntes. —Saqué mi teléfono del bolsillo del pantalón y entré en Instagram—. He creado una cuenta para cada uno, al final de la clase os repartiré nombres y contraseñas. Iréis documentando con fotografías y textos las obras que veamos en clase. Y fuera de ella.

—¿Fuera de clase? —inquirió Diana.

—Haremos salidas. He organizado un calendario con proyecciones sobre el Romanticismo, además de obras emblemáticas de Barcelona y alguna visita guiada. Vivirlo hará que os resulte más fácil recordarlo.

—¿El director está al corriente del cambio en la planificación? —espetó Minerva, que había abierto la agenda y echaba cuentas mentales de las clases que perderíamos con excursiones.

—Si damos el temario obligatorio a tiempo, tengo su aprobación.

—¿Serán salidas de una hora? Porque solo en llegar al centro se tardan treinta minutos... —persistió, pero no logró alterarme. Esa vez lo había medido todo.

—Nos prestan la furgoneta del instituto, así ahorraremos en transporte y tiempo. Las salidas están programadas los miércoles, el día en el que tenemos clase a última hora, por lo que, si se alargan, sois libres para volver a casa cuando queráis, aunque antes tendréis que entregar un consentimiento firmado por vuestros padres. ¿Alguna cuestión más? —El aula se sumió en un silencio sosegado—. Bien, vamos a la parte menos divertida. Pese a ser una metodología dinámica y creativa, seré estricto. Quiero que colguéis un mínimo de cuatro imágenes a la semana. Los pies de foto deberán ceñirse a elementos formales o interpretativos de las obras. Pueden ser resúmenes del libro, de vuestros apuntes o ampliación con datos de internet, pero siempre contenido educativo.

—¿Con *hashtags?* —preguntó Olaya.

—No serán precisos. Revisaré las publicaciones semanalmente y os daré las correcciones por escrito. Espero seriedad y compromiso por vuestra parte. Si empleáis esta idea para otros fines y no os ayuda a mejorar en el ámbito académico, se acabaron las excursiones y las redes sociales, ¿entendido?

—Entonces, ¿se anulan los dos trabajos finales? —dudó Samuel, que acababa de levantar la vista de la libreta.

—Veremos cómo funciona este experimento. Por ahora, nada de trabajos finales, solo las entregas al concluir cada clase.

—¿Cuándo empezarán las excursiones? —Minerva no parecía demasiado entusiasmada con la idea.

—Esta semana, iréis vosotros solos. Quiero que seleccionéis una obra, la que más os guste de todas las del temario, y estrenéis vuestra cuenta hablando de ella. Salid por Barcelona, visitad exposiciones, museos, documentaos por internet. Podéis enviarme un *e-mail* si necesitáis ayuda, pero me gustaría que vuestro Instagram de Fundamentos del Arte fuera un reflejo de quienes sois, de gustos personales, contenido que hable de cada uno, y no un simple resumen que escribís con una serie de Netflix de fondo o en cinco minutos antes de la clase. Empapaos de lo que os rodea y sed intrépidos; solo investigando y

comprendiendo el significado de cada pintura, escultura o construcción podréis llegar a sentir aquello que hemos olvidado en la era tecnológica. Lo que realmente merece la pena no es la notoriedad, el número de seguidores o los comentarios que desconocidos dejan en las fotos que compartís, sino lo que os traspasa el pecho. Una combinación de curvas y colores que evoca angustia, como *El grito*, de Munch. El amor congelado en *El beso,* de Canova. La sátira de Manzoni con su revolucionaria *Mierda de artista*. Puede que algunas obras os resulten abstractas, incomprensibles, que creáis que cualquiera podría hacerlas. ¿Acaso Pollock no salpicaba sus lienzos? Sin embargo, detrás de cada acción, hay un contexto que le da significado y ensalza su valor. A partir de ahora no nos quedaremos en la superficie, reflexionaremos el cómo, el por qué y el cuándo de cada movimiento artístico. Analizaremos los motivos que llevaron a sus autores a realizar esas creaciones y no juzgaremos antes de entender que todo, incluso lo que se nos antoja absurdo, tuvo un detonante en su época. Desde hoy, os invito al debate. Vamos a buscarnos a través del arte y a ser curiosos, lo que hallemos será mucho más valioso que los análisis de críticos o de los libros de texto. Porque será íntimo, singular, será nuestro.

19
Atena

La pantalla del móvil se encendió para informarme de que la batería estaba completa. Desconecté el teléfono del cargador y lo metí en la pequeña mochila negra de polipiel. Di una vuelta por la habitación para recoger las partituras que había esparcido sobre el edredón y guardé el violín antes de salir de la estancia.

Volví atrás cuando estaba cruzando el pasillo para rescatar la cazadora vaquera del colgador y me la llevé conmigo, pese a intuir que terminaría anudándomela a la cintura. A falta de escasos días para empezar octubre, el verano se negaba a dar paso a la nueva estación y las prendas de manga corta seguían siendo un requisito indispensable para no recurrir a abanicos o al refugio de recintos con aire acondicionado.

Eché un vistazo rápido a Google Maps antes de cerrar la aplicación sin decantarme por una ruta concreta. Comencé a andar, me puse los auriculares y *Arrival of the Birds*, de la banda sonora de *La teoría del todo*, acompañó mis pasos mientras abría Instagram.

Usuario: *@atenabeltranarte*. Contraseña: fundamentos.

No imaginaba que algo tan sencillo podría desencadenar las primeras nubes en un firmamento que, desde sus inicios, estaba condenado a deshacerse en tempestad. Pero a veces, aunque augures que no va a salir bien, tienes que intentarlo para abrir los ojos por ti mismo, darte de bruces con la realidad y seguir adelante.

Y eso hice, chocar contra cada muro hasta percatarme de que no había salida ni rendija por la que colarme.

Aquella tarde de lunes empecé deambulando por la Fundación Antoni Tàpies, la Casa Batlló, La Pedrera y la basílica de Santa María del Mar, hasta que acabé frente a la catedral. Ese día no sentí música y me resistí a contemplar

la entrada del Liceo. Me entregué a la necesidad de retratar los ángulos de aquella formidable fachada y en cada clic de la cámara del móvil, nos dibujé mentalmente.

A Joel y a mí sentados, hablando de todo y de nada, semanas atrás.

Una segunda cita imaginaria con sabor a crepes salados y gofres de piruleta.

Las dos torres de la catedral envueltas por trazos violáceos y fucsias del cielo.

La sombra que se proyectaba en la acera y cubría a los transeúntes, entre los cuales podríamos pasar desapercibidos, siendo solo un chico y una chica.

La diminuta pantalla de una cámara que encuadraba los arabescos frontales que incendiarían su mirada azul al comentarlos más tarde, en clase...

Esa noche, después de cenar una tortilla francesa y un puñado de cereales de miel, recostada en el cabezal de mi cama, compartí la primera fotografía. Un plano detalle de la entrada de la catedral, acompañado de un breve texto sobre las fases de su construcción y elementos interiores, como los arcos apuntados, las vidrieras y las bóvedas de crucería.

El martes me centré en las imágenes del claustro, y relaté las dos leyendas que giraban en torno a las trece ocas blancas. La primera sostenía que el guardián de las obras vivía con ellas, y fueron sus graznidos los que impidieron el robo de unos ladrones que merodearon por las inmediaciones en sus inicios. La segunda hacía referencia al castigo que recibió Santa Eulalia, trece martirios, uno por cada año que tenía, tras negarse a renunciar a la fe cristiana.

El miércoles publiqué acerca de la ballesta grabada en la parte trasera de la capilla de San Benet.

El jueves le cedí el protagonismo a las ciento sesenta gárgolas que ayudaban a expulsar el agua de la lluvia para que esta no desgastase la piedra de las paredes, aunque los más supersticiosos aseguraban que aquellas figuras grotescas ahuyentaban la maldad.

El viernes hablé de las campanas con nombre de mujer.

El sábado ahondé en las teorías del caracol esculpido en una de las torres del campanario. Y en el unicornio, el elefante y el toro.

Añadí el enlace de la canción que escuchaba al capturar la instantánea y sonreí al haber conseguido un trabajo personal, sin recurrir a la evidencia del Liceo.

El domingo Joel valoró mis aportaciones de esa semana y el lunes, al finalizar la clase, me entregó un folio con los comentarios. O, mejor dicho, la

frase que me retorció por dentro: «Lo que no sucede no nos define, hay cosas que es mejor dejar atrás».

La angustia se apoderó de mi garganta y noté el escozor, la punzada en las entrañas y una rabia inusitada.

Me quedé en la superficie. En el rechazo, el «no» que dibujaba en conversaciones, miradas gélidas durante la clase y el tono seco al leer mi nombre en la lista de asistencia.

No comprendí que me estaba lanzando un mensaje más importante: si solo te encuentras en otra persona, es que no te has buscado lo suficiente.

Mi primer suspenso del curso me llevó a detestar a Joel y a borrar cada una de las fotografías de la catedral que había en la galería de mi móvil, pero el anhelo siguió ahí. Y cuanto más se empeñaba él en evitar nuestras interacciones, más claro me quedaba que sentía la misma curiosidad que yo por averiguar qué podríamos haber sido en otras circunstancias.

20
Joel

El primer viernes de octubre, llegué del instituto pasadas las seis. Había aparcado a quince minutos del ático y las cuatro horas de sueño de la noche anterior empezaban a notarse. Necesitaba un descanso y, aunque las siestas no me sentaban bien y me despertaba de ellas con dolor de cabeza, cerrar los ojos acurrucado en el sofá era lo único que me apetecía al cruzar el umbral.

Cerré la puerta con un puntapié y no me molesté en poner la llave en la cerradura. Dejé el maletín en el suelo, lancé la chaqueta de cuero sobre la alfombra y me froté los tobillos para quitarme los zapatos sin emplear las manos. Abrazado a un cojín, con el rumor del tráfico y los bares de fondo, perdí la conciencia.

Más tarde, cuando el sonido de un SMS del banco iluminó la pantalla del móvil con un escueto «abono nómina», me sorprendí. No esperaba el vuelco, la sonrisa de idiota, el cosquilleo en la tripa.

Nunca había defendido que el dinero diese la felicidad. Ni siquiera cuando no tenía para unas cañas, cargaba el portátil en el Hamlet o le pedía algo prestado a Irina para el alquiler.

«Algún día te dedicarás a lo que te gusta y, aunque seas de los que llega a fin de mes sacando humo de la chistera, te sentirás como el hombre más rico del mundo. Eso es triunfar», me había repetido. Sin embargo, lo que anticipamos no es lo que suele suceder.

Me duché sin darme tiempo para echarme atrás y salí directo al bar de mi mejor amigo. Pagué los combinados de la cena, invité a Eloi dos rondas de mojitos y no me preocupé por mirar la cuenta. Ese viernes fui un poco más libre, reí y el peso que cargaba a mis espaldas aligeró.

Por la noche, al tumbarme en la cama y recostar la mejilla sobre la almohada, le pedí perdón a mi sueño por abandonarlo. Lloré de alivio. Y también de frustración, inseguridad, incertidumbre. A veces lo difícil no es llegar a tu destino, sino saber que estás en él. Que el decorado no va a evaporarse. Que puedes relajarte y coger aire sin que duela. Porque no es un sitio de paso, vas a convertirlo en tu hogar.

Entré en Facebook y examiné las últimas publicaciones de mis compañeros de carrera. Me pregunté si evitaba quedar con ellos porque poseían más fragmentos del rompecabezas que yo. Algunos habían pasado una temporada en Dublín trabajando en hoteles y cadenas de comida rápida. Otros habían ascendido de becarios a indefinidos con salario mínimo. Los ambiciosos habían estudiado una segunda carrera. Los más aventajados, una minoría, ejercían como directores de arte en agencias de publicidad, y eran ilustradores o diseñadores con varias piezas publicadas en revistas.

Todos parecían satisfechos, tenían una afición, pareja, un plan, algo que les ayudaba a flotar en mitad del océano. Todos excepto yo, que planeaba comerme el mundo y terminé tragándome la vanidad.

Dejé que los éxitos ajenos corroyesen mi piel, que penetrasen por mis poros y contaminasen mi organismo a la espera de que el Joel competitivo aflorase. No sé por qué lo hice. Si sentirme más desgraciado era un mecanismo de defensa, o si era un acto reflejo como respirar. Quise llorar con ganas, vaciarme fuerte, pero no pude. Porque era contradictorio, porque, además de cumplir mi propio sueño, también quería seguir haciendo algo bueno por los alumnos y poner las primeras piedras del cambio en un sistema educativo obsoleto. Recuerdo que suspiré con la visión perdida en el techo y, durante un segundo, me pregunté si era una de esas personas que está destinada a no llegar a ninguna parte.

Resultaba complicado unificar anhelos y obligaciones, aunque sentía que lo estaba consiguiendo. Poco a poco.

21
Atena

La cama de Isolda era una montaña de ropa desordenada. Como siempre que salíamos de fiesta, habíamos quedado en su casa para vestirnos e innovar con el peinado y el maquillaje.

—¿Qué te parece? —preguntó dando una vuelta para que contemplase su *body* asimétrico granate, de una sola manga, con *shorts* blancos ceñidos a la cintura.

—Una pasada —confirmé.

Mi amiga podía llevar cualquier trapo y convertirlo en tendencia; no por su figura o la habilidad que tenía para andar con tacones de doce centímetros, sino por la confianza que irradiaba. Se calzó unos zapatos negros y completó el estilismo con pendientes de lágrima y su habitual recogido.

—Te toca. —Tiró de mi muñeca para que me levantase del colchón—. ¿Nueva colección o sección de rebajas?

Dentro de esas dos categorías, su armario se dividía en varios apartados: compras *online*, equivalentes a tallas incorrectas; gangas horteras que no había llegado a estrenar; modelos discretos para planes de última hora, y estilismos de estampados, encajes o volantes para los que necesitaba hallar los complementos idóneos.

—Lo más ancho que tengas —respondí, desanimada—. Me ha bajado la regla esta mañana.

Me probé algunos vestidos antes de que ella le diera el visto bueno al tercero, un diseño cian de tirantes y falda de tul. Me puse mis botines de diario y metí tiritas en el *clutch* de Isolda.

—Vas a volver gateando —le advertí.

Me dedicó un puchero adorable y sacó unas zapatillas de tela que había robado de algún hotel el verano anterior.

—Solucionado —dictaminó tras conseguir meterlas en el bolso.

—No te creo. Preferirás clavarte cristales y piedras antes que pasearte con eso en público.

—¿Apostamos algo? —me retó.

—Churros a la vuelta —propuse haciéndome una trenza.

—Si gano yo, paramos a por hamburguesas de un euro. Y *nuggets*.

Cenamos con sus padres, nos sentamos a ver una comedia malísima que daban por televisión y, a las once, fuimos al baño para ponernos un poco de base y sombra oscura antes de salir. Dídac nos pidió unirse a nosotras y le contestamos que era una noche de chicas.

—¿Crees que se ha enfadado? —me preocupé de camino al metro.

—Los cabreos de mi hermano duran poco —aclaró Isolda—. Focaliza tanta energía odiándome que no le queda rencor para los demás.

—Pero el lunes... —Me enfrentaría a la realidad y él era mi aliado en las fatídicas clases de Fundamentos del Arte, el cómplice al que le mandaba notitas en Literatura y con el que comparaba resultados de los tipo test de Inglés.

—No le des más vueltas, es una tontería. Toma. —Sacó del bolso un pintalabios berenjena—. Te lo regalo.

—Está nuevo.

—Me lo puse ayer y no me queda igual que a la *influencer* que lo promocionaba.

La miré con mi expresión maternal de «¿cuántas veces te lo he repetido?», y puso los ojos en blanco.

Media hora después, tras un viaje en metro apretadas por la aglomeración que salía a festejar el sábado, bajamos en Arc de Triomf. Paseamos por las calles hasta dar con un *pub* de letrero floreado que anunciaba cócteles a tres euros. No aspirábamos a más, aquella noche no nos apetecía bailar hasta las seis de la madrugada o tomar cubatas con sabor a colonia. Nos hubiéramos quedado en su casa como solíamos hacer casi cada fin de semana, pero cuando Isolda remarcaba que pronto tendríamos diecinueve, que en un suspiro nuestra etapa de estudiantes habría concluido y las largas jornadas laborales nos dejarían fuera de combate para salir, una bombilla se encendía. *Carpe diem*. La juventud es efímera. Explota cada segundo como si fuera el último.

El vigilante de seguridad nos pidió los DNI antes de traspasar la cristalera y adentrarnos en el contraste de paredes negras con marcos de led rosa. Cada mesa circular estaba acompañada de taburetes forrados de piel. Nos acercamos a la

barra, pedimos dos margaritas por encima de las canciones de moda que rugían a través de los altavoces y llevamos las bebidas hasta el billar del fondo.

Echamos una partida rápida, a ninguna de las dos se nos daba demasiado bien y había un grupo haciendo cola. Nos retiramos con discreción y ocupamos una mesa de la izquierda. El arcoíris de luces inundó la pista central, bañando a los clientes más desinhibidos que se entregaban al ritmo pegadizo de Icona Pop. Una pareja que se comía a besos se coló en mi campo visual. Le di un sorbo a mi copa, pero la melodía que empecé a oír ya no provenía del bar. Pertenecía a un violín desafinado.

—Está muy dulce —mascullé para ahuyentar el picor en la yema de los dedos. Necesitaba desprenderme del anhelo de transcribir aquellos susurros en un pentagrama.

—Sabe a gloria, se acabaron los cubatas de vodka —asintió Isolda.

—¿Qué tal fue ayer con Marc? —indagué cuando sacó el teléfono y lo observó un segundo, antes de volver a guardarlo.

—Bien. No hicimos gran cosa. Quedamos a la salida de la facultad y dimos una vuelta. Me llevó a la cafetería donde trabaja, un sitio acogedor con música *indie* y tartas veganas.

—No me digas que vas a dejar la carne...

—No me lo planteo, pero el pastel de zanahoria gratis es bienvenido.

—Entonces volveréis a quedar.

—El próximo martes. —Un ligero rubor tiñó sus mejillas—. Iremos al cine.

—¿Y qué opinas? ¿Te gusta tanto en persona como a través del móvil?

—Me río mucho con él, y a los dos nos encantan los *thrillers* y los documentales de fenómenos paranormales.

—¿Te refieres a los vídeos que cuatro locos comparten en YouTube con imágenes de Google y voz de Loquendo?

—Son entretenidos.

—Supongo que has encontrado al adecuado —me mofé.

—Pero no estoy segura de querer... algo serio.

—¿Por qué no?

—Lo conozco poco.

—Bueno, estáis en ello.

—No sé. —Desvió la vista al vaso y siguió las gotas del cristal con la punta de los dedos.

Sin forzarlo, Joel acudió a mi mente. Sentí rabia de que alguien que podía

tener una relación sin trabas buscase excusas para iniciar una historia bonita o le pusiese fin antes siquiera de comenzar.

—Deberías darle una oportunidad —reprendí—. Llevas toda la semana mandándome capturas de pantalla de vuestras conversaciones. Te gusta y no hay ningún impedimento para que estéis juntos. ¿Cuál es el problema?

—Eh, ¿a ti qué te pasa?

Aparté la mirada hacia la barra, donde un coro de chicas le pedía combinaciones innovadoras al camarero.

—Nada. —Tragué saliva—. Es solo... que me irrita ver a gente que puede ser feliz y no se arriesga.

—No es novedad, ¿vale? Apostarlo todo a una sola carta no se me da bien. Soy más de besos en una discoteca, con la iluminación disimulando mis dudas, segura de que los errores se quedan en la oscuridad.

—Sin nombres ni teléfonos, lo sé. Pero algún día llegará alguien que merezca la pena, quizá sea Marc. No huyas.

«No te imaginas lo que duele cuando eres tú de quien huyen».

Me bebí el contenido del margarita de un trago y escapé del ceño fruncido de mi amiga con la excusa de ir a por otro cóctel.

Inmortalizamos la segunda ronda con *selfies*, nos levantamos a bailar y decidí que, durante unas horas, sería una joven mucho más cría y risueña, sin preocuparme por dramas familiares o estudiantiles. Ya vería más adelante si sobreviviría o no a aquel cuatrimestre. Tarareamos letras inventadas, añadimos nuestras iniciales con pintalabios a la larga lista de nombres que habían grabado en las puertas del baño, y sucumbimos a un chupito de cereza que nos estremeció con su regusto a jarabe.

Pasadas las tres, cuando cerraron el local, le cantamos una nana al cielo estrellado de Barcelona rumbo a la parada del autobús nocturno.

—No aguanto más —bufó Isolda al sentarnos a esperar los veinte minutos que indicaba la aplicación. Se descalzó y sacó las zapatillas del bolso—. La comodidad está por encima de mi dignidad en estos momentos.

—Ya... —Dos letras. Tres puntos suspensivos. La euforia descendiendo hasta que el alcohol no me sirvió de muro para defenderme del mundo. Joel volvió y, con él, una cuerda tensándose, el hueco en el pecho, un sostenido que se alargaba erizándome el vello. Luché en balde, porque era combatir contra mí misma. Jamás vencería sin derrotarme.

—¿No vas a burlarte o a soltarme uno de tus sermones? —La morena estiró

las piernas y movió los pies de un lado a otro para provocar una reacción más entusiasta en mí.

—Mañana —refunfuñé.

—Atena, ¿estás bien?

—Tengo que contarte una cosa —expuse de manera atropellada.

—Lo sé.

Por supuesto que lo sabía, no existían secretos entre mi mejor amiga y yo. Expulsé una bocanada de aire y me preparé para soltar la bomba.

—¿Te acuerdas del profesor de Fundamentos del Arte?

«Eres estúpida. Una niñata. Pasa página. Estás haciendo el ridículo».

—¿El bombón de ojos celestes? Dídac se pasa las noches hablando de lo amenas que intenta hacer las clases, aunque tartamudee un poco cuando le planteáis preguntas.

—Pues resulta que...

—Te gusta —interrumpió—. Estás superroja. Tranquila, no eres la única, tiene a medio instituto detrás, según mi hermano.

—No me has dejado acabar.

—¿Hay más?

—Coincidimos en el centro unos días antes de que empezaran las clases, me reconoció y tomamos algo. Le besé y ahora pasa de mí.

—No corras tanto. —Me acarició una rodilla para que me relajase—. Detalles. Necesito detalles.

—Isolda, no hay detalles. Confórmate con este resumen.

—Ni de coña, vas a contarme más para que comprenda por qué la chica que lleva meses sin novio, la que defiende su libertad y su autonomía, está de morros porque un tío la ignora.

Ni siquiera yo tenía respuesta para ello.

Había roto con Leo, compañero de la escuela de música, precisamente para evitar lo que estaba sintiendo. El apego, la necesidad, los pensamientos obsesivos al compararme con él y descubrir que poseía más talento con el violín que yo. Desde ese momento, con la marcha de mi madre y el cambio brusco de mi padre como telón, no me había interesado sucumbir a una relación que me anularía. El resplandor de ponerme su sudadera, besarnos sentados en su moto delante de la Elvira Baldó y planificar vacaciones en el *camping* de Comarruga con sus padres mitigó, dejando al desnudo mi autoestima herida, los celos y un complejo de inferioridad que me aterraba.

Quería algo sano. Que me llevasen en el corazón y no de la mano. Que el sexo me hiciese levitar tanto como ver a mi pareja al abrir los ojos al día siguiente. Que las resacas estuvieran llenas de caricias en lugar de ibuprofenos y que cada suspiro fuese la vocal de nuestro lenguaje secreto. Que los éxitos del otro me produjeran un hormigueo placentero en el vientre.

¿Existía un amor así?

Seguramente. Aunque todavía no lo había experimentado. Mi única certeza era que Joel...

—No es solo un tío —sentencié contundente.

—¿Cuánto estuvisteis juntos, un par de horas? —se extrañó Isolda.

—Una tarde. Y a veces no se necesita más para colgarse de alguien.

—Joder, Atena. ¿Tan pillada estás? ¿Por qué no me lo has contado antes?

—Creí que si evadía el tema..., se esfumaría. Lo siento.

—Soy yo la que lo siente. Lo que le pasa a una le pasa a la otra, nunca lo olvides.

—Por eso quiero que seas feliz, Isolda. Que no te reprimas y hagas caso a tu corazón, por muy cursi que suene. Sigue tus impulsos, tú que puedes.

—Entiendo tu punto de vista, pero no todos nos lanzamos a la piscina sin calibrar su profundidad. Y no tiene nada que ver con querer o valorar las consecuencias. Hay personas que viven dando pasos al frente y otras que esperan el empujón, esa ráfaga a la que agradecer o culpar de lo que suceda. Cada uno está hecho de una pasta distinta. Quizá eso sea lo que le pasa a Joel.

—Es un profesor, no tiene sentido hablar de él. —Subí los botines al borde del asiento y enterré el mentón en las rodillas—. Cuanto más lo repito en voz alta, más absurdo me parece.

—No eres una cría, Atena. —Sus ojos se clavaron en mí antes de sonreír con ternura—. De hecho, escondes mucha sabiduría dentro de esa cabecita rubia. ¿Cuántos años tiene? ¿Veinticinco?

—Veintisiete —corregí.

—No os lleváis tanto.

—Eso es lo de menos. —Los años no suponían impedimento, sino la posición que ocupaba cada uno.

—¿Qué vas a hacer?

Me encogí de hombros. Había llegado a ir a la sala de profesores con el pretexto de pedir fotocopias de cada asignatura para verle, convencía a Dídac para pasar los recreos recostados en la parcela más cercana a la entrada y así

contemplarle ir y venir de la cafetería de la esquina. Incluso participaba en clase, aunque Joel ignorase mi brazo alzado y saltara al siguiente de la lista. Se me acababan las ideas, y subir imágenes de *La última cena* a Instagram con mensajes subliminales solo me haría añadir un suspenso más a mi colección.

—Aceptarlo.

—¿Tú? ¿Aceptar algo sin tratar de cambiarlo antes?

—No me incites a hacer una locura.

Isolda hundió su rostro en mi trenza y me dio un beso en el nacimiento del pelo. Seguimos hablando de Joel, de la subjetividad del tiempo y de los momentos que te marcan. Quizá aquella noche no fue la mejor que pasamos, pero, como era habitual, la pasamos juntas. Lo que permanece inmutable con el transcurso de los años también es motivo de celebración, así que esperamos hasta que la churrería del barrio abrió, pedimos un cono con azúcar y nos encerramos en su habitación para dormir hasta las doce.

Sin solucionar nada.

Sin respuestas ni garantías.

La amistad no siempre es dar cobijo ante el temporal, sino acompañar, de la mano, para que las suelas no te hagan resbalar en mitad de la lluvia. Y si caes, no será sola.

22
Joel

El segundo domingo de octubre recibí una llamada de mi madre invitándome a la comida del mediodía. Seguía durmiendo mal, arrastrando el cansancio de la semana y conviviendo con una mezcla de conformismo y desasosiego. Quizá por eso me pilló con la guardia baja.

—Tengo faena pendiente —me disculpé con desgana—. Limpiar el baño, fregar, pasar la aspiradora...

—No tienes aspiradora, Joel.

—Me compré una el martes.

—Vienes o nos presentamos en tu casa a merendar —amenazó para apretarme las tuercas.

Asentí y cogí la primera camiseta limpia de la cómoda, sustituí el pijama por unos vaqueros, y metí los pies en las Vans sin deshacer el nudo de los cordones.

No había respondido ni una de las llamadas de mi progenitora en los últimos días y las guardias de Irina en el hospital hacían imposible que hablasen de mí. Consciente del interrogatorio que me esperaba, me quedé en el coche con la radio encendida hasta las dos y diez.

—La puntualidad no es tu fuerte —recriminó mi hermana al abrir la puerta.

—No habéis empezado. —Me encogí de hombros.

—Te estábamos esperando —rebatió ella dándome una palmada cariñosa en la espalda.

Entré en el salón, puse la bandeja que había comprado de hojaldres de crema con fresas sobre el mueble de la televisión, y saludé a Fede para apartar la atención de cualquier cosa relacionada con el IES Valancós. Por desgracia, no estaba muy parlanchín y se levantó del asiento para atender llamadas de trabajo.

—Está estresado, la junta directiva se ha reunido para hacer una reestructuración de plantilla y su departamento es el que más empleados tiene —explicó Irina, colocándose en la silla de enfrente.

—Pero Fede es Fede —intervine. Despedirían antes a los que no tuvieran que indemnizar por antigüedad—. No van a echarlo.

—Es poco probable —dictaminó ella—. Aun así, ya le conocéis. Le gusta tenerlo todo controlado, que no cunda el pánico en su equipo. Si recursos humanos se desentiende, le tocará a él comunicar las bajas que la junta estime.

—¿Es que nunca va a acabarse la crisis? —lamentó mi madre, que en ese momento cruzaba el umbral del salón con una olla humeante.

Colmó los platos hondos de fideos con almejas y colocó aceitunas, queso a tacos y pan con tomate antes de ir a por la botella de vino que le habían regalado en el supermercado al superar una compra de treinta euros. Fede regresó a tiempo para hacer los honores descorchándola.

—¿Qué tal va en el instituto? —inquirió un poco más suelto.

—Bien.

—Hijo, sé un poquito más específico —intervino mamá—. ¿Cómo son los otros profesores? ¿Visten bien? Estarás llevando corbata, ¿verdad? Y zapatos, las deportivas dan muy mala imagen.

—Me disfrazo cada día como si fuera a una boda —aseguré, y solo Irina rio.

—Hay que cuidar el aspecto, Joel. No entiendo qué te hace tanta gracia —remarcó.

—Que te lo tomes todo tan a pecho.

—Es lo que deberías hacer tú, esforzarte para que te contraten más meses. Imagínate trabajar para siempre en el instituto, con sus vacaciones de verano, las cuatro pagas anuales, Navidades libres y Semana Santa. Ese puesto es un lujo, cariño.

Las condiciones parecían idóneas. El director nos alargaba los horarios sin avisar, pero eran gajes del oficio que ocurrían en muchas otras empresas. Sin embargo, no estaba preparado para pensar en aquello como algo a largo plazo. Había pasado meses sin planificar más allá de la semana, quería que el periodo de adaptación fuese orgánico y no una imposición.

—¿Cómo crees que te está yendo? —insistió mi madre.

Había tantas formas de contestar a aquello que le soplé a la cuchara y degusté el caldo sin prisa, mientras barajaba mi respuesta.

—Me estoy aclimatando —declaré a regañadientes.

Conversar con ella resultaba complicado, tanto como ir a la cocina para fregar los platos y que denegase mi proposición por miedo a que fuera a romperle la vajilla o a atascar el desagüe. Para mi madre solo había un modo correcto de hacer las cosas, el suyo, y convencerla de lo contrario suponía una ofensa.

—No seas arisco. Lleva algo para desayunar con los compañeros y hazles favores. ¿Al director le gustan los productos ecológicos? Han abierto una tienda a dos calles.

—Se lo preguntaré. —Ni de coña iba a hacerlo. Rebañé el caldo del plato mojando un trozo de pan y puse la servilleta del regazo sobre la mesa.

—El mundo funciona así, Joel, haciendo contactos y teniendo a la gente contenta. —Se apoyó en la mueca de aprobación de Fede y me sirvió más fideos.

—Estoy monopolizando la charla. —Miré a Irina para que se apiadase de mí—. ¿Cómo te va por urgencias? ¿Muchos pacientes infecciosos? ¿Alguna pandemia inesperada?

—No hagas bromas con la salud, Joel. —Mamá suspiró y nombró a dios y a una larga retahíla de santos.

—Nada digno de mención. Los compañeros de Consultas Externas han tenido casos más divertidos. Un hombre con fibrilación auricular fue el jueves, y prácticamente les pidió que le diesen una descarga con las palas para presentar un informe en el curro.

—¿No existen justificantes para eso? —farfullé entre carcajadas.

—Era un exagerado. Con dos anticoagulantes se soluciona. O con un cateterismo, en el peor de los casos.

Pese a no gustarle demasiado mencionar el hospital, mi hermana me dio palique sobre pacientes y casos atípicos durante media hora. Hasta que la anfitriona se cansó de enfermedades raras y coronó la mesa con el frutero. Mientras pelaba una manzana, reproduje mentalmente el discurso que mi madre no soportaría, el que destilaba tanta sinceridad que me obligó a poner el cuchillo sobre el plato y morder la manzana con piel para que mis temblores pasaran desapercibidos.

«El director está contento conmigo. Mis compañeros son agradables, cada uno tiene sus rarezas, pero nos llevamos bien. Y los alumnos te caerían genial, mamá, son educados y guardan silencio durante mis explicaciones, aunque sus pensamientos se hallen muy lejos del aula. No les culpo. Algunos estudian

obligados por presiones familiares, o derrochan su talento en clases que no les enseñarán nada, pero son buenos chicos. En especial Atena, la alumna que repite curso y a la que suspendería hasta la saciedad solo por verla cada año frente a mí. Aunque esté prohibida y marque las distancias con ella. De hecho, la he suspendido en cuatro ocasiones. En mi defensa diré que es por motivos de peso. Para que me deteste, para que entierre lo que podría haber sido y se centre en el presente. ¿No es eso lo que importa, mamá? Lo que tienes delante, lo que resulta fácil. Como ser profesor».

—Me marcho, he quedado con Eloi —mentí antes del café.

No se extrañaron, nunca me quedaba más tarde de las cuatro. Solo Irina me acompañó hasta la puerta.

—Estás raro —subrayó arrugando la nariz.

—Me censuro para que tu madre no se ofenda —repliqué—. No me gusta que planifiquen mi futuro.

—Ten paciencia, ya sabes cómo es.

—Cuando salgas de ahí —le murmuré a la barriga de seis meses de mi hermana—, tendrás que mantener a tu abuela ocupada para que el tío Joel pueda campar a sus anchas.

—Cuando salga de aquí y su madre esté desquiciada sin dormir ni una noche, con los puntos del parto y la cuarentena, te tocará demostrar tus dotes como tío enrollado —espetó antes de darme un beso en la mejilla—. Nos vemos pronto, pequeño.

—Hasta pronto.

23
Atena

Estaba destrozando la *Danza húngara número 5*, de Brahms.

Esa tarde, el aula Vivaldi era testigo de la peor interpretación que había hecho en la Elvira Baldó, incluyendo aquella vez en la que me salté un compás y arruiné el dúo de violín que había trabajado con mi compañera durante meses.

Las notas se atropellaban unas a otras, los sonidos se solapaban y no había pausas para asimilar aquella tragedia contada de un modo precipitado, casi violento.

Ariadna elevó las manos y me frenó.

—Suena peor de lo que esperaba. —Frunció los labios.

—No he tenido tiempo para ensayar —me disculpé, abochornada.

—Vuelve a las escalas —pidió creyendo que eran mis dedos agarrotados, y no mi cabeza, los que provocaban aquella catástrofe acústica.

Ruido, eso era lo que producían mis manos derrapando por el mástil. Ni seguía al metrónomo ni mis yemas atinaban en el lugar exacto. Sentí vergüenza e impotencia, y paré de tocar.

—Atena, ¿qué te ocurre? —preguntó Ariadna en tono conciliador.

—Nada —mentí.

—No aquí, fuera de la escuela —concretó—. Te conozco desde hace diez años, tocas así cuando estás preocupada.

O enfadada, decepcionada y confusa.

Una mezcla de todas las opciones burbujeaba por mi esófago, amenazando con salir disparado cual volcán en erupción. Y sabía el motivo, aunque no fuera apropiado emplearlo para justificar mi falta de concentración.

Había suspendido otra entrega de Fundamentos del Arte, un breve comentario sobre la Casa Kaufmann, de Lloyd Wright. En esa ocasión, el argumento de Joel había sido que la obra seleccionada no expresaba

absolutamente nada sobre mí. ¿A qué se refería? ¿Acaso me conocía para dictaminar lo que me representaba y lo que no? ¿Acaso no era él quien me invitaba a alejarme de lo personal? Erraba si compartía algo íntimo, pero resultaba aún peor si me decantaba por una arquitectura al azar. No comprendía qué esperaba de mí, y temía que aquella tónica de rechazo e inconformismo nos acompañase todo el curso.

Ariadna se llevó el atril con las partituras al otro extremo del aula y me miró pensativa.

—Toca ahora —dijo.

—¿La *Danza húngara*?

—No, algo tuyo. La composición que me enseñaste, o una nueva. Improvisa, expresa todas esas emociones que llevas dentro. Como haces siempre.

Cerré los ojos y relajé la tensión de las cervicales. Encajé el violín en el hombro, apoyé el mentón en la barbada y me centré en el hormigueo de los dedos contra las cuerdas. Tragué saliva y expiré una bocanada. Estaba en mi zona de confort.

Libre para expresar lo que no podía en otros idiomas.

Libre para salpicarme de emociones que contenía y me impedían avanzar.

Libre para combatir el caos con mi violín negro.

Me enfrenté a lo que sentía probando una sucesión de notas iniciales que sonaron insulsas, podía esforzarme más. Le añadí un bemol a la armadura mental que estaba construyendo sobre la marcha y tanteé varios ritmos. No había llenado ni la mitad del pentagrama cuando mi antigua composición, la que solo era condicionales y un celeste imprevisible, me interceptó. Bajito, como si estuviera despertando a un corazón aletargado con mi arco, le respondí que podía continuar narrándome melodías, que estaba dispuesta a escuchar.

Ese día fui valiente y no me escudé tras la barrera de que otra persona interpretase mi composición. Quise llenarla de matices claroscuros, contrastes y pausas en las que me percaté de que estaba ajustando cada compás a la velocidad de mis latidos.

Repetí fragmentos de maneras diferentes, aplicando correcciones que yo misma detectaba. Cuando estuve satisfecha con la estructura, volví al principio para retomar la melodía, aportándole carácter. Hablé a través de las cuerdas, tracé dibujos imaginarios con las manos y bajé los párpados para amplificar lo que estaba vibrando en mi pecho.

No me detuve hasta agotar cada segundo de clase.

—La música solo es honesta cuando se sustenta en emociones —susurró Ariadna al final de la lección, casi con miedo a que su voz espantase los acordes que seguían aleteando a nuestro alrededor—. Las vivencias alimentan al arte.

24
Joel

Aquel miércoles amaneció lluvioso, con los adoquines acunando charcos y el límite de velocidad rebajado. Las carreteras se congestionaron y llegué justo para la optativa de la ESO. Ese día Román y yo nos decantamos por el líquido aguado de la sala de profesores en vez de refugiarnos en la cafetería de la acera de enfrente.

Nadie salió a la pista ni a la zona de la entrada durante el recreo, y el barullo de alumnos agolpados en pasillos y baños se enlazaba con la tormenta. El otoño había llegado arrasando con los vestigios del bochorno, los firmamentos dorados y los rayos de sol que mordían la piel.

Más esperanzado por la participación entusiasta de los estudiantes en redes sociales, puse rumbo a la clase número 20. El plomizo del cielo se colaba por las ventanas y un relámpago atravesó la neblina del mediodía anunciando mi irrupción en la estancia.

Encendí la última hilera de fluorescentes para erradicar la penumbra del fondo del aula de bachillerato, le lancé una expresión amenazadora a las luces que parpadearon al compás del repiqueteo de las gotas que impactaban en el alféizar, y arrastré los pies hasta mi sitio. Coloqué el maletín sobre la silla y saqué fotocopias complementarias sobre *Los Guerreros de Riace* para repartirlas. Cuando avancé hacia la primera hilera de pupitres, una palabra pintada a lápiz en el canto de mi escritorio me llamó la atención.

«Cobarde».

Supe quién la había escrito.

Supe a qué se refería.

Asentí en silencio, consciente de que me estaba observando, y le di la razón.

Los sesenta minutos se alargaron con las cuestiones de Minerva, los bostezos de Olaya y las tres caricaturas que sombreó y firmó Samuel antes de tachar los folios, resignado.

El director me interceptó a la salida para que le ayudase a bajar varios monitores y torres de la tercera planta, donde las goteras ponían en peligro cualquier aparato conectado a la electricidad.

—Perdona que te pida el favor, Joel —lamentó sacando la llave del ascensor del bolsillo de su polo Lacoste—. No encuentro a nadie más disponible.

—Voy a ello.

—Solo quedan cinco pantallas, he colocado provisionalmente los teclados en los armarios del primer piso.

Asentí y empecé a cargar aparatos y cables por el pasillo mientras él quitaba el agua acumulada en la recepción. El resto de docentes se escondía en la sala de profesores, negándose a regalar un fragmento de su hora de la comida. Yo, que era el único que entraba a las cuatro para hacer correcciones hasta las seis, no había logrado escaquearme.

Hice cinco viajes.

El reloj marcaba las dos y media cuando cargué el último monitor, metí la llave en la cerradura plateada, la giré hacia la derecha y esperé a que las puertas de aluminio se abriesen. Entré sin percatarme de que alguien se colaba tras de mí.

—Hola —saludó Atena con un hilo de voz que me estremeció.

—Es solo para personal autorizado —leí el letrero interior que rezaba en un lateral. Ella ni se inmutó; apoyó la espalda en una esquina y jugueteó a insertar los dedos de una mano por los ojales de su cazadora vaquera.

Desvié la vista de sus rasgos resaltados por el maquillaje de guerra y la melena que le caía libre sobre los hombros, emanando olor a champú de frutas con el más mínimo movimiento. Vestía una camiseta básica negra, pantalones abombados de cuadros verde lima y líneas oscuras, remetidos por los botines.

—No puedes entrar aquí —reiteré.

—Finge que no estoy, se te da bien. —Me clavó cada palabra.

—Atena. —Volqué la desesperación.

—¿Vas a suspenderme hasta mayo? ¿Así es como van a ser las cosas entre nosotros? —inquirió antes de esbozar una sonrisa irónica—. Perdona, no hay un nosotros —rectificó sin un ápice de humor.

—Puedes esforzarte más, entrega un trabajo mejor y llegarás al aprobado

sin problemas.

—Lo dudo —espetó, yo también lo dudaba.

Me habían gustado sus fotografías y sus textos, en especial el de la catedral. Que no se centrase en lo que explicaban los libros y fuera más allá. A las teorías y los condicionales, a lo atrevido, denotando curiosidad. Aunque darle carta blanca resultaba arriesgado. Atena era un torbellino irrefrenable, por eso fortificaba murallas, quicios y hendiduras.

«Solo serán dos minutos aquí dentro», traté de templar los nervios. Sin embargo, el destino, la casualidad, la lluvia o mi mala suerte confabularon para que los engranajes del ascensor se detuvieran y un estruendo nos informase de que nos habíamos quedado encerrados. En un cubículo de escasos metros en el que no cabían más de cuatro personas. Y, joder, llevábamos semanas enredados el uno en los pensamientos del otro.

—Genial. —Deposité la pantalla en el suelo, entre los dos, anhelando que aquel obstáculo mantuviese mi sentido común a buen recaudo, y presioné el botón de emergencia.

—Suele estropearse con frecuencia. —Una carcajada escapó de su boca, rebotó en las paredes y la animó a seguir llenando el espacio con su risa.

—No es gracioso —indiqué, pero su ataque parecía incontrolable.

—Podemos reírnos —puntualizó con las manos abrazándose el estómago— o podemos quejarnos. Sea cual sea la estupidez que hagamos, no cambiará que estemos encerrados, así que, si tengo que pasarme las siguientes horas contigo, prefiero tomármelo con humor. Hay cosas que suceden irremediablemente. Lo único que puedes controlar es tu reacción.

—¿Tienes respuesta para todo?

—Por regla general, aunque las reservo para quienes quieren escucharme. Y tú ni siquiera te escuchas a ti mismo.

—No me conoces.

Chasqueó la lengua y se preparó para escupir el veneno.

—Eres un cobarde.

—Puede, pero uno de los dos tiene que mantener la sensatez.

—Confundes renunciar con elegir. —Su mirada se vistió de algo más que pintura negra. De coraje y osadía.

—¿Por qué tienes que ponerlo tan difícil?

—Porque es fácil. O lo fue una noche en la que no éramos nadie.

Dio un paso al frente, apartó la pantalla con la punta del zapato y recordé la

frase de Eloi. Era un jodido imán para las catástrofes.

Si permanecíamos allí un segundo más, la besaría. Apartaría el cuello de su chaqueta para que mi boca pintase regueros invisibles desde su lóbulo hasta el hueco del hombro, serpenteando por cada centímetro de piel, hundiendo dientes, perdiéndome en su pelo o tentándola con mi aliento en su oreja. Rodearía a Atena por la cintura y me importaría una mierda que estuviéramos en el instituto, que apareciese el director o que la galaxia estallase en un *big bang* súbito. Porque cuando la miraba no veía a una cría, a una alumna o al empleo que perdería si seguía imaginándome el tacto de sus labios sobre los míos. Atena encarnaba madurez, decisión. Consejos que debí aplicarme. Utopías que había arropado en mi almohada, sin cumplirlas. De un modo inexplicable, sus dieciocho rezumaban más certezas que mis veintisiete, y su seguridad a la hora de perseguir sueños se me antojaba el afrodisíaco más poderoso del universo.

—Dime que no sientes nada, Joel.

—Atena... —repliqué para unirnos, aunque solo fuera en los guiones encadenados de un diálogo.

Alzó las manos y las colocó sobre mi pecho, delineando el estampado en zigzag azul marino de mi camisa. Se me aceleró el pulso y su respiración traspasó tela y carne.

—Mírame y dímelo —imploró. Cometí el error de hacerle caso y perderme en un verde que irradiaba dolor—. Dime que no tiemblas como yo al oír tu nombre. Que no buscaste las canciones que puse bajo los textos de la catedral. Dime que no me besarías en este instante si solo fueras un diseñador.

Inspiré hondo e hice un esfuerzo sobrehumano para serenarme, pero nada surtió efecto. No poseía argumentos para derrumbar el castillo de naipes.

—Te besaría, Atena. Y te haría reír, te cogería de la mano para viajar en el tiempo y te comería con los ojos hasta que me besaras tú también. —La gravedad de mi tono me asombró—. Pero la vida no es lo que haríamos, sino lo que hacemos. Hay cosas que no pueden ser.

—Ahora. Pero en un futuro, cuando acabe el instituto...

—No hagas eso. —Bajé la cabeza hasta que nos tragamos el aire del otro.

—¿El qué?

—Darnos alternativas.

—En unos meses volveremos a ser una chica y un chico. Sin más.

—Quién sabe dónde estaremos entonces.

—El sitio es irrelevante —afirmó con convicción.

—¿Tan segura estás?

—Guardar las distancias estando cerca de alguien es sentirle muy lejos. Y, cuando reprimes mucho algo, solo incrementas las ganas de que ocurra. Eso es lo que nos sucederá hasta que te atrevas a besarme.

—¿Yo a ti?

—Sí. Ya lo sabes, Joel. Si por mí fuera, estaríamos desgastándonos la boca desde el primer día. Pero lo comprendo, en parte. Aunque te llame cobarde y me haya pasado las últimas semanas cabreada contigo. Has renunciado a mucho y no puedes despojarte también de esto, no sería justo.

—Nada lo es.

—«Nuestras vidas se definen por las oportunidades, incluso las que perdemos» —recitó.

No se lo dije, pero ella no era una oportunidad, sino una obligación. La de escucharme, ser feliz y bañarlo todo con mis sueños. Le resumí mis emociones en un conciso:

—Me gustaría cerrar los ojos y estar en la catedral.

—¿Conmigo sentada a tu lado?

—Quizá —admití.

Atena me dedicó una media sonrisa.

No debía, pero quería conocerla más, charlar, saber si aquello era una tontería basada en la atracción física o si seríamos compatibles. Supongo que a ella le sucedía lo mismo, por eso intentaba hacerme reaccionar.

—Unos meses más y perdonaré que seas un cobarde. —Su aliento cosquilleó mi barbilla.

—Solo existe el presente —insistí.

Mis manos acariciaron su rostro y ruboricé sus mejillas con mis pulgares. Atena bajó los párpados muy despacio y deslizó con languidez los brazos para descansarlos en mis caderas. Inocente, entreabrió los labios por inercia, a la espera de un beso. Memoricé su semblante relajado, las cejas en una línea fina sin arquear, los pómulos rellenos. Le aparté un mechón del flequillo detrás de la oreja y tiritó de deseo.

Mantuve la compostura por los dos.

Me incliné hasta fundir mi boca en su frente y seguí allí algunos segundos, incapaz de apartarme, odiando no aterrizar un palmo más abajo para estirar ese labio inferior que se humedecía. Ella profirió un gemido y no permití que se

avergonzase, la apreté fuerte contra mi torso e hicimos de ese contacto algo íntimo.

En aquel ascensor descubrí que los besos que no se dan también se recuerdan. En la piel, en el corazón, en la memoria. Y regresas a ellos para darles forma, intensidad y ángulos en los que ambos encajáis a la perfección, con puntas de la nariz que se frotan mimosas, sonrisas genuinas que roban latidos y lenguas que danzan al compás de una música que solo los dementes perciben.

25
Atena

—Rubia, ¿cómo sabes si estás enamorado?

Una esquina soleada frente a las rejas del patio fue el decorado elegido por Dídac para lanzar el interrogante y provocar que el zumo de piña me saliese por la nariz. Busqué un pañuelo en el bolsillo de la cazadora, pero solo encontré envoltorios de chicle, así que me limpié con la manga.

—Supongo que te obsesionas con esa persona y quieres verla y oírla a todas horas, como tú con el disco de Rosalía. —Preferí quedarme en un símil superficial antes que abrirme el pecho y que brotaran sentimientos de él.

Para mí el amor, el que merece la pena, era ese que te hace sentir invencible y capaz de cualquier cosa. Sin cambiar tu punto de vista ni modo de pensar, pero sí proporcionando una perspectiva distinta en la que no hay cabida para las limitaciones. Querer es percibir los colores más intensos, subir de volumen la música y anotar deseos en un folio con la convicción de que se harán realidad.

—¿Te has enamorado alguna vez? —insistió Dídac sacando una tableta de Crunch de su gabardina de Inspector Gadget.

—¿A qué vienen tantas preguntas?

—Me gusta Sam.

—Menuda sorpresa —reí.

Desenvolvió la chocolatina, la dividió en dos y me entregó la mitad con expresión de no entender en absoluto mi carcajada.

—No me negarás que he usado una manera más dramática para esta revelación, atrás queda mi humilde salida del armario. He introducido el tema con una pregunta impactante y, zas, he aireado la gran confesión creando un giro argumental imprevisible.

—Te felicito por el esfuerzo, aunque tu cara es transparente como el agua. —Le di un mordisco al chocolate y lo saboreé contra el paladar—. Si lo gritases a través de un megáfono, sería menos evidente.

—Me desmoralizas...

—¿Por qué?

—Joder, pretendo ser actor.

—Lo serás, y seguro que tan bueno que llorarás con lágrimas y masticarás de verdad la comida en las escenas. Pero en la vida real, cuando permites que te conozcan, eres un libro abierto. Y está genial, no hay nada de malo en que vean tu interior si solo guardas cosas buenas.

—Sigue un poco más, me gusta que me piropeen —bromeó con un semblante serio que se fue al traste al momento—. ¿Crees que Sam se ha dado cuenta?

—¿De que te gusta? No lo sé, apenas levanta la vista de sus dibujos, es despistado a más no poder.

—Incluso eso me gusta de él. —Dídac suspiró y reconocí el germen del amor al instante—. Y las cantidades bestiales de colonia que se echa, las uñas mordidas, que cabalgue el mar atado a una cometa y vuelva tan moreno de los fines de semana en la playa...

«Que me dé un beso en la frente cuando quiere rozarme los labios —pensé volviendo al ascensor de la semana anterior—, que conviva con tantos sueños atrapados en el pecho. Que no me mire en clase, pero se gire al percibir mi presencia en el pasillo. Que quiera hacerme reír, cogerme de la mano, viajar en el tiempo y comerme con los ojos hasta que mi boca tome las riendas. Que cierre los ojos y me vea a su lado».

—¿Atena? ¿Por qué suspiras? —inquirió Dídac, sacándome de mis cavilaciones.

Pero la clave no era por qué, sino por quién.

Y no, no estaba enamorada. Aunque hubiera resultado tan fácil como respirar.

26
Joel

Era tarde y seguía despierto corrigiendo los ejercicios de bachillerato bajo la luz de la mesita de noche, recostado contra el cabezal de la cama. Adoraba aquella época del año en la que cubrirse con una sábana resultaba agradable.

La luna menguante había sacado a bailar a su séquito de estrellas, y yo las observaba a través de la ventana de mi dormitorio, donde la persiana se atascaba a la mitad.

Le puse un aprobado a Diana, un suspenso a Ruth y Felisa por hacer copias de los textos de Olaya, y medité la nota de Atena. Había entregado tres folios decentes, un análisis escueto de obras arquitectónicas del Barroco, nada destacable, redacción discreta y caligrafía prácticamente ilegible. Iba a ponerle un seis, pero lo medité. Sabía que yo era el causante de su semblante resignado. También del brillo de sus ojos y de las sonrisas que hacían bailar sus comisuras cuando creía que no la estaba mirando. Porque me consideraba un cobarde, pero me comprendía a ratos.

Sin embargo, esas no eran razones para modificar una nota, y solo debía puntuar lo que leía en el papel. Nada de opiniones personales ni detalles que no conocía de ningún otro alumno. Estaba convencido de que podía hacerlo mejor.

Suspiré hondo, mordí el tapón del bolígrafo pensando en su labio inferior, y aparté la montaña de hojas a un lado para escurrirme por el colchón hasta quedar en posición horizontal.

Bajé los párpados un segundo, la estampa de mi habitación se diluyó y en su lugar recordé lo imponente que había estado Atena en la hora del viernes. Implicada. Receptiva. Enzarzada en un debate con Minerva sobre el papel de la mujer en el arte, citando a Sofonisba Anguissola, la primera pintora del Renacimiento a la que se le reconoció su trabajo artístico. Una época oscura en la que, como en otras muchas facetas, estaba mal visto que ellas desempeñasen

un rol independiente y, en el mejor de los casos, debían emplear pseudónimos si deseaban compartir sus obras o recurrir al nombre de parientes o esposos para hacer públicas dichas creaciones.

—El arte, como la ciencia y la educación, nos ha atado de pies y manos mucho tiempo —había dicho encendida—. De hecho, no se conoce a ninguna mujer con un papel relevante en la historia de la música. Algunos consideraban que no debíamos escucharla ni aprenderla para no distraernos de nuestras tareas.

—Parece que alguien acaba de encontrar un tema que le inspira para su cuenta de Instagram —resalté.

La lucha por la igualdad de sexos y el triunfo del talento sobre los convencionalismos sociales habían acaparado sus entregas desde entonces. Ganando terreno mediante argumentos personales, primando coherencia sobre datos memorizados.

No eran ni sus expresiones perspicaces ni sus camisetas ceñidas, tampoco los vaqueros que le sentaban como un guante o el modo en el que trataba de rozar mis yemas con la punta de las suyas al recoger los esquemas de cada obra al final de clase. El hilo que nos unía y aumentaba su grosor a cada segundo se nutría por un concepto más tentador que la atracción física. Si había algo sugestivo, era la inteligencia. La expresión de Atena replicando con ímpetu resultaba lo más vivo y real que había presenciado en el instituto.

Quizá por eso se adueñó de mis sueños aquella noche. Se coló en mi subconsciente para manejarlo a su antojo con su risa, y volvimos al ascensor en el que un beso en la frente gritaba mis pensamientos en condicional.

Si no estuviéramos aquí.

Si fuéramos desconocidos.

Si leyese tu nombre entre los intérpretes del Liceo y no en una lista de bachillerato.

Si hubiese escrito el mío firmando una ilustración y no una pizarra.

Hasta que unos golpes insistentes en la puerta me privaron de la continuación, el instante en el que Atena arrollaba cada argumento con un beso en la boca y yo le permitía hacerlo. Porque era un cobarde con ella, pero no en la soledad de mi buhardilla.

Recorrí el parqué sin ponerme las zapatillas de casa, quité las dos vueltas de la llave y me sorprendí. Lo último que esperaba al abrir era que los ojos caramelo de Vega me comieran con la mirada.

Estaba tan preciosa como en septiembre, despreocupada, desaliñada y con

el maquillaje resbalándole por la cara. Se revolvió el pelo y tomó aire.

—Sé que hace tiempo que tú y yo no... —musitó a modo de saludo.

—Semanas —precisé.

—¿Puedo pasar?

—No es buena idea.

—¿Hay alguien dentro? —Enarcó una ceja con escepticismo.

—No, pero...

Se coló por debajo de mi brazo y entró al salón.

—No he dejado de pensar en ti, Joel —gimió.

Quise guardarme sus palabras para cuando se marchase, pero no pude. Se quitó la *blazer* rosa palo, se bajó la cremallera del vestido de tubo turquesa, retándome, y dejó a la vista un conjunto de encaje negro diminuto, tentador, de los que me habían provocado incendios en el pasado. Alzó las piernas muy despacio, con sensualidad, sorteando la tela arremolinada en el suelo antes de lanzarse a mi boca.

Traté de rendirme a la lujuria, confiando en que unas horas de sexo me sacarían a Atena de la cabeza. Me equivocaba. Los besos con Vega eran solo superficiales, la ropa que se quitaba dejaba a la vista carne, y no sentimientos.

No tirité de deseo.

No jadeé su nombre.

No sentí la caída libre, la sensación de quedarme sin oxígeno y la necesidad de perderme entre las caricias de su lengua mientras sus manos se colaban por el elástico del pijama. Mi cordura permaneció intacta.

Fue volátil y trivial.

—Para. —La frené rodeando sus muñecas.

—¿No te apetece? —Sus labios inflamados por la pasión me causaron indiferencia.

—No.

—El bulto entre tus piernas me dice lo contrario. —Apagó su risa besando mi clavícula, y yo empujé suave sus hombros para apartarla.

—Es en serio, no quiero acostarme contigo.

—¿Sigues enfadado? ¿Vas a soltarme un discursito como el de la última vez?

—He conocido a alguien.

—Yo también. A mucha gente. Y no me importa, podemos pasarlo bien.

—No quiero acostarme contigo pensando en ella.

—¿Estáis saliendo?

—No.

—¿Rechazas un polvo por algo que ni siquiera existe?

Asentí.

Vega recogió su ropa en silencio, se marchó por segunda vez y me aportó paz.

En ocasiones las personas dicen más de ellas cuando se van, cuando su vacío te cuenta lo importantes que eran en tu vida, o cuando la ausencia no pesa y descubres que nunca estuvieron ahí. Ella había sido fuegos artificiales, ruido y una explosión de color. Pero la mecha arde, la pirotecnia es caduca, y el sosiego tras el espectáculo clamaba más que los tonos ilusorios con los que había pintado nuestra historia.

Suspiré y al fin estuve de vuelta en mi utopía más desgastada, junto a los ojos verdes que anhelaba prender con una carcajada más que con el estallido del placer. Supe que estaba jodido. Jamás se me habían dado bien las medias tintas y, si seguía adelante, no iba a ser un encaprichamiento. Atena traería consigo consecuencias.

27
Joel

Lo que experimentas en tu propia piel es lo que recuerdas.

Por eso iniciamos noviembre con la primera excursión del curso, rumbo a Montjuïc en la furgoneta del instituto. Habíamos salido antes del recreo y ese miércoles no teníamos hora de regreso estipulada.

Me peleé con el automóvil, que iba al ralentí, y accedí a que los alumnos controlasen la emisora de radio durante turnos de dos canciones. Dejé de repetir que no se podía comer dentro del vehículo al ver que todos, Minerva incluida, picaban pan de pipas, la corteza de los bocadillos o Conguitos que encontraría el director entre los asientos, al día siguiente. Las charlas sobre *talent shows* y *posts* de famosos en redes sociales convivían con una melodía pegadiza de Vance Joy que había escogido Dídac.

Aquel miércoles de cielo colmado de nubes amarillas y carreteras con poca afluencia era la primera vez que los alumnos me veían con la montura negra y rectangular sin la que no podía conducir. Tardamos muy poco en subir a Montjuïc. Aparqué a la altura del Palau Sant Jordi, y aprovechamos que llegábamos con tiempo para dar una vuelta por el estadio antes de ir al MNAC, el Museo Nacional de Arte de Cataluña, donde una guía nos esperaba para hacer la visita del itinerario de selectividad.

El recorrido se centró en obras románicas y góticas, algunas todavía no las habíamos comentado en clase y los propios alumnos tomaron la iniciativa de anotar ideas sobre su análisis e interpretación. Dedicamos hora y media a hablar sobre las técnicas empleadas para cada creación, contextualizando la época en la que fueron concebidas y definiendo elementos formales de cada una de ellas. Al salir, mediante una votación a mano alzada, optamos por entrar también al Castillo de Montjuïc.

Pese a ser uno de los elementos iconográficos de más relevancia de la montaña, la mayoría de chavales no lo conocía. Yo había estado en un par de ocasiones para las proyecciones al aire libre en verano y durante las fiestas de La Mercè.

Emplazado estratégicamente con el objetivo de controlar a los enemigos que surcaban el agua acechando a la ciudad, el antiguo fortín fue espectador de numerosos acontecimientos bélicos. Posteriormente se había utilizado como museo militar y se estaba trabajando para que fuera un espacio dedicado a la memoria histórica. Ese mes no había recorridos temáticos ni exposiciones programadas, así que gozamos de autonomía inspeccionando celdas y salas.

Los cuatro extremos del patio de armas se convirtieron en un mirador excepcional desde el que escrutar las vistas panorámicas de Barcelona. Con sándwiches envueltos en papel de aluminio y rodeados de cañones que habían sido testigos de la historia de la Ciudad Condal, pasamos el mediodía respirando el mar Mediterráneo, distinguiendo las siluetas de los barcos del puerto y los aviones que dejaban su estela en el cielo del Baix Llobregat. A lo lejos se atisbaban Collserola y el Tibidabo.

La altitud a la que nos encontrábamos nos invitó a soñar y yo, que me contenía, no pude evitar girarme para memorizar el perfil de Atena a mi lado. La más adulta del grupo, no solo por el año que la separaba del resto. Ella era, con diferencia, la que más claras tenía sus metas. No me hizo falta verbalizar interrogantes o sacar una conversación general para invitarla a compartir sus anhelos. Cuando inclinó la cabeza ligeramente hacia la izquierda y una sonrisa le iluminó el rostro, adiviné que estaba componiendo con su violín imaginario, el que cargaba a todos lados porque formaba parte de quien era.

Puede que esa jornada me regalase alguna pista para salir del laberinto en el que me hallaba profesionalmente. No vi caras largas, resoplidos ni miradas al reloj. Supongo que, por eso, sustituí los recelos iniciales por la convicción de que lo estaba haciendo bien. Y me sentí profesor sin serlo.

Recordé la excursión que había hecho al Museo de Arqueología y a la Fundación Miró con el instituto, a los quince, y cómo me había aburrido cuando me entregaron un dosier con ejercicios para rellenar y entregar en clase. No quería semejante estrés para los estudiantes del IES Valancós, por eso no les había impuesto un trabajo de documentación sobre la salida. Me asombré al ver

cómo ellos mismos asumían la responsabilidad, deteniéndose en lo que más les atraía y subiendo fotografías al Instagram de Fundamentos del Arte con fragmentos de las explicaciones que habían retenido.

Felisa se enamoró de la escultura *Gran bailarina*, de Gargallo, y Diana, de la introducción de elementos comunes en el arte con la simplista *Noche de luna*. Xavier dio rienda suelta a su pasión por Barcelona 92 retratando el Anillo Olímpico de la Plaza de Europa y el Estadio Lluís Companys, mientras que Samuel se acercó a las instalaciones de INEFC para pedir información sobre grados de Educación Física.

Quizá aquello podía definirse como el éxito de un docente: dar libertad y que los alumnos la empleasen nutriéndose de una asignatura que ya no se les antojaba indiferente.

Me pregunté qué rasgos habría potenciado o aniquilado el Joel adolescente de haber recibido una educación distinta, de haber sido animado a resaltar sus rarezas y no a esconderlas para encajar en los moldes de la homogeneidad.

Confiar da mejores resultados que imponer. Ojalá alguien me hubiese dado un folio en blanco en lugar de sujetar mi mano para esbozar una ruta preestablecida.

28
Atena

Le pedí a Dídac que me hiciera una fotografía de espaldas, sonriéndole a Barcelona, y la puse de perfil en WhatsApp. Sin entrar en el chat de mi madre para ver si había cambiado la suya, sin reaccionar a que el último mensaje de mi padre hubiese sido demasiadas semanas atrás.

Ese día me vestí con un impermeable que solo el arte, las risas de mis compañeros y las explicaciones de nuestro alrededor traspasaban.

No era la única que proyectaba un aura diferente y, pese a no deber, espiaba a Joel de soslayo. Dar clase en un entorno más distendido dio pie a preguntas sobre su vida, con Felisa y Diana como fervientes periodistas. Tras descartar lo que yo ya sabía, que no se había licenciado en Historia del Arte, evadió la ronda de cuestiones personales con un ligero rubor en las mejillas.

—Al director no le haría gracia que desperdiciáramos la mañana hablando de mí —rebatió con cortesía.

—Entonces, ¿no estás casado? —insistió Ruth, explicándole que el de Gimnasia y la de Historia celebraron la boda justo después de entrar a trabajar en el instituto, y que aprovecharon las semanas de fiesta para planificar lunas de miel a otro continente.

—No estoy organizando una escapada próxima —confesó Joel entre risas —. La verdad es que he viajado menos de lo que me gustaría.

—Seguro que más que nosotros —opinó Xavi terminándose el bocadillo—. El viaje estrella fue en fin de curso de la ESO, a Salou.

Las masas sedientas de rayos de sol y playa se habían impuesto a propuestas más lúdicas como Roma o París. Francesc, que se había decantado por el bachillerato tecnológico, se encargó de las gestiones mediante la agencia de viajes de su padre.

—¿Adónde iréis este año? —inquirió Joel.

—Yo a ningún sitio si siguen ganando las opciones de costa. —Sam frunció el ceño—. Acabaré las clases en mayo, pasaré unas semanas de clausura hasta selectividad, y después no volveremos a vernos nunca.

—Dramático. —Dídac le dio un codazo suave y se sonrojó cuando su amigo le dedicó una sonrisa.

—¿A qué país fuisteis en tu año, Joel? —indagó Olaya.

—Reino Unido, Londres.

—¿Cómo fue?

—Perdieron las maletas, estuvo lloviendo toda la semana y el albergue solo disponía de un baño para toda la planta —narró con humor—. Por no hablar de la indigestión en una cadena de comida rápida. Soy un imán para las catástrofes —musitó, y su mirada se posó en mí durante una fracción de segundo.

Se dio por vencido y nos regaló pinceladas sobre su adolescencia. Los cigarrillos que le confiscaron en más de una ocasión, cuando fumar le parecía sinónimo de rebeldía y madurez; lo mal estudiante que había sido hasta que ponerse las pilas fue su única opción si quería graduarse con su mejor amigo; la felicidad que le había aportado la carrera...

—¿De qué sirve estudiar algo si no te dedicas a ello? —objetó Sam—. Mis padres están obsesionados con un título universitario y, hoy en día, licenciarte no garantiza que tu futuro esté resuelto.

—Te doy la razón en eso —le concedió Joel—. Estudiar debería ser una elección, aunque comprendo el punto de vista de tus padres. Quieren que tengas opciones. En mi caso, los planes se han torcido un poco. Sin embargo, no cambiaría el pasado. El diseño me hizo feliz durante cuatro años, deberíamos contentarnos con lo bueno que llega a nuestra vida, sea o no temporal. Si lo que te apasiona es otra cosa, sigue luchando, demuéstrales que no es pasajero.

—Todos los del artístico nos hemos sentido juzgados alguna vez —indicó Felisa—. Hay profesiones más respetadas que otras, y las artes solo se conciben como una afición, esa extraescolar que no te llevará a ninguna parte, un gasto de dinero inútil.

—Si algo os sirve de combustible, aunque os resulte difícil, luchad. Dejad que opinen, pero haced oídos sordos. No os boicoteéis a vosotros mismos —recitó lo que le había dicho a los pies de la catedral.

Una calidez agradable inundó mi estómago. Quizá fue su tono tajante, la rapidez con la que rescató mi frase o que la saboreara dibujando la misma sonrisa que yo le había brindado al pronunciarla semanas atrás. Le di el último

bocado al sándwich de pavo y arrugué el papel para centrarme en una tarea que no fuera adorar a Joel, delinear la tapeta granate de su camisa hasta alcanzar el primer botón desabrochado, anhelar el cosquilleo de su barba contra mis labios o imaginar la conversación que tendríamos los dos solos, navegando por esa fosa que separa frustración de aspiraciones.

Odié nuestras edades, haber repetido curso, que llevase ropa formal y no unas deportivas dispuestas a acariciar cada centímetro asfaltado de Barcelona conmigo.

Bajamos hasta el parque de Montjuïc y nos paramos a contemplar el paisaje, olvidando que estábamos en una excursión del instituto. Los profesores rara vez nos permitían disfrutar de unos minutos sin planificación, sin ejercicios que nadie comprendía o maratones hacia el autobús para volver puntuales al aula. Ese día parecíamos una familia haciendo turismo por la ciudad que sentíamos como nuestra, y en la que había tantos puntos emblemáticos por pisar.

Pasadas las cinco, Minerva entregó el consentimiento firmado y se marchó para no llegar tarde al refuerzo de Inglés. Diana, Xavi y las bailarinas la siguieron.

Joel y yo nos sentamos en un banco cercano a la salida de los ferrocarriles de Plaza España mientras Dídac y Sam hacían cola en el bar más cercano para comprar botellas de agua. Protegidos por la sombra de las copas de los árboles que se mecían sin tregua, me permití el lujo de precipitarme por las líneas de su perfil con los ojos.

—No me mires así, Atena.

—No quiero hacerlo —confesé—, pero me lo pones muy difícil.

—Yo...

Adiviné que iba a soltar algo como «no hago nada», y negué con la cabeza.

—Te preocupas por nosotros, Joel. Eres jodidamente creativo y quieres sacar lo mejor de cada estudiante. Te importa lo que pase con nuestro futuro más allá de una nota en selectividad. Los profesores no siempre hacen eso; y tú, que vienes de otro ámbito, pareces conocer más de docencia que parte del claustro que lleva una década dando clases. ¿Por qué tienes que ser de esa forma? ¿Por qué no puedes limitarte a hacernos leer en voz alta, mandarnos cinco trabajos semanales y suspendernos por faltas de ortografía? ¿Por qué usas tinta verde y no roja para corregir, y nos invitas a charlar en vez de callarnos con gritos?

—¿Querrías que fuera así?

Querría que no me importase en absoluto, que su carácter se escondiese

durante las horas lectivas y su estado de ánimo no se leyera en sus labios.

—Sí. Y no.

Desinflé el globo de mi pecho mediante una bocanada infinita y me fijé en las carreteras. El tráfico era un silbido sereno. Eché un vistazo al reloj del móvil y suspiré, ansiando llenar con un diálogo concreto aquellos minutos en lugar de morderme las palabras. Esporádicamente, una masa de personas se agolpaba en la entrada del tren.

Una familia sueca que arrastraba maletas desplegó un plano y nos pidió indicaciones para ir hasta la Sagrada Familia. Sam y Dídac interrumpieron la conversación en inglés fluido que Joel estaba manteniendo con los turistas.

—Gracias —le dije a Dídac cuando me ofreció de su agua, aún sin abrir.

Di un sorbo y me tragué lo que no podía ser junto a Joel.

—¿Os apetece volver a casa? —propuso él, levantándose del banco.

—¿Queda algo por ver? —se interesó Sam.

Alargamos la salida hasta las nueve para presenciar la coreografía de la Fuente Mágica, de la plaza de Carles Buïgas, una exhibición que congregaba a varios grupos de curiosos. Camuflados entre espectadores que capturaban el momento con cámaras o se deshacían en halagos y aplausos, disfrutamos de la combinación de luz y música.

Esa noche el agua desprendía destellos dorados, fucsias, amarantos y ocres, e inventaba pigmentos desconocidos. Cada gama de los tres niveles concéntricos de la fuente se adecuaba a una tonalidad mayor o menor, bañando las Torres Venecianas de arcoíris. Durante treinta minutos, vibramos al compás de un *mix* de éxitos de los 80 con *Video Killed The Radio Star*, *Every Breath You Take*, *Bette Davis Eyes* y *Moonlight Shadow*.

Dídac buscó las melodías en Shazam, Sam le susurró los títulos que conocía al oído, y yo avancé sin temor hasta que algunas gotas acrobáticas se asentaron en mi rostro. Unos dedos se entrelazaron a los míos, me giré contrariada y percibí su semblante calmado. Joel aprovechaba el gentío para incendiarme con los escalofríos que generaban sus yemas en mi palma. El contacto apenas duró *Life is Life* y *Forever Young*. Suficiente. Poco. Alivio. Vértigo. Una vorágine inclasificable que nos mantuvo en vilo, acentuando las pulsaciones en la garganta y privándonos de oxígeno hasta que la danza acuática cesó.

Deseé preguntarle si se encontraba allí o en unas escaleras, quizá más lejos, en un tiempo verbal en el que aún no nos habíamos conocido. Deseé recostar la barbilla en su hombro, pedirle que me ilustrase sobre la fecha y el propósito que

había perseguido la construcción de aquella fuente, o simplemente mirarle a los ojos sin temor a que Dídac y Sam nos descubriesen.

No hice nada.

Me centré en el momento, lo respiré lento, como si el aire nos dibujase un beso, y me llevé un fragmento de aquella jornada a casa, donde los colores no resplandecían ni una fricción ínfima causaba descargas.

Cuando solté la mochila sobre el colchón y saqué la carpeta, hallé un papelito doblado en forma irregular. Lo rescaté creyendo que era el envoltorio de un chicle o una de las bolitas que nos lanzábamos en clase, pero la tinta traspasando el pedazo de folio me incitó a leer su contenido. Algunos versos de *Viento de cara*, de Supersubmarina.

Busqué la canción en YouTube y la escuché en bucle hasta que cada sílaba me sonó a Joel.

29
Joel

Salí del instituto estresado. Conduje directo hasta Paral·lel bajo un firmamento oscurecido, y entré en el Hamlet.

—¿Cómo va eso? —saludó Eloi limpiando la mesa del fondo.

—Combinado de hamburguesa grande, con beicon y doble de queso —pedí sin respirar.

Él captó mi estrés y me dio espacio.

Más tarde, cuando recosté los brazos sobre la barra, invitándole a sacar conversación, me miró fijamente, midiendo las palabras.

—No voy a agobiarte con sermones como tu madre. Solo un consejo, no te centres en las cosas que no has conseguido. Mira en quién te estás convirtiendo para ayudar a los chavales, en el Joel que sale del cascarón por una buena causa. ¿Estás orgulloso de esa persona?

Me había sentido bien en la visita guiada al MNAC y la ruta por Montjuïc. También durante la proyección sobre arte egipcio en una pequeña sala de Gracia, y en el *tour* por la Casa Batlló.

Entre cenas fuera de la buhardilla para celebrar la nómina y excursiones con bachillerato, había llegado a principios de diciembre. Y no sabía cómo sentirme al respecto. ¿Afortunado al sumar gratificación a los días, o inquieto por adaptarme a unos zapatos nuevos que ya no infringían heridas?

—¿No te molesta no haber cumplido los objetivos que teníamos? —pregunté.

Eloi había soñado con montar su propio bufete antes de trabajar para otros, él me daba mil vueltas en cuanto a estudios. Siempre me asombró su capacidad para conformarse.

—No pienses en lo que no ha ocurrido —dictaminó—. Lo que anhelábamos en la adolescencia eran ideas utópicas. Vivir por nuestra cuenta para que nadie nos controlase, celebrar cada fin de semana como si la felicidad fuese un reloj de arena, dejar nuestra huella incluso en el agua... ¿Cuánto realismo había en esas cosas?

—Cuando eres joven crees que es posible.

—Y lo es, pero no todo, ni para todo el mundo. Hay que renunciar a algo para obtener cosas a cambio.

Él lo había hecho. Se había despojado de su vocación para abrazar la estabilidad económica. Y le compensaba. ¿Por qué no funcionaba conmigo? ¿Por qué había horas en las que me sentía un crío y otras en las que me convertía en un anciano cascarrabias?

—Me quejo demasiado, no me hagas caso —musité.

Eloi negó.

—Nunca te has quejado, Joel, y ese es el principal problema. Ni con tu familia ni conmigo. No te atrevías a dar voz a tus miedos por temor a que se hicieran realidad, y no está bien guardar silencio tanto tiempo. Acepta lo que tienes, algún día te darás cuenta de que es más valioso que lo que perdiste. Este eres tú, las decisiones que tomas, los fantasmas que no se marchan y la tenacidad con la que afrontas otra etapa. Lo que pudo ser no es lo que veo en ti. Ni se te ocurra cubrir tu talento con el pasado.

Nos sucede a la mayoría, no valoramos lo que somos, tenemos o hemos conseguido mientras está sucediendo. Precisamos de cierta distancia y perspectiva para ordenar las emociones y logros en cajones, para abrirlos una y otra vez con el pretexto de calibrar si los muebles que recogen quienes somos nos agradan. Olvidamos que estamos en constante evolución, que una persona no deja de crecer al llegar a la edad adulta, que detestar un periodo de tu vida es solo una insatisfacción provisional. La probabilidad del éxito es mayor para quienes siguen en pie que para aquellos que se lamentan de lo que poseen sin hacer nada para modificarlo.

Al salir del Hamlet, rumbo al coche, mi pulgar presionó por inercia el botón verde de la pantalla del móvil. En consecuencia, la verborrea de mi madre me llegó a través del altavoz. «¿Mucho trabajo?», «¿Comes fruta a diario?» y «¿Vienes a casa el domingo?» fueron sus interrogantes iniciales.

Suspiré sin saber que lo peor llegaría después. Ese día, mamá estaba jodidamente atenta a cada silencio y sílaba pronunciada con énfasis. Ella no

necesitaba verme a través de una cámara para advertir cuándo ponía los ojos en blanco.

—Quiero que valores lo que tienes y lo disfrutes, hijo —concluyó después de una sucesión de «estoy encantado» para que no se preocupase por nada.

—Lo hago —increpé, enmascarando lo que realmente sentía. La pestaña dentro del ojo que no lograba sacar, la espina clavada que solo penetraba más la carne si trataba de extraerla. Los sueños pueden ser alas, pero también disparos al pecho.

—Soy tu madre, no me engañas por muchas ironías que utilices conmigo. Piensas que no te comprendo porque tú aspirabas a tocar el cielo y yo me conformé siendo una ama de casa con una rutina aburrida. Limpiar, comprar, llevaros al colegio, cocinar, ayudaros a hacer los deberes y hablar con las madres de vuestros amigos en el parque mientras tu hermana y tú os llenabais de tierra los calcetines. Te diré algo, Joel, mis sueños siempre han sido los vuestros. Mi felicidad es veros felices. Por eso soy afortunada, me dais energía. Pero noto cuando os hundís, cuando me cogéis menos el teléfono o no abrís la boca los domingos.

—Estoy bien, mamá. De verdad —insistí.

Antes de esa conversación, creía que ella jamás podría hacerse una idea de la magnitud de mis deseos y que solo yo me ofuscaba en un camino sin salida. Qué equivocado estaba. Convertirse en padre es multiplicar alegrías y también sufrimiento, saludar al mar con una carcajada, empaparte en aguas bravas si el temporal azota y aprender a remar con las dos manos. Ella, de todas las personas en el mundo, era la que sentía como suyas cada una de mis victorias y derrotas. En especial las derrotas, porque el ser humano tiene esa maldita costumbre de regodearse más en los baches que en los altos vuelos.

—Cariño, la vida se hace muy larga para quienes esperan algo, y muy corta para quienes ya lo han encontrado. —La suavidad de su tono fue una caricia en mi mejilla—. No menosprecies cada momento, los peores tragos te ayudarán a valorar más lo bueno.

—¿Lo bueno? —pregunté, escéptico.

—Llegará, Joel, no seas impaciente. Puede que haya llegado ya y no lo veas.

—Puede que tenga que ponerme las gafas más a menudo —comenté bajito.

—Ojalá la vida se te haga corta —me deseó; la imaginé con una sonrisa.

Y hoy lo admito, es lo más bonito que me han dicho nunca.

30
Atena

En cuestión de días empezaría los exámenes finales de la segunda evaluación y necesitaba aprobarlos todos. Sin excepción. Nada de ir a por el cinco raspado o confiar en que podría hacer un esprint en las recuperaciones. No iba a caer en los errores del curso anterior, así que me había unido a los maratones de estudio de Dídac.

Comenzábamos a las tres y media, después de comer algo rápido y volver al instituto para aprovechar la tranquilidad de la biblioteca.

La cartulina en la que el rubio había pegado pósits de distintos colores para señalar materias y horas se convirtió en nuestra biblia. Mis recuadros favoritos, sin duda, eran los blancos con las mayúsculas «DESCANSO» bordeadas con purpurina plateada. Además, su kit del buen estudiante se componía de una pelota antiestrés en forma de globo terráqueo y un cubo de Rubik que empleaba como repelente. «No se me da bien, diez segundos jugando con él y preferiré memorizar *phrasal verbs* hasta olvidar mi nombre», decía.

Ese día estábamos solo nosotros. Por desgracia para el pequeño de los Aloy, Sam se encontraba haciendo la segunda cosa que sus padres más adoraban: que los ayudase a atender llamadas en la clínica dental.

—Te juro que me rompo una paleta solo para verle —espetó Dídac con los ojos muy abiertos y aires de loco.

Deposité la cazadora en el respaldo de la silla y me senté a su izquierda, en la habitual mesa circular pegada a la cristalera, con vistas a la entrada. El viento, que esa semana era desapacible e impertinente, mecía las hojas de los árboles colando su sonido en la estancia. El resto de mesas estaban desiertas; la gran mayoría optaba por retener conceptos en casa en lugar de sucumbir a las tediosas

jornadas entre estanterías atestadas de enciclopedias que nadie hojeaba y un ordenador con Windows 95 en el que no se podía consultar nada sin que se colgase.

Aparté las latas de Monster que Dídac había colocado al lado del estuche y le revolví las ondulaciones que esa tarde estaban más rizadas debido a la humedad.

—Estás un pelín obsesionado —me mofé.

—Enamorado hasta las trancas —confirmó—. Si vuelvo a poner su nombre en un trabajo, me declaro. No puedo seguir así.

—¿Hablando de él a todas horas?

—No durmiendo, no comiendo, escuchando su música y acariciando la letra de sus apuntes.

—Al menos eres consciente de tu enfermedad.

—Atena, es el hombre de mi vida —indicó tirando de los cordones de la sudadera gris—. Estoy convencido. Lo vi claro cuando...

—Recostó su cara de angelito en tu hombro a la vuelta de la excursión de la semana pasada —finalicé su relato, ese que había repetido hasta la saciedad con una sonrisa optimista.

Saqué el cuaderno de Historia y lo abrí por la página cincuenta y tres. Una doblez en la esquina superior de la hoja me frunció el ceño. La giré y, arrugada, se hallaba una nota mecanografiada, con el estribillo de una canción. Miré hacia todos los lados tratando de descifrar cómo había llegado hasta allí aquel fragmento de *Tu nombre*, de Veintiuno. Después negué y pensé en él.

Joel.

El chico al que un «cobarde» hacía hablar a través de versos.

Cubrí mi hallazgo con folios y le seguí la corriente a Dídac unos minutos más. Obvié el carpesano con las características de la poesía del siglo XX que debía estudiar, y le escribí un mensaje a Isolda para quedar esa semana. Esperé su respuesta con el móvil sobre los apuntes, incapaz de centrarme en el examen de Literatura.

—Lo siento, Atena, he pasado la tarde con Marc —me contó esa noche por teléfono.

Su relación había prosperado hasta tal punto que ya no le asustaba cogerle de la mano, llamarle «novio» o cambiar su estado de Facebook a «en una relación».

—¿Nos vemos mañana? —sugerí.

—Tengo que hacer varios trabajos en grupo y una práctica. ¿Quedamos cuando hayamos acabado el primer cuatrimestre? —Era su eufemismo de no disponer de días libres hasta Navidad.

—Claro —accedí forzándome a sonreír para que mi tono fuese amable.

No obstante, me sentía un poco abandonada. Quería explicarle cómo me iban las cosas cara a cara, no a través de una pantalla u oyendo el sonido metálico de sus réplicas por el altavoz.

Desde que su idilio con Marc iba viento en popa, nuestra amistad pagaba las consecuencias. Las interacciones se reducían a mensajes de texto, me enteraba de lo que comía o merendaba por redes sociales, y los «buenas noches» que habíamos compartido durante años contaban con otro destinatario.

Había escuchado a mi madre quejarse de que la gente se distancia cuando crece y asume responsabilidades, pero siempre había creído que se refería a matrimonios con hijos o trabajos sofocantes. Separarse a los dieciocho se me antojaba ridículo, en especial si se trataba de Isolda, la amiga que había estado incondicionalmente en cada etapa. La que me había abierto las puertas de su casa unas horas o un fin de semana. La que anteponía mis necesidades. La que podría vendarme los ojos y pedirme que la siguiera al fin del mundo, sin titubear.

Me costaba asimilar que un chico fuese a alterar aquella dinámica en la que el plural era más poderoso que las partes que lo conformaban.

31
Atena

Los exámenes de Literatura e Inglés habían salido decentes y, con intención de desconectar una hora antes de volver a la reclusión para estudiar los conceptos de Platón, Aristóteles y Descartes, me había llevado el violín al instituto.

Entré en el aula de música, que solía estar abierta y libre, y destapé el estuche. Me percaté de que había un papelito doblado entre la vara y las cerdas del arco.

¿Cómo había llegado hasta allí una nota de Joel si no había tenido Fundamentos del Arte ese día? Entonces caí en la cuenta de que aquella mañana no le había visto salir a tomar café, quizá se había colado en mi clase a hurtadillas para esconder su estrofa. Quizá había pasado la noche anterior escuchando canciones hasta seleccionar la más adecuada para poner letra a sus sentimientos. Imaginarle haciéndolo me arrancó una risa aguda, cursi, impropia de mí.

Desplegué el papel para canturrear la melodía de *Siempre esperándote*, de Carlos Sadness e Iván Ferreiro. Busqué la partitura en internet y fue lo único que reproduje durante esos sesenta minutos en los que la música me dibujó alas para sortear las barreras que nos separaban.

32
Atena

Ese viernes empezarían las vacaciones de Navidad, y Dídac llevaba a cabo su ritual de destrucción del calendario de estudio durante el recreo. Hizo una quiniela aproximada de la media de cada asignatura antes de guardarse los pósits en un bolsillo del vaquero u otro, dependiendo de si su predicción auguraba buenas o malas noticias.

Nos habíamos sentado en la zona del patio más apartada, y las bufandas nos cubrían la boca mientras el cielo se vestía de un manto perla con nubes opacas que ocultaban los rayos de sol.

—Filo, aprobado justito. —Dibujó un cinco irregular con los guantes puestos antes de meterse el cuadrado amarillo en el bolsillo derecho del pantalón —. Inglés, de notable para arriba.

—¿Has vuelto a contar tu vida en el texto que nos pedían sobre cómo nos vemos en el futuro?

—Tengo que compensar mis carencias del *listening* con cotilleos. —Se encogió de hombros—. Cada uno explota sus habilidades, y las mías se basan en redactar párrafos humorísticos y jugosos en dialecto indio.

—Interesante...

—Hasta ahora me ha funcionado —rumió con los labios apretados en una línea—. Literatura, cateada de aquí a Sevilla. —Pintó un cero inmenso y ni se molestó en despegar el papelito rosa—. Historia de seis, le caigo bien y siempre se porta en las evaluaciones de diciembre. El palo me llegará en mayo.

—Lo que haces es puro masoquismo, Dídac. En menos de setenta y dos horas tendrás las notas en tus manos.

—Y entonces pondré en marcha la segunda fase de mi predicción.

—¿Enseñarles tus pronósticos a los profesores para que te tomen por loco?

—Comerme una palmera de chocolate blanco por cada acierto —sentenció dándole golpecitos con la punta del boli al pósit azul que le quedaba por valorar —. Arte... Un ocho.

—¿Tanto? Si te dejaste una obra entera por comentar —le recordé.

—Joel es de los majos. No desayuna veneno, como Román.

Iba a rebatirlo sacando a la luz mis suspensos de inicios de curso, pero mis palabras se perdieron entre el halo blanquecino que salió de mi boca y tiritó con el aire.

—¿Qué te pasa? —Dídac reposó su mapa de materias y horas en las rodillas —. ¿Estás así por Isolda?

—No, ¿por qué? —disimulé.

—Atena, te conozco. Y la conozco a ella. Está un poco... dispersa.

—¿Dispersa o desaparecida? —puntualicé, y noté un vuelco en el estómago. Estaba mal hablar así de mi mejor amiga, de mi casi hermana, aunque constatase un hecho.

—Sí, creo que desaparecida es la palabra —farfulló él.

—No me imaginaba que fuéramos a pasar el fin de año con Marc.

Había recibido la noticia la noche anterior vía WhatsApp, cuando la creación de un grupo denominado «Fiestón del 31» con Isolda como administradora me había emocionado. Solíamos pasar aquella noche tomando las uvas en su casa —en la mía las campanadas no habían fraguado ni en la época dorada de matrimonio de los Beltrán—, y después veíamos series o pelis hasta caer rendidas sobre la misma almohada. El año anterior, para celebrar que ambas teníamos los dieciocho, habíamos ido a tomar algo a los locales de ambiente del barrio. El plan fue lo de menos, lo relevante sucedió al regresar, justo antes de dormir. Anotamos en un folio nuestros propósitos para los doce meses siguientes y los leímos entre susurros con el objetivo de que fuera lo último en lo que pensábamos antes de conciliar el sueño.

Me costaría despedirme de esa estampa. Y no es que estuviera celosa de Marc o me negase a darle una oportunidad antes de conocerle. Simplemente no me apasionaban los cambios.

—Me apetece tan poco como a ti presenciar cómo se meten la lengua hasta la campanilla. —Dídac arrugó la cara en un mohín de disgusto y sacó la lengua —. Pero mis padres estarán delante la mayoría del tiempo.

—Si hay tocamientos, nos refugiamos en tu dormitorio.

—¿Te ha decepcionado?

—No lo sé —titubeé—. Puede que un poco. No me esperaba que Isolda fuera de las que se esfuman cuando tienen pareja.

—Bueno, nadie lo imaginaba. Hay que ver a la gente actuar en determinadas situaciones para saber cómo es realmente.

—No estoy diciendo que sea mala amiga ni nada por el estilo... —me disculpé.

—Lo digo yo. Los hermanos pequeños nacemos con el derecho a criticar por todos los desastres de los que nos culpan los primogénitos —refutó divertido, y me cogió del brazo—. Te quiere muchísimo, Atena. No exagero, eres su persona preferida. Lo que pasa es que no se da cuenta de que la ausencia de quienes siempre han estado ahí se nota más que la de los que vienen y van. Pero volverá.

—¿Tú crees?

—Claro, rubia. Te prometo que lo pasaremos bien.

Sonó tan sincero que le abracé. Me prometí que no volvería a verlo solo como al mocoso pesado del que hablaba Isolda, que me pasaría por su cuarto unos minutos para preguntarle qué tal estaba cuando fuera a su casa, que no contaría palomitas de colores solo para huir de mis fantasmas, que sustituiría el término «hermano pequeño» por «amigo».

33
Atena

Llevaba toda la semana recibiendo notitas. Para mi sorpresa, la última me llegó en mitad de clase. Casi por arte de magia, un trocito de *Copenhague*, de Vetusta Morla, se coló en el bolsillo exterior de mi mochila.

La leí varias veces contemplando a Joel desde la tercera fila. Él mordía el tapón del bolígrafo verde desde su escritorio, corrigiendo resúmenes de la clase anterior. Elevó la vista de los folios y nuestras miradas se cruzaron muy lejos del aula. Sonreí, Joel bajó los ojos a la mesa, pero alzó las comisuras con sigilo. Satisfecha por su reacción, grabé su semblante en mi retina e hice un gran esfuerzo para esconder lo que estaba experimentando. El hormigueo en los labios, la electricidad en el vello de los brazos y la nuca, el vuelco que me revolvía el pecho.

Acompasé mi respiración al balanceo de sus hombros, a la voluntad de unos dedos invisibles que tiraban del hilo que nos unía y que, lejos de romperse, se tensaba obligándome a sujetarme al borde del pupitre para que esa fuerza no me empujase contra Joel. Y le añoré teniéndole a unos centímetros.

Ese día empezaban las vacaciones. No nos veríamos hasta enero. Pensé en el fin de año que me esperaba con Isolda, en las próximas semanas junto a mi padre, tratando de no coincidir para mantener una paz ilusoria. En todo lo que pasaba por mi mente y no exteriorizaba por temor a herir a quienes me rodeaban.

En lo mucho que me apetecía componer.

En cómo me contenía por miedo a fragmentar una historia que ni siquiera existía.

Suspiré.

Le pedí los pósits a Dídac.

Supe que me tocaba mover ficha.

34
Joel

Era 29 de diciembre. Los cristales del Hamlet estaban teñidos con espray blanco simulando copos de nieve, y del extremo de la barra colgaban lucecitas de colores que parpadeaban con resplandor verde, rojo y azul. El árbol que había decorado junto a mi mejor amigo, un abeto artificial engalanado con bolas doradas y una estrella descomunal en el punto más alto, adornaba la entrada.

Pese a nuestra oposición, el tío de Eloi había colocado un matojo de muérdago con pilas que reproducía villancicos cada vez que alguien abría o cerraba la puerta del local. Lo que al principio le había entusiasmado era, a finales de mes, un fastidio al que denominaba «contaminación acústica».

—¿Quieres un poco de pavo con guarnición? —Eloi me guiñó un ojo y me retorcí en el taburete.

—Ni de coña.

Me había reunido con Irina, Fede y mi madre en Nochebuena y Navidad para tomar la tradicional escudella, los canelones caseros de mi cuñado y un tronco relleno de trufa que me supo a empacho después de la bandeja de polvorones, neulas y turrones. Mi estómago no soportaba más platos copiosos, así que había declinado la invitación de cenar y tomar las uvas en familia.

—Algo ligero entonces. ¿Unas bravas con entrecot? Ayer sobraron costillas... —insistió mi amigo.

—Cierra la boca —rugí por encima de *Adeste fideles*.

Me di la vuelta por inercia, con la boca dispuesta a verbalizar un comentario sarcástico sobre el muérdago, pero mi risa amarga se transformó en graznidos. Cada concepto se atascó en mi garganta al distinguir a Atena recorriendo el diminuto pasillo con los ojos esmeralda abrazados por negro.

Brillo de labios. Una elegancia clásica y sencilla, dórica. Con un gorro de lana granate, la bufanda oscura cubriéndole el cuello de la cazadora y los tejanos desteñidos remetidos por los botines.

Mi corazón se saltó un latido que adoptó forma de sonrisa. Una de esas que delata lo que proteges bajo la piel.

—Mierda —espeté recuperando la compostura. ¿Por qué actuaba así?

—¿Qué te pasa? —preguntó Eloi.

—Una de mis alumnas acaba de entrar —disminuí el volumen, aunque el clamor de los comensales ahogaba mi voz.

—¿La rubia?

—Sí.

—Pues ha estado viniendo mucho.

—Genial. —Puse los ojos en blanco—. Es la chica de la que te hablé.

—La alumna con la que te...

—Joder, habla más bajo.

—Así que viene por ti.

—Le mencioné el Hamlet de pasada... Deberías darme las gracias por recomendarte.

—Bueno, tu clientela no me aporta beneficios. Solo toma agua del grifo y me da pena cobrársela. Prepárate. —Le dio un toquecito a la barra—. Se acerca.

En efecto, dos segundos después se sentó en el sitio libre a mi izquierda, y Eloi se alejó para anotar una tapa en la pizarra de los menús diarios.

—Qué casualidad —saludó Atena, quitándose la chaqueta y alisándose el jersey crudo de lana.

—Seguro —la juzgué.

—Por cierto, felices fiestas. —Buscaba romper el hielo, suavizar la pendiente. Y yo no iba a ponérselo fácil.

—Hay más asientos libres —dictaminé.

—Me gusta este. —Se acomodó con la bufanda y la diminuta mochila sobre el regazo, hundiendo la punta de los dedos en las telas para apaciguar su tensión.

—No está bien.

«No está nada bien, así que échala», me imploré.

—El qué —disimuló.

—Esto. Estar aquí. Juntos. Que nos vean. —«Que nos confundamos, te cuente qué tal me van las cosas, tú me hables de música, tu colonia de vainilla siga atrayéndome y nos metamos en un lío».

—No estamos juntos, hay más gente aquí. Solo vemos una serie —apuntó a la pantalla plana donde daban una reposición de *La que se avecina*— y tomamos algo.

—Tú no tomas nada y yo me marcho —zanjé el tira y afloja.

—¿Tan pronto?

—Tengo cosas que hacer.

—¿Como escuchar mis canciones?

—O restarte décimas por cada *post* de Instagram que rellenes con música —maticé sin un ápice de humor.

Quería que dejase de hacerlo, que no me diera información sobre ella, sus gustos o lo que deseaba. Porque era lo mismo que yo deseaba y me mataba por dentro. Todo aquello era mi culpa por no guardar las distancias frente a la Fuente Mágica. Por relajarme durante dos canciones. Solo dos.

—¿Eso quiere decir que no te gustan?

—Buenas noches. —Me puse en pie, ella me rodeó la muñeca en un contacto abrasador y se me cayó el alma a los pies—. Atena, no seas cría.

Vi el efecto de mi ataque en su rostro. Había infinidad de cosas que desconocía de ella, pero sabía que no era infantil, insensata ni estúpida. Infravalorarla, reducirla a una niña, suponía un insulto. Estaba convencido de que aquello la enfadaría, y necesitaba generarle repulsión, rabia, añadirle unos metros a la distancia que nos separaba para edificar murallas que no pudiera trepar.

Me daba por victorioso, no consideré que el orgullo no la guiaba como a mí, que su inteligencia emocional le permitía discernir guiones malos de diálogos veraces.

—No te vayas por mí. —Camufló su desánimo sin éxito.

—No lo hago —repuse. No era solo por ella, sino por los dos.

—¿Lo de siempre? —irrumpió Eloi.

Atena asintió y contempló con ojos brillantes el vaso de agua que le servía mi amigo.

—Quería hablar contigo, Joel —confesó tras dar un sorbo largo—. Hablar normal, sin formalidades ni el instituto de por medio.

—Eso es lo único que hay entre nosotros —remarqué.

—Pero si lo eliminásemos, habría mucho más.

—Te equivocas.

—Si no fuera así, no tendrías miedo. Lo hablamos, Joel, y te dije que lo

comprendía, a medias. Si tu trabajo no estuviera en juego, no huirías.

—No huyo.

—Está bien, entonces siéntate y quítame la razón.

Nos enzarzamos en un duelo que ganó Atena. Perderme en sus ojos era ser un poquito más libre, abandonar la culpabilidad y entrar en su cabeza sin recurrir a los trabajos que entregaba. Su caligrafía no le hacía justicia a los hoyuelos que brotaban en sus mejillas al sonreír ni a esa mirada desafiante, segura, tan suya.

Lo sopesé antes de hacerle caso y ocupar mi taburete a regañadientes. Eloi se acercó para servirme un plato de arroz a la cubana, huevo frito y dos bistecs de ternera empanados. Me observó cauteloso en busca de un gesto para echar a mi acompañante o rellenarle el vaso.

—Uno igual para ella —le pedí a Eloi, clavando la vista en mi combinado.

—No tengo hambre —refutó Atena.

—Invito yo —aclaré.

—Pero...

—Corre a cuenta de la casa —zanjó mi amigo.

La cena estuvo repleta de inspecciones de soslayo, prudencia y silencios. Uno por cada pulsación exaltada e interrogante que no formulamos. Nuestros codos se rozaron varias veces al partir la carne, y la salsa de tomate asentada en su labio inferior me sacó de mis casillas, pero lo que de verdad me afectó fue la paz que nos envolvía. Una compatibilidad inusitada, la posibilidad de ser posibles, de funcionar.

—¿Qué tal llevas el curso? —se interesó, y yo alcé una ceja.

—¿No debería preguntártelo yo a ti?

—No vas a hacerlo. Además, ambos sabemos que voy a graduarme. Me estoy esforzando, el año que viene será el de los sueños que se cumplen.

—No te confíes, en mi asignatura tienes un aprobado discreto —me permití bromear.

—Cinco meses —murmuró.

—¿Qué?

—Quedan cinco meses para que deje de ser tu alumna. En julio, cuando te pregunte cómo te ha ido el día, no podrás esquivarme hablando de mis notas.

—Atena...

—Por si te quita el sueño, nos gustan tus clases. Es curioso, ¿verdad? Que el bloqueo de alguien nos inspire, que de un callejón sin salida surjan tus mejores ideas.

—¿Las mejores?

—Las creaciones más importantes no son las perfectas, las que ganan premios o salen en medios. Son las que tocan a alguien, conmueven, incitan a estudiar para un examen, a perderse por Barcelona retratando arte y a cuestionarte quién eres, qué quieres ser.

—¿Eso consiguen mis clases?

—Sí, por mucho vértigo que dé.

—No me da...

—Descubrir que algo imprevisto saca lo mejor de ti da miedo —me cortó.

Cuando se comió las puntillas del huevo y puso los cubiertos en el plato, su mano persiguió la mía y yo la retiré antes de que las entrelazásemos. Quemaba. Ejercía el efecto de un imán. Era contundente, casi obligado. Apreté la mandíbula y exhalé aire por la nariz.

—¿Por qué actúas así? —me recriminó—. Estamos lejos del instituto, podemos...

—No podemos nada.

—¿Para eso me das esperanzas? —se consternó y en su frente emergieron pliegues de incomprensión.

—¿Esperanzas? —Me había perdido.

—Con las notas que has estado dejándome.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes. Llevas semanas lanzándome mensajes a través de versos.

—¿Por qué iba a hacer eso? Te lo dije, Atena, no hay un nosotros.

Mi negativa resbaló por su semblante mientras seguía inmersa en los castillos de arena que había creado en su mente. ¿Por eso había ido al Hamlet? ¿Acaso creía que la había citado allí?

—Si no has sido tú... —musitó con un hilo de voz.

—Te aseguro que no he sido yo.

Sus facciones se ensombrecieron y se levantó sin vacilar. Quise detenerla y me obligué a dejarla marchar mientras su fragancia inundaba el ambiente. Abrió la mochila para sacar una agenda, la colocó sobre su silla y me dejó a solas con un «lo siento» murmurado que destilaba vergüenza.

Recordé un artículo que había leído años atrás sobre las esculturas móviles que Tamara Kvesitadze había diseñado en Georgia, la representación de un hombre y una mujer que se miraban a la cara, se besaban y se atravesaban hasta

que ambas estructuras de acero se unían para simbolizar el amor. Había analizado el movimiento —que duraba diez minutos— en numerosos vídeos de internet, empapándome de la historia de Ali y Nino, la tragedia de dos personas de religión y cultura distintas a las que no habían permitido estar juntas. Después de unirse, las figuras se daban la espalda en una despedida sin fin.

Pensé que eso era lo que hacíamos Atena y yo, despedirnos a diario. Quizá por eso no llegábamos a besarnos ni a fundirnos en uno, quizá nuestro afán por desentrañar los secretos del otro nos conducía a mirar en direcciones opuestas.

35
Atena

La decepción se apropió de los sonidos de mi música, de la que reproducía con el violín y la que oía a través de los auriculares. Borré las canciones de la lista de reproducción a la que había bautizado como «Nosotros» y enterré los anhelos en el subconsciente.

Lo que dolía no era ese presente en el que no existíamos. Con el paso del tiempo aprendí que lo que hiere es conservar la esperanza intacta, pensar que algo sucederá tarde o temprano, confiar en que ese momento llegará y despertarte cada mañana con un «quizá sí» en la cabeza. Esperarlo. Ansiarlo. Saborearlo. Darle forma y luz.

A veces te destruyes haciéndote creer que los imposibles sucederán.

Por otra parte, me frustraba no estar al lado de Joel para repetirle que lo estaba haciendo bien. Podía ser testarudo, frágil e inseguro, aunque lo que flotaba en la superficie era su incapacidad para verse, viviendo ajeno al efecto que tenía en los demás. Él parecía no percatarse, pero cuando entraba en el aula no la silenciaba, la encendía con su presencia y la salpicaba de curiosidad e interés.

Cómo me hubiera gustado mostrarle su reflejo en el espejo, pintar su perfil en una pizarra y acentuar lo mucho que su creatividad nos motivaba. La diferencia entre los rostros de mis compañeros en otras clases y en Fundamentos del Arte. Los «Joel es un profe enrollado» que oía en el recreo. Su capacidad para conjugar los términos «aliado» y «mentor» en una misma oración.

Que no supiera cómo nos hacía sentir me dolía más que la distancia que imponía entre él y yo.

36
Joel

El día 31 me levanté echando de menos a mi padre. A los botecitos de uvas peladas que solía comprar en el supermercado para celebrar las campanadas. A los domingos de café con ensaimada y a los monosílabos matinales que ni Irina ni mamá comprendían porque ellas amanecían con la energía que nosotros alcanzábamos a media tarde. A los abrazos cómplices cuando Messi marcaba un gol épico, y a esas madrugadas en las que yo volvía de fiesta y él me obligaba a beber agua para paliar la resaca de la mañana siguiente.

Pero, por encima de todo, añoraba su honestidad afilada, la forma en la que me reñía cuando era un niño y mi madre no se atrevía a alzarme la voz por si lloraba. Sus «ven aquí, chico, vamos a tener una conversación de adultos» cuando el instituto me desmotivaba y sentía que ninguna de las asignaturas me aportaría algo útil para la vida real.

Las aulas se me antojaban un decorado, un simulacro mal planificado en el que nadie tenía en cuenta las necesidades individuales, y el éxito o el fracaso se medían con números subjetivos. ¿Qué separaba un seis de un siete? ¿Cuántas horas diferenciaban al cuatro y medio del cinco? ¿Por qué los nueves y medio no llegaban al excelente?

De todas las materias que di en la ESO, solo Dibujo Técnico y Educación Física me gustaron. La primera se me daba bien por instinto; la segunda me servía para correr, jugar al baloncesto con mis compañeros y desconectar.

—Joel, vamos a dar una vuelta —insistió mi padre una tarde de verano, poco antes de que empezase primero de bachillerato.

Nos metimos en el coche y dejamos que la discografía de Bruce Springsteen sonase rumbo al mirador de los aviones del Prat de Llobregat.

El sol de las cinco nos pellizcaba la piel a través de la manga corta y los pantalones por las rodillas. Nos sentamos en uno de los bancos de piedra para otear el firmamento con las gafas de sol puestas, y coleccionamos aviones con la mirada.

—¿Qué querrás hacer dentro de dos años? —inquirió mi padre por encima del rumor de un aterrizaje.

—Ni idea, todavía falta mucho. —Me encogí de hombros.

—Es importante que lo descubras. Sin un destino claro, solo damos tumbos.

—Iré a la universidad —contesté sin demasiada convicción, fijando la vista en el cartel informativo sobre los tipos de aviones que se observaban desde aquel lugar.

—¿Estás seguro, Joel?

—No.

—Por qué.

—No valgo para los estudios. —Decirlo en alto me molestó, me costaba admitir mis carencias.

—¿No vales o no te esfuerzas?

—Las dos, creo.

Chasqueó la lengua y sacó un caramelo de menta del bolsillo. Lo liberó del papel con calma mientras ordenaba su discurso.

—En el fracaso también puedes encontrar motivación, hijo.

—No soy como Irina, no se me dan bien las personas ni me apasionan las ciencias.

—Las vocaciones como la de tu hermana no crecen de un día para otro. Hay que escucharlas hasta darte cuenta de que estás dispuesto a sacrificarte por ellas. Yo encontré la mía tarde, pero eso no me impidió disfrutar de la natación como un *hobby*. Piénsalo, seguro que hay algo a lo que dedicar horas y empeño sin que te suponga dolores de cabeza.

—Me dices eso porque voy a suspender. Soy un negado y pretendes que no me sienta mal cuando pase.

—Justo al contrario. Espero que te des un buen golpe, que caigas de boca contra el asfalto y te levantes con rabia. Eres un pelín orgulloso, Joel, y puedes emplear ese rasgo para ser un vanidoso al que nadie le tose en la cara, o utilizarlo para crecer, mejorar, explotar tus cualidades y convertirte en el mejor.

Que no obtengas resultados ahora no significa que tengas que tirar la toalla. Solo es una señal para que te esfuerces. El talento da ventajas, pero no exime a nadie de trabajar duro.

—Sorpresa, papá, no tengo ni talento ni motivación.

—Estupendo, no hagas nada para remediarlo y podrás añadir el fracaso a la ecuación —espetó con una risa irónica.

Le capté. Se valía de la dureza para pellizcar mi ego y para despertar a la bestia.

—No quiero ser un fracasado.

—No lo serás si no te marcas grandes metas. Todo depende de tus aspiraciones.

—¿Cómo puedo aspirar a algo si no sé lo que se me da bien? —rebatí.

—Conócete. ¿Acaso tienes miedo? —me picó—. Busca puestos de trabajo, licenciaturas, módulos, lo que sea que te despierte el alma, y sé valiente. Las decisiones más arriesgadas conllevan recompensas mayores.

No respondí. Lo cierto es que estaba aterrado. Me consideraba inferior, inútil, y ese pavor anulaba mis capacidades. Yo mismo boicoteaba cualquier opción de aprobar al negarme a intentarlo. ¿Para qué iba a memorizar un par de temas si era carne de suspenso? ¿Para qué hacerme ilusiones si los profesores me habían encasillado en el rol de pasivo y no me darían una segunda oportunidad con la que redimirme?

Mi padre aplicó la psicología que nadie le había enseñado para pulsar el interruptor de mi curiosidad e invitarme a explorar, diciéndome lo que no deseaba oír. Hoy sé que sus diálogos mordaces y su sarcasmo escondían el anhelo de hacerme reaccionar. No ansiaba que la cobardía me acorralase contra el acantilado como le había ocurrido a él al aceptar un puesto temporal como mozo de almacén, cargo que ocupó hasta su jubilación. Encerrado en una nave industrial, trasladando género, soñando con piscinas de cloro y silbatos que marcaban el inicio de una carrera acuática de medalla.

Pero eligió la estabilidad económica por encima de la incertidumbre de ese talento que explotó pasados los quince. Guardó sus ilusiones y mejores marcas en una caja de fotografías en blanco y negro, y nunca mencionó su dolor.

Cuando opté por el diseño gráfico, no me protegió en una urna ni me prometió que sería un camino de rosas. «Tu generación es de las mejor preparadas del país, lucha con uñas y dientes», me aconsejó a mi regreso a casa

con la carpeta de la universidad bajo el brazo y la sensación de haber conseguido mi sueño. Aquel día pensaba que el éxito se debía a la validación externa, a la consecución de un objetivo que arañaba con la punta de los dedos.

Qué equivocado estaba. El éxito era el orgullo en los ojos de mi madre, la felicitación de Irina y las palmadas en la espalda de mi padre. Las conversaciones con Eloi sobre los trayectos que compartiríamos en tren. El primer menú que comí solo en una cafetería y me hizo sentir adulto. Nada de resultados ni exámenes, solo instantes en los que la satisfacción personal fue la protagonista.

A medida que las derrotas posteriores oscurecieron el sendero, olvidé que no necesitaba ganar. Que ya lo había hecho. No rindiéndome. Intentándolo hasta que lo improbable sucede.

37
Atena

Me alisé la falda del vestido de gasa blanco y ocupé una esquina del sofá. Dídac, ataviado con un abrigo de pelo sintético azul marino al más puro estilo de Rihanna, se sentó a mi lado y enlazó nuestros meñiques para insuflarme ánimos.

Estábamos en casa de los Aloy, era fin de año y a mí me parecía el fin del mundo.

Cada metro cuadrado era una oda a las fiestas, con plantas de Navidad, velas doradas engalanando los centros de mesa, manteles de estrellas sobre fondos burdeos y tres árboles: dos diminutos en el recibidor y la cocina; el más lustroso, en el salón.

Le eché un vistazo al reloj del móvil, aunque la cuenta atrás para las doce había empezado en la esquina superior de la televisión y los comentarios sobre la cena resonaban por encima de las actuaciones típicas de los especiales del 31.

—Qué buenos estaban los langostinos.

—Al solomillo le faltaban unos toques de plancha.

—Los chicos han comido poco.

Y, casi por arte de magia, la mesita baja frente a la que nos encontrábamos se colmó de turrón Suchard, bolitas de coco y una bolsa de bombones Lindt de varios sabores.

Eché un vistazo a Isolda, la adicta al chocolate que no habría ignorado semejante festín semanas atrás. Pero esa noche sus ojos brillaban en otra dirección. Estaba imponente con un palabra de honor carmín de pecho tupido y troquelados en cada capa de la falda. Lucía una sonrisa perfilada por pintalabios rojo intenso y no se separaba ni un centímetro de Marc, que la rodeaba de la cintura y le susurraba mensajes cuyo significado permanecía oculto para los demás.

Dos horas bastaron para modificar la idea preconcebida que había generado de él, la de un muchacho desconsiderado que se interponía entre mi mejor amiga y yo. Muy a mi pesar, aquel chaval era adorable en todos los sentidos: la trataba bien, se había gastado las propinas del mes en el traje negro con el que pretendía causar una buena impresión a los padres de Isolda, y le repetía a su novia lo estupenda que estaba cada vez que ella rechazaba repetir profiteroles con chocolate porque había engordado desde que merendaba gratis en su cafetería.

Marc se interesó por mi música, le preguntó a Dídac por escuelas de arte dramático y tartamudeó cada vez que el padre de mi amiga le preguntó algo. Me percaté de que Isolda se había separado de nosotros en el espacio, pero no mentalmente. Nos había materializado en las conversaciones que tenía con su chico, y me sentí culpable por los celos, por precisar más.

Justo cuando estaba preparada para enterrar el hacha de guerra y acercarme a ella con un comentario cómplice, cambié de idea.

«Mencionarnos está bien, pero la amistad se basa en la inclusión. Las palabras no valen nada sin acciones que las respalden».

Volví a enfadarme.

Pensé en mi madre.

Le mandé un *gif* felicitándole el año por WhatsApp.

No respondió.

Mi humor viajó a un lugar más ácido y oscuro. Me molesté conmigo misma por ser así, por buscar razones para ofenderme en lugar de reírle las gracias a Dídac o comerme un mazapán mientras criticaba los falsos directos de galas que habían grabado en octubre.

—Toma, Atena. —Úrsula me ofreció un cuenco con doce uvas peladas.

—Gracias —respondí, y me dediqué a quitarles las pepitas.

Oí las campanadas como si fueran una emisora mal sintonizada, y me apresuré a masticar las uvas siguiéndole el ritmo al resto. Al acabar, nos felicitamos el año envueltos por el estallido de petardos proveniente de las plazas más cercanas, y observamos el baño de color de algunas bengalas al encender el cielo con chispas violáceas y anaranjadas.

Después de eso, nada. Silencio. Ausencia de fulgor. El firmamento se apagó, las bocinas dejaron de sonar y solo quedó la suave fricción de neumáticos sobre el asfalto.

La celebración se disolvió y fue un momento inquietante. Por primera vez desde que tenía uso de razón, se me hizo raro estar con los Aloy. Puede que

Isolda pasase el año siguiente en casa de Marc, que Dídac llevase a Sam o a cualquier compañero, y yo seguiría huyendo de mi familia para colarme en otra que nunca me pertenecería.

No podía integrarme y acallar mis temores, porque eso implicaría acostumbrarme a un hogar sano, a un refugio, y llevaba un tiempo sin cobijarme en aquel piso. Habituarme a él para regresar a mis cuatro paredes opresivas solo acentuaría los contrastes.

Me sentí intrusa. Contrariada. Defensora de las causas perdidas. Mi hueco estaba resolviendo el rompecabezas de Joel, sufriendo la soledad de mi padre y detestando la indiferencia de mi madre. Perdiéndome en retrospectivas pesimistas.

—Eh, vuelve —murmuró Dídac.

—Estoy aquí —mentí.

Sus padres se fueron a dormir, Marc e Isolda salieron a la terraza para fundirse en un beso interminable bajo la caricia del viento, y el pequeño de los Aloy y yo nos hundimos entre los cojines, sin prestar atención a la televisión, desenredando los cables de los auriculares.

—Hay segundos eternos y meses que vuelan con un parpadeo —manifestó empleando un tono grave—. Y a la inversa, pero todos ellos pasan, no importa con qué intensidad los experimentemos. Te lo dice alguien que ha estado siglos encerrado en un armario. —Me guiñó un ojo—. Así que alegra esa cara y no ensucies el calendario tan pronto, rubia.

—Soy un muermo, lo siento.

Me contempló sin parpadear. No articuló palabra y, de repente, soltó una carcajada cantarina que creció exponencialmente. Era uno de sus juegos favoritos, iniciar un ataque de risa sin avisar, creando descargas de júbilo hasta que su mirada se tornaba acuosa, los hombros danzaban descontrolados y las agujetas comprimían el estómago. En consecuencia, le correspondías sin medias tintas, forzándolo al principio hasta que tú también vibrabas en aquella celebración sin fundamento. Sustituí mi semblante serio por una mueca despreocupada, cerrando más un párpado que el otro, escupiendo saliva al tratar de mascullar algo mientras Dídac prolongaba la sesión de risoterapia.

—No... puedo... más... —Me abracé la tripa.

—Voy a por agua. —Se tambaleó, todavía con la sonrisa bailándole en los labios, y rescató un vaso medio vacío. O más bien medio lleno, con él todo adquiría un filtro más luminoso—. La música nos mantendrá a flote —aseguró

de vuelta, entrelazándonos con un casco en su oreja y otro en la mía.

—¿Vas a torturarme con electro latino? —Fruncí el ceño.

—No me subestimes. Dispongo de temazos que todavía no he compartido contigo. Esta, por ejemplo, es superbonita —indicó poniendo *Los días raros*, de Vetusta Morla. Un canto a discernir lo bueno entre lo peor, la invitación a reagrupar pedazos, definir el trazo y entender que, sin carbón, no hay Reyes Magos.

—No sabía que te iban los grupos *indie*.

—Se alejan un poco de mis preferencias, pero Sam me pasó un par de canciones y me gustan. O solo me gustan porque pienso en él cada vez que las oigo. No sé.

Una cortina de agua fría se derramó por mi garganta hasta alcanzarme el vientre. «Mierda, mierda, mierda», gruñí a medida que la lista de reproducción avanzaba y los títulos que sonaban se correspondían con las notas anónimas que había recibido.

Se desató el temporal y el dilema tomó forma.

Quise decírselo. Advertirle. Esperé el momento, como si en la vida existieran pausas o señales que te indican el instante más idóneo para romperle el corazón a alguien. No pude. No hallé el coraje para arrebatarle la esperanza y escuché cuarenta minutos de melodías que me provocaban náuseas.

Sabía que debía hablar con Dídac, pero fui incapaz de robarle su amor platónico al chico que me había regalado la primera carcajada del año, enseñándome que solo hay una cosa que separa el retorcerse de dolor o de alegría: tu voluntad.

Yo no deseaba hacerle daño y lo retrasé. Es curioso como lo que evitamos termina sucediendo igual.

38
Joel

Lo había asumido, pasaría el 31 rememorando el pasado, sumido en una nostalgia que me abofeteaba con la ausencia de mi padre.

Me serví una taza de café.

Dejé que se enfriase.

Escuché temas sueltos de Brandon Flowers.

Encendí el calefactor y cerré la puerta del baño para que el calor se condensase.

La ducha de agua hirviendo reactivó mi organismo.

Me propuse adelantar trabajo y subrayé las fotocopias de arte abstracto de Kandinsky para preparar las clases de después de las vacaciones.

Las aparqué poco después y encendí el portátil para ver un capítulo de *Cómo defender a un asesino*. Me resultó inevitable pensar en Atena mientras reía con los diálogos de Connor y Michaela. No lo reflexioné. Me puse de pie, dispuesto a abrir el primer cajón del escritorio donde había guardado la agenda que me había dado noches atrás y, justo antes de rozar la madera, refrené las ganas. Machaqué el impulso con una dosis de sensatez, mantuve a raya la tentación y volví al sofá.

«Nada personal, nada fuera de clase, nada de nada», me dije.

Eran las nueve pasadas cuando Eloi se presentó en mi portal girando las llaves del Hamlet alrededor del índice, cargado de razones por las que merecía la pena meterme en su coche y pasar la velada rodeado de primos, tíos, bebés y un sinfín de parientes cuyos nombres ni él conocía.

—¿No cerrabais hoy? —pregunté en el umbral de mi puerta, orgulloso de mi pijama de platillos volantes y el maravilloso plan de cenar un Cacaolat caliente hasta arriba de cereales.

—Sí, pero tú eres familia. No voy a dejar que te deprimas solo —cercioró con una sonrisa ladeada.

—Me iba a acostar ya...

—Y yo iba a pasar la noche camelándome a la pelirroja con la que llevo una semana tonteando, hasta que me he acordado de una cosa.

—De qué.

—Pues de que no quería fallarle a mi mejor amigo por un polvo —admitió muy serio—. Además, las Navidades pasadas le prometí a mi abuela materna que volvería a poner en su plato los canapés con más salmón que hubiera en la mesa. Y aunque ya no se acuerde y me confunda con mi padre, no pienso faltar a mi palabra.

—Eres un manipulador sentimental —le recriminé yendo a por una camisa y unos tejanos limpios.

Veinte minutos después, me hallaba en mitad de una marabunta de críos desdentados que corrían entre mis piernas, tiraban serpentinas por el suelo y le arrancaban la goma a los gorros de papel que habían saqueado de las bolsas de cotillón de sus progenitores.

—Siéntate, chico, estás invitado —insistió la madre de Eloi cuando me acerqué a la barra para servir los entrantes: una trenza de hojaldre rellena de espinacas y queso, croquetas de bacalao, berenjenas rellenas, espárragos y embutidos variados para picar con el pan con tomate.

—Intento librarme del ataque de esos mocosos. —Señalé la guerra de cosquillas que habían iniciado cerca de mi silla, y ella se abalanzó sobre un renacuajo rubio al ver que tiraba de uno de los extremos del mantel para alcanzar las copas.

Una vez apresaron a los pequeños demonios en regazos y tronas, la cena se desarrolló sin incidentes, aunque el llanto por hambre, sueño o pañales sucios fue constante. Me acomodé en un lateral, junto a mi amigo, y disfruté del cordero asado con patatas y el *mousse* de cava.

No resultó incómodo y, de un modo retorcido, me sentí más suelto y a mi aire con los Grau que con los Sanz. Menos juzgado, sin consejos que eran una soga al cuello.

Envié mensajes felicitando el año a mi familia antes de las doce, por si se colapsaban las líneas, me tragué las uvas de dos en dos conteniendo la risa cuando el tío de Eloi acompañó el sonido de los cuartos con una cacerola, y me

aferré al presente mientras traspasaba la barrera invisible hacia un nuevo comienzo.

—¿Preparado para colocarte en la casilla de salida? —Mi amigo brindó con tal efusividad que la mitad de su cerveza se precipitó al suelo y le llenó la rodilla de espuma.

—Después de ti. —Di un trago a nuestra salud.

Poco a poco, el local se fue vaciando de perfumes, charlas mecidas en risas, repiqueteo de tacones, humo de cigarrillos de liar y balbuceos. Los matrimonios con niños fueron los primeros en retirarse y acercaron a los parientes sin vehículo a sus hogares, dejando a las aves nocturnas revolotear al ritmo de canciones que habían nacido en casetes, y no en Spotify. Los padres de Eloi lo dieron todo con ABBA, Hombres G y Alaska antes de despedirse cerca de las dos.

—Este año se portará mejor con nosotros —vaticinó mi amigo cuando estuvimos solos, con los codos apoyados en la mesa, las pupilas dilatadas y la corbata anudada en la frente.

—Puede. —Me encogí de hombros. Prefería no crearme expectativas.

—Se me ha ocurrido que...

—¿Nos apuntemos al gimnasio como en 2015? Ni con cinco birras más —refuté riendo.

—¿Reservamos vuelos baratos de ida y vuelta en un mismo día? ¿O asumimos que ya no somos unos chavales y nos apuntamos a webs para encontrar novia y sentar la cabeza?

—Nosotros no somos así —increpé.

—¿Y cómo somos?

—De los que van lento, sin rumbo, y aceleran en la última vuelta hasta que les sale un riñón por la boca.

—La generación que no conoce el esfuerzo, que prostituye el concepto de relación para toda la vida y se queja, se deprime y lloriquea por cualquier cosa —farfulló con sarcasmo.

—La de los abogados que son camareros y los diseñadores acabados que dan las claves para empezar una carrera —añadí recogiendo los platos del postre y llevándolos al fregadero para que el agua eliminase los restos de migas y azúcar.

—La de los autónomos que nunca enferman, la de las parejas que no tienen hijos ni vivienda propia, ni se marchan de vacaciones —concluyó él.

Nos miramos, cada uno enfrascado en sus elucubraciones, y la impotencia que acumulábamos se manifestó de manera distinta. Mi amigo la transformó en adrenalina desatada; yo, en contención y quietud.

No recuerdo exactamente qué motivó lo siguiente. Que metiera las manos en los bolsillos para empuñar un bolígrafo, Eloi me ofreciera una servilleta para anotar la idea estúpida que se me acababa de ocurrir y me escribiera una carta con consejos desde la ebriedad, analizando mi existencia y prometiéndome que no siempre estaría allí, asustado y vulnerable. Solo sé que el vello se me eriza al reproducir lo que fluyó de mi cerebro al papel, que sonaba *La senda del tiempo*, de Celtas Cortos, y semejante letra te empuja a la tragedia sin meditar.

Mi caligrafía era ilegible, me temblaba el pulso y la visión se me nublaba con la tercera cerveza. Un dolor placentero me atravesó el pecho y seguí rellenando líneas sin apenas respirar. No había pretensiones ni un objetivo claro, vomité lo que me angustiaba en forma de palabras y, durante algunos segundos, mi peso se redujo. Eloi bailaba entre las mesas, el solo de flauta travesera invitaba al violín a pisarle los talones y enero se convertía en la puerta que Truman abrió para salir de su propio *show*.

Querido Joel:

Supongo que la vida son etapas y la de este año ha sido la de las despedidas. De un sueño, de una relación sin futuro, de una que frenaste antes de que hubiera siquiera un presente.

Puede que estés aprendiendo a hacerte un hueco en otro ámbito, que siga costándote y en ocasiones te sientas un impostor que se muda de piel. Pero pagas las facturas, mamá ya no se preocupa porque seas el hijo pequeño al que nada le sale bien, y los alumnos no te odian. No todos.

Si estuviera en mis manos pedirte un deseo, no te regalaría un viaje en el tiempo, un folio con todas las respuestas o un atajo. Te brindaría entereza, la que precisarás para crecer. Esto es madurar, dar un paso al frente cuando estás muerto de miedo y solo deseas esconderte.

Espero que encuentres tu lugar. Que aprendas a despedirte de lo que no pudo ser y que los condicionales no te roben la felicidad que mereces.

No has fracasado.

No estás solo.

Las circunstancias son algo temporal.

Sé que en un tiempo recordarás esta noche y, lo que ahora se te antoja como la hecatombe más grande del mundo, te causará un ataque de risa. Sigue, Joel, solo sigue. Cualquier dirección es mejor que quedarse estancado en el sitio. No importa adónde vayas, solo que tengas el coraje para moverte e iniciar un nuevo camino.

Tu yo borracho de 2018.

39
Atena

Las nubes bailaban lento, desplazándose en el cielo y conformando figuras a las que puse nombre mientras enfilaba la calle de regreso a casa. Un gato persiguiendo su pelota. Un unicornio. Iniciales. Una constelación de algodón. Aquel juego de infancia me trasladó al pasado, a la época en la que soplar dientes de león y pestañas cumplía deseos.

Esa mañana me permití volver a creer; al fin y al cabo, el 6 de enero pertenecía a los soñadores. A los ingenuos que llenan cuencos con comida para camellos y sus majestades, a los que dejan las zapatillas bajo el árbol para que amanezcan rebosantes de chocolatinas y se desvelan al mínimo ruido para espiar entre las sombras y ser testigos de la magia.

Me colé en el portal sin sacar la llave, los hijos de la vecina de arriba esperaban el ascensor al completo: con sus respectivas parejas, un carrito de bebé y tres críos hiperactivos que abrazaban una muñeca de trapo y coches de carreras. Los envidié, quise embotellar el llanto del más pequeño, los «mamá, me ha pellizcado» y la regañina al primogénito por no comportarse. Hubiera dado cualquier cosa por multiplicar el número de personas en el 4º 2ª. O sumar, solo sumar, devolver ese número uno que nos había restado tantas cosas.

No me detuve a meditarlo, me centré en ascender los peldaños de la escalera y me limpié la humedad de las suelas en el felpudo.

Abrí rápido. Me quité la chaqueta, colgué la bufanda de una silla de la cocina y deposité la caja cuadrada de la panadería sobre la encimera antes de dar tumbos por el piso, afinando el oído para encontrar mi móvil y que la llamada que sonaba no fuese directa al contestador.

Había bajado a por un roscón de Reyes. Íbamos a tomarlo abrigados por el olor a chocolate caliente que mi padre estaba preparando en un cazo antes de verterlo en nuestras tazas de flores. La vibración de mi teléfono cesó, y me

ofusqué al recogerlo de entre las esponjas del sofá, cubierto por el papel rasgado de los pijamas que nos habíamos regalado.

Volverían a llamar. No le di importancia, ni siquiera me molesté en mirar el nombre en la pantalla antes de sacar un cuchillo para servir dos trozos de roscón.

El haba se quedó atascada entre la nata. Hice trampa y levanté la parte superior para investigar el paradero del rey con la intención de rescatarlo del relleno, pero no había ninguno. Solo una corona de papel aplastada y repleta de azúcar.

Resoplé cabreada, no imaginaba que estaba disfrutando de los últimos minutos de paz en casa de los Beltrán, que meses después me trasladaría a aquel desayuno con la memoria y me repetiría lo idiota que había sido por responder al teléfono.

—Ya está listo —anunció Víctor.

Colocó las tazas humeantes y dos servilletas de papel. Ajena al temporal, le quité la fruta confitada a mi porción y la puse en su plato. Él la engulló de un bocado y le dio un sorbo largo al chocolate.

La pantalla del móvil volvió a iluminarse, leí el nombre de Tanit y mi corazón hizo un redoble de batería. Iba a escuchar su voz. Nada de textos insulsos o iconos aleatorios. Una charla a tiempo real, sin suposiciones ni escrutinios enfermizos a su foto de perfil.

No lo medité, pulsé el botón verde con una amplia sonrisa.

—Mamá —saludé, efusiva.

Ella, no tanto. Más bien apocada, pidiéndome que la pusiera en altavoz.

A veces los sucesos que sacuden tu vida transcurren en un abrir y cerrar de ojos. En mi caso, fueron cuarenta y tres segundos de sílabas entrecortadas. Solo eso. La cobertura interrumpió esporádicamente un diálogo directo y rotundo, como si el destino quisiera frenar la catástrofe. Papá estaba a mi lado, con restos de nata en el bigote y el semblante descompuesto. Le acababan de clavar un puñal y yo le había entregado el arma a su oponente.

Aquella llamada de mi madre anunciando que iba a casarse generó más brechas y roció las heridas con alcohol hasta que empezaron a arder. Me despojó de la posibilidad de que mi familia volviera a serlo. De que los pedazos se reconciliasen con pegamento y olvidásemos la fisura por la que se habían colado los efectos colaterales.

Víctor se levantó, lanzó el chocolate por el desagüe con acritud y abrió la nevera para sacar la primera cerveza de la mañana. La taquicardia me atizó y

detesté que fuéramos cintas anudadas al ventilador de Tanit, obligados a enredarnos, cortarnos, desgastarnos con el roce del viento, al borde del colapso.

Decidí que no iba a asistir a la ceremonia, que no aplaudiría su paseo hacia el altar ni formaría parte de la pantomima. No era Suiza. Debía posicionarme, y mi lugar estaba en la zona sucia, la de las latas que volvieron a abrirse a diario, las sombras que trepaban por la pared y las horas de mi padre postrado en la cama, hecho un ovillo en la esquina que ya no conservaba el aroma de la mujer con la que deseaba envejecer.

Si hubo un momento en el que crecí súbitamente y la madurez me golpeó, fue durante esa semana, cuando dejé de confiar en que el caos se resolvería y asumí que algunas historias llegan a su fin sin necesidad de que sus protagonistas saboreen la felicidad. Todos somos héroes a nuestra manera, solo que percibimos los colores de un modo diferente y algunos nos dejamos seducir más por lo lúgubre que por el resplandor.

Víctor pasó de mártir a monstruo.

Las cervezas se acumulaban en el suelo y se tambaleaban cual bolos cuando trataba de ponerse en pie, rumbo a la cocina a por la siguiente ronda, y el equilibrio le fallaba, las piernas se aflojaban y sus reflejos no evitaban el patético desplome. Sus saludos matinales, basados en comentarios hirientes, eran su escudo ante las miradas de reproche que le dedicaba.

—¿No vas a trabajar? —le pregunté el martes, mientras me colgaba la mochila del hombro.

—Estoy muy cansado —arrastró la réplica con la lengua acartonada.

—Deberías darte una ducha, salir a despejarte —le recomendé empleando un tono neutro, sin ofensas ni dobles sentidos.

—Tus consejos no me sirven de nada, ¿para eso te quedaste a vivir conmigo? ¿Para controlarme?

—Llego tarde al instituto —evadí su revés.

—Sí, claro. Estudia, nos sacarás de este vertedero con las clases de arte y ese violín desafinado.

—¿Por qué tienes que ser desagradable? ¿No te parece suficiente con ser un borracho sin aspiraciones?

Si quedaba algo de mi padre escondido tras la armadura de embriaguez, asomó en ese instante. Lo vi en sus ojos, en los incisivos mordiendo su labio inferior y una mano nerviosa rascándose la nuca. Me arrepentí, pero los discursos verbales no se retiran.

—¿Por qué no te fuiste con ella? —Carraspeó, los pliegues en su entrecejo acompañaron su reproche—. Me odias.

—No te odio. —Pero lo hacía. Más a cada hora. Si me había quedado, nunca fue por él—. Intenta descansar. Prepararé la comida cuando vuelva. —Traté de suavizarlo.

Sirvió de poco. Al llegar de clase había tres latas más derramadas en el suelo del salón y ni rastro de Víctor. Debía de estar poniéndole un ojo morado al cajero que no pensaba venderle más alcohol.

Pasé la fregona y abrí las ventanas para ventilar la estancia. El olor a cítricos duró unas horas. Aproveché para tocar sin cerrar la puerta de mi dormitorio, atenta a los quejidos del monstruo que picaba a cualquier timbre al no atinar con la cerradura, el mismo que se agarraba a la barandilla y profería lamentos al escalar peldaños móviles. En su cabeza todo se desplazaba, excepto él.

El miércoles recibió la llamada de dos compañeros de trabajo. El jueves, del jefe. Contestó a todas ellas con un insolente «que os jodan». El despido le llegó el viernes por correo electrónico, me pidió que le buscase un abogado para llevar el caso a juicio y me encerré en la ducha para no espetarle las verdades que cruzaron mi mente.

Aquellos siete días se me antojaron siete años. Con los ojos irritados, dormía abrazada a los antiguos álbumes de vacaciones. Acariciaba las esquinas dobladas de parajes verdes con carreteras de infarto, playas en las que toallas y sombrillas cubrían la orilla, y los bufés de pasta, san jacobos, hamburguesas y gelatina me hacían salivar. Pensaba en los paseos matinales con el oleaje como banda sonora, en las llamadas de habitación a habitación para despertarnos tras la siesta, y las charlas de helado y luna llena repetida en cielo y agua. En la sensación de volar recostada sobre los hombros de mi padre o en la calidez de los dedos finos de Tanit entrelazados a los míos.

Descubrí que un papel podía contener perfumes, temperatura y risas. Que vivir en una fotografía me parecía el sueño más maravilloso del mundo. Que retener recuerdos bonitos puede doler tanto como evocarlos sin la nitidez o precisión con la que los experimentaste.

Me sentí vacía. Maleable. Vi marchitar cada pétalo que me cubría y, en consecuencia, protegí mi desnudez con reclusión.

No llamé a Isolda porque no quería un cincuenta, sino un cien por cien, que dejara su rutina y me rescatase en cuerpo y alma. Si no podía abrazarla mientras

lloraba, prefería no tenerla en absoluto. Algo similar ocurría con Dídac. ¿Cómo iba a mancharle con mi drama si guardaba a buen recaudo otro tipo de secretos? Como el de Sam o el de Joel.

Lo medité, imaginé cada posible conversación y tomé una decisión. Preferí hundirme más allá del subsuelo que arrastrar a la mano que lograría tirar de mí.

El sábado no le dirigí la palabra a mi padre. El domingo le rogué que tomase las riendas, achantase su ego e hiciese lo correcto.

—¿Por qué no vas a hablar con recursos humanos? —propuse interponiéndome entre él y el hombre del tiempo que auguraba tormenta para la siguiente semana—. Invéntate una excusa, discúlpate, haz lo que sea.

—No. —Su aliento rancio me tumbó a metros de distancia.

—Papá...

—No era feliz, Atena.

Me tragué el «¿y te crees que yo lo soy?».

—¿Vas a perseguir tus sueños a los cincuenta? ¿Piensas emprender con un dinero que no tenemos? ¿O te han ofrecido algo mejor? —ironicé para pellizcarle algo dentro y deshacer el bloque de hielo.

—Voy a tomarme un respiro.

Menudo error. Sabía tan bien como yo que la empresa en la que comenzó su andadura como albañil en la adolescencia había evolucionado a pasos agigantados. Poco quedaba del negocio de dos socios intrépidos. Reformas Gadea sonaba a nacional y renovada, a página web, a reputación *online* y a más de cien empleados repartidos por la península. ¿Quién necesitaba a un borracho conflictivo en la plantilla? ¿Quién iba a apiadarse de un tipo que no se soportaba a sí mismo?

—¿Y qué hacemos mientras? —mastiqué el interrogante.

—Saca tu cartilla.

—¿Para qué? —Traté de retrasarlo en balde.

El dinero de mi material escolar, el de las meriendas con Isolda, las tentaciones de chocolate que me permitía una vez al mes al deambular ante la máquina expendedora del pasillo, y el de las clases de música. Mi libertad. Mi lenguaje para expresar el fuego que se hacía cenizas si no le daba un pentagrama en el que sobrevivir.

—Esa es la solución, hija. Salir adelante con tu beca. Te he mantenido durante dieciocho años, me lo debes.

—¿Y qué pasará cuando se acabe?

—No te preocupes por el futuro, la vida es imprevisible. Lo que das por sentado, mañana desaparece. Los «para siempre» solo son «por ahora». Incluso las personas.

40
Joel

Por petición de los alumnos, a los que había prometido una salida al Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, en enero alteramos el orden marcado en el programa de la asignatura y pasamos al bloque de obras del siglo XX.

Hablamos de la *Composición IV*, de Kandinsky, y su lucha de elementos pictóricos, de la revolución de los colores primarios de Mondrian en *Tableau II*, y del brillo que destilaba *Interior holandés I*, con el que Miró había creado un lenguaje diferente. Hice una breve introducción al surrealismo onírico mencionando a Dalí, y debatimos la reacción ideológica por encima de la aparente banalidad del retrato de la *Sopa Campbell's*, al que dio vida Warhol.

Los estudiantes estaban emocionados y conectaban con el arte vanguardista, el que presentaba innovaciones, rompía reglas para demostrar que nada estaba bien o mal, que no era más válido un cuadro por la técnica empleada o las horas invertidas, sino por el mensaje que transmitía.

Sin embargo, Atena no pasaba página y revisaba una y otra vez el lienzo monocromado del *Guernica*, de Picasso. Apagada. Falta de chispa. Sin verde en la mirada. Yo no lo sabía, pero aquella semana estaba librando su propia guerra, una batalla interna de la que no fui partícipe hasta semanas después.

En una de esas clases, me di cuenta de que puedes correr raudo y veloz en la dirección que desees, seguir las indicaciones y llegar al punto que otros han marcado. Pero una vez allí, por mucho que te repitas que lo has hecho bien, te invadirá la sensación de que no estás en el lugar correcto si te falta una pieza. Y a mí me faltaba ella.

A la necesidad de conversar con Atena en mitad del silencio, navegar por su mente y hacerle un hueco en el pecho, se añadió un anhelo más: el de verla sonreír.

41
Atena

¿Cómo se renuncia a un sueño? El interrogante resonó en mi cabeza con tintes de arpegio menor y, de inmediato, obtuve la respuesta.

A la cara. Conteniendo el nudo en la garganta. Clavándome las uñas en la carne al apretar los puños. Prometiendo que no lo abandonaría de manera definitiva. Cruzando los dedos para que fuera verdad.

No lo medité mucho por temor a echarme atrás, por si querer y deber no se ponían de acuerdo y hacerlo rápido, levantando la cera de un tirón brusco, se me antojaba más soportable. Tras descartar la llamada telefónica, me personé, minúscula y temblorosa, en la escuela de música. Cogí aire, lo solté al instante notando que en mi interior había demasiado peso, y jugué a ser fuerte, precavida y razonable cuando lo único que deseaba era cerrar los ojos y soñar. Soñar también al abrirlos. Soñar siempre.

Entré en el aula Vivaldi sin violín. Con un «adiós» en la punta de la lengua y un «no me olvidéis» dedicado a las partituras que había reproducido durante años y simbolizaban los cumpleaños a los que no había ido, esas entradas de cine que mis compañeros de primaria compraban mientras yo participaba en recitales, o las noches acabando los deberes tarde porque había ensayado con el conjunto. Todo a lo que había renunciado y jamás añoraría, porque cuando le prometes amor eterno a tu pasión no existen el sacrificio, la renuncia o la infancia perdida. Solo ganancias, caricias en las entrañas y un camino de luciérnagas que conduce al desenlace de tu cuento. Uno triunfante. Desde luego, no el que iba a tener lugar aquella tarde de martes.

—¿Todo bien? —saludó Ariadna cinco minutos después, entrando en la estancia. Lucía un vestido de punto beis con un broche negro en forma de clave de fa. Arrugó los labios al verme allí quieta, sin un instrumento, y abrió el escuche de su violín para ofrecérmelo.

—He venido a hablar contigo —la corté.

—¿A hablar? —se extrañó. Nuestro lenguaje era otro, uno más universal y emotivo que el que recogían los diccionarios.

Parpadeé buscando enfoque, tragué para hundir las dudas que trepaban por mi esófago, y lo recité.

—El instituto está siendo duro, y no puedo repetir otro curso —expuse ansiosa por zanjar aquel compromiso y empezar el luto—. Necesito sacarme el bachillerato y, para hacerlo, es mejor que me centre en los exámenes durante unos meses. Hasta junio. —Le puse fecha para que no sonase tajante. Dejar la puerta entreabierta daba cabida al retorno, aunque hubiese lanzado la llave al fondo del mar.

—Pero... este es tu hábitat. —Se recogió la melena en una maraña desordenada sobre la que clavó un lápiz, y me percaté de que lo hacía para mantenerse ocupada mientras asimilaba la información que le había dado.

—Será temporal.

—¿Y si...? —Formuló una alternativa que no oí. Mi cerebro bloqueó cualquier opción por la que pudieran colarse los rescoldos de la ilusión. Para conservar la cordura hay que frenar la ambición.

—Suspendí varias asignaturas el primer cuatrimestre. —Le di más excusas —. Tengo que ponerme en serio.

Ariadna no se hubiera creído otra mentira. Solo esa. La de la Atena concienciada en finalizar sus estudios con nota para destinar el curso siguiente a su pasión. El acceso al Conservatorio, las lecciones de composición y, por qué no, un segundo instrumento del que enamorarse.

—Espera, ¿nos sentamos? —Parpadeó incrédula, con las defensas bajas—. ¿Tomamos un café y lo valoramos? Estoy segura de que encontraremos la manera de que puedas seguir con el instituto y la música.

Le costó ceder. Peleó con argumentos y halagos. Prolongó su tentativa de retenerme hasta que el silencio nos visitó y ambas supimos que ese era el punto de inflexión, la quietud nunca había clamado tanto entre aquellas paredes.

—Creo que lo mejor es que me centre en una cosa —persistí—. Solo serán unos meses de parón, retomaré las clases después de selectividad. Me apuntaré al intensivo de verano y me esforzaré el doble, dominaré los estudios en cuestión de días. —Envolví mi juramento con un lazo en forma de sonrisa.

—Más te vale, Atena —contestó—. Lo que veo en ti es más que dedicación. Cuando al talento se le añaden horas, suceden cosas inexplicables.

—Gracias. —Mantuve las comisuras en alto.

—Ven aquí. —Extendió los brazos y me hizo un hueco en su pecho, acunándome mientras mis cimientos se resquebrajaban—. ¿Estás segura?

Una melodía, muy flojita y triste, me silbó en los oídos. Por primera vez en años, la dejé pasar. No cacé ni una nota y solo pensé en lo paradójico que era sentirme inspirada por mi propio final.

—Sí —mentí—. Estoy segura.

«No es un adiós definitivo», me susurré saliendo y devolviéndole el semblante estoico a Vivaldi. Seguiría tocando en casa, en el aula de música del instituto, en cualquier calle ante desconocidos. El violín siempre me pertenecería y las notas no abandonarían mi pecho. El sitio daba igual si las melodías seguían empuñando un posesivo.

Sin embargo, el futuro se diluía.

Los sueños más impresionantes, los que te dejan sin aliento y hacen que despiertes en mitad de la noche con el corazón frenético, son los que se persiguen en equipo. Con alguien que te transmite sus conocimientos y también su opinión, que te presta sus oídos para refinar compases que atacas desde el ángulo equivocado, que te ayuda a modular y generar dinámicas como si arco y cuerdas iniciasen un diálogo que tú solo transcribes sin contaminarlo con apreciaciones personales. O, a la inversa, animándote a volcarte para incrustar tu esencia en una obra propia.

Enfrentarme por mi cuenta a la disciplina de escalas, estudios y técnicas era osado, casi imposible en aquellas circunstancias.

Me despedí de los descansos entre clase y clase compartiendo bolsas de Pelotazos con Julia, de los infructuosos dúos tocando el piano a cuatro manos junto a Eva, de los «el Conservatorio se nos quedará pequeño» que habíamos cerciorado Leo y yo en una patética tentativa de hacernos los duros ante la incertidumbre de lo que aún es una incógnita e impone.

Mi humor se apoderó del cielo y Barcelona se encapotó. Sobre mí se cernía una estampa desalentadora de nubes trazadas a carboncillo y el desapacible ulular de las aves que volaban a ras de suelo. La Escuela Elvira Baldó me dedicó las lágrimas de lluvia que caían por su fachada mientras me alejaba de lo que más anhelaba en el mundo.

Me calé la capucha de la sudadera de regreso a casa, acumulando gotas en la punta de la nariz, las mejillas, los labios y las pestañas. Poco a poco, el rocío esporádico se convirtió en una hilera blanquecina y constante que llenó el

pavimento de charcos.

A los ocho, tenía miedo de las tormentas. Hasta que mi padre me aseguró que un trueno era el sonido de una cámara fotográfica y el rayo su *flash*, que debía relajarme y sonreírle al cielo para obtener un buen retrato. Quién iba a decirme que, años después, sería él, y no los estruendos del firmamento, el que me atemorizaría.

42
Joel

La segunda semana de enero no lo resistí. Necesitaba atravesar las barreras e indagar, lanzarme a la piscina sin calibrar su profundidad y bucear hasta agotar el oxígeno de mis pulmones, hacerme con una pieza más del rompecabezas y llegar a Atena. La que había sido antes de su apagón, solo así podría discernir las razones que la achantaban y hallar un sendero directo que la trajera de vuelta.

Sin embargo, no encontré a la chica del violín al abrir el cajón de mi escritorio, sino a mí. O, mejor dicho, la oportunidad de explorarme.

Saqué la agenda escolar forrada con cartulina celeste y me puse las gafas para examinarla. «¿Quién va a ser Joel?», me preguntaron las mayúsculas negras de la portada, tan gruesas como la línea que envolvía los ojos de Atena. Recorrí la caligrafía manuscrita con la yema del pulgar y sonreí cuando su perfume anidó en mis poros. Me preocupaba por ella, aunque me dijera que echarle un cable no implicaba nada significativo. Las justificaciones no impedían que me perdiese durante las clases si la miraba de soslayo, o que un escalofrío me anulase si caminaba demasiado cerca de su pupitre.

Eran las once de la noche. Me llevé la agenda a la cama y me cubrí con el edredón hasta las rodillas. Hacía horas que el viento había firmado una tregua y el sosiego del cielo encendido con puntitos titilantes alumbraba a través de mi cortina. Inspeccioné el cuaderno bajo la luz de la lamparita, sin contener la emoción. Ya no había culpabilidad ni un eco que me recordase mi estatus de profesor, tampoco la reiteración de argumentos retrógrados que nos construían diques. Solo el anhelo de saber más sobre Atena.

Pasé los primeros folios, intrigado, hasta hallar una nota en el apartado del horario, sobre los cuadros en blanco:

Joel:

Estas páginas quieren conocerte, marcarte objetivos y ayudarte a salir de tu zona de confort. He escrito algunas sugerencias. Haz las que te apetezca y sustituye aquellas propuestas que no te gusten por otras más adecuadas. No se trata de tachar y sumar, sino de descubrir cosas sobre ti mismo.

Investiga cuáles son tus metas y qué objetivos vas a perseguir para alcanzarlas. Sé ambicioso, pero no olvides cuidarte, darte caprichos y valorar cada característica que te hace único y especial.

Tu situación actual o tu profesión no importan. Solo lo que deseas y no deja de latir dentro de ti tiene poder para definirte. No eres el ahora, circunstancias ni obligaciones. Eres y serás aquello que quieras. Lucha contra la corriente, nunca te conformes y apuesta por ti cuando otros se nieguen a hacerlo.

Crea la oportunidad que necesitas para alcanzar ese futuro que solo está en tus manos.

Atena

Hojeé el contenido de la agenda. Tanto en días laborables como en los fines de semana había pegado pósits con sugerencias de actividades. Ir al cine en lugar de poner una película en casa. Ver series sin subtítulos. Arriesgarme encargando una *pizza* distinta. Elegir un libro al azar sin leer su sinopsis. Reservar entradas para un concierto. Comprar ropa sin probármela, guiándome por los tonos que más se asemejaban a mi estado de ánimo en ese momento. Hacerme un disfraz para carnaval con prendas viejas. No salir de la ducha hasta haber cantado un mínimo de tres canciones. Saludar a desconocidos por la calle. Comer en restaurantes de distintas nacionalidades. Columpiarme en el parque sin sentirme cohibido. Bañarme en la playa sin ser verano.

Sonreí grande y me entristeció que la responsable de aquel gesto no pudiera ver mi expresión ni escuchar el «gracias» que le susurré al otro extremo de la almohada. Alargué el brazo y tanteé los centímetros de tela fría imaginando cómo sería danzar con la punta de los dedos por su melena despeinada, o enfrentarme a su mirada esmeralda sin negro, melancolía ni suspicacia. Memorizar su rostro, tropezar en la curva de sus labios y esbozar una mueca similar a la que le suscitaba acariciar el violín. Desnudarla con palabras y no con las manos, abrigarla en la manta de mi pecho.

Di una vuelta. Dos. Tres. Cuatro. Perdí la cuenta y deshice la cama pensándola.

43
Atena

El jueves no volví a casa después de la última asignatura. Me senté en las escaleras exteriores a comer el bocadillo de pan de molde con queso que había preparado por la mañana, y fui directa a la biblioteca del instituto para estudiar el parcial de Fundamentos del Arte.

Coloqué la mochila en la silla contigua para reservársela a Dídac, aunque solo había tres estudiantes allí y la mayoría de sitios estaban vacíos.

Adelanté un comentario de texto de Literatura mientras esperaba a que el pequeño de los Aloy hiciese su entrada triunfal con el horario de estudio, subrayadores variados y las alarmas para no saltarnos ni un descanso.

Lo vi llegar a lo lejos, su conjunto de camisa metalizada y pantalones de cuadros rojos no pasaba desapercibido. Lanzó el abrigo y la mochila sobre la mesa, malhumorado, y tanteó los bolsillos de su vestimenta para asegurarse de que llevaba el móvil encima y no había roto la pantalla con su arrebato.

—¿Te has olvidado la pelota antiestrés en casa? —me mofé, esperando una réplica en clave de humor.

Entrecerró los ojos como si le hablase en otro idioma, ofendido.

—Sam acaba de contarme una cosa muy rara —farfulló sin anestesia.

Tragué saliva y, en un intento de interponer algo de distancia entre nosotros, me clavé el respaldo del asiento en los omoplatos. Dolió, pero no tanto como lo que vendría más tarde.

—Ah, ¿sí? —disimulé, patética.

—No te pega nada hacerte la tonta —me recriminó con una mueca de reproche. Por primera vez le vi parecido físico con Isolda, en ese gesto que ella adoptaba cuando un olor le provocaba náuseas.

—Dídac...

—No, déjame que te lo cuente yo. —Cruzó los brazos a la altura de la cintura—. Resulta que el chico que me gusta ha estado ligando contigo, enviándote canciones en forma de notas, y le fastidia que pases de él. Aunque no tanto como a mí. Acaba de pedirme consejo para conquistarte, ¿qué le digo? ¿Que te va más la música en inglés o que eres una zorra mentirosa en todos los idiomas?

Me quedé muda. Sus facciones, habitualmente relajadas y amables, se crisparon. No estaba habituada a la crudeza en sus palabras ni al tono irritado con el que las escupía. Y yo era la causante.

—Lo siento —rescaté la disculpa del fondo de la garganta, a sabiendas de que la pronunciaba tarde.

—Podías haberlo sentido antes.

—No sabía que era él quien enviaba las notas, te lo prometo. —Pero era mentira, así que rectifiqué—: No lo supe hasta que me pusiste aquellas canciones en fin de año y até cabos.

—Y te costaba mucho decírmelo.

—No quería hacerte daño.

—Ocultarlo no lo elimina, Atena. Yo no podría seguirte la corriente cada día si escondiera algo así. Te has reído suficiente de mí y de mis sentimientos.

—Dídac, por favor.

—Sé que eres incapaz de ponerte en mi lugar, pero imagina que la persona en la que más confías, esa a la que se lo cuentas todo, se calla algo importante para ti. Algo que te parte el corazón.

—Por eso no te lo dije, no quería que sufrieras —reiteré.

—Lo hubiera pasado mal, pero al menos tendría a mi amiga para consolarme. ¿Sabes una cosa? Puede que me duela más tu actitud que la tontería con Sam. —Cogió aire y sus fosas nasales se ensancharon—. Criticas a Isolda, pero no eres mejor que ella. ¿De qué sirve que hagamos trabajos juntos, salgamos de vez en cuando y estudiemos por las tardes si no somos amigos?

—Claro que somos amigos, Dídac —repuse levantándome de la silla para estar a su altura.

—Compañeros —puntualizó—. Te sirvo para ocupar el tiempo libre y tener un aliado en clase, nada más. No nos llamamos fuera del instituto, a menos que sea por algo referente a exámenes o trabajos. No compartes tus problemas, excepto cuando se trata de mi hermana. Y no tienes la confianza suficiente para contarme que el chico que me gusta va detrás de ti.

—Yo... Mierda, no sabía cómo decírtelo. Estabas tan ilusionado...

—Precisamente por eso. Hubiera preferido enterarme por ti que por él.

—Dídac, perdóname.

Desvió la mirada y ahí lo supe. Hay cosas que no valoras como se merecen hasta que las pierdes. El pequeño de los Aloy había sido mucho para mí. Tardes en la biblioteca. Recreos dividiendo en dos las chocolatinas de la máquina. Videoclips de YouTube comentados cada mañana antes de clase. Conversaciones sobre notas y últimas tendencias en nuestro sitio escarpado del patio. Un hombro en el que respirar.

Sentí el tirón. La brutalidad con la que alguien —o yo misma— arrancaba el tallo de mi trébol de cuatro hojas y se lo llevaba lejos.

Dídac empezó a recoger sus cosas y me dio la espalda.

—¿Te vas? —pregunté.

—Es lo mejor.

—Lo siento mucho, Dídac. Quédate, por favor. Podemos hablarlo.

—Si me quedo, vomitaré toda la rabia y te convertiré en el blanco de cosas muy crueles que se me pasan por la cabeza en este momento. Será peor, tú tampoco te callarás y haremos una bola de nieve gigante. —Negó con determinación—. No soy así, cruel e impulsivo. No quiero ser así nunca.

Incluso con la rabia picándole en la lengua, Dídac era racional. Yo pretendía borrar de un plumazo aquella escena y él necesitaba asimilarla, tragarse el odio y digerir mi error, la confesión de Sam, la mancha de la desconfianza que había ensuciado nuestra amistad.

Lo observé caminar por la biblioteca hasta hacerse diminuto y cruzar el umbral antes salir al exterior. No pude estudiar esa tarde y notaba hielo atascado en el hueco donde, antes de aquella conversación, había latidos pacíficos. Esa noche no cené y al día siguiente suspendería el parcial de Fundamentos del Arte.

En circunstancias concretas, guardarte información es equivalente a mentir, y proteger de esa manera a alguien implica fallarle.

44
Joel

El silencio reinaba en el aula de bachillerato artístico durante el examen de obras arquitectónicas y esculturas del siglo XX.

Mientras Minerva rellenaba el segundo folio con un análisis completo de la *Mutación*, de Chillida, Diana jugaba a girar la imagen de las *Cerillas*, de Oldenburg, en un vago intento de comprender su cometido. Samuel le resoplaba al *Pabellón Alemán* y dibujaba mobiliario en su planta, a la espera de garabatear dos párrafos inventados cuando anunciase que solo quedaban quince minutos para terminar la prueba.

En los primeros asientos se producía una disputa no verbal: Felisa entrecerraba los ojos para copiar algunas frases de Olaya, pero su amiga cubría la mitad de la hoja con el antebrazo. La tercera fila no alzaba la vista de sus exámenes. Todos excepto Atena.

Pasé cuatro veces por su lado, y las cuatro carraspeé para hacerla reaccionar.

—Un párrafo de contexto, varios de elementos formales y un par de función e interpretación —le había refrescado la memoria en alto, simulando que mi aclaración no tenía un destinatario concreto.

No sirvió de mucho. Faltaba poco para que recogiese el parcial y el bolígrafo se mecía entre sus dedos sin ademán de aproximarse al papel.

Quería ayudarla, coger su mano y ser yo el que respondiera a cada cuestión. Y pedirle que se quedara a comentar unos ejercicios a última hora para preguntarle cómo estaba, acercarme a ella, estrecharla suave contra mí y hundirme en el hueco de su hombro. Hacer míos aquellos centímetros de piel; olerlos, besarlos, estremecerlos con palabras de apoyo.

Me estaba volviendo loco...

Me estaba obsesionando con ella...

Por eso mis comisuras se elevaron al verla anotar algo antes de levantarse con hastío. Se alisó la camisa y avanzó decidida hacia mi mesa. Seguía taciturna, apocada.

Me dio un vuelco el estómago cuando sus ojos delinearon los míos al depositar su folio sobre la madera. Acarició una esquina antes de bajar la vista a la hoja con una ceja arqueada, y la imité. No había rellenado ningún apartado, solo su nombre. En el espacio de la fecha figuraban los nueve números de su teléfono y, justo debajo, un «llámame» que me dejó sin aire.

45
Atena

«He perdido la cabeza», pensé metiendo la llave en la cerradura de casa. Anotar mi móvil en un examen en blanco era un impulso desmesurado, incluso tratándose de mí. Pero quizá, dadas las circunstancias, podía justificarlo. Estaba agotada.

De subir las escaleras sin detenerme a recobrar el aliento.

De inspeccionar una pantalla en la que no había notificaciones de mi madre ni de mi mejor amiga.

De los silencios de Dídac. De las sonrisas de Sam.

De discutir con mi padre, de los días que pasaba bebiendo y las noches llorando. De los golpes que se daba al despertar, de los golpes que daba los escasos minutos en los que recuperaba la conciencia y recordaba por qué se comportaba así. Como un degenerado, un borracho cuya enfermedad consumía al hombre de familia que amanecía rodeado de latas, al que había condensado su mundo en una persona y repudiaba al resto. Y el resto era yo, la única que quedaba en pie, el apunte constante de lo que había perdido. Supongo que, de un modo retorcido, no veía a su hija en mí, sino a su final feliz hecho pedazos afilados.

Víctor ya no era él. O lo era más que nunca y se había despojado de la armadura que blindaba su humanidad.

Meses atrás había creído que las cosas cambiarían, que el tiempo lo pondría todo en su lugar y mi padre reharía su vida, que sustituiría a su exmujer por una divorciada de su edad con la que planificar cenas románticas y desgastar neumáticos en escapadas de fin de semana. Imaginaba que sería tan sencillo como pintar las paredes de otro color y redecorar el piso con muebles de Ikea. No esperaba que costase tanto, que hubiese que pagar el precio de cada paso adelante con punzadas de dolor.

Acumulábamos pelea tras pelea, y nuestra convivencia se componía de pugnas sin motivo alguno, por el simple placer de gritarle al universo lo incómodos y apretados que estábamos compartiendo un espacio asfixiante.

Aquella tarde, al entrar en el piso, no escuché nada. Ni ronquidos, insultos o lloriqueos. Tampoco la molesta tos que me informaba de cuándo Víctor se atragantaba con su propia saliva. La espalda de mi padre seguía dibujada en los cojines del sofá y la huella de sus palmas se había secado en el suelo, sobre gotas de cerveza.

Seguí el rastro hasta su dormitorio y la quietud aceleró mis pulsaciones.

Lo medité y el eco de mis propios pensamientos me asustó. ¿Estaría bien? ¿Habría rebasado el límite de tolerancia al alcohol? ¿Habría...? No, me convencí cruzando el umbral de su habitación y esquivando las latas.

El hedor a cerrado y sudor me obligó a retroceder. Tardé en acostumbrarme a la oscuridad, las persianas estaban medio bajadas y la penumbra bañaba el cuarto. La cama de matrimonio era una anarquía de mantas enredadas que apenas le cubrían medio cuerpo. Le oí quejarse entre sueños y avancé para arroparle antes de arrepentirme. Frené el movimiento y me mordí el labio tan fuerte que el sabor a sangre inundó mi boca.

Si él no era mi padre, yo no quería ser su hija. Ni preocuparme o albergar cualquier tipo de sentimiento. Deseaba ser hermética e inquebrantable. Independiente. Una fortaleza a la que él jamás tendría acceso. Mía en lo bueno. Mía en lo malo.

—Si me quisieras, aunque fuera un poco, lo soportaría —le susurré.

Él rodó hacia la derecha y, al percibir que no se hallaba solo, se frotó los ojos con brusquedad antes de sentarse y tambalearse de manera cómica. Aterrizó sobre la almohada y gruñó llevándose una mano al pelo grasiento para apartárselo de la frente. Las ojeras le cubrían el inicio de los pómulos y su mirada estaba repleta de desdén y legañas pegadas a los párpados. Demacrado, viejo, extenuado.

—¿Qué haces? —refunfuñó.

—Asegurarme de que estás bien. —«De que no estás muerto». Me di cuenta de que podía suceder y no habría nada que pudiera hacer para impedirlo. Ni fregar, preparar la cena o ventilar la casa.

—¿Bien? —Sonó a chiste.

—Yo... —Bajé la vista y me encogí de hombros.

—Vete con ella —masculló—. Vete y no vuelvas.

—¿Eso es lo que quieres? —Temblé.

—Quiero que desaparezcáis. —Golpeó el colchón—. Esa bruja... Tú... Todo.

Sentí el arañazo. Las vísceras arder. El ácido derritiendo la carne.

—Papá. —Traté de sacarlo del agujero, tirar de sus muñecas y atraerlo a la luz.

—No quiero verte, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? —clamó alterado, con rencor.

Es curioso, la mente nos juega malas pasadas y evoca imágenes que no debería en los contextos menos favorables. Como la complicidad de padre e hija sentados en el salón un verano cualquiera, pintándole bigotes a los personajes de las revistas del corazón que compraba Tanit. Como los trayectos en coche hablando de música, aunque él no entendiese nada de solfeo ni yo conociese a los grupos antiguos que mencionaba. O como su manía de agarrarme la mano y pasarla por su barba para que me retorciese de cosquillas. Eran buenos recuerdos, pero me dieron un puñetazo en el vientre y ansié desterrarlos para siempre. Porque lo que no va a repetirse es una herida que jamás deja de supurar.

Reconocí mi derrota y di media vuelta para marcharme. Fui lenta, no advertí lo que pasaría después. Víctor cogió una lata arrugada de la alfombra y rio al lanzármela. La primera no acertó y el quicio de la puerta sufrió el impacto, la segunda hizo diana en mi nuca.

No contesté, ni física ni verbalmente. Me sentí humillada, indignada, enfadada. Pero no decepcionada, porque hacía demasiado que no esperaba nada de él. Ni siquiera un comportamiento tan deplorable.

Salí de allí llorando a mares. Corrí hasta el pasillo y pensé en los malos momentos, en que debería haber una tregua, en que no sabía cómo lidiar con aquello y solo me apetecía respirar sin opresión.

No pedía mucho.

Tanto.

Demasiado.

Titubeé sobre qué dirección tomar y mis pies permanecieron anclados a ese limbo de inquietudes. Esperando, por primera vez en la vida, que alguien me rescatase bajando el telón y llevándome al siguiente acto de la tragedia.

46
Joel

Me abroché el cinturón, pero no metí la llave en el salpicadero. Continué en el aparcamiento del instituto, navegando entre reflexiones peligrosas, sin permitir que ninguna de ellas me empapase por completo. Román se despidió de mí con una ráfaga de luces desde su Toyota blanco. Alcé la mano y le dediqué una sonrisa comedida a través de la ventanilla hasta que se alejó.

Éramos afortunados de tener la tarde del viernes libre. Él iba a pasarla en familia visitando una de las exposiciones del CaixaForum. «¿Qué vas a hacer tú?», me había preguntado. Estaba por ver.

Abrí el maletín que reposaba en el asiento del copiloto y rescaté la agenda de Atena de entre las fotocopias de clase. Me había acostumbrado a sacarla del ático para incitarme a seguir sus directrices y forzarme a salir de la rutina. Quizá también me agradaba la sensación de llevar algo suyo conmigo. Solo quizá.

Tratando de arrinconar la tentación de coger el móvil y pulsar las teclas que me comunicarían con Atena, leí las instrucciones para ese fin de semana:

> *Sumamos días; en raras ocasiones, experiencias.*
>
> *Nos preocupamos por llevar la cuenta de los meses que nos quedan hasta las próximas vacaciones, las semanas de Navidad o las jornadas trabajadas para cobrar el paro. Y los momentos que esperamos se evaporan. El primer beso que diste. El estreno de una película que ya te habían contado de inicio a fin en el tráiler. Esa boda de la que recuerdas fragmentos antes de la barra libre.*
>
> *Dejamos que pocos instantes se nos metan dentro. Confundimos vivir con esperar, pasar de puntillas y volver a poner el contador a cero, cargando a la espalda lo malo, despojándonos del combustible denominado felicidad.*

Observa el cielo, hace un día maravilloso para que te homenajees, elijas una ruta improvisada, disfrutes de un paisaje inesperado y entres al primer restaurante que veas por la zona. Sin mirar la carta. Déjate llevar por tu instinto, no pierdas tiempo planificando y no le des ventaja a tu cerebro para que se arrepienta y te eche atrás.

Hoy solo vive.

Sin mirar foros o las opiniones que publicaban sus clientes, me decanté por el restaurante ruso más cercano al IES Valancós. Puse la dirección en el GPS y pisé el acelerador sin remordimientos. Algo impropio en mí, no analizar ni programar las cosas, guiándome por un pósit marrón que me invitaba a probar la gastronomía de otras nacionalidades.

Ocupé una mesa cercana a la entrada y me deleité con el estilo clásico de las paredes beis vestidas por óleos. Sucumbí al menú del viernes: sopa de guisantes amarillos, rollitos de col con carne y, de postre, *blinis* bañados en mermelada. Después volví a ponerme al volante y conduje hasta el mirador de aviones del Prat para aislarme del mundo durante unas horas.

Al regresar a casa, la tristeza de unos ojos verdes se me atascó a la altura de los pulmones. Me di una ducha rápida, paseé por el salón, me tumbé en la cama para vaciar la cabeza de anhelos, y me rendí.

Usé la baza del número oculto por si me arrepentía más tarde y llamé a Atena cual kamikaze, haciendo caso de sus consejos. «Hoy solo vive, ya te enfrentarás a las consecuencias en el futuro». Crucé los dedos sin saber si deseaba que descolgase de inmediato o que me ignorase.

—¿Diga? —respondió al tercer tono.

—Hola —saludé más eufórico que temeroso. Los recelos se esfumaron y solo quedó el ansia de espantar aquello que la preocupaba—. Soy Joel.

—Hola.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió, así que me propuse levantarle el ánimo mediante una conversación liviana.

—¿De qué querías hablar?

—De lo que fuera. Solo quería hablar contigo —murmuró.

—Se me ha ocurrido una idea.

—El qué.

—Haz el examen de esta mañana.

Esperaba una risa sarcástica, una réplica punzante, Atena en estado puro. Y no obtuve más que un silencio incómodo.

—No he estudiado, Joel. Por eso lo he entregado en blanco.

—No quiero suspenderte —confesé con un hilo de voz.

—Lo merezco.

—Quieres mi número, ¿verdad? —Se lo daría, un aliciente, la razón que le faltaba para seguir la carrera de fondo, y no de velocidad, que suponía segundo de bachillerato.

—¿Hace falta que conteste a eso?

Negué, a sabiendas de que no me veía.

—Comenta una obra. Contexto, análisis formal e interpretación. Igual que en la prueba de esta mañana. Nada de buscar en internet o leer los apuntes. Si lo haces bien, la próxima vez que te llame no será con número oculto.

—¿La próxima vez? —percibí la chispa en su interrogante.

—Atena, no hagas que me arrepienta.

—¿De qué periodo?

—Te dejo elegir. —Le di ventaja.

Exhaló un suspiro lleno de angustia. Creí que se echaría atrás. No la conocía bien, ignoraba el calvario por el que estaba pasando, tampoco era consciente de que nada ni nadie le arrebataría los remos para seguir a flote.

—*Psique reanimada por el beso del amor*, de Antonio Canova —seleccionó—. Escultura del neoclasicismo, ubicada en el Louvre.

Supe que no hacía trampas por su forma de narrar la composición: el énfasis que puso en la pasión de dos siluetas unidas por alas y extremidades conformando una equis, el esplendor de los cuerpos y la intención de dar movimiento a la materia inerte. Destacó la pulcritud del mármol sin arrugas, de superficie delicada, y dejó entrever su descontento. Si bien los gestos contenidos de la pareja denotaban vitalidad y erotismo, la perfección con la que habían sido concebidos le restaba autenticidad.

—Para representar el amor no hay que suavizar nada —zanjó.

—Canova buscaba evocar claridad y pureza —expliqué—. Reflejar el ideal de la belleza mediante líneas definidas.

—En la vida real, los ideales no existen. Por muy bonito que sea ese beso, las heridas generadas en el camino hasta llegar a él no desaparecen. Y de eso trata la escultura, de las pruebas que hay que superar, del equilibrio entre atracción física y espiritual.

—Estoy de acuerdo, pero las influencias de su contexto son esas. Los valores de las nuevas clases surgidas de la Revolución Francesa, el tratamiento de la luz que hacía Winckelmann... Se compara con el concepto de amor de Platón, la unión entre lo divino y humano.

—¿A ti te gusta? ¿Que las cosas sean lisas, sin cicatrices o errores?

—No es realista, pero el arte no siempre retrata la crudeza. Me gusta su mitología, que Eros pueda redimir las equivocaciones de Psique con un beso, que el espectador quede atrapado en la tensión de la proximidad entre ambas figuras, que el amor se condense en un instante eterno.

Se hizo el silencio, mis palabras seguían revoloteando en el aire cuando el sollozo estalló. Intenso, como si Atena hubiera estado amordazando aquel temporal durante nuestra charla. Su respiración se volvió irregular, pequeños gimoteos, y apartó el teléfono para que el lloro no me llegase.

—Atena... Por favor, Atena, dime algo —insistí.

No le rogué que se contuviera, solo que me confirmase que seguía ahí. Transcurrieron varios minutos antes de que volviera a acercarse el móvil a la oreja.

—¿He aprobado? —Halló la fortaleza para bromear.

—Lo harás la próxima vez, solo necesitas centrarte. Déjame que te ayude.

—Es complicado.

—¿Por qué?

—No puedo —refutó.

—Claro que puedes. —A la mierda las distancias, la frialdad profesional y ser un jodido insensible. Nosotros no éramos de piedra—. Qué ocurre, Atena.

—Las cosas en casa son... complicadas —musitó a trompicones.

Y yo quería que todo fuera fácil. Un paseo en bicicleta entre un campo de amapolas. Trayectos cuesta abajo en atardeceres de agosto con el viento acariciándole las mejillas. Unas horas sin angustia, sonriendo como solo ella podía, con el corazón en los labios. Así salió mi oferta, al esbozar su felicidad en mi mente.

—Puedes quedarte en el ático.

Una solución temporal, insignificante. Un fin de semana que volaría, pero al que regresaríamos en muchas ocasiones. Mediante la obra de Canova, con el baile de latidos frenéticos en mitad de un cruce de miradas y un nuevo hilo que se agregaba a nuestra conexión. Porque mostrar tu debilidad a alguien es un acto heroico.

47
Atena

No me enamoré de Joel cuando me mandó su dirección en un mensaje de texto. Tuve tiempo en los veinte minutos de viaje en autobús, abrazada a la mochila en la que metí el cepillo de dientes, una camiseta de recambio y las llaves, pero dediqué cada kilómetro a vaciar la cabeza, con la mirada perdida en el paisaje borroso que el vehículo dejaba atrás.

Dibujé círculos en el cristal empañado por el vaho de mi respiración, y bajé antes de percatarme de que había trazado las cinco líneas de un pentagrama y estaba componiendo sobre aquella ventanilla sucia de polvo y gotas secas.

Tampoco me enamoré de él cuando abrió la puerta de la buhardilla y me invitó a pasar. No, entonces solo me sentí entre dos mundos, sin decantarme por ninguno. Adrenalina y aflicción. Alivio y culpabilidad.

Si cierro los ojos y contengo el aire, todavía se me encoge el corazón al evocar lo próximos que estábamos en el recibidor, sopesando la posibilidad de alargar el brazo y hundir las yemas de mis dedos en su cabello alborotado. Pero lo que provocó la detonación no fueron su celeste encendido por la tenue lámpara del techo o el contundente «pasa» que salió de su garganta e impactó en mis oídos, regalándome dos semifusas por cada sílaba.

Permanecí callada, recuperando el aliento tras haber subido andando, como si tuviera que ganarme el privilegio de estar allí. La informalidad de Joel me trastocó. Nada de los habituales uniformes de camisa y traje. Vestía una sudadera azul marino, unos vaqueros desteñidos que habrían horrorizado al director y las zapatillas de estar por casa desgastadas, con el escudo del Barça en la parte delantera.

Paseó sus pupilas por mí, tratando de descifrar los enigmas que nos habían juntado en una estancia fuera del instituto, y sucedió.

Ni magia, un arrebato de pasión o un discurso empalagoso que tatuarme sobre la piel. Lo hizo con una simple mirada, honesta e hipnótica, afable y benévola. Ahí me enamoré. En un parpadeo, una inspección tan magnética como la que me había dedicado al tocar en plena calle meses atrás.

No se lo dije, pero desde ese instante, le quería más que a nadie en mis dieciocho años. Porque desterró la pena, le echó el cerrojo a nuestras edades y simplemente me acunó en su pecho. Como a una igual. Preocupado. Comprensivo. Expectante por si deseaba contarle la causa de mis lágrimas, comprendiendo que quizá necesitaba espacio o solo unos brazos que me sujetasen mientras temblaba.

No quería explicarle nada de lo que ocurría en casa para que las sombras de la bebida y la ausencia de Tanit no se proyectasen en mí. Ni tampoco hablar de mi renuncia al violín o de lo mucho que me preocupaba que se nos acabase el dinero y mi padre no encontrase —ni buscase— un empleo. Y, pese al miedo, lo hice.

El diálogo brotó fácil. Le hablé de lo que no le había admitido a nadie, ni siquiera a mí misma: del respeto que le tenía al paso del tiempo, de lo aterrador que me resultaba distanciarme de Víctor, de cómo deseaba liquidar el apego que le tenía a Tanit para volar libre.

Le expliqué que me hacía pequeña comportándome como una adulta, que añoraba ser la cría despreocupada que contemplaba el contorno de las nubes desde el parque de ruedas y no se preocupaba por temas sustanciales.

—¿Es que alguna vez has sido una mocosa inmadura? —me preguntó frunciendo el ceño, desde el otro lado del sofá—. Tengo la impresión de que ahí dentro siempre ha habido una persona bastante coherente.

—Eso creía —asentí—, pero no me ha llevado muy lejos.

—Hay cosas que escapan de nuestro control, no te tortures.

—¿Lo dice el chico inconformista? —puntualicé.

—Estoy aprendiendo a adaptarme, y tú también lo harás.

—Me he tomado la licencia de darte ciertos consejos que ahora pongo en duda —admití, desanimada.

—A qué te refieres.

—¿Alguna vez has oído la frase «el único pez que nada contra la corriente es el que está muerto»? Pues eso es lo que hacemos al resignarnos, quitarle probabilidades a los sueños para que se cumplan.

—Lo verás todo diferente.

—¿Cuándo? —Necesitaba una fecha a la que aferrarme.

—No lo sé, mañana. O en un mes. Puede que en un año. Pero pasará y despertarás en otro sitio, uno más optimista.

—¿Tú eres feliz? Al dar clase y pensar en lo que te gustaba hacer, pero que ya no forma parte de tu vida.

—A veces creo que lo soy. Otras, me siento un miserable que no hará nada con su vida. La felicidad no es constante. —Se pasó el índice por el mentón—. El truco está en bajar la barrera de las expectativas y esperar menos, contentarse con los detalles.

—¿Eso no es triste?

—Es el único modo de mantenerse a flote.

—Prefiero engañarme —susurré—, esquivar pensamientos y confiar en que los espejismos son reales.

—Pero en el fondo eres consciente de todo. —Alzó una ceja.

Asentí y me alegré de que Joel se diera cuenta.

Mi vida era un Pollock caótico sobre el que intentaba esbozar un cuadro impresionista que emulase la perfección, con elementos formales delimitados, pigmentos conservadores y una función meramente decorativa. Estaba exhausta de fingir, de cubrir carencias y enmendar errores. De renunciar a lo que me hacía palpitar.

—Siento impotencia de que las cosas no sean más sencillas para ti, Atena. —Expulsó una bocanada de aire profunda y redujo unos centímetros los palmos que nos separaban en el sofá. Flexionó las rodillas, contenido, antes de estirarlas para relajar su postura—. La mayoría no nacemos con una vocación y tú... la llevas dentro. Y, aun así, te ves obligada a aparcarla.

—Lo hago, la empujo a un lado, pero sigue volviendo. —La verdad escoció en mi paladar—. La oigo cada día.

—Estás condenada a perseguir tu sueño hasta agotar cada posibilidad existente —recitó con una mueca nostálgica—. Después de eso, las ganas te darán alas.

—Tienes buena memoria.

—Y tú, buenas sugerencias para los escépticos. —Me guiñó un ojo.

Mi cuerpo, de pies a cabeza, se estremeció. No por el gesto, sino por la complicidad. Quise ir más allá, traspasar la cinta amarilla que rodeaba el perímetro del crimen, tirar de los extremos para apretar el nudo hasta rasgar el material, abrirnos en canal y explorar.

—Una moneda por tus pensamientos —indagué—. ¿No es eso lo que dicen en las pelis?

—Está bien —sopesó—. Pensaba en que somos más similares de lo que creía.

—¿Tanto has tardado en verlo? —espeté con una pizca de suspicacia.

—No quería hacerlo.

Me dio su opinión: en la carrera de la vida, mi mente iba varias vueltas por delante de mi cuerpo. En cambio, su reloj de arena se había atascado en algún momento, congelando sus años en una temporada de crisis y listas de propósitos ya caducados. Si calculaba con rigor, seguía teniendo veintidós, acababa de licenciarse y aspiraba a ser el becario más joven y prometedor en pasar a la plantilla de una empresa puntera en comunicación.

Después se sinceró sobre el presente: se estaba amoldando a ser profesor y su rutina iba a tambalearse si no le renovaban el contrato para el siguiente curso. A su vez, contaba las semanas para dejar esa etapa atrás y volver a intentarlo como diseñador. Una contradicción enorme, el dilema que le oprimía cuando parecía irle bien.

Lo vi igual que en las escaleras de la catedral, sin protección ni filtros. De textura rugosa y vértices desgastados. Real, como a mí me gustaba.

48
Joel

Ser valiente no significa desenfundar la espada e iniciar una batalla épica contra los monstruos. A veces, la valentía es simplemente detenerte entre las sombras para prometerle sin palabras a la oscuridad que puedes con ella. Que no vas a huir. Que tus pulsaciones se disparan, pero tus pies exclaman «de aquí no me voy».

Esa tarde, Atena no se sentía intrépida, osada ni heroica. Dejó de ser Grecia para convertirse en caballo de Troya y, sin embargo, en la vulnerabilidad que mostró radicaba su fortaleza.

Daba igual que le hubiera ahorrado una jornada de latas de cerveza, gritos e insomnio en su casa. La observé y supe que ella me salvaba a mí al obligarme a rescatar su optimismo y contagiarme con el instinto de aferrarse a los anhelos, incluso cuando estaban en ruinas. Aquel día fuimos Bonnie y Clyde, fugitivos de lo amargo, soñadores empedernidos con la superación por bandera.

Algunas personas necesitamos que nos repitan que podemos, que lo lograremos algún día. Otras, como Atena, solo precisan repetírselo a sí mismas. Me habló de ello mientras el cielo sustituía su dorado por un lienzo jaspeado de estrellas. Pedimos *pizza* tropical con los bordes rellenos de queso, puse algunos capítulos de *La casa de papel* y simulamos que cenar con una servilleta desechable, entre cojines y descalzos, era algo natural. «Lo que me gustaría hacer a diario», se me ocurrió al darle un sorbo a mi Coca-Cola.

De camino a la encimera para recoger los cartones y posavasos que no utilizamos, inspeccioné aquella estampa de reojo, como si Atena fuese a salir volando del ático si se percataba de mi escrutinio. Volví a su lado sin meditarlo demasiado y olvidé lo que no debía recordar. Me centré en ella, en cada frase de Tokio y Berlín que reproducía de memoria, en la taza de Cacaolat recién salida del microondas que acunaba con templanza.

—Aquí va un buen chute de energía —comenté llenándosela de Choco Krispies de marca blanca—. ¿O prefieres helado en invierno?

—Helado en verano, gofres todo el año —murmuró transportándonos hasta septiembre.

Si alguien me preguntase qué fue lo más íntimo de nuestra relación, le hablaría de aquellas horas. De lo que dijimos y lo que se nos quedó dentro. Le describiría el abrazo que no logré reprimir cuando entró en la buhardilla y confesaría que, al notar cómo se relajaba, sonreí contra su pelo.

No vi luz en la oscuridad, la sentí. En la calidez que irradiaban sus brazos y el olor a colonia de vainilla. En la mirada esmeralda que me dedicó en mitad de la penumbra. Supe que, si había un sedante para que la oleada de ansiedad me diese una tregua, se hallaba recostada en mi hombro, en sus manos, con un brazo rodeando mi cintura.

Me di cuenta de que quería ser su escondite. El sitio en el que se reía tan alto que su melodía traspasaba la atmósfera. El sofá en el que reposaba la cabeza y perdía la noción del tiempo. La alfombra donde se tumbaba con los brazos extendidos, como si crease un muñeco de nieve en un jardín, al estilo americano. Las ventanas a través de las que avistaba el mundo y las posibilidades que le ofrecía, sin centrarse en la triste imagen de su maquillaje hecho lágrimas. El hogar que había perdido y me gustaría darle.

Atena estaba rota y yo me moría por sumarle piezas, pintarle escenarios, susurrarle que su felicidad estaría a salvo.

Tras la cena, cuando la sombra del dolor crispó su rostro, solo pude pensar en que deseaba verla siempre alegre, con los ojos brillantes de ilusión y el mentón alto, retando al aire.

—Dime qué puedo hacer, Atena.

—Nada. Solo quédate aquí.

—Eso está hecho.

Permanecimos callados durante unos minutos, ella casi sin parpadear, yo observándola mientras blasfemaba contra los centímetros que nos separaban, y mis dedos hormigueaban ansiando las caricias que no podía darle.

—¿Vas a mirarme hasta que me duerma? —bromeó sin humor.

—Solo hasta que sonrías.

—¿Por qué?

—De todas tus expresiones, es mi preferida. Y cuando lo haces, me muero por besarte —me abrí en canal. ¿Qué sentido tenía que Atena lo hiciera y mis

muros siguieran levantados?

—Pero te contienes —apuntó.

—Lo imagino.

Atena se mordió el labio.

—Entonces sonreiré para ti, Joel.

Hizo un esfuerzo y casi llegó a sonreír. Y yo la besé con la mirada.

49
Atena

Despertamos con los primeros rayos de sol colándose por la ventana del salón. Nos habíamos quedado dormidos en el sofá y mi espalda se quejó de la postura. Estaba recostada en el pecho de Joel, sus brazos me acunaban y su respiración se entremezclaba con el nacimiento de mi pelo.

Me incorporé despacio y él pestañeó, confuso. Supe que debería irme, que las palabras «no puedes estar aquí» bailaban en su lengua mientras el celeste de su mirada se teñía de borrasca. Sin embargo, su buhardilla era más casa en ese instante que el piso que me había visto crecer.

Lo observé y se me escapó una sonrisa que le hizo sonreír también a él. Sin meditarlo, alargué la mano derecha para alisar los resaltos de la frente. Tracé el puente de su nariz hasta llegar a la punta y esbozar una línea de fuego en el centro de sus labios. Joel le dio un beso a mi dedo, inocente y casi imperceptible, capaz de hacerme estremecer. Cubrí el corte de su mandíbula con ambas manos, me deleité por el cosquilleo de su barba de varios días y reduje los milímetros que nos separaban. Decidida, sin temor al rechazo, con los ojos cerrados para que mi boca hallase la suya a tientas.

—No deberíamos... —murmuró, su aliento hormigueó en mis pómulos.

Hice caso omiso a su apreciación; «no deberíamos» era más permisivo que «no podemos». Atrapé su labio inferior y me estremecí con el suspiro que exhaló. Masajeé sus mejillas con los pulgares y esperé hasta que Joel respondió al beso con caricias delicadas, tan suaves que podría haberlas confundido con un soplo templado del viento.

La necesidad aumentó y sus manos se perdieron en mi melena, su lengua invadió mi boca y me puse de rodillas sobre el sofá para enroscar los brazos a su nuca. Estaba ansiosa, sedienta, ávida por coleccionar segundos a su lado, consciente de que las murallas volverían a alzarse en breve. Terminé sobre él,

Joel me mordió el labio y se me escapó un jadeo que le hizo removerse debajo de mí. Aquello me gustó y decidí que era buena idea trazar círculos con las caderas, hasta que me sujetó por la cintura con intención de detenerme.

—Atena... —No necesité abrir los ojos para notar el cambio. Se había roto el hechizo.

—Joel —increpé, frustrada.

Me aparté a regañadientes, demasiado rápido, y él volvió a sujetar mi rostro para darme un beso casto en la frente. Fruncí el ceño y Joel rio, fingiendo que contener algo que anhelaba tanto como yo no le afectaba. Sus pupilas dilatadas y el ritmo acelerado al que se agitaba su pecho me contaban una historia distinta.

—Buenos días —musitó para normalizar la situación.

—Ha sido una forma muy interesante de dar los buenos días.

—¿Qué quieres desayunar?

Negó de inmediato al ver la expresión pícara que se apoderaba de mí.

—Eso no, Atena.

—Pues lo que sea. —Me encogí de hombros.

—Solo tengo café. Nos terminamos el Cacaolat anoche.

—¿Nada dulce aparte de cereales? —probé suerte.

—Bajo a por algo. —Se puso en pie y advertí que era su excusa para salir de allí y aclarar las ideas—. Vuelvo en cinco minutos.

Se metió la cartera en el bolsillo trasero del vaquero y guardó las llaves en la chaqueta de cuero. Le observé marcharse e imaginé cómo sería despedirme de él con un beso rápido en la boca, amanecer con el cielo mirándome a través de sus ojos, el tacto de su pelo contra mis palmas, calcular la anchura de su espalda a mordiscos suaves que le daría entre risas. Me desplomé sobre los cojines, atando mis reflexiones, prohibiéndome ir más lejos.

Aproveché la ausencia de Joel para lavarme los dientes y cambiarme la parte de arriba por una camiseta básica oscura con el logotipo de la final del Grand Prix de patinaje celebrado en Barcelona algunos diciembres atrás. Usé su desodorante y me recogí el pelo en una trenza suelta antes de mojarme la cara.

Capturé mi boca hinchada por los besos en el espejo del baño y pasé los dedos sobre mis labios con intención de palpar las caricias que nos habíamos dado. Recordé que, horas antes, Joel había dicho que le gustaban mis sonrisas. No me consideraba una niña y me había abrazado toda la noche. Sin lástima,

como si albergase los mismos sentimientos que me revolvían la tripa cada vez que nos encontrábamos en una clase. Como si viajase conmigo a un lugar en el que no éramos nadie y lo podíamos ser todo.

Una punzada me atravesó al pensar en mi padre. En el panorama que hallaría al volver y en que la realidad me resultaría el doble de cruda tras aquella dosis de oxígeno.

Joel regresó poco después con ensaimadas de azúcar y *croissants* de chocolate blanco. Tras quitarse la chaqueta, se revolvió el flequillo de un modo adorable.

—Con esto tengo para merendar —le dije.

Nos sentamos en la alfombra a comer directamente de la bolsa de papel de la panadería.

—No sería tan horrible que te quedaras. —Fue sutil, sin mirarme, pero tuvo el mismo efecto que los besos.

No preparó café. Se tomó uno de los zumos de naranja que había comprado, y yo engullí más de la cuenta para mantenerme entretenida con algo que no fuera limpiarle el azúcar glas de la boca.

—¿Qué tienes que hacer hoy? —me preguntó.

—Acabar unos ejercicios de Fundamentos del Arte, pero no he traído los apuntes.

Sacó folios de su dormitorio, me dio una copia de los ejercicios y me prestó el manual de clase.

—Si tienes alguna duda, la clave del wifi está anotada aquí. —Me tendió un papelito con números garabateados.

—¿Para qué iba a consultar en Google teniendo delante al profesor? —Quise sonar a mí, a la chica con diez réplicas por cada interrogante.

—Es mi día de fiesta —arremetió—. Tengo bastante haciendo de canguro.

—Ojalá no hubiera venido —musité.

—Ojalá hubieras venido en circunstancias diferentes —rectificó él.

Pasamos la mañana en el salón, yo comentando *Las Meninas,* estirada en el suelo, él corrigiendo los ejercicios del Renacimiento de la semana anterior en una esquina del sofá, desgastándose las paletas con el tapón del bolígrafo. El silencio nos envolvía. No hablamos, no nos miramos, pero estaba segura de que él percibía que nuestras respiraciones se habían acompasado y el silencio no era incómodo, sino justo lo contrario. Aliado, amistoso, un lenguaje de secretos.

—Tengo que ir al hospital —dijo al mediodía, tras mirar la pantalla del

móvil.

—¿Ocurre algo? —Alcé la vista de las hojas que reposaban sobre mis rodillas.

—Mi hermana está de parto. Guarda los apuntes, salimos ya. —Se puso en pie.

—Vas un poco deprisa, ¿no crees? ¿Esta mañana no querías ni darme un beso y ahora vas a presentarme a tu familia? —Empleé aquella mofa para darle la oportunidad de retractarse, por si la invitación había salido de su boca muy rápido y se estaba arrepintiendo.

—Joder. —Resopló, parado en el pasillo.

—Qué pasa.

—Que me gusta tu sentido del humor —admitió con honestidad.

—Y a mí me gusta que... —«Te guste», pero no llegué a decirlo.

—Puedes quedarte aquí si lo prefieres, Atena. Volveré para cenar y te acercaré a casa.

—Perderás más tiempo yendo y viniendo. Puedo quedarme en el coche.

—No tengo problema en que me acompañes, pero no menciones de qué nos conocemos.

—¿De una noche volviendo a casa o un gofre en el centro? —Le quité hierro al asunto.

—Sabes a qué me refiero.

Claro que lo sabía, por eso puse fin a los comentarios de doble filo, recogí la mochila y le seguí hasta el coche.

Había poco tráfico y llegamos al hospital en quince minutos. Tras una breve presentación en la que la mandíbula apretada de Joel echaba chispas, me mantuve en un segundo plano, sentada en una silla de la planta de maternidad mientras él conversaba con el marido de su hermana y con su madre. Entraron a verla y los espié desde el cristal. Envidié a aquella familia, el brillo de Irina al contemplar a su pequeña de pómulos sonrojados y cabello oscuro. Me pregunté si los semblantes de felicidad de los Sanz se asemejaban en algo a los de Víctor y Tanit el día en el que me cogieron en brazos por primera vez. Me sequé las lágrimas y sonreí cuando la mirada de Irina se cruzó con la mía.

Pasamos la tarde allí y, salvo por la escapada para sacar merienda de la máquina, Joel no se apartó de su hermana ni un momento. A las ocho y media, cuando Irina se quedó dormida, nos marchamos.

—¿De qué color tiene los ojos? —pregunté acomodándome en el asiento

del copiloto. Joel parecía estar en otro sitio.

—Azules. Mi madre dice que es clavadita a mí, Irina no tenía esa mata de pelo frondosa al nacer.

—Ojalá mire como tú.

—¿Como una persona que solo ve oportunidades perdidas?

—Como alguien que no abandona sus sueños —concreté.

—Aunque no sean posibles.

—Algún día lo serán —le prometí a su ceja arqueada. Comprendió mi expresión contenida y añadió:

—Para ti sí, Atena.

Las canciones de una emisora alternativa de radio llenaron el trayecto hasta casa. Temas como *Crime,* de Nawja Nimri, *Love Battle,* de CatPeople, y *La isla,* de Dorian. No llegué a cantarlos, pero sí sentí la emoción crecer en la tripa mientras el firmamento oscurecía a través de la ventanilla.

—Gracias por todo —susurré cuando Joel aparcó a unos metros de mi portal.

—Si vuelve a pasar algo y necesitas salir...

—No pasará. —Me hice la fuerte, puse mi fragilidad a resguardo y lucí la coraza de quienes llevan tiempo practicando discursos que no sienten—. Estaré bien.

—¿Segura?

—Sí.

Bajé del coche y me giré para despedirme de Joel con un gesto de mano. No puso el motor en marcha hasta que entré. Me recosté contra la pared de la portería para serenarme, sin encender la luz, y subí las escaleras con cautela.

Metí la llave en la cerradura sin atinar hasta el quinto intento y atravesé el pasillo en penumbra, más esperanzada al no oír el sonido de las latas.

—La princesa vuelve al castillo —entonó la voz seca de mi padre. Estaba sentado en la silla del comedor, había recogido el espectáculo de la semana para sustituirlo por dos platos de tortilla francesa y una jarra de agua—. Te estaba esperando.

—Ya... —Soné irónica y su frente se colmó de pliegues desafiantes.

—Siéntate, son más de las nueve.

—No tengo hambre.

—No puedes acostarte sin comer.

—Tampoco puedo hacer como si no pasara nada.

—Lo de ayer... —Carraspeó—. Me pasé. Venga, siéntate.

—Valoro tu esfuerzo, pero tengo un trabajo que terminar.

—Tienes que cenar.

—¿Desde cuándo?

—Atena, no sigas por ese camino.

—¿Quieres que me siente porque me apetece o porque me lo pides? Si me lo repites gritando, o con una lata de cerveza en la mano, lo haré. Pero no será por amor o por recuperar esa sensación de familia que ya no somos. Sino por miedo.

Temí las consecuencias y mis piernas, lánguidas, no se movieron. Me había ido de la lengua. La imprudencia no era valentía en aquel piso, así que, en lugar de enorgullecerme por soltar una verdad que me había callado durante tanto tiempo, me avergoncé de mi propia insensatez.

—Es curioso que digas eso y nunca la culpes a ella. Los monstruos no somos los que nos quedamos, sino los que siguen aquí después de haberse ido, manejándonos a su antojo.

En parte tenía razón y, en parte, no la tenía. Pero resultaba irremediable proyectarlo todo en la figura paternal que se había evaporado para reducirse a un fantasma. Cuando la rabia te invade, lanzas tus dardos contra la superficie en la que te cobijas. Eso hacíamos ambos; él, indirectamente con la bebida; yo, acusándole de los retales deshilachados en los que nos habíamos convertido.

—Tanit no... —Iba a defenderla, y no me lo permitió.

—Ella es la responsable, Atena. Con su egoísmo y con su desconsideración.

Pero ¿acaso estaba bien obligar a alguien a permanecer a tu lado si el amor se había agotado? Aunque cometiese errores o me empujara hasta los peldaños más bajos de su pirámide de prioridades, ni mi madre ni ningún ser humano merecía pasar sus días junto a quien no la hacía feliz. En contra de lo que las generaciones pasadas abanderasen, las familias no se sustentaban en la resignación, en un «sí quiero» a costa de todo y en el famoso «ver, oír y callar».

—Mamá tomó una decisión y sé que te dolió. Que te duele. Pero tú optaste por responder así, por consumirte y arrasar con todo a tu paso. No puedes desmerecer a quienes te rodean por alguien que ya no está. Y no puedes tratarte mal, papá, tienes que salir adelante. Buscar un trabajo, trepar del agujero, dejar de aislarte y recuperar las amistades que perdiste. Querer dar un paso al frente.

Mi garganta picó y el nudo del vientre se deshizo lentamente.

Me encerré en mi habitación con los ojos bañados en lágrimas. La vibración

del móvil me sobresaltó para después derramar un líquido cálido por mi estómago al leer el «¿Todo bien?» de Joel. Con millones de hilos tirando en direcciones opuestas, tecleé un «Todo bien» que quiso ser cierto. Pero no pudo.

50
Joel

El domingo regresé al hospital y pasamos el día en familia. Nos turnamos para acompañar a Irina, le llenamos la habitación de flores, globos y trajecitos para Elisenda, y bajamos a comer en la cafetería uno de esos menús insípidos a la par que saludables mientras mi hermana echaba una cabezada, pasadas las tres.

Todo marchaba sobre ruedas. Más o menos.

Hasta que encendí el teléfono y volví a leer el «Todo bien» que me había respondido Atena la noche anterior. Suspiré de alivio, como si acabase de recibirlo, y pensé en aquel fin de semana a su lado. En las despedidas que la vida te obliga a hacer y los nuevos comienzos. En las personas que guardan a buen recaudo fragmentos de felicidad con los que alumbrarte cuando lo das todo por perdido. Quise abrir su agenda de propuestas y sumergirme en una nueva aventura, pero no podía marcharme de allí. Así que inicié el viaje con los pies en el suelo y la mente volando muy alto.

Pensé en lo mucho que detestaba el dolor de aquella chica, en los rostros de euforia de Irina y Fede, en los ojos iluminados de mamá. E irremediablemente, me pregunté qué habría dicho mi padre. «Ha sacado los carrillos de mi hija, espero que también su carácter», habría bromeado en serio. Le habría regalado un carnet del Barça a la niña y la equipación entera para llevarla al Camp Nou vestida de blaugrana. Le habría inculcado su pasión por los éxitos de *rock* de los sesenta, le repetiría a diario que sería lo que ella quisiera porque el mundo te arrebata oportunidades, pero no sueños, y no le daría muchos abrazos —él nunca había sido de los que mostraban su afecto—, pero lograría que se sintiera querida siempre. Al menos, es lo que hizo conmigo hasta el final.

Tras dar un par de vueltas, me metí en el ascensor. No había planeado subir hasta la sexta planta del hospital, donde mi padre pasó las últimas horas respirando conectado a una máquina, entre cuatro paredes sin sol, con olor a

látex y antisépticos, sábanas blancas ásperas y tubos que le mantenían en el limbo, lejos de lo que fue.

Jamás había entendido que se emplease el pasado para referirse a alguien hasta que mi padre falleció.

Dejas de ser tú antes de morir. Cuando ya no puedes desayunar tostadas con mermelada de fresa y café, cuando ya no sales a pasear tus cinco kilómetros matutinos, cuando no respondes a las palabras de tus seres queridos ni aprietas sus manos al notar cómo arropan la tuya. Comprendí que todos sus «es» habían desaparecido con el inesperado infarto. Le dijimos adiós a sabiendas de que las despedidas a los enfermos son más un punto y final para quienes se quedan que para los que se van.

Recuerdo que salí de la habitación 683 descompuesto, anhelando ser el fuerte que consolase a mi hermana y a mi madre. Pero no pude.

Me cobijé en una esquina y lloré hasta quedarme seco, entonces deambulé por los pasillos, sin ser muy consciente de nada, y me detuve ante una máquina de expendedora. Reconocí las palmeras de chocolate de la marca a granel que solía tomar mi padre para merendar y saqué una sin saber muy bien el motivo.

Caducó en el armario de la cocina, la tiré meses más tarde.

Con el nacimiento de Elisenda recuperé aquella tradición. Fui a la misma máquina, me hice con una palmera, pero esa vez la saqué del envoltorio y le di un mordisco. Pensé en mi padre, en que es lo que hubiera merendado para celebrar la llegada al mundo de su primera nieta. Y sonreí.

«Las personas a las que quieres no te abandonan nunca», me susurré mientras el chocolate se derretía lentamente contra mi paladar.

A las nueve, más animado, salí a cenar al Hamlet. Vi terminar un amistoso carente de emoción y comí la hamburguesa con ensalada que mi amigo me ofreció sin que echase un vistazo a la carta.

Eloi me retuvo para contarme qué tal le había ido la semana junto a la chica a la que iba a dejar sin llegar siquiera a salir con ella. «Te juro que tiemblo cuando me mira, algo así no puede ser bueno», relató. Traté de convencerle con un «si tiemblas antes de que te quite la ropa, va a ser jodidamente bueno», pero me cortó en seco. Estaba aterrado. A algunos nos asusta no ser felices o que quienes nos rodean no lo sean nunca. Otros corren en dirección contraria a la felicidad, como Eloi, por si no la merecen.

Sacó la baraja del Uno con una sonrisa socarrona que vaticinaba la paliza que iba a darme, y empezó el retroceso en el tiempo. Revivimos las tardes

sentados en el césped de su piscina comunitaria a los dieciséis, aguantando el griterío de los más pequeños y colando la mano en las mochilas para sacar patatas fritas a escondidas de los vecinos entre partida y partida. La época en la que camuflar una erección en la toalla se nos antojaba toda una hazaña, y las frases con futuro siempre iban precedidas de contundencia, jamás de condicionales.

La cuestión es que el Hamlet volvió a ser mi amparo. Me reí, olvidé el paso de las horas y planeamos un crucero por el Mediterráneo que nunca llegaríamos a hacer. E incluso en aquel estado, sin necesidad de alcohol ni música para navegar entre carcajadas, la eché de menos.

A la chica del violín.

Habíamos estado poco tiempo juntos. Veinticuatro horas, puede que alguna más. Sin embargo, habían sido suficientes para que me guardase su aroma, su tacto, su voz. Y pensé: «Quizá que te guste alguien sea eso, no necesitarle a tu lado y aun así elegirle».

51
Joel

La primera excursión del segundo semestre estuvo dedicada a Gaudí.

Pasamos la mañana en el Parque Güell, rodeados de turistas que admiraban el mapa de Barcelona desde las alturas, se acomodaban en el banco serpenteante del recinto y le sonreían a las cámaras para inmortalizar aquella jornada de sol en mitad de un febrero sombrío.

Todo eran carcajadas, mosaicos salpicados de color y diminutos fragmentos de cerámica que conformaban un ecosistema idílico de lagartos, columnas inclinadas jugando a camuflarse entre la naturaleza y la casa en la que el propio Gaudí residió durante sus veinte últimos años de vida.

Después de aquel festival cromático, demasiado ocupados dándole mordiscos a los bocadillos en la furgoneta del instituto como para preocuparnos por controlar la radio, pusimos rumbo a la Sagrada Familia.

Ahondamos en la armonía de sus elementos, en cómo se habían sintetizado estilos e integrado la belleza de los ornamentos a una estructura neogótica de formas regladas. O, más bien, fui yo el único que se perdió en explicaciones técnicas sobre la planta de cruz latina o el hecho de que Gaudí solo completase cripta, ábside y parte de la fachada.

Samuel garabateó la iglesia con cuatro trazos. Felisa, Olaya y Ruth intentaron sacarse un *selfie* cortando las grúas que se elevaban simulando ser un pico más. Xavier y Dídac apostaron en qué siglo se concluirían las obras. «No estaremos vivos», afirmó el primero. «Si hibernamos en cápsulas como Chris Pratt y Jennifer Lawrence en *Pasajeros*, puede que sí», especuló el segundo. Minerva arrugó la nariz y dio un paso a la izquierda, separándose de ellos sin dejar de tomar apuntes en el móvil.

Dos ojos verdes se prendieron e hice bien en temer la reacción de Atena, porque cuando abrió la boca, habló en clave. Sobre nosotros.

—Hay cosas bonitas así, sin terminar. —Sonrió. Me sonrió. Y me quedé sin aire, incapaz de mencionar torres y naves. A su lado, incluso una basílica que ostentaba el título de Patrimonio de la Humanidad palidecía.

Regresamos al IES Valancós a las seis y media. Esa tarde ningún estudiante hizo ademán de marcharse antes por su cuenta y, para qué negarlo, me sentí orgulloso. Hice una lista mental de los sitios que nos quedaban por visitar y le otorgué el primer puesto a la Cripta Güell, emplazada en Santa Coloma de Cervelló. Quizá podríamos hacer una ruta por la zona, echar un vistazo a las Termas Romanas de Sant Boi, subir a la ermita de San Ramón y acercarnos a la parroquia de San Cristóbal de Begas.

En esas estaba, maquinando un recorrido para la siguiente semana, cuando el director me interceptó en las escaleras.

—¿Llegas ahora? —preguntó ceñudo.

—Sí, iba a la sala de profesores a por los ejercicios de esta semana. —Aproveché la ocasión para afianzar mis planes—. He tenido una idea y me gustaría comentarla. ¿Mañana durante la pausa del recreo?

—Me dan miedo tus ideas, Joel —espetó en un tono seco—. ¿Otra salida cultural?

Asentí y se recostó en la barandilla, llevándose el índice a la punta de la nariz, propinándole unos toquecitos que me sacaban de mis casillas.

—No puedes organizar más excursiones.

Su negativa me sentó como una patada en el estómago. Mi cabeza iba por libre; si le daba rienda suelta, pasaba de querer motivar a unos chavales a llevarlos al fin del mundo con el pretexto de admirar *in situ* las imágenes de un libro de texto.

Pude haber guardado silencio, pude haber sido el corderito manso que Román me había advertido que buscaban desde el primer día en el centro. No obstante, mi lengua era intrépida cuando defendía una buena causa. O eso creía. Mi gran error fue preguntar:

—¿Por qué?

—Por muchas razones, Joel. La principal, el dinero. Somos un instituto público, nuestros estudiantes no viven en Pedralbes ni tienen herencias o propiedades en la playa. Salvo contadas excepciones, la mayoría de padres son camioneros, administrativos, peluqueros, fontaneros, cocineros... No disponen de nóminas exageradas para que sus hijos paseen por la ciudad viendo cuadros y parquecitos.

No sé qué me ofendió más, que me tomase por un elitista adinerado o que insultase al arte.

—Pretendo hacer las clases más dinámicas. —Cerré los puños a mi espalda y apreté fuerte para que los dientes no me castañeasen.

—Lo sé, lo debatimos y me parece una iniciativa positiva. Pero tengo que cortarte las alas, Joel. Habéis hecho más excursiones que el resto de materias juntas en dos cursos.

—Los chicos están interesados —luché.

—Los chicos no mandan. Son menores, dependientes, la mayoría no trabajará hasta acabar la carrera. No comprenden el valor del dinero. —Me callé, pero quise replicar. ¿Acaso los conocía si no había compartido aula con ellos y solo cruzaban saludos de buenos días? Generalizar tomando la edad como argumento era patético. Generalizar, por norma, lo era. Ajeno a su disparate, prosiguió—: Pronto habrá quejas de las familias. Tengo que frenarte.

—Serán salidas gratuitas. Buscaré itinerarios abiertos en los que no haya que gastar ni un céntimo. —Quería alternativas, continuar mi misión de aproximar la cultura a los alumnos.

—Joel, te contraté para que dieras un temario. Cualquier actividad que hagas extracurricularmente no me sirve. Asunto zanjado.

Jaque mate. Tocado y hundido. Así, antes de que pudiera completar mi trayecto por los puntos emblemáticos de la Ciudad Condal y su periferia, el director puso fin a mis salidas con bachillerato artístico.

Aquel no fue más que el detonante de mi siguiente propuesta, una arriesgada, la batalla decisiva que lo devastaría todo y me lanzaría de las estrellas al punto más lóbrego del infierno sin oponer resistencia.

El optimismo tenía ese efecto en mí, el de soplar hasta que mis hélices iniciaban el movimiento, susurrándome al oído que debía dar voz a quienes no la tenían y ser el temerario que se exponía sin chaleco ante una lluvia de balas. No sabía que tan importante como avanzar es conocer tu rumbo, que algunas puertas conducen a trampas y que contar días con la llave en la mano era un error. La paciencia nunca fue mi punto fuerte. Ceder no estaba en mi naturaleza.

52
Atena

Isolda me había hablado del hilo rojo y la creencia que existía en la cultura oriental respecto a la conexión entre aquellas personas destinadas a encontrarse. El mito sostenía que el cordón invisible podía tensarse o enredarse, pero jamás romperse.

Yo, como la mayoría de veces en las que me contaba alguna de sus leyendas espirituales, asentí sin prestarle demasiada atención. Hasta la tarde del quince de febrero, cuando la encontré esperándome en el portal con un paquete enorme sobre las rodillas y una sonrisa prudente cruzando sus labios color fucsia.

Se había cortado el pelo por encima del hombro y lucía un flequillo abierto que le cubría las cejas. Estaba preciosa, ni la penumbra del rellano ni el aire alicaído que la envolvía lograban mitigar su belleza.

—Feliz cumpleaños, Atena. —Se levantó apresuradamente para entregarme la bolsa.

Negué con la cabeza y metí la llave en la cerradura.

—Pasa. —La invité al abrir la puerta.

Víctor no estaba. Había salido a buscar trabajo o a por más cerveza. Quizá a ambas cosas y en ese orden, no me preocupé por averiguarlo. Solté la mochila sobre la cama, enterré la colilla de la incertidumbre en lo más hondo y pasé la suela para que la llama no prendiese.

Isolda se sentó en la esquina de mi colchón y yo ocupé la silla del escritorio, notando cómo las palabras que no decíamos crispaban el ambiente. Jugueteó con la cremallera de la *bomber* hasta bajarla por completo y dejó a la vista una blusa beis ancha a juego con la falda de *crochet* que le cubría las rodillas.

—Toma, espero que te quede bien. Cada vez hacen las tallas más pequeñas. —Me tendió de nuevo el paquete.

—Gracias. —Rasgué el papel y descubrí un palabra de honor violeta con flores rosadas cayendo en cascada hasta la cintura, donde diminutas perlas dibujaban un lazo—. Es muy bonito.

—Y, ahora, el regalo real. —Suspiró antes de ofrecerme un sobre morado minúsculo, elaborado por ella misma. En su interior había un cordón rojo. Instintivamente, mis ojos buscaron su muñeca derecha, Isolda llevaba el suyo anudado—. Es para que me perdones. Y para que sepas que no voy a dejar de quererte nunca, aunque te aparte. O me aparte —rectificó.

—Lo entiendo. Es tu primer novio. Pero pensaba que tú y yo éramos de esas amigas inseparables que... —Me detuve.

Existían tantas definiciones de la amistad como individuos en el mundo. Algunos necesitaban verse a diario, compartir cada detalle. Otros tenían suficiente con aparecer cada cierto tiempo, ponerse al día y hacer magia mediante la complicidad, eliminando cualquier vestigio de los meses sin comunicación. Isolda y yo siempre habíamos pertenecido al primer grupo, pero las cosas podían cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Con un beso por las calles de Barcelona. Una lata contra la pared. Una mentira para no hacer daño a un amigo. Una relación que modifica esas dinámicas adquiridas en las que la chica que tienes frente a ti ya no es la primera en mandarte audios cada mañana, no te paga el cine para que la acompañes a ver esa peli romántica de moda ni se enfada contigo porque te niegas a leer los libros cursis que tanto le apasionan.

Todo eso lo hacía ahora junto a otra persona. Resultaba inevitable que me sintiera reemplazada, y ella lo sabía.

—Tienes derecho a estar enfadada —repuso—. Sé que no es excusa, pero ha sido una temporada de cambios para mí. Con la universidad, Marc, asumiendo que pasabas más tiempo con mi hermano que conmigo...

—Porque tú querías, Isolda. ¿Te has parado a pensar en lo que está suponiendo este año para mí? —Soné desesperada—. Estoy atrapada en algo que ya he vivido, un curso condenado al fracaso, mi padre deprimido, mi madre va a casarse, tú tienes tu relación y la carrera... Soy la única que no avanza.

—Siento lo de tu madre. Y siento no haber estado cuando te enteraste.

Vi el arrepentimiento y la culpa en su mirada. Isolda había sido mi clavo, la pieza que me mantenía sujeta, el talismán que ahuyentaba mis pesadillas. Hasta que se cansó de la oscuridad y decidió mecerse a la luz del sol con un chico que

la hacía reír y la escuchaba hablar de sus planes de futuro sin ser el palo en la rueda. Esa era la justificación que me había tejido yo sola para rellenar los huecos que quedaron durante su ausencia.

—Te echo de menos, Isolda. —Era verdad, aunque eso no quitaba que odiase aquella certeza. Detestaba ser dependiente, añorar lo que no podía tener, dedicar minutos de mi existencia a gente que no hacía un esfuerzo por estar presente.

—Y yo a ti, Atena. —Suavizó el tono alargando los dedos hasta entrelazarlos con los míos mientras se disculpaba una docena de veces.

Nos abrazamos. Me preguntó por Tanit. Escupí la angustia y redirigí el rencor de mi mejor amiga a mi madre. Después llegó su turno; Isolda, la estudiante ejemplar, detonó una carga de nitrógeno líquido sin avisar.

—Voy a dejar la universidad.

—¿Por qué? Creía que te gustaba la psicología.

—Las asignaturas de la carrera no son lo que esperaba. Temario denso, estadística, conceptos abstractos que no comprendo...

—¿Y las prácticas?

—Nada hasta tercero. Por ahora, solo trabajos en grupo y entregas semanales. Pasan lista, como en el colegio. —Rio con amargura.

—¿Se lo has dicho a tus padres?

—No. —Su semblante se arrugó como una hoja de otoño sobre los adoquines de la calle.

Los Aloy no estaban acostumbrados a las rectificaciones. Ellos eran buenos en su empleo, planeaban vacaciones didácticas sin importarles el precio y ni siquiera habían pedido hipoteca. Pagaron el piso de una vez, al firmar la escritura. Eran un combinado de éxito, talento y poder. Entendía que Isolda tuviese sus recelos a la hora de comunicarles a sus padres que iba a sacarse el grado un año más tarde que sus compañeros. Porque así se lo tomarían, el «me gustaría hacer algo que me llene» se traduciría en un «he malgastado un semestre».

Lo siguiente que sentí fue egoísta, lo admito, pero soy humana. La conexión con mi mejor amiga se fortaleció. Aquel dilema hacía que su vida perfecta no lo fuera tanto y, en consecuencia, éramos más parecidas. Recordé una cita de Murakami que había resaltado Román en clase: «Los corazones humanos no se unen solo mediante la armonía. Se unen, más bien, herida con herida. Dolor con dolor. Fragilidad con fragilidad». Era cierto. En mi dormitorio,

consciente de que alguien más estaba en apuros, respiré la empatía que se tienen los enfermos en un hospital, me tatué los motivos que unen a ejércitos de diferentes regiones luchando por un objetivo común y apoyé su causa.

Salimos a merendar para distraernos, pedimos zumo de melón con piña y milhojas de crema. Pagó ella. Se sentía mal. Fatal. Y yo llenaba los latidos con charlas superficiales sobre las clases, los trabajos pendientes y la selectividad. Le pedí que me anudase el cordón rojo en la muñeca derecha y confundí amistad con lástima.

Cumplía diecinueve y me sentía enana, más diminuta a cada segundo. Esa tarde era Benjamin Button y Dr Jekyll y Mr Hyde: antítesis, contención y locura.

Si no echaba a correr —medité—, era por el maldito hilo que me obligaba a permanecer allí, acatando la voluntad de un mito.

53
Joel

Era domingo, había soñado con ella y el primer impulso que sentí al despertar fue saltar de la cama en busca de la agenda de Atena para leer uno de sus textos que, en mi mente, sonaban con su voz rasgada.

La luz matinal se tamizaba a través de la cortina del salón e invadía la estancia. Ocupé el centro del sofá y hundí una mano en el pelo revolviéndolo, distraído, mientras pasaba las hojas despacio.

No hice trampas y me conformé con leer solo una indicación. Aquel objeto era todo lo que tenía y que me hablaba de Atena, aunque estuviese pensado para mí. Descubrir los enigmas escondidos para las siguientes semanas se me antojaba una traición similar a hojear la última página de un libro que aún no has comenzado.

Iba a portarme bien y saborear con cuentagotas cada signo de puntuación, así que centré mi atención en el domingo 16 de febrero:

> *Desconecta el móvil durante veinticuatro horas. No te sientas culpable. Olvida que las redes sociales existen y céntrate en el único presente que importa: el real. El mundo cibernético, los chats y correos electrónicos pueden esperar.*
>
> *Queda con alguien usando el teléfono fijo, sin mensajes de texto, sin conectar el GPS ni compartir tu ubicación.*
>
> *Piérdete buscando un lugar, pregúntale la calle a un desconocido. Nada de fotografías,* tiktoks *o* selfies*. Hoy mira a través de tus ojos. Graba en tu retina la combinación de tonalidades del cielo, el plato de comida que vas a degustar y haz una instantánea mental de todo ello para recorrerlo a tientas más tarde, con los párpados bajados, dándole una nueva dimensión a lo que has vivido.*

Le puse un candado a la tecnología, me enfundé el chándal y las zapatillas para salir a correr como había hecho cada mañana a los veinte, y me lo tomé con calma.

—Fuera de mi local, hueles a alcantarilla —bromeó Eloi al verme entrar con el cortavientos abierto, la zona del pecho de la camiseta interior sudada y la frente repleta de gotas y mechones mojados.

—Solo pasaba a saludar —repliqué.

—¿Te ha dado por hacer deporte otra vez? —Mi amigo se mordió el labio inferior para no reír.

—Ni de coña, solo pretendía hacer algo distinto. Casi me da una taquicardia, he tenido que parar muchas veces por precaución.

—Los años no perdonan —se mofó.

—Y los malos hábitos tampoco, voy a reducir las cervezas y a tomar más ensaladas.

—¿Te pongo un bocadillo para llevar o prefieres seguir innovando y crear tu propio huerto?

—Empiezo la dieta saludable mañana —prometí, falto de convicción—, estoy abierto a cualquier sugerencia.

—Lomo y queso, tortilla de patata o jamón. —Señaló las flautas rellenas que había sobre la barra, protegidas por el cristal.

—De tortilla con pimiento.

Esperé a que me sirviera, dejé un billete de diez en la madera y me marché antes de que Eloi tuviera tiempo de rechazarlo.

Comí de camino a casa, me di una ducha con agua templada y me desmoroné entre los cojines para disfrutar de una siesta de dos horas que me hizo olvidar el mes en el que estaba. A las seis y media, cuando engullía una merienda compuesta por bollería industrial y *Desintegration*, de The Cure, me acompañaba a modo de banda sonora, un sonido me aturdió.

El jodido y estridente tono del fijo, ese teléfono repleto de polvo que jamás usaba y solo poseía porque entraba en la cuota del ADSL.

—¿Te han robado el móvil? —inquirió la voz de mi hermana al descolgar el aparato.

—No.

—¿Lo has perdido o estás con alguna chica?

—No, pesada.

—Te he llamado tres veces, Joel. No es típico de ti no responder.

No se lo discutí. El desempleo —o los meses de autónomo con pocos encargos— me habían llevado a estar pegado al móvil, acostumbrando mal a familiares y amigos. En consecuencia, si no contestaba en un margen de treinta

segundos, me acribillaban a llamadas.

—He decidido pasar el día sin tecnología, Irina.

—¿Para qué? —se extrañó.

—Para hacer algo que no sea mirar una pantalla las veinticuatro horas.

—Eres *millennial*, te gusta ir con el móvil en la mano.

—Y a ti te gusta ver documentales sobre especies en peligro de extinción con Fede, pero prefieres perder la tarde llamando a tu hermano.

—Mi vida ha cambiado radicalmente. En nuestra televisión solo se ven tutoriales sobre cómo distinguir el motivo del llanto de tu bebé.

—¿Qué tal os va en *La casa de los gritos*?

—Hemos batido un nuevo récord, quince horas en vela y subiendo. Fede acaba de sacar a la niña a pasear, solo se duerme si movemos el carrito.

—¿Por qué no aprovechas para echar una cabezada?

—Es lo que planeo hacer cuando acabe de hablar contigo.

—Genial, ya hemos hablado. Que descanses.

—¿No vas a contarme quién era la chica que te acompañó al hospital? —La imaginé con los ojos brillantes y una ceja inquisitiva, frotándose ambas manos a la espera de la suculenta historia de amor.

—Una amiga. —Me hice el escurridizo.

—Era joven.

—Sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve —mascullé, aliviado. Diecinueve sonaba mejor que dieciocho. Aunque los hubiera cumplido el día anterior. Aunque no la hubiera felicitado. Aunque me hubiera enterado de su cumpleaños al husmear en su expediente del instituto.

—¿Dónde la conociste?

—No quieres saberlo.

—Dónde.

—En Barcelona. Y también en el aula de bachillerato.

—Joder, Joel.

—Lo sé.

—Tienes que cortarlo.

—No hay nada que cortar.

—¿Por qué la trajiste al hospital?

—Estaba en mi casa, ¿vale? Tiene problemas con su padre y... —Me froté

la cara, agobiado. Le estaba dando demasiada información.

—Meter a una alumna en tu piso no es profesional.

—Es que yo no soy profesional, ni profesor. Solo un suplente que marea al director con ideas revolucionarias que no casan con su pequeña dictadura, así que no te preocupes. Duraré poco.

—Joel, das clases en un instituto. Por consentida o legal que sea la relación, tenga diecinueve o cuarenta y nueve, te metes en un lío grande si os descubren.

—No estamos saliendo —aclaré.

—¿Y ella está al corriente?

—No es idiota, solo joven.

—La edad te hace cometer imprudencias.

—Cualquier edad —puntualicé.

Si alguien estaba cagándola hasta el fondo, era yo.

—Joel, no estoy contra ti. Solo trato de ayudarte.

—Pues no lo parece. Suenas a mamá.

—Si quieres el trabajo, sabes lo que tienes que hacer.

Lo quería. Ansiaba la estabilidad, la seguridad económica y ese reto diario que me empujaba a probarme en un ámbito que no estaba hecho a mi medida. Pero también la quería a ella.

54
Atena

Víctor siempre había sido un hombre extrovertido, con infinidad de contactos de los que tirar si necesitaba instalar el aire acondicionado en casa, preguntar por un buen restaurante o descubrir si algún crío de la zona estaba interesado en comprar mis libros del curso anterior.

Era una cualidad que había heredado de mi abuela, una mujer servicial que había dejado su huella en San José de la Rinconada —el pueblo natal en el que creció— y posteriormente en Barcelona, tras mudarse con mi abuelo junto a la oleada de emigrantes andaluces que se habían instalado en el norte. Estoy segura de que, si Valentina siguiera viva, le habría recordado a su hijo lo que era tener amigos y tratarlos como a personas, en lugar de usarlos cual sacos de boxeo en los que descargar los reveses del destino. Le habría repetido lo que mi padre había olvidado en los últimos años: se llega más lejos solo, pero tu entorno te mantiene en pie. Y él precisaba de pilares. Por mucho que se empeñase en perfeccionar el papel de ermitaño, Víctor seguía siendo dependiente, y ese rasgo de su personalidad no iba a cambiar jamás.

No solo se había apoyado en Tanit para crear la estampa de familia perfecta, sino que había relegado cualquier responsabilidad a vecinos y conocidos. Por ejemplo, su primer empleo sirviendo helados en el puesto ambulante del barrio en verano había sido gracias a un compañero de la fábrica de mi abuelo. Tras casarse, confió la compra del automóvil familiar —un Citroën C15— al hijo de los Romero, empleado de un concesionario. Siguiendo con la tradición, el puesto en Reformas Gadea que acababa de lanzar por la borda había sido cortesía del suegro de su mejor amigo Patricio, un tipo al que le retiró el saludo después de una agitada pelea de bar en la que el *bourbon* fue el protagonista.

En el segundo mes del año, solo y enfadado con el mundo por su cúmulo de desgracias, Víctor no disponía de una lista de ángeles de la guarda que tomasen las decisiones por él y lo guiasen. Encontrar empleo se le antojaba inviable y, si a su ineptitud se le sumaban las semanas de prueba sin cobrar de contratos abusivos, el resultado era desastroso. Una renuncia tras otra, puestos de mozo de almacén, repartidor y cajero que duraban horas, no aportaban apenas compensación económica y herían su ego.

«Mientras está trabajando, aunque sea provisional, no bebe», me animaba. Porque realmente necesitaba palabras de aliento, algo a lo que aferrarme. Yo también estaba quedándome vacía y no hacía más que empaparme de nostalgia y recordar.

A los trece, mi padre me había regalado un joyero rectangular, forrado con papel de flores ocre y violeta. Había hecho pucheros, enfadada. Si aquella era su sorpresa de Navidad, no me conocía en absoluto. Nunca llevaba pendientes, tampoco colgantes, pulseras o anillos. El reloj de la comunión había quedado relegado al primer cajón de la mesita de noche tras quedarse sin pilas, y mis muñecas estaban desnudas.

No tenía nada que guardar en aquel cofre.

—Ábrelo —me había sugerido.

Sin interés, le había quitado el cierre dorado para descubrir el interior de terciopelo rojo, con un espejo circular delante del cual se hallaba la figura esbelta de una bailarina. Víctor le había dado cuerda y de la cajita brotaron notas mágicas del *Para Elisa*, de Beethoven, mientras la chica del tutú daba vueltas sin cesar.

—Me gusta —había cerciorado con una sonrisa que fue creciendo conforme la melodía avanzaba. Cuando el último compás había quedado suspendido en el aire, le di cuerda al instante.

—Lo sé, pequeña. —Papá había atrapado la punta de mi nariz entre sus dedos—. Tú eres música. Jamás lo olvides. Lo más importante que poseemos, aquello que debemos preservar, está aquí dentro. —Me había señalado el corazón.

No lo advertí a los trece, tampoco a los diecinueve: tu talento, tu pasión, el motor de tus pulsaciones es tan frágil como la propia piel. A veces lo que te define se transforma en tu punto débil y no hay más remedio que abrir la cajita

de música, depositar allí tu vocación y esperar a que el pecho deje de arder mientras tu vida se mide con piruetas hechas en relevé. A veces la canción cesa de un modo brusco y no logras hacerla continuar.

Aunque lo que más duele no es, necesariamente, la peor parte. Como en una operación, lo más angustioso es el pinchazo de la vía de la anestesia en la mano. Después de eso, las punzadas se camuflan con la sedación y la aflicción no te abruma hasta más tarde, cuando el peligro pasa. Cuando menos lo esperas.

Cuando coges el violín, quieres tocarlo y las paredes de casa te privan de oxígeno.

Cuando lo cargas a la espalda y deambulas hasta elegir una calle en la que abrir el estuche, sacar el arco y acariciar las cuerdas desafinadas de un instrumento que considerabas una extremidad más.

Pero te falla.

La música no es matemática pura y, al igual que el arte, requiere de cierta predisposición, del leve susurro de las musas que te catapultan a otra galaxia en la que tu parcela de mundo es perfecta, levitas, te evades y tus poros palpitan acogiendo ese torbellino de adrenalina e inspiración para sumirte en una paz arrolladora con cada arpegio.

Apenas estuve una hora atrincherada en aquella esquina solitaria. Sesenta minutos de repertorio aburrido, sin mezclas eclécticas ni saltos de estilo. Sin identidad, reduciéndome a una cadena de radio que opta por los *singles* de moda, los que atraen fácilmente al público por su corte comercial. La sensación en la tripa no estremecía con la placidez a la que estaba habituada, más bien arañaba con tintes de remordimiento. No tocaba para mí, para sentirme libre y expresarme. Al contrario, era un águila entrando en la jaula para jugar a ser domesticada.

No me desnudé con pentagramas sinceros y, si en algún momento mi coraza se volvió transparente, no hice otra cosa que mostrar mis defectos. La envidia hacia aquellos que lo tenían fácil, el enojo con el que despertaba y al que me abrazaba antes de conciliar el sueño, la avaricia de mi voz interior suplicándome que no dejase ir la ambición que dotaba de significado a mi existencia, por muy remota que fuera.

Estaba experimentando una época de cambios y eso se traducía en fallarme, sorprenderme, presentarme a mí misma y hallar la paciencia suficiente para acoger a aquella desconocida, por muy fracturada que se hallase. Hecha añicos,

confusa, irascible, indecisa, un satélite abandonado en el espacio. Incapaz de entregarle su alma a la música.

Una pareja se detuvo a echarme un billete de cinco euros. Cerré los ojos, emulando estar en una montaña rusa de compases, y pensé en Víctor. En la beca. En lo rápido que transcurrían las semanas. Lo caras que eran las compresas, el champú y el gel de baño. No estaba en una posición de privilegio para devolver unos míseros cinco euros, pese a sentir que no los merecía, y ni siquiera sabía si era legal ocupar unos metros públicos y lucrarme de ello, aunque eso no me hubiera detenido antes. Incluso el viento parecía retarme a permanecer inmóvil en un sitio que no llevaba mi nombre, arrastrando mi banda sonora avenida abajo y añadiendo el silbido de la brisa a cada obra. Deseé que se llevase también el suplicio de entregarte a algo, ser un mero conducto a través del cual viajan emociones y cicatrices. Ese era el principal cometido de la ventisca, alejar la congoja que yo misma propagaba y limpiarme para que mi cabeza se convirtiera en un rincón más habitable.

Seguí tocando hueca, sin sangre, tan apática que me ofusqué por no aprovechar la situación. «Cualquier oportunidad es un ensayo, no seas estúpida y da lo mejor de ti».

Ningún discurso me sugestionó. Aquella tarde solo había una idea amplificándose por mis venas y conquistando mis terminaciones nerviosas: reproduces acordes por monedas, calculando en qué invertirás cada céntimo, desconectada del instrumento y de tu propio corazón.

Derrotada, guardé el violín en el estuche y caminé para aclarar las ideas durante el trayecto a pie hacia el ático de Joel.

Llamé a un piso cualquiera, esperé a que me abriesen y subí con sigilo hasta el último rellano, esperando arrepentirme al llegar a su puerta. No lo hice, no me eché atrás. Deposité la funda sobre su felpudo, presioné el timbre y eché a correr escaleras abajo.

Él iba a ser mi cajita de música, el lugar seguro en el que guardar a buen recaudo lo que me apasionaba y ya no me pertenecía.

55
Joel

«Joel, hay que seguir adelante sin mirar demasiado por los retrovisores», solía decir mi padre.

Aquel jueves, perdiéndome por las calles concurridas del centro, atesoré su consejo y prometí rescatarlo a diario. Estar presente, relegar las preocupaciones para mis charlas nocturnas con la almohada, centrarme en el ahora y aligerar el peso que cargaba en la espalda.

Una ráfaga helada de aire me acarició las mejillas y el cuello. Había olvidado la bufanda en casa y sonreí ante mi despiste. Me gustó renunciar al control y relajarme, dejar de ser el Joel precavido con una alternativa para cada plan fallido. Ese día iba a cederle las riendas al azar.

Me subí un poco más la cremallera de la chaqueta de cuero antes de frotarme las manos para entrar en calor y, siguiendo las directrices de la agenda de Atena, entré en una librería de Pau Claris para comprar varios libros a ciegas. Sin leer sus sinopsis ni cerrarme en banda a un solo género.

El resultado fueron tres lecturas inesperadas que nada tenían que ver entre sí. *París era una fiesta*, de Ernest Hemingway; *Ocho noches blancas*, de André Aciman; y *Primera memoria*, de Ana María Matute. Quizá no esperar nada los ensalzase, quizá hallarme en aquellas letras me sedujese. Quizá leer sea eso, admitir lo que no dirías en voz alta, reflejarte en personajes que adoras y detestas, volverte más empático a través de ficciones que podrían relatar tu vida. La frase «no leemos a otros: nos leemos en ellos», que había visto una mañana en Twitter, cobró sentido.

Semanas más tarde volvería a la librería para añadir un par de títulos a mi colección, adquiriendo además algunos ejemplares para la biblioteca del instituto. Juveniles, contemporáneos, poesía, teatro, novela ilustrada, poco importaba. Tras haber echado un vistazo a los tomos polvorientos que ocupaban

las estanterías del Valancós, no me sorprendió que los alumnos huyesen de los clásicos. Nadie incentivaba a aquellos chavales a sumergirse en páginas que, de primeras, se les antojaban densas y repletas de lenguaje culto con florituras.

Opté por ir más allá y propuse un juego para bachillerato: inspeccionar la biblioteca en busca de postales de obras de arte que había escondido dentro de libros. Santa María del Mar en *Nada*, de Carmen Laforet; el imponente Palacio de Versalles en *El jardinero del Rey*, de Frédéric Richaud; y frescos de la Capilla Sixtina en *Ángeles o demonios*, de Dan Brown.

Dídac, que resultó ser el que más estampas encontró, recibió su recompensa con una sonrisa de oreja a oreja: entradas para una exposición de fotografía. Un nuevo aliciente para salir de la rutina y hacer algo distinto a ir a clase, regresar a casa, estudiar y vuelta a empezar.

Así, pese a las muecas de desaprobación del director al enterarse de que perdía horas de temario sacando a los alumnos del aula, fue como invité a los chicos a pasar las páginas de obras que acabaron leyendo por accidente. Y superé unas semanas más siendo mentor, creyendo en algo sin creer en mí mismo. Así, animado por Atena. Gracias a ella.

Por eso, cuando el timbre del ático sonó, abrí la puerta y hallé el estuche de su violín sobre mi felpudo, me estremecí. Sentí pura contradicción. Orgullo de que me confiase un objeto tan valioso, cólera de que se despojase de su propio anhelo, impotencia al no poder hacer nada para sacarla del agujero que se tragaba sus sueños.

Caminé decidido hasta mi dormitorio, saqué el instrumento de su cobijo y lo coloqué sobre las mantas de mi cama. Quise tocarlo, arrancarle sonidos que me hablasen de ella. Que la madera no me devolviese mi reflejo, sino el de Atena. Que su arco me contase los secretos de la chica de ojos verdes. ¿Se había rendido? ¿Iba a ser temporal o una decisión irrevocable? ¿Se dormía tarareando canciones?

Supongo que eso era lo que pretendía averiguar haciendo vibrar una cuerda con la yema de los dedos. La nota perezosa y desafinada que rompió el silencio de la habitación me decepcionó. Tenía el corazón de Atena entre mis manos y la percibía lejos. Más lejos que nunca.

56
Atena

Alguien carraspeó repetidamente a la salida de clase. Me detuve en mitad del pasillo, segura de que mis compañeros se habían marchado hacía cinco o diez minutos. Como de costumbre, me quedaba rezagada en el asiento y perdía la noción del tiempo hasta que oía los pasos del director.

Ese mediodía nadie había subido al aula de bachillerato para instarme a volver a casa. Eran las tres menos veinte y seguía allí, deambulando por los pasillos, sopesando la idea de ocupar mi pupitre de nuevo y dejar pasar las horas.

—Eh, tú. —Una voz pausada me llamó.

Al girarme, Dídac me observaba con ojos precavidos y los labios fruncidos en una línea temblorosa. Se pasó una mano por la cabeza y revolvió las ondulaciones doradas que le cubrían la frente. Estaba nervioso.

—Hola —saludé.

—Tienes una cara horrible. Ojeras de mapache y el pelo hecho un desastre. —Apuntó con el índice a mi trenza medio deshecha.

—Gracias. —Resoplé apretando el asa derecha de la mochila, furiosa.

Llevábamos semanas sin hablar y eso era lo primero que me decía. Que mi aspecto daba pena. ¿Acaso era relevante? Cuando tus planes se desmoronan, hay espejos más importantes en los que mirarse que aquellos que devuelven un reflejo.

—¿Haces algo esta tarde? —Dio un paso al frente y caminó a mi lado.

—Repasar para el parcial de Literatura —dije con poco entusiasmo.

—Quiero que vengas conmigo al teatro.

Paré en seco y le barrí con la mirada, frunciéndole el ceño a su chándal de dónuts bañados en glaseado de tonos pastel. Noté una punzada en el pecho, esa que me recordaba las jornadas en la biblioteca, los recreos sentados en las rocas

hablando de planes de futuro y el fin de año escuchando música de su auricular, como si fuera el fin del mundo.

—Yo... —Quise hilar una excusa.

—Las entradas están pagadas, Atena. Y no tengo muchos amigos a los que invitar. —Me dedicó una sonrisa ladeada.

—¿Amigos?

—Es lo que somos tú y yo, ¿no? —Tiñó la afirmación de inocencia.

—Pensaba que ya no.

—Los amigos también se pelean. Y cometen errores.

—Lo siento.

—Lo decía por mí. Fui un idiota, no tienes la culpa de que Sam... De que no sea gay. Solo intentabas protegerme.

—Dídac, sé que te molestó que no fuera sincera. Te hice daño por ocultarte algo que podría herirte más. Y fue peor.

—Si hablamos de sinceridad, déjame que te pare los pies. ¿Cuántos años he tardado en salir del armario? Debería ser más considerado con el tiempo que necesita cada uno para tomar decisiones.

—Pero tenías razón —insistí.

—Todos la tenemos si solo observamos desde nuestro punto de vista. ¿Qué pesa más, un primer amor fracasado o una amistad?

Fue inevitable, pensé en Isolda.

—Vales oro.

—En realidad estoy siendo egoísta, Atena. Punto número uno: aprovecho la excusa para que me acompañes al teatro. Punto número dos: mi existencia es bastante sosa sin ti. Como una peli muda o un vídeo de YouTube que silencian para no pagar los derechos de *copyright*. Eres música de la buena, de esos discos llenos de temazos, sin ninguno de relleno que quieras pasar.

—Tiene que ser una obra pésima para que me halagues tanto —ironicé con una sonrisa.

—Ni idea, la elegí por el título —respondió manteniendo vivo el enigma.

—¿Reniegas del azar?

—La democracia aleatoria solo tiene gracia si hay dos, rubia.

«Recuerdos y remordimientos» nos amenizó la tarde con diálogos emotivos y una puesta en escena sobria, sin música ambiental. El monólogo del protagonista, sentado en un lateral, narraba sus vivencias mientras los actores secundarios las escenificaban sin que él pudiera participar.

—Ha sido intenso —opinó Dídac a la salida, su mirada acuosa le delataba.

—Una patada al estómago —coincidí. Un aviso de que todos tenemos un pasado del que nos gustaría modificar algo, pero los viajes hacia atrás solo son con la memoria.

Para levantar los ánimos, nos sentamos en una cafetería y hundimos nubes *marshmallows* en tazas de chocolate caliente. Cuando me negué a coger el metro para volver a casa y le pedí que fuéramos a pie, quise contárselo. Los problemas con mi padre, la boda de Tanit y mi adiós a la música. Lo vomité sin cavilar las consecuencias, con Dídac resultaba sencillo, era como si el cronómetro se hubiera detenido antes de la pelea y volviera a ponerse en marcha para continuar donde lo habíamos dejado.

Al llegar al barrio, nos sentamos en los columpios del parque de ruedas y proseguimos con la conversación.

—Y yo pensando que estaba jodido por lo de Sam. —Le quitó hierro al asunto.

—El drama está en todas partes.

—Creo que es un error que dejes de tocar —dijo muy serio.

Inspiré hondo.

—La decisión está tomada.

—La música es tu salvación, no puedes dejarla. —Se balanceó sujeto a las cadenas—. Tanit no va a volver y, si lo hace, ¿querrías irte a vivir con ella? Lo dudo mucho. Respecto a tu padre, está jodido, Atena, y no mereces que se cargue tus sueños. Necesita un tipo de ayuda que no puedes darle. Viviréis bajo el mismo techo unos años, pero no le rescatarás eternamente a menos que él ponga de su parte. Y para salir de ese lío, tienes que seguir tocando, ser la mejor y decir que sí a cada cosa increíble que la música te dé.

—No soy tan buena, y pocos viven de la música.

—Puedes dar clase, o quizá termines recorriendo Europa de gira como prometían las cartas del tarot.

—Solo si tú ganas el Oscar.

—Rubia, nací con el discurso bajo el brazo. —Estiró una mano hasta sujetar la mía y entrelazar nuestros dedos—. Volverás a tocar, estoy seguro. Solo te has

separado del violín como hemos hecho tú y yo. Una temporada sin hablaros y seréis íntimos otra vez.

57
Joel

Tenía el día cruzado y mi madre estaba en la puerta de casa. Se frotaba los zapatos contra el felpudo con una mueca de disgusto que le arrugaba los labios y me recriminaba una lista interminable de cosas con la mirada. Me entregó una bolsa con cierto desdén y advertí el olor a naranja de sus roscos caseros.

—Necesito paracetamol —se quejó atravesando el umbral—, el autobús ha dado muchas vueltas.

Colocó el abrigo de mezclilla en el sofá y rebuscó en el interior del bolso rojo. Sacó una tableta de pastillas, la botella de agua que siempre llevaba encima y se tragó una antes de sentarse en una esquina. Las únicas cajas de medicamentos que tenía en el piso me las había dado ella tiempo atrás, juraría que la fecha de caducidad era de cuando iba a la universidad.

—¿A qué debo el honor de tu visita? —indagué mientras depositaba sobre la encimera dos fiambreras hasta arriba de roscos bañados en azúcar.

—No vienes a verme y tampoco llamas. —Se peinó con los dedos en un gesto que recordaba de mi abuela. Vestía un pichi gris de tirantes sobre el jersey blanco de cuello alto que se ponía para los cumpleaños. Su muñeca derecha estaba cubierta por seis pulseras finas de plata que tintineaban al menor movimiento. Me barrió con los ojos—. ¿Vas al trabajo con zapatillas? —Le arqueó una ceja a mis deportivas.

Había salido a por pan, fruta y café y, aunque seguía llevando la camisa y los pantalones formales del instituto, prefería ponerme un calzado con el que me sintiera más cómodo. Más yo.

—No, me disfrazo como un carroza de cincuenta. —Me senté a su lado con poca delicadeza. Percibí la seriedad en sus facciones y me adelanté para llevar ventaja en la conversación, empleando un tono suave—: ¿Qué tal estás, mamá?

—Bien. Han aumentado la cuota de la comunidad y el vecino de abajo sigue subiendo las persianas a las seis, pero tengo salud y eso es lo importante. —Sonrió y continuó hablando de los *realities* que estaba siguiendo ese mes. Relató las batallas de sus concursantes preferidos como si los conociera, y me pidió que me bajase una aplicación para votar a su favorito—. Es muy buen chico, joven y trabajador. Me recuerda a ti.

Asentí, liberé espacio del móvil y la contenté con un voto gratuito.

—Hecho —confirmé enseñándole la pantalla.

Me regaló una sonrisa.

—¿Tú cómo estás, cariño?

—Cansado.

—Hijo, si la vida te agota a los veintisiete, espérate a tener sesenta.

Resoplé y me mordí la lengua para no contestar con ironía.

—¿Qué pasa?

—Nada —negué.

—Dime por qué suspiras.

—Porque no sé qué esperas que te diga. —Me encogí de hombros.

—La verdad. —Puso una de sus manos sobre las mías y me acarició.

—Estoy un poco harto de cómo me van las cosas —espeté sin filtro.

—Shh. No seas así. —Me calló trenzando sus dedos con los míos—. Entrar en círculos de negatividad solo hace que atraigas las desgracias.

—¿En qué quedamos, mamá? —Me zafé de su contacto—. ¿Quieres la verdad o que te convenza de que soy muy feliz y tengo una vida de ensueño? ¿Quieres que te sonría como si fueras mi jefe y te agradezca el honor que me supone ir a trabajar cada mañana? ¿Es eso?

—Siempre estás de mal humor.

—Tengo motivos.

—Todos los tenemos y aguantamos el temporal.

—Nadie te pide que lo aguantes.

—Si no lo hubiera hecho, nuestra casa se habría quedado sola cuando tu padre murió. A Irina le deprimía pasar por Sabadell, estuvo dos meses sin aparecer y Fede la convencía de que se fueran de vacaciones y evadieran el drama, como si no quedase nadie más aquí. Como si pudiera separarla de su familia si eso conseguía que volviera a reír.

—Mamá...

—No, Joel, es la verdad. Y tú... Sé que lo has pasado mal, que has tenido

tus rachas, pero, precisamente por eso, debes estar agradecido y valorar tu empleo. El dinero no es lo más importante, y aun así, pone a tu alcance cosas que sí te harán feliz. Autonomía, algún capricho, una escapada... No todo es malo, hijo. Si lo ves negro, es que solo te has parado a mirar una esquina de la página.

—No es... —Expulsé una bocanada de aire, confuso—. No es por el trabajo.

—¿Vas a contármelo? —preguntó con dulzura.

—Mamá, sé que te desespero. Que no hablo contigo tanto como Irina. Que me salto las comidas de los domingos y tropiezo una y otra vez... Que soy un desastre sin remedio.

—También eres el niño que escribía cartas a los Reyes Magos pidiendo que los abuelos estuvieran con nosotros muchas Navidades más. Eres el chico que volvía a casa muerto de hambre porque le daba la mitad de su bocadillo al despistado de Eloi. Y el que se peleaba por el mando de la televisión, pero acababa cediendo porque prefería pasar las noches en familia antes que irse a su cuarto solo. Luego creciste y te hiciste un poquito más tuyo, independiente, arisco y cabezota.

—Mamá, no soy...

—Claro que sí, Joel —atajó—. Pero está bien. Cuando crees en algo, luchas por ello. No todos tenemos esa convicción.

—Me ha servido de poco.

—Si confiaras más en ti y el mercado laboral estuviera como hace diez años... —se lamentó.

—Esto no es por el trabajo. Es una chica. —Pensé que me arrepentiría al contárselo, pero me sentí aliviado.

—¿Vega? ¿No lo habíais dejado?

—Voy a matar a tu hija —protesté.

Irina conseguía que me abriese en momentos de debilidad, una charla breve y la ponía al corriente de todo lo que me callaba en condiciones normales.

—Cariño, una madre tiene derecho a saber cómo le van las cosas a sus hijos.

—Ya veo, soy el centro de vuestros cotilleos. ¿No habéis debatido sobre mi último dilema amoroso?

—Con Elisenda llorando y la histeria de Fede por falta de sueño, me he quedado unos capítulos atrás.

—No es nada, solo una historia imposible —resumí—. La doy por perdida.

—Basta de ser pesimista. Te lo he dicho, Joel, tienes que confiar más. Cualquier cosa en la que creas será posible. —Lo pronunció con un matiz entusiasta, como si fuera cierto.

Me levanté sin añadir nada, preparé café y serví un plato de roscos. Merendamos con servilletas de papel en el regazo, entre anécdotas de infancia. Le agradecí que hubiera venido a verme y mi madre prometió hacer una bandeja de canelones la próxima vez.

—¿Cuánto hace que no friegas el suelo?

—Un par de días —mentí.

—Hay motas de polvo.

—Soy miope, no las veo —me disculpé.

—No me tomes el pelo —increpó, molesta—. Y usa las gafas. ¿No las habrás perdido?

—Las utilizo para conducir.

—Mira, allí hay una pelusa del tamaño de una mandarina. —Señaló la alfombra.

—Exagerada, es como una canica.

—¿Le quitas las pelusas a la suela de los zapatos? Se te va a llenar el piso de bichos y te saldrá alguna alergia.

—Mamá...

Nuestras miradas se cruzaron y sus rasgos perdieron tensión a medida que mis pupilas retaban a las suyas en aquel pulso que perdí. Me mordí el interior del carillo para evitar una sonrisa ladeada que terminó emergiendo, y ella me contempló con los ojos vidriosos.

—Mi pequeño... —Sentí un golpe en el pecho y reprimí las ganas de abrazarla.

—Nunca dejaré de serlo.

—¿Eres feliz? —inquirió con los labios llenos de azúcar. Aquel interrogante que me inquietaba porque conocía la respuesta, pero me daba miedo escupirla. Cuando las expectativas no se asemejan a la realidad, cuesta contestar que sí. Eso, al menos, era lo que había creído hasta aquel momento, antes de que formulase la pregunta correcta—: ¿Eres feliz cuando estás con esa chica?

—Es complicado.

—Eso es que sí.

—Si supieras algo de esa relación, me aconsejarías que me olvidara de ella —le advertí—. Es lo que me recomendó Irina. Y ni siquiera es una relación.

—No vas a explicármelo y tengo que subir a ese autobús del demonio si quiero llegar a una hora decente, así que vamos a dejarlo aquí. —Me dio un abrazo antes de ponerse en pie y recoger el abrigo—. Quiero verte feliz, cariño —murmuró antes de marcharse.

Esa noche, me removí en la cama y estiré el brazo hacia la mesita para hacerme con la agenda de Atena. Con los ojos entrecerrados, leí la recomendación para el tercer martes de febrero:

> *Dedica quince minutos al día, solo quince, a rescatar algo positivo de la jornada, por insignificante que sea. Céntrate en ese pensamiento y desgástalo mientras esperas a que te venza el sueño.*

Lo hice. Y me perdí en nuestro beso sin oponer resistencia a los párpados que bajaban con suavidad, como si no quisieran ensuciar el recuerdo que me dibujaba una sonrisa.

58
Joel

Me acomodé sobre la alfombra con la espalda recostada en el sofá y dejé que el café se enfriase mientras jugueteaba con la cremallera de la sudadera.

Era el primer sábado de marzo y a mi derecha, entre dos cojines, yacía la agenda de Atena con la última nota manuscrita.

La última.

Después de leerla, la conexión que había sentido, el hilo invisible que nos unía, se disiparía. Y no estaba preparado para decirle adiós. Sus propuestas me habían ayudado, no solo a pensar en qué tipo de relación teníamos, sino a conocerme. A conocerla en parte a ella, a constatar que me superaba en madurez y que podría ser la guía que indica la dirección que debes tomar cuando tú ni siquiera sabes situar el punto en el que te encuentras.

Suspiré y no lo pospuse más. Clavé las pupilas en las líneas que Atena había escrito meses atrás y saboreé cada sílaba:

> *Ve a cualquier sitio y no te marches de él hasta que hayas creado una experiencia memorable. A partir de ahora, intenta hacerlo siempre. No vivas a medias. Deja huella, decora situaciones con tu risa, confía en que un instante pueda ser tan eterno como las veces que estés dispuesto a rescatarlo con la mente. Si guardas un mal recuerdo de un lugar, regresa para cambiar tu percepción generando nuevas vivencias.*
>
> *El resto de páginas en blanco te pertenecen. Llénalas de sueños, valiente.*

Sin perder ni un segundo, sustituí el pantalón del pijama por unos tejanos desgastados, me anudé las zapatillas y metí la cartera y el móvil dentro del bolsillo de la chaqueta. Salí al exterior sonriendo, no necesitaba más.

La decisión estaba tomada.

Conducir unos kilómetros.

Encontrar el sitio idóneo para cerrar una etapa. O empezar una nueva.

Sin planearlo.

Dejándome llevar.

59
Atena

A las tres de la tarde me di una tregua para saborear la gelatina de cola que reservaba desde el almuerzo. Mi premio por haber dedicado la mañana del sábado a estudiar para el parcial de Inglés y acabar los deberes de Literatura a tiempo.

Me hallaba en el borde de la silla, apartada del escritorio, como si estuviera a punto de levantarme en cualquier momento y salir apresurada rumbo a algún lugar en el que me esperaban. Pero Dídac había ido a un festival de cortos y animación en Molins de Rei, e Isolda seguía desaparecida en combate. Tras armarse de valor para pronunciar en voz alta que iba a dejar la carrera, el número de nuestras conversaciones volvió a descender.

El golpe de realidad dolió casi más que la primera vez. Porque debí haber sospechado que, con Marc en la ecuación, yo seguiría relegada a un segundo plano, por grave que fuera el embrollo al que se enfrentaba mi amiga. Aun así, no cesaba en mi empeño de mantenerla cerca, como si los audios, los *posts* de tartas que le mandaba por mensaje privado de Instagram o las llamadas fallidas que terminaban en el contestador automático fuesen a mantener firmes los muros de un edificio que ya nadie visitaba. Me di cuenta tarde de que las amistades no se luchan, que los altibajos se superan unidos, y no arrastrando el peso de alguien que desea caminar en dirección contraria a la que te encuentras tú.

Rebañé los restos de gelatina y puse el vasito de plástico sobre el escritorio. Ignoré el cosquilleo en la punta de los dedos, la señal inequívoca de que añoraba tocar, y cogí un folio reciclado para empezar una redacción en inglés. De tres párrafos, empleando los conectores que había memorizado y que soltaría en selectividad para tratar de sonar coherente en un idioma que se me atragantaba si no era a través de una canción que había escuchado millones de veces.

El sonido del móvil me salvó de una corrección rápida y catastrófica con el traductor de Google. Al leer el nombre de mi interlocutor en la pantalla, el bolígrafo se me cayó de la mano.

—Joel —saludé con la boca seca.

—Atena —contestó—. Tengo un problema muy grave.

—¿Qué ocurre?

—He pasado semanas siguiendo los consejos de la agenda que una chica me regaló. Y resulta que he llegado al final.

—¿Has hecho cada cosa que anoté?

—Una a una. Algunos días fui un tramposo y leí un par de pósits.

—¿De verdad? —Estaba pletórica, no podía creer que se hubiera tomado en serio mi idea.

—De verdad —confirmó riendo—. Llevo dos horas en un lugar en el que debería dejar huella o hacer algo épico, pero no se me ocurre el qué si no es contigo.

—¿Me estás pidiendo que te acompañe?

—Sí.

—¿No vas a arrepentirte luego?

Se hizo el silencio. Al otro lado de la línea solo se escuchaba el tráfico y ráfagas de viento esporádicas.

—Te he mandado la ubicación —aclaró unos segundos después—. ¿Podrás encontrarme?

—Podré.

Rescaté la mochila del colgador y metí folios, un bolígrafo, una libreta y el libro de Inglés.

Mi padre no estaba en casa. Lo habían echado del enésimo empleo como reponedor tras la maldita semana de prueba, y su remedio pasaba por mendigar copas en los bares del barrio. Sin enfadarme ni aceptar las excusas que —según él— le incitaban a caer por el acantilado, le escribí una nota. «Estoy con Isolda, no sé cuándo volveré».

Me puse la cazadora antes de marcharme sin remordimientos y respiré hondo. Salir de allí era soltar peso, coger aire, sanar.

60
Joel

El sol acariciaba la superficie del mar y le arrancaba destellos dorados a la orilla, donde mis huellas, las de pisadas indecisas que había dado esperando a Atena, permanecían tatuadas en la playa de Castelldefels.

Eché un vistazo rápido al móvil antes de clavar la vista en el azul del cielo, que se fundía con las olas en la línea del horizonte. Enterré los talones en la arena hasta crear un hoyo al que añadir los montones que mis dedos temblorosos cogían y dejaban caer a modo de relojes de arena. Conté seis antes de darme por vencido.

Apenas había tres personas en el agua, y mis cavilaciones resonaban por encima del rumor del oleaje. Estaba abrumado, pero también expectante. Hacía demasiado que no coincidíamos a solas y cualquier reacción me preocupaba. Solté una bocanada muy despacio antes de obligarme a no pensar.

En aquella playa íbamos a vivir algo trascendental. Lo supe al verla llegar con las Converse en la mano y el esmeralda de sus iris remarcado por perfilador negro más grueso en el ojo derecho que en el izquierdo.

—Nunca había estado aquí.

La voz rasgada de Atena me clavó una flecha en el pecho. La encaré, inquieto, cazando las primeras palabras que acudieron a mi mente.

—Has tardado.

—No esperaba que llamases —confesó con tristeza—. Y el transporte público en fin de semana es desesperante.

—Gracias por venir.

Se sentó a mi lado, sin importarle que la arena le manchase los pitillo, y se deshizo de la coleta para que la brisa meciese su pelo. Al quitarse la cazadora, la manga de la camiseta malva se le desbocó hasta la clavícula. Hundí los dedos a ambos lados de mis tobillos para reprimir el impulso de colocarle bien la tela.

—Estoy sorprendida. Creía que habrías tirado la agenda a la basura o la habrías guardado en un cajón.

—En el primer cajón de mi mesita de noche, para ser exactos. —Puede que tartamudease. Su perfume envolvía el aire y me costaba expresarme con claridad. Ella, en cambio, aparentaba templanza.

—¿No te pareció una estupidez?

—Al contrario. Ha sido divertido.

Le había sumado aficiones, aventuras y espontaneidad a esas semanas.

—¿Te atreves con otra propuesta? —Sus ojos brillaban, no pude hacer otra cosa que asentir.

Abrió el compartimento central de la pequeña mochila negra que le colgaba del hombro y sacó tiras de papel en blanco. Me ofreció un bolígrafo.

—¿De qué va todo esto? —pregunté cogiendo los pedacitos con cuidado.

—Es una especie de San Juan adelantado, pero sin hoguera, petardos o botellones.

—¿Qué escribo en los papelitos?

—Lo que no te gusta de ti, lo que cambiarías de tu vida.

—De acuerdo.

Me apoyé en una rodilla e hice un esfuerzo. Para mi sorpresa, no gasté tantas tiras como imaginaba.

«Ser intrépido».

«Valorar lo que tengo».

«Soñar grande sin hacerme pequeño».

«Querer por encima de los arrepentimientos».

—Ya está —informé cobijándolos con el puño cerrado. Atena se guardó el bolígrafo y arqueó una ceja—. Si vas a pedirme que te los dé, no va a suceder.

—No necesito leerlos, me hago una idea de su contenido.

—Te crees muy lista.

—Soy observadora. Y tú, un libro abierto, Joel.

—¿Qué hago con ellos?

—Los rompes en trocitos diminutos y los tiras a la papelera más cercana.

—Vaya, un ritual muy solemne —me mofé.

—Hay que ser respetuoso con el medio ambiente. —Rio—. Además, la magia no se consigue confiando en que un poder superior te hará el trabajo. Los astros no van a cumplir tus sueños. Sé consciente de qué deseas y qué te frena, solo así encontrarás la manera de saltar los obstáculos.

—Chica sabia —murmuré poniéndome en pie.

Los hice añicos de camino a un contenedor de papel, cruzando la pasarela de madera que daba acceso a la acera. Cuando estuve de vuelta en la playa, Atena se comía el mar con la mirada y puede que yo me la comiese un poco a ella. Por eso no lo medité, la cargué a mi espalda en un ataque de euforia, corrí contra el viento y di vueltas una vez soltó los brazos de mi cuello y los extendió para cortar el aire cual ave a punto de emprender el vuelo.

Funcionó, porque en cierto punto sentí que nos elevamos del suelo, que las carcajadas de su estómago se propagaban por mi espalda y mis pulsaciones se acompasaban a la cadencia de las suyas. Me llené los pulmones con su perfume, la cabellera rubia bailó contra mis pómulos y seguí sujetándola por los muslos para que el vaivén de la celebración no nos tambalease. Caímos de todas formas y las gotas de la orilla nos pellizcaron los dedos de los pies con su temperatura tibia.

—¿Lo ves? Puedes ser espontáneo —me felicitó sin enfadarse. Los bolsillos traseros de su pantalón estaban cubiertos de arena mojada.

—Cuando me rodeo de las personas adecuadas. —Salió así, sencillo. No me detuve a inspeccionar qué aspecto tenía, me daba igual que mi ropa estuviese sucia, solo tenía ojos para Atena—. ¿Te apetece pasear?

—Mucho. —Se mordió el labio inferior.

Volvimos al punto en el que habíamos dejado las chaquetas y las zapatillas, y las llevamos en la mano mientras avanzábamos descalzos por los cinco kilómetros de playa. A nuestra espalda quedaban grupos de ciclistas y patinadores adueñándose del pavimento asfaltado del paseo marítimo.

Recorrimos unos metros a un ritmo pausado, hablando de todo y de nada. De los libros y restaurantes que había descubierto gracias a su agenda, de las canciones de moda que nos gustaban, de los sitios a los que viajaríamos si tuviéramos la habilidad de transportarnos allí con un pestañeo.

—Isolda y yo habíamos acordado irnos de interraíl por Europa al acabar bachillerato. Pero suspendí y se quedó en el aire.

—A veces se me olvida que no tenemos la misma edad —comenté.

—Eso es porque no me tratas como a una cría. Ni a mí ni a ningún alumno.

—Quizá debería. —Suspiré, me froté la sien en busca de claridad y opté por relativizarlo—. Eres una enana, te has perdido mucha historia.

—Por ejemplo...

—La gloriosa época en la que una Game Boy equivalía a un iPhone.

Cuando para ver una película tenías que ir al videoclub a alquilarla o te conectabas y desconectabas de Messenger para que tu ventanita saliera treinta veces y así llamar la atención de tu amor inconfesable.

—¿Cuántos siglos hace de eso? —espetó en tono burlón.

—No tantos... Aún existían las pesetas.

—¿Llegaste a comprar con pesetas? —Se hizo la incrédula.

—Todavía guardo una bolsita con algunas monedas que mi padre no cambió en el banco. Mi abuela me daba cien pesetas para chucherías a la semana. Las gastaba en álbumes de cromos cada mediodía, antes de entrar al colegio. Eso si no apuraba hasta última hora en casa viendo *Dragon Ball* o *Pokémon*.

—*Pokémon* sigue estando de moda.

—Por la aplicación. —Resoplé.

—¿No te la bajaste?

—Sí. —Me sonrojé—. Y tuvo su gracia al principio. Pero prefiero los clásicos.

—¿Móviles indestructibles en blanco y negro?

—¿Qué le voy a hacer? Los Nokia me provocan nostalgia. Aunque prefería salir al parque con tazos o una pelota antes que encerrarme a adorar una pantalla. ¿Habrías sobrevivido a una infancia sin tecnología, Atena?

—Por supuesto.

—No te suenan de nada Fotolog, Tuenti y MySpace, ¿verdad?

—¡No soy tan pequeña! —Se indignó y me propinó un codazo.

—A mi edad, cuando faltabas al instituto tenías que llamar al fijo de tus amigos para preguntar por los deberes. Lo cual implicaba saludar a los padres y esperar un largo y tenso «ahora se pone». Nada de WhatsApp o *e-mails*. Tampoco existía Wikipedia. Los trabajos se hacían usando enciclopedias. Y si te prestaban apuntes y no entendías la letra, como era el caso de mi mejor amigo, no podías mandar una foto del fragmento para que lo descifrasen.

—Así que la gente usaba el teléfono fijo...

—En especial, desde que las llamadas empezaron a ser gratis. Pero sí, Eloi y yo estuvimos más de una tarde calentándonos la oreja sin nada que decir. No tuvimos móvil hasta los quince.

—¿De qué hablan los chicos?

—Nuestros temas recurrentes eran los partidos del Barça y lo atormentados que nos tenían Raquel y Emma, dos chicas de clase con las que tonteábamos.

—Muy básicos.

—Te doy la razón en eso.

—Joel, ¿me has pedido que te acompañe esta tarde para enumerar todo lo que nos separa?

Lo insinuó sin darle importancia, pero empezaba a advertir cuándo mentía o se hacía la dura. El diálogo distendido sobre mi adolescencia se había convertido en un alegato que enfatizaba nuestras diferencias.

—No, no te he pedido que vinieras para eso.

Mi mano izquierda buscó la suya y me sacudió un escalofrío. Tragué saliva mientras su pulgar trazaba círculos y la espié de soslayo. Su expresión era de paz, con la tez sonrosada y los ojos encendidos. Hice una fotografía mental de su perfil, entrelacé nuestros dedos más fuerte y me prometí que nunca la dejaría ir del todo.

—Te he llamado porque estoy cansado de fingir —admití sin soltarla—. No sé adónde nos llevará esto que no tenemos, pero me gustaría comprobarlo. En ciento quince días, cuando acabes selectividad y no volvamos a vernos en el aula. Es una promesa.

De fondo, las olas rompían prejuicios y acallaban los gritos de voces que ya no me pertenecían. Me costaba no besarla, pero me moriría si no le hacía un hueco en mi vida.

—Ciento quince días —repitió.

—No queda tanto.

—¿Qué hacemos hasta entonces?

—Cometer una locura más antes de volver a guardar las distancias.

—Me parece bien.

—¿Qué tal se te dan las motos?

—No se me dan —reconoció.

—En ese caso, vamos a aprender algo juntos. —Nos detuve y la miré fijamente, jamás había estado tan seguro de algo—. Quiero ser valiente. Quiero ser valiente por ti y contigo.

Su sonrisa, la que le tembló en los labios antes de hacerse firme, me dio una lección. Las adversidades se hacen insignificantes ante aquellos gestos que son más sentimiento que razón.

Improvisamos sobre la marcha. Fuimos hasta Port Ginesta, compramos camisetas y bañadores en una tienda turística, y entramos al primer club de actividades náuticas para convencer a un instructor de motos acuáticas de que

era una excelente idea meterse en el mar en marzo.

—Es nuestro aniversario, hacemos seis meses y se le ha olvidado por completo. Ni un peluche, una caja de bombones o flores. —Atena interpretó el papel de novia a la perfección. Se colgó de mi brazo y prosiguió con un guion intuitivo que poseía pinceladas verídicas.

Una merienda en las escaleras de la catedral.

Un beso.

Reencuentros accidentados.

Citas culturales por la ciudad.

—¿Habéis ido en moto antes? —preguntó el monitor.

Negamos y se llevó las manos a la cabeza antes de acceder.

Tras unos minutos de conceptos básicos, enfundados en monos de neopreno del club, nos montamos en una moto de dos plazas, Atena al volante y yo enroscándome al chaleco que cubría su cintura.

—Si volcamos, será culpa tuya. —Mi aliento acarició su lóbulo y ella se removió, afectada.

—Arrancar con el botón verde, parar con el rojo y acelerar con el gatillo de la derecha —recitó señalando los mandos que nos habían indicado en la explicación—. Toma nota, profesor. Se me atasca un poco la teoría, pero en la práctica soy una aventajada.

Lo demostró con creces sin titubeos, adentrándonos unos metros hasta que el universo solo éramos nosotros en mitad de un océano manso.

—¿Qué pasa si hago esto? —Alargué las manos hacia el manillar y lo giré ligeramente a un lado.

La moto se inclinó y la sensación de estar a punto de volcar me hizo reír.

—¡Joel, no! —gritó ella.

—Hoy está prohibida esa palabra —reprendí pegado a su cabello—. Vamos, acelera.

Abandonamos la prudencia hasta alcanzar una velocidad aceptable, sintiendo un cosquilleo placentero en el vientre. Difuminamos las esquirlas del sol reflejadas sobre el agua y creamos una montaña de espuma que se alzaba con pretensiones de arañar el firmamento. Bordeando la costa barcelonesa, era sencillo creer que los días que faltaban hasta julio estaban a nuestra merced.

Fueron veinte minutos cabalgando el mar, solo veinte, pero si disfrutas al máximo de algo, lo congelas para siempre, y yo seguiría anclado a ese atardecer mucho después.

Atena no era mi chica, ella siempre sería más suya que de nadie. Por eso, porque no había cuerdas para asegurar que seguiríamos atrayéndonos si nos alejábamos, el magnetismo se intensificaba en los pocos momentos que compartíamos. Con Atena, los plurales sustituían a cualquier posesivo.

Memoricé su felicidad. La melena alborotada por la humedad y su sonrisa salpicada de más azúcar que sal. Le sequé con delicadeza las gotas de agua que le bañaban el rostro y fruncí el ceño al detectar que ambos delineábamos la boca del otro con las pupilas iluminadas. La playa se volvió incendio y nosotros, las chispas que se propagaban en aquella brisa cargada de miradas sin diques y libertad.

Reprimí las ganas de quitarnos la ropa, de enredarme en su pelo y memorizar el aroma de su piel. De fundir mis labios con los suyos y hundirme en ella hasta oírla pronunciar mi nombre entre jadeos.

Recuerdo que quise pedirle más papelitos para anotar su nombre en todos ellos y rogarle a nuestro San Juan inventado que los instantes a su lado fueran tan intensos como la primera noche de verano, que la música volviera a sonar dentro de Atena, y Eros y Psique nos hicieran un homenaje.

Los chiringuitos desplegaron sus toldos y los restaurantes del paseo marítimo abrieron las terrazas con vistas. Los locales no tardaron en llenarse de una mezcla de idiomas; monosílabos en inglés, francés susurrado, un alemán fluido que los camareros se esforzaban por entender. Se trataba de una clientela heterogénea: viajeros de nacionalidades diversas y personas que buscaban una vía de escape de la rutina tras largas jornadas laborales. Primaban el júbilo, las muestras de afecto y el entusiasmo de niños correteando entre mesas y sillas.

El invierno se escondió bajo aquel ambiente festivo en el que el aroma a tapas, pinchos y paella solo era el preludio de una noche de copas acompañadas de melodías irresistibles.

Atena y yo desafiamos las normas e hicimos de aquella velada una experiencia íntima. Compramos bocadillos de lomo con queso para cenar y dormimos frente al mar, abrazados bajo un manto de estrellas.

Y fue el mejor plan no planeado del mundo.

61
Atena

Aquella fue la noche en la que menos dormí de toda mi vida. Guardé el rugido del mar, las constelaciones que nos arroparon, y ese beso que Joel dejó sobre la raíz de mi pelo antes de estrecharme para encajar nuestros cuerpos.

Y solo lo sentí a él mientras sus labios me acariciaban algunos mechones y terminaban en mi frente. Percibí las dudas en su mirada cuando sus ojos se clavaron en mi boca. Fue apenas un segundo. Me acerqué más a Joel, hasta quedar cara a cara, y noté cómo su respiración se aceleraba.

—Me alegra que me llamaras —dije para ahuyentar sus fantasmas.

—Y a mí me alegra que hayas venido —respondió.

De madrugada, solos en aquella esquina de la playa, disponíamos de mayor privacidad que nunca. Me incliné muy despacio hasta que mis labios tocaron los suyos y esperé su reacción. No me devolvió el beso, se removió inquieto y cerró los ojos.

—¿Por qué es tan difícil? —lamentó.

—Mírame, Joel.

Me hizo caso y suspiró. Advertí las ganas contenidas, la manera en la que apretaba la mandíbula y la rigidez de cada músculo.

—Si supieras lo que se me pasa por la cabeza ahora mismo...

—Cuéntamelo —le pedí.

Acaricié su mentón y la barba de tres días me hizo cosquillas. Sonreí. La punta de su dedo índice resbaló por la curva de mi nariz y me calentó las mejillas.

—No estaría bien —admitió.

Trepó hasta mi oreja y sentí un escalofrío agradable.

—Por favor —rogué.

Ya no alcanzaba a escuchar el sonido de las olas. Mi pulso frenético se repetía con eco en mis oídos. Joel tragó saliva, tenso.

—Estoy pensando en lo bien que te sentaba el bikini, y en la pena que me ha dado que volvieras a ponerte tu ropa... En lo mucho que me gusta el escote de tu camiseta. —Dejó caer la mano hasta mi hombro, donde la manga holgada se desbocaba y quedaban al descubierto centímetros de piel que sus dedos recorrieron. Ahogué un gemido y cerré muy fuerte las piernas cuando rebasó la línea de mi clavícula y jugueteó con la costura del sujetador—. Y en lo que me apetece desnudarte, besarte entera y escuchar cómo tienes un orgasmo entre mis brazos.

—Joder, Joel.

—Sí, joder —masculló.

No necesité mayor declaración que aquella. Devoré su boca, y sus labios se entreabrieron al instante para dar cabida a mi lengua. Fue intenso, profundo, abrasador, lo que ambos habíamos anhelado en silencio. El hormigueo en la zona baja de mi vientre creció hasta convertirse en una obsesión. Joel trazó un reguero de besos por mi cuello y me atrapó el lóbulo. Su respiración en el oído me hizo perder la cordura.

—¿Quieres que paremos? —preguntó sin aliento.

—Nunca.

Deslicé hacia abajo la mano que acariciaba su espalda y la descansé en su cadera. Me atreví a descender más aún, rumbo a la cremallera del pantalón. A Joel se le escapó un gruñido al notar mis dedos sobre la tela, y succionó y marcó con los dientes la piel sensible de mi cuello.

—Hazlo otra vez —jadeé.

Su lengua me lamió antes de volver a morderme con suavidad. Coló las manos por debajo de mi camiseta y me desabrochó el cierre del sujetador para masajear mis pechos, sin quitarme la ropa. Mis pezones se endurecieron contra su lengua y pronuncié su nombre desafinado, con la voz rota y una pincelada erótica que nos excitó.

Rodamos por la arena y Joel se colocó encima de mí, entre mis piernas. Enrosqué los brazos a su cuello y lo retuve ahí, buscando la fricción de nuestros cuerpos. Notaba el calor que irradiaba, el peso de su abdomen y las ráfagas de placer que nos sacudieron cuando empezó a moverse. Hubo millones de besos

que me pellizcaron el corazón esa noche, pero ninguno fue comparable a los que compartimos al frotarnos por encima de la ropa, deseando que pudiéramos disfrutar de aquella libertad siempre.

Mis labios perseguían a los suyos hambrientos, desesperados, sin tregua, y Joel tenía los ojos brillantes cada vez que se apartaba de mí para observarme con una sonrisa. Me subió la camiseta y el sujetador desabrochado hasta el cuello, y su boca me lamió los pechos mientras nos mecíamos acompasados al rumor de la playa.

—Te juro que he soñado con esto —susurró.

Y yo le clavé las uñas en la espalda, me arqueé para llegar a sus labios y me retorcí con un orgasmo explosivo.

Joel continuó frotándose un poco más hasta que se echó a un lado, con el pecho agitado y la mirada fija en el cielo. Sin decir nada, le bajé la cremallera del pantalón y le acaricié hasta que lo noté estremecerse. Volvimos a besarnos. Me pregunté cuánto tardaría en sentir sus labios rozar los míos de nuevo. Y se dejó ir con mi nombre en la boca y su erección entre mis dedos.

Permanecimos una eternidad allí. Abrazados, temblando, felices.

—Buenas noches, Atena —musitó.

Sus yemas delinearon mis labios y los cubrieron con tres dedos antes de depositar un beso casto sobre su propia mano.

Aun así, pese a la barrera, cerré los ojos y moví la boca contra su palma. Mis extremidades tiritaron y mi pecho se transformó en una sucesión de latidos sincronizados a la melodía que escuchaba cada vez que pensaba en él. La banda sonora de los secretos que no se expresan en voz alta, sino con acciones en la distancia y fe ciega en que, si anhelas algo con todas tus fuerzas, sucederá. La de un abrazo que me acunó a la altura de la cintura y me sigue reteniendo en esa playa con el sabor a mar en la piel. La de un «pase lo que pase, siempre podremos regresar a esta madrugada». El juramento de que no importa qué suceda más tarde; si lo has vivido, será tuyo, aunque el cielo se deshaga en tormenta.

62
Joel

Al día siguiente, el cielo amaneció repleto de nubes grises, y el humo de los coches que desgastaban embrague en la tediosa caravana se colaba por las ventanillas medio bajadas del Seat. Los rostros de los conductores eran un poema, todos excepto los nuestros.

Atena yacía recostada en el asiento, abrazándose los codos, con semblante relajado mientras se debatía entre el sueño y la vigilia. Contuve las ganas de estirar el brazo y acariciarle la rodilla o entrelazar mis dedos con los suyos. En lugar de eso, me tragué aquel impulso y descansé la mano derecha en la palanca de marchas, convencido de que tocarla no sería buena idea.

Fue ella la que tomó la iniciativa, resbaló por la manga de mi camiseta y enterró sus dedos entre los míos.

—Tienes la mano fría —susurró sin apartarse.

—No puedo conducir si la coges —dije divertido.

—Aparca aquí mismo, no quiero volver.

—Tenemos que volver. Tú a estudiar, yo a preparar la clase del lunes.

—El temario está más que controlado. ¿Ves esto? —Abrió la mochila negra, de ella sobresalían el libro de Inglés y una libreta—. Repasé de camino a la playa.

—¿Y los deberes?

—Los acabé ayer. Este año me lo estoy tomando en serio. Podemos desayunar juntos, ver una serie o hablar. Me gusta cuando compartes cosas sobre ti. —Respiré hondo, su expresión me ponía nervioso. Atena lo interpretó como una negativa—. O podemos desayunar en silencio. No te molestaré, podrás preparar la clase y fingir que no existo. Me quedaré en una esquina del ático, ni siquiera notarás mi presencia.

—¿Del ático? —Enarqué una ceja.

—Me gustaría ducharme, debo de tener una pinta bastante lamentable.

—Muy graciosa. Si vamos a mi piso, hay una serie de condiciones. Normas inquebrantables.

—Claro.

—Nada de practicar nudismo por mi casa. Te duchas con el pestillo puesto y no sales del baño hasta que estés totalmente vestida. Te prestaré ropa limpia y lo que necesites.

—¿Un mono de cuello alto y un pasamontañas? —Se desternilló—. No seas antiguo, ayer me viste en bikini.

—No he terminado de exponer mis condiciones —recalqué. Ella puso los ojos en blanco y murmuró el término «imposiciones»—. ¿Has avisado a tu padre?

—Le escribí una nota antes de salir.

—Llámale.

—No tengo batería.

—Hazlo desde mi casa. Debe de estar preocupado.

—No creo. No es... Él ya no es así.

—No es una sugerencia, Atena. Si no hablas con él, no puedes quedarte.

—Se cabreará más si le cuento que estoy en el piso de un profesor que si la mafia italiana le pide dinero por mi rescate.

—No es negociable.

—Vale.

—Lo que ocurrió anoche...

—No lo digas, Joel —me cortó—. Lo entiendo, nos dejamos llevar y ahora vuelves a ser el chico sensato que mantiene las distancias.

—No creas que me resulta tan fácil.

—Valoro tu esfuerzo por hacer las cosas bien, aunque preferiría ducharme contigo, secarnos en tu cama y pasearme desnuda por el ático. O mejor, con una de tus camisetas y nada más. Sin ropa interior.

Aquella imagen me gustaba demasiado. Le lancé una mirada de advertencia y Atena soltó una carcajada.

—Otra cosa más —apunté.

—Dime.

—Te echaba de menos. —Escucharla bromear, verla relajada, desafiante, más ella.

Una sonrisa se adueñó de su cara y me llenó la tripa. De mariposas, azúcar

y una adrenalina similar al descenso de una montaña rusa. Cuando me rendía a las emociones y bajaba mis defensas, entendía que veintisiete y diecinueve no eran resta ni abismo, sino un compendio de sensaciones, sueños y la posibilidad de cumplirlos. Nosotros, si es que hubo algún momento en el que lo fuimos, nos definíamos como el coraje de quienes luchan por aniquilar el prefijo de los imposibles.

63
Atena

Llamé a mi padre para decirle que seguía en casa de Isolda, y me encaminé al baño con las toallas y prendas limpias que Joel sacó de los cajones. Gruñó cuando le pregunté si podía usar su albornoz, y fue a preparar el desayuno mientras me duchaba.

Salí veinticinco minutos después, disfrutando del olor de su champú en mi pelo suelto. Él ya había dispuesto una bandeja con zumo de naranja, café y tostadas bañadas con Nutella. Estaba sentado sobre la alfombra, leyendo las noticias en Twitter. Me echó un vistazo y su carcajada llenó el salón.

—¿Qué pasa? —refunfuñé.

—Mi ropa te queda enorme.

—Supongo que eso es bueno —repliqué examinándome la sudadera negra, cuyos puños me cubrían los dedos. El pantalón de pijama de cuadros no se quedaba atrás; había ajustado la goma de la cinturilla elástica, pero el dobladillo se arremolinaba alrededor de los pies—. Mucha tela, poca piel.

—Vamos, come algo.

Desayunamos envueltos por las canciones que habíamos mencionado en la playa: *Njosnavelin*, de Sigur Ros; *Latch*, de Sam Smith; *Queendom*, de Aurora, y varias de Sufjan Stevens.

—Quiero que hagas una cosa por mí —me pidió al recoger las tazas.

—Claro. Lo que sea.

No supe dónde me estaba metiendo hasta que acabamos de fregar y me miró a los ojos, muy serio.

—Vuelve a tocar, Atena.

—Joel...

—Tú me has ayudado, quiero hacer lo mismo. —Me sostuvo el rostro entre las manos—. Por favor. Sé valiente conmigo.

Asentí en silencio, nerviosa mientras lo veía entrar en su dormitorio y salir de él con mi estuche. Lo abrió, exhalé un suspiro y avancé hacia el violín.

—¿Puedes tocar con los ojos cerrados? —preguntó al verme acariciar la madera de la caja de resonancia con la punta de los dedos.

—¿Por algún motivo en especial?

Sus mejillas se ruborizaron ligeramente.

—Confía en mí.

Oí sus pasos alejarse. Me había dejado a solas con las primeras notas de la *Sonata en sol menor*, de Händel. Pude haberme marchado o aprovechar su ausencia para echarme atrás. Sin embargo, me quedé. Bajé los párpados y seguí tocando a ciegas.

Perdí la noción del tiempo y mi reloj lo compusieron pulsaciones, las yemas de la mano izquierda ardiendo contra las cuerdas, las zapatillas de Joel deambulando por la estancia y un sonido de papeles que me inquietaba.

—Ábrelos despacio —murmuró detrás de mí, percibí su respiración en mi nuca y mis palpitaciones en la garganta.

Cuando abrí los ojos, se me escapó una risa cantarina, un hilo de voz frágil que ondeó unos segundos hasta extinguirse con una bocanada de sorpresa. Ante mí tenía una panorámica sin igual del interior del Liceo, impresa en folios verticales que vestían las paredes del salón de Joel. Me hallaba entre butacas de terciopelo carmín y lustrosas lámparas de araña.

—¿Qué es esto?

—Tu sueño un poco más cerca.

—¿Por qué has...?

—Dicen que hay que visualizar los objetivos para conseguirlos. Aquí tienes el tuyo.

—Un sueño irreal —puntualicé.

—Puede que complicado, pero una chica me aseguró que estamos condenados a perseguir los sueños hasta agotar cada posibilidad existente. Y, después de eso, si no se cumplen, las ganas nos darán alas. Pensé que debía recordárselo, por si lo estaba olvidando. Mi plan era empapelar el aula de música del instituto...

—No hagas estas cosas —imploré con un hilo de voz.

—Lo mereces. No te rindas. Atena, tienes talento y...

—Conseguirás que me enamore de ti.

Era mentira. Ya lo había hecho, mucho antes. Quizá el amor sea un cúmulo

de gotas y nosotros ya habíamos coleccionado un mar. Con su oleaje calmado, burbujas blanquecinas lamiendo la orilla y seísmos capaces de alterar las profundidades del océano. Quizá, por eso, sus ojos me observaron más aguamarina que nunca, llenos de esperanza y convicción.

—El amor no se consigue. Ni se elige. Ni se fuerza. Sucede y no queda más remedio que sentirlo —recitó haciendo danzar las palabras.

Mi corazón se aturulló ante aquella declaración y quise besarle.

Lo hice, pero solo con las notas, al fregar el arco contra las cuerdas, como si pudiera llenar a Joel de música.

Aquel fin de semana fue diferente a la primera vez que había estado en su ático. Sin lágrimas ni opresión, solo un bienestar que se expandía por nuestro organismo como un opiáceo que inhalábamos del aire.

No tuvo que rogarme mucho para que siguiera tocando, añoraba el violín y volver a sostenerlo me recordó que lo necesitaba tanto para ser feliz como para librarme del dolor. Ignoramos apuntes y libros, y nos centramos en las partituras que Joel imprimió para comprobar si podía leer cualquier pentagrama. Acepté el reto y me sorprendí cuando me dijo que acababa de hacer un examen de acceso al Conservatorio.

Yo también disfruté añadiéndole piezas al enigmático chico que se escondía en un traje y formalismos. Pese a haber ampliado sus lecturas, la mayoría de tomos de las estanterías seguían siendo ejemplares de diseño gráfico. No removía el café antes de bebérselo y se lavaba los dientes inmediatamente después, aunque a media mañana sucumbiese a una pieza de fruta o restos de pan del día anterior. Solo tenía yogures de macedonia y guardaba el agua en la nevera durante todo el año.

—¿Preparamos bocatas? —propuse entrado el mediodía.

Ninguno de los dos era especialmente habilidoso entre fogones, así que consultamos recetas sencillas en Google.

—Bocatas elegantes —sentenció sacando una fuente de cristal.

Hicimos un pastel de atún con pan de molde, huevo duro, tomate y mayonesa, y lo acompañamos de ensalada.

—Estás derramando el vinagre —le indiqué—. ¿Por qué no te pones las gafas?

—Porque no las... —Se detuvo y rectificó—. Voy a por ellas.

Acomodados en el sofá, atesoré las sensaciones que sentía a su lado: la electricidad, esa tensión familiar que me irritaba y a la vez me aportaba paz, la

complicidad que surgía de manera espontánea.

Joel no resistía la tentación de hundir un dedo para llevarse los excesos de salsa de una esquina de la fuente, y yo negaba con la cabeza mientras se chupaba el índice como un niño. Me sirvió el trozo más grande de pastel y encendió el portátil. Vimos varios capítulos de *Friends*; él sin forzar la vista, yo riendo cada vez que Phoebe, Joey o Chandler aparecían en escena.

A las siete, me llevó en coche a casa y subí las escaleras con el violín cargado a la espalda. Volvía a la realidad, pero había recuperado un sueño.

64
Joel

«Obras de arte que giran en torno al amor».

Las palabras ocupaban el centro de la pizarra de segundo de bachillerato. Dejé la tiza sobre mi mesa y sonreí a los alumnos, deteniéndome unos segundos más de lo necesario en la tercera fila.

Minerva copió el texto en sus apuntes, Samuel revisó los folios de días anteriores y Dídac se llevó a la boca el cuarto Donette desde que había entrado en el aula. Empezaba a preguntarme cómo quemaba aquel chico las cantidades ingentes de glucosa que ingería en mis clases.

Atena no elevó la vista de su pupitre. Se remangó la sudadera —mi sudadera, la que había llevado en el ático y no pensaba pedirle nunca, porque verla vestida con mi ropa me gustaba demasiado— y recostó la barbilla sobre una mano. Expresión abstraída, verde perfilado con negro y melena suelta adornada por una trenza lateral que le dejaba una oreja destapada.

Me aclaré la garganta y empecé el discurso que había preparado el domingo por la noche, después de acercarla a su casa.

—El amor ha sido fuente de inspiración para los artistas desde el inicio de los tiempos. Músicos, poetas, pintores, bailarines... Todos ellos han empleado el concepto más universal del mundo para escenificarlo en sus obras. Hoy haremos un recorrido —el de la exposición de Poble Sec sobre amor y arte que me había negado el director— a través de pinturas y esculturas que lo reflejan.

La mano alzada de Minerva hizo resoplar a sus compañeros.

—¿Cuáles entran en selectividad? —preguntó fijando en mí su mirada felina.

—Os propongo algo. Disfrutamos del contenido de la lección sin pensar en exámenes, y al final os digo las que tendréis que memorizar para el siguiente parcial.

La delegada puso los ojos en blanco y mordió el tapón del bolígrafo, deseando que me partiese una pierna y el instituto contratara a un suplente tradicional, de esos que se saltan los temas que no son necesarios para aprobar y mandan trabajos inútiles cada semana si así crean el espejismo de que los estudiantes están bien preparados.

—Coged un dosier y pasad el resto, por favor. —Le entregué la montaña de folios grapados a Felisa y esperé a que llegasen hasta Diana—. Bien, estas son las obras de las que hablaremos hoy. En blanco y negro, con poca definición, pero la impresora del instituto es especialista en *pixelar* imágenes. Os pido que no las miréis todavía, vamos a hacer un breve ejercicio antes. ¿Cómo plasmaríais vosotros el amor?

Minerva fue la primera en levantar el brazo. Le susurré un discreto «después» para que el resto no se cohibiese con su respuesta técnica y elaborada, y señalé a Ruth.

—¿Qué he hecho? —inquirió asustada. Sus vecinos de pupitre rieron y Olaya le puso al corriente de lo que había sucedido mientras ella actualizaba sus redes sociales por debajo de la mesa—. Pues... no sé. Supongo que para representar el amor... ¿dibujaría un corazón?

—O un beso —dijo Diana.

—Una familia —opinó Felisa.

—Una pareja —contribuyó Dídac.

—Con preservativos —remató Xavier para añadir un toque de humor.

—Es indudable que el sexo está relacionado con el amor —corroboré desplazándome por el aula—, pero buscad algo más abstracto.

—Si tuviera que representar el amor, me dibujaría sobre las olas haciendo kitesurf, mi pasión —añadió Samuel.

Le di el turno de palabra a Minerva, que fruncía el ceño con hastío, juzgando cada réplica.

—Yo no me centraría necesariamente en el objeto a capturar, sino en el cómo. Por ejemplo, usando colores intensos.

—Genial. ¿Alguna aportación más?

Atena se mordió el labio inferior, y ese gesto fue suficiente para que tropezase con el borde de la mesa. Apreté los puños y fingí que no dolía antes de recostarme en la madera para comentar las hojas que había repartido.

—Como ha dicho Diana antes —continué—, el beso es un elemento clave en la representación del amor. Sin embargo, hay infinidad de maneras de

abordarlo. Desde un punto de vista más tradicional encontramos la primera obra, *El beso*, de Rodin, una escultura de mármol que derrocha sensualidad con los cuerpos desnudos de dos amantes. Se basa en Paolo Malatesta y Francesca da Rimini, de la *Divina Comedia*, de Dante, y tiene un final desafortunado: el esposo de Francesca los asesinó a ambos tras encontrarlos juntos.

—No creo que el beso sea el protagonista, sino la postura —rebatió Minerva.

—En efecto, los elementos de la composición son un canal más para narrar la historia, ahondaremos en ello en breve. Si pasáis a la página dos, observaréis un beso menos convencional: *Los amantes*, de Magritte, de 1928. Dos rostros cubiertos por un velo que oculta sus caras. Podríamos dedicar muchas clases a divagar sobre las interpretaciones de este cuadro, pero no lo haremos —aseguré para paliar los bufidos de la delegada—. Se trata de un amor prohibido, con una tela mojada a modo de barrera, y evoca dolor. Aunque es complicado adivinarlo fuera de contexto, alude a la familia, como proponía Felisa. El tejido húmedo homenajea a la madre de Magritte, la cual perdió la vida en un río.

Felisa le sonrió al cuadro, orgullosa de su aportación. Invitándoles a dar una simple opinión antes de introducir el temario, había conseguido la atención de todos ellos. Sin obligarles a responder, sin prometerles puntos extra o amenazarlos con castigos. Solo originando un ambiente distendido en el que se sentían a salvo para equivocarse o acertar.

—Dídac, lee la explicación de la tercera obra, por favor.

—*La siesta*, de Vincent van Gogh —recitó—. Reproduce la cotidianidad de dos campesinos gozando de unos minutos de descanso tras su jornada laboral. Este óleo, de 1890, irradia tranquilidad y esperanza.

—El tema central sigue siendo el amor —indiqué—, pero el foco pasa a la pareja. Se inspira en *La meridienne*, de Millet, y pretende acercar el arte al pueblo. En cambio, si damos la vuelta al folio, volvemos al Rococó. *El columpio*, de Fragonard, data de 1767 y habla sobre sexo sin mostrarlo explícitamente. La protagonista se columpia, su marido la mece y, escondido entre matorrales, en la parte inferior izquierda, hallamos al amante. Empleando simbolismos, sin necesidad de ser evidentes con preservativos —apunté a Xavier —, se consigue una ambientación sugerente. Y, por último, mi favorito. Minerva, ¿te suena esta pintura?

—*El beso*, de Gustav Klimt —asintió al llegar al penúltimo folio—. Pertenece al Art Nouveau, data de 1908 y plasma el instante previo al beso. En

él se ve a dos personas abrazadas no solo por su pareja, sino por tonalidades vibrantes y formas geométricas.

—Exacto, Minerva. El artista conjuga elementos a su favor para transmitir la expectativa de algo que aún no se ha producido. De hecho, la cercanía de los amantes pasó inadvertida y las críticas se centraron en el uso del color dorado, que en su época se reservaba en exclusiva a piezas religiosas. —La melodía de un teléfono irrumpió en mitad del silencio de la estancia—. Por favor, apagad los móviles o ponedlos en silencio.

—Perdón —murmuró Dídac con las orejas rojas.

—Debajo de la bibliografía encontraréis un listado de obras que están en el manual de la asignatura —expuse, pero solo la delegada escribió notas en los márgenes de las fotocopias—. De ellas, las comentadas en clase y *El nacimiento de Venus*, de Botticelli, *Enamorados*, de Renoir, *Una pareja con la cabeza llena de nubes*, de Dalí, y *El beso V*, de Lichtenstein, entrarán en el parcial del 23 de marzo. Nos quedan algunos minutos, si os parece podemos... —Mi frase quedó suspendida en el aire. Olaya leía la pantalla del iPhone y, al igual que ella, todos los estudiantes arrugaban la nariz con los ojos fijos en sus teléfonos—. ¿Me he perdido algo de lo que sea que estáis comentando en ese grupo de WhatsApp?

—Es un correo del director —aclaró Atena—, sobre el viaje de fin de curso.

—¿Adónde vais?

—A Tenerife —dijo Diana, y varios alumnos la abuchearon.

—Calma, chicos. ¿Cuál es el problema? —indagué.

—Yo paso de playa y discoteca —recalcó Ruth.

—¿Por qué no proponéis otras opciones? Destinos más culturales.

—Tenerife ha ganado las votaciones por mayoría.

—¿Y si organizáis un viaje vosotros?

—¿Solo los del artístico? —increpó Minerva—. No podemos, necesitamos profesores que nos acompañen, y sale económico si va un grupo grande. El director ya dejó claro que...

—Pues a mí me parece buena idea —la cortó Samuel.

El murmullo de los estudiantes fue subiendo hasta transformarse en un coro que apoyaba al muchacho. Perdí el norte y mi estatus de profesor al vislumbrar la voluntad de aquellos chicos, sus ganas de hacerse oír. Prometí que los respaldaría y lancé la primera piedra en una batalla que perturbaría al director. El Valancós estaba totalmente equivocado al dar por hecho que los alumnos se convertirían en adultos sin tomar sus propias decisiones.

65
Atena

Al día siguiente, a la hora del recreo, el aula de artístico seguía llena. Los rayos de sol traspasaban las cortinas y mis compañeros se agolpaban en círculo alrededor de la mesa del profesor, ocupada por Minerva y Sam.

Ambos exponían las dos caras de una moneda, pros y contras acerca de planificar un viaje de fin de curso paralelo al de nuestros compañeros de letras y ciencias.

—Virginia y Alonso irán a Tenerife —defendía Minerva con solvencia—. El director no va a querer que más profesores dejen el instituto para acompañarnos a nosotros. Y sin supervisión adulta no hay viaje, estamos perdiendo el tiempo.

—El director no necesita a nadie —contradijo Sam—. Nos iríamos a finales de junio, justo después de hacer selectividad. En esas fechas no hay clases.

—Pero cierran expedientes, preparan contenidos para el curso siguiente y reparten los ejercicios de refuerzo de verano.

—Minerva, para de fastidiarnos el plan. Si queremos ir a algún sitio, tenemos que intentarlo. —Sam se giró hacia nosotros, que mirábamos de izquierda a derecha como si se tratase de un partido de tenis—. Vamos a votar. ¿Quién dice sí al viaje?

Diana, las bailarinas, Xavier y Dídac alzaron la mano.

—¿Quién cree que es absurdo? —masculló Minerva con el índice hacia arriba, escrutándome en busca de apoyo.

Me abstuve. No tenía dinero y eso me despojaba del privilegio de participar en aquella microdemocracia. Sam aplaudió satisfecho y anotó los nombres de los presentes en un folio.

—Si os parece bien, buscamos destinos y volvemos a reunirnos el jueves —anunció con una sonrisa triunfal.

Dídac se pasó el camino de vuelta a casa parloteando sobre lugares paradisíacos, haciendo listas mentales de la ropa que tenía y la que quería comprarse. «Un bañador decente por si hay piscina en el hotel, camisetas de verano de esta temporada y unas gafas de sol... También algún abrigo, por si elegimos Noruega o Islandia, aunque preferiría un país menos frío». No hizo falta que disimulase mi desidia, él solo se respondía, subía a cada bordillo y se sujetaba a las farolas al más puro estilo *Cantando bajo la lluvia*.

Estaba totalmente anestesiada, observando a través de una barrera, a una distancia prudencial. Lo cierto es que ni siquiera me detuve a analizar por qué no me ilusionaba salir del barrio tras las tediosas jornadas de estudio que afrontaríamos las siguientes semanas. La Atena de meses atrás, la más ingenua y alocada, habría dado saltos de alegría ante una iniciativa así. Sin embargo, no disponer de medios me obligaba a mantener la cordura. De nada servía una rabieta, lo mejor y más inteligente era no concederme la posibilidad de soñar y asumir que mi sitio estaba en un sótano sombrío, sin rechistar.

Me despedí de Dídac y enfilé la calle Miguel Delibes. Saludé a varias vecinas que charlaban sin prisa en el interior del portal, custodiando la entrada al ascensor, y subí por las escaleras. Cuando llegué al rellano, alcé la vista y me percaté de que no estaba sola. Isolda yacía recostada contra mi puerta vistiendo una camiseta gris, falda vaquera y *leggins* estampados a juego con el lazo anudado en su pelo.

—¿Qué te pasa? —pregunté al ver sus ojos vidriosos e hinchados.

—Marc me ha dejado —murmuró con mejillas y labios bañados en lágrimas.

Nos abrazamos. O, para ser exactos, ella se abalanzó sobre mí y me rodeó con firmeza, apoyando el peso de su cuerpo en mi pecho. Pasaron varios minutos en los que Isolda gimoteó y yo le acaricié la espalda, tratando de diluir su dolor. Era como en los viejos tiempos, solo que a la inversa. Entonces, ¿por qué nos sentía tan distintas?

—Lo siento —musité, pero no era verdad. Verla así me entristecía sin llegar a enfadarme, sin pretensiones de culpar a Marc o de urdir un plan para que mi amiga se distrajese. Quizá ya no la consideraba amiga.

Espanté esos pensamientos y entramos en casa. Dejé que se acomodase sobre mi cama y fui a la cocina a por agua.

—De verdad que no lo entiendo —se lamentó tras un sorbo largo que le sirvió para contener el sollozo. Me senté a su lado y la escuché con las manos

recorriendo la costura interior de mi tejano—. Quedábamos cada tarde, pasaba horas acompañándole en el trabajo, íbamos a sus restaurantes preferidos, la mayoría japoneses... Elegía la película que más le gustaba de la cartelera y las bebidas se reducían a agua, aunque yo me muriese por un refresco con gas. Llevo este corte de pelo estúpido por él, fui a hacérmelo en un arrebato después de que insinuara que me quedaría muchísimo mejor así. Y el sexo era increíble. No había ninguna señal que me advirtiera de que la relación se iba a la mierda.

Mientras Isolda narraba su rutina con Marc, una chispa se encendía en mi interior. Las últimas ocasiones en las que se había presentado en mi puerta era porque tenía un problema que solucionar. Su desencanto con la universidad, la hecatombe que eso desencadenaría en su familia, la ruptura con su primer novio... Nada relacionado conmigo o con nosotras. Solo con ella.

—Ceder y dar el control a alguien no te asegura que vayan a devolvértelo de la misma forma. Estando a tu lado, apoyándote —le comenté. Me refería a Isolda, pero ella estaba demasiado ofuscada para percatarse de mi indirecta.

—Atena, no lo entiendes. He sido la novia perfecta. Por eso no lo comprendo, lo he dado todo.

—Ojalá te hubieras esforzado igual en nuestra amistad. —Mentiría si dijese que una parte de mí no se rompió al pronunciarlo en voz alta. Y, pese a que me sintiera una persona horrible por reprocharle su comportamiento conmigo mientras el corazón se le resquebrajaba por un chico, era el momento. Isolda solo me buscaba si sus planes fallaban. Si esperaba a ser honesta con ella en un futuro, puede que esa conversación no llegase nunca.

—¿A qué viene eso? —Frunció el ceño.

—Estoy cansada de fingir. Me cuesta quedar contigo, no contestas a mis *whatsapps* ni me llamas. Solo te tengo delante porque Marc ha cortado contigo.

—Te equivocas —rebatió controlando su carácter—. Estoy aquí porque eres mi mejor amiga, la única a la que se lo cuento todo.

—Isolda, hemos sido mejores amigas durante años, pero no en los últimos meses.

—¿Por qué dices eso?

—¿Lo preguntas en serio?

—Sí, lo pregunto en serio —repitió—. Pensaba que podíamos confiar la una en la otra.

—La confianza no se gana por antigüedad, sino a diario —puntualicé conteniendo un suspiro.

—No te entiendo, siempre he estado a tu lado —insistió elevando el tono—. Cuando lo dejaste con Leo, cuando tus padres se separaron, cuando suspendiste, cuando necesitabas una cama en la que dormir mientras Víctor bebía. La noche en la que tu madre puso una foto con su novio en redes sociales, o en ese recital de violín en el que hubieras estado sola de no ser por mí.

Que lo enumerase así, resumiendo el compendio de mis desgracias en puntos que le otorgaban el premio a la chica más solidaria de Barcelona, me hizo daño.

—Pero no en los últimos meses —recalqué—. Has desaparecido.

—Estás siendo injusta.

—Podría callarme, tragarme lo que pienso como llevo tiempo haciendo e ir contigo a merendar. Podría escucharte toda la tarde y reír tus gracias, darte consejos y aceptar que pagues lo que sea o que me regales uno de tus vestidos —expuse al borde del llanto—. Y me sentiría como una mierda sabiendo que ya no eres mi amiga, que interpreto un papel cada vez que abres la boca para soltarme tus líos y te doy un consejo. No tengo ni idea de qué decirte, Isolda, apenas te reconozco.

—No te pones en mi piel. Eres egoísta, Atena. Tú, tú y solo tú. ¿Qué hay de lo que yo necesitaba? Vivir algo diferente, acumular experiencias, avanzar... No puedes atarme como a un perro. Yo sí aprobé, yo sí encontré el amor, yo sí era feliz.

—¿Eso significa que a mi lado no lo fuiste? ¿Que para tener una vida magnífica tenías que borrarme del mapa?

—¿De verdad quieres una respuesta sincera? —La malicia dominó sus facciones—. Quedar contigo empezaba a hartarme, eres un disco rayado que se atasca en la misma canción. Que te ocurran cosas malas no implica que tengas que regodearte en ellas y arrastrar a quienes te rodean a tu agujero negro.

Pude ponerme a su nivel, recriminar detalles ínfimos, reflotar peleas y verter gasolina para calcinarnos. Opté por masticar el odio en trocitos diminutos y expulsar solo lo bueno.

—Te quiero, Isolda, no solo por las cosas que has hecho por mí, sino por la chica que eras. La que leía el futuro y modificaba las cartas que salían si no le gustaban, porque el destino es el que uno elige. La que se reía de las dietas para entrar en la ropa, tachaba las tallas de las etiquetas pequeñas y escribía corazones en las más grandes. La que tuvo el valor de dejar la carrera y la que podría convertirse en la mujer más fuerte del universo si decidiera ser un planeta y no

un satélite. —Me limpié el rabillo de los ojos con el índice, conteniendo la emoción de una despedida anunciada mientras me quitaba su hilo rojo de la muñeca—. Has formado parte de una etapa muy importante, pero pertenece al pasado.

No quería viajar en el tiempo, volver a ser la chica de dieciocho que se acostaba riendo las ocurrencias de Isolda a través del teléfono, o la que corría a su casa con ansiedad, huyendo de un padre alcohólico.

Recordaba a la perfección algo que había dicho la noche en la que ella conoció a Marc y yo a Joel. Tumbadas en su cama, con las copas zarandeando el techo en el que clavamos la vista, había afirmado que no quería enamorarse de alguien que le hiciera ver la vida diferente. «Quiero poner mi corazón en las manos de un chico que no intente modificar cómo veo y siento. Respetar es más romántico que cambiar quién eres por otra persona», había admitido.

Ese discurso se aplicaba a cualquier ámbito, pero si yo le restaba color y ella no era más que una luz intermitente, había que limar, moldear y aplicar modificaciones por ambas partes para alcanzar el punto intermedio. Y si hacer cambiar a alguien no es amor, tampoco amistad.

66
Joel

El miércoles, cuando salía de la optativa de la ESO y recorría el pasillo rumbo al aula de bachillerato, la vibración del móvil acaparó mi atención. Rescaté el teléfono del bolsillo frontal de la camisa y me refugié en el baño para responder con susurros.

—¿Irina? —contesté preocupado—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Solo llamaba para charlar un rato. —Su voz soñolienta la delataba, acababa de despertarse.

—¿Te has quedado sin novedades sobre mi vida que contarle a mamá y buscas noticias frescas?

—Soy inocente de cualquier fregado en el que me haya metido. Ella hace preguntas y yo...

—Te vas de la lengua sin remordimientos —acabé su frase—. Estoy a punto de entrar a una clase, si no hay ninguna emergencia en la que pueda ayudarte...

—Mierda, lo siento. Elisenda ha empezado a dormir de día y tengo el horario cambiado. No he mirado el reloj. Ni el espejo, estoy hecha un asco, Joel. Me paso las semanas en pijama y, en lugar de lavarme el pelo, me lo recojo en un moño. No recuerdo la última vez que puse sábanas limpias.

—Seguro que hueles fatal. —Me reí—. Y respecto a las tareas del hogar, dale un tirón de orejas a Fede si se pone tiquismiquis con la excusa de no arrugarse los trajes.

—Cambia pañales desde que lo amenacé con el sexo. De hecho, limpia el piso y hace la compra. Imaginé que lo llevaría peor. —Bostezó sonoramente—. Pensaba que nunca diría esto, pero echo de menos trabajar.

—No opinabas lo mismo cuando etiquetabas mierdas en el mostrador de analíticas.

—Es una época oscura que preferiría dejar enterrada en el pasado. Aunque la verdad es que he vuelto a mis orígenes: estoy al servicio de un bebé de tres meses con carita de ángel y pañales llenos de diarrea.

—No me des detalles, bruta. Me pasaré el sábado a ver a Elisenda.

—Si la sacas a pasear unas horas, te lo agradeceré. Cae rendida con el traqueteo del carrito.

—Eso está hecho —accedí de buena gana—. No preparéis cena, llevaré algo del Hamlet para que podáis descansar mientras la enana me tira de la perilla y vomita biberones en mis zapatillas.

—Vas a ser su persona favorita.

—Si se parece a ti, ella también será la mía.

Guardé el teléfono y me lavé la cara con agua fresca antes de empezar la clase de Fundamentos del Arte.

La hora aconteció sin sobresaltos, sumergiéndonos en ejemplos del *pop art*. Les concedí unos minutos a los alumnos para actualizar sus cuentas de Instagram con citas de Richard Hamilton, Claes Oldenburg o Jasper Johns, y procedimos al visionado de un breve documental de YouTube en el que ofrecían un recorrido virtual por el MoMA de Nueva York.

Antes de que sonara el timbre que daría por finalizada la lección, Samuel levantó la mano.

—Hablo en representación de la clase —dijo ignorando el carraspeo de Minerva—. Le hemos dado vueltas a la idea de hacer un viaje de fin de curso paralelo y hemos votado que sí.

—Eso es estupendo.

—Tenemos varias opciones y nos gustaría que nos aconsejaras sobre las más interesantes desde el punto de vista artístico.

—Queremos visitar museos —opinó Diana— y ver algunas de las obras que hemos comentado en clase.

Me entregaron un portafolio con tres propuestas: Madrid, París y Roma.

—En Madrid tenéis el Museo del Prado —valoré—, además de varios parques. El trayecto es mucho más corto y económico, aunque quizá sea el destino menos atractivo si no habéis salido al extranjero. Tanto Roma como París son excelentes para ver arte, y con el inglés podéis defenderos, pero tendríais que coger un avión. El coste aumenta.

—Mis padres fueron a Toulouse de luna de miel y llegaron en cinco horas conduciendo —resaltó Xavier.

—No creo que pongan la furgoneta a nuestra disposición —farfulló Minerva.

—Podemos mirar autobuses o vuelos de bajo coste —señaló Dídac.

—Una semana en París viendo Versalles y el Moulin Rouge —soñó despierta Felisa.

—Haciendo panorámicas de la Ciudad del Amor desde la Torre Eiffel —añadió Ruth.

—Paseando por los Campos Elíseos y el Arco del Triunfo —insistió Diana.

—Decidido entonces. Iremos a París —asintió Samuel. Me miró antes de formular la cuestión que lo cambiaría todo—: Si te pedimos que nos acompañes, ¿vendrías con nosotros? Por favor, Joel.

67
Atena

Pasé la tarde en la biblioteca del instituto con Dídac.

El rubio me arrastró al calendario multicolor de exámenes finales y selectividad que había ideado, incumpliendo su promesa de no estresarse antes de mayo, cuando finalizarían las clases y podríamos dedicar jornadas completas a refrescar el temario del curso.

—Atena, si paso las hojas de la agenda, me asusto —exclamó al ocupar nuestra mesa habitual—. Queda poquísimo para acabar y tenemos que ponernos en serio. Además, con el jaleo del viaje es probable que perdamos más horas. Habrá que organizar itinerarios, buscar hoteles, transporte, reunirnos para consensuarlo con los demás...

—Cualquiera diría que no te hace ilusión —me mofé de él, que ya había usado los ordenadores de consulta prehistóricos de la biblioteca para buscar la dirección de la cafetería parisina donde se rodó *Amélie*.

Sacó los apuntes de la mochila y me presentó su kit de supervivencia extrema compuesto por Lacasitos, sus adorados Monster, subrayadores nuevos y una lista de reproducción con música de relajación que escuchamos en los descansos.

Fue una suerte que Dídac diera por hecho que me apuntaría al viaje, no me apetecía recordarle que estaba en números rojos. Por otra parte, las palabras hacían cola en mi garganta para salir disparadas, no en busca de consuelo, sino de complicidad. A Isolda se lo hubiera contado, o quizá ella lo hubiera adivinado a simple vista, arqueando una ceja mientras me predecía el futuro. Pero Dídac y yo llevábamos poco tiempo siendo amigos y ya habíamos pasado por una discusión, tras la cual le había mostrado mis demonios. Era más que suficiente por el momento, no quería darle pena.

El reloj marcaba las ocho menos cuarto cuando regresé a casa. La luz tenue del salón estaba encendida y la estampa de un cielo cobalto con trazos púrpura se asomaba por la ventana.

Mi padre fregaba algunos platos del día anterior y preparaba una sartén con aceite para la cena.

—Ven, quiero hablar contigo —me pidió. Se secó las manos en un trapo con dibujos de limones y luego lo colgó del horno.

—¿De qué? —pronuncié con pies de plomo.

—Tu madre ha mandado algo para ti.

Señaló el sofá, donde había un paquete alargado blanco cerrado con un lazo, pero yo le examiné a él en busca de alguna señal que vaticinara la debacle. No hallé latas cuando me senté en el extremo de la derecha. Tampoco percibí hedor a cerveza en su aliento y, aun así, el martilleo de mi pecho no se suavizó.

—No quiero abrirlo —mascullé. Había puertas que era mejor mantener selladas.

—Hazlo, Atena. Es un regalo.

—Te hará daño —recalqué.

—Lo sé. —Sonó frágil, honesto, derrochando esa debilidad que escondía a base de golpes y oscuridad.

—Lo guardaré en el armario —sugerí.

Me frenó cuando estaba poniéndome en pie. Su mano se anilló a mi muñeca, tirando de mí para sentarme otra vez.

—Hija, hacer esto no es fácil para mí.

—Para mí tampoco, así que no hagamos nada.

Me conformaba con que no perdiese los estribos y controlase la ingesta de alcohol. Podía soportar que se pasara días durmiendo, al borde de la inconsciencia, siempre que no elevase la voz.

—Escúchame, llevo unas horas aquí, dándole vueltas y...

—¿No has ido a trabajar? —¿De qué me extrañaba? Así comenzaba el círculo vicioso: Víctor relegando responsabilidades, haciéndose el mártir, borrando la pena que se daba a sí mismo empinando una botella.

—Déjame que empiece por el principio —le rogó a mi semblante escéptico.

—Me sé de memoria ese principio —mascullé entre dientes.

—He sido un padre terrible, pequeña. No sé si algún día podré enmendar todo lo que he hecho mal, pero quiero intentarlo. Forzarte a elegir entre tu madre y yo no es forma de superarlo. Y créeme, deseo pasar página.

Desear y llevarlo a cabo eran dos cosas distintas.

—Que no la elija a ella no implica que te elija a ti.

—Me duele oír eso, pero me lo he ganado a pulso —admitió frotándose la frente, derrotado—. Esta mañana, antes de que saliera de casa, llegó el paquete. Vi el remitente y el mundo se me echó encima. Para ti solo somos dos viejos que se han hecho daño, pero tu madre y yo nos quisimos a lo grande.

—No hace falta que me cuentes nada. —Me costaba creer que, donde solo quedaban residuos podridos, hubiera existido algo bonito. Los cuentos de hadas solo podían serlo si tenían un final feliz, una promesa incondicional, la certeza de que sus protagonistas estaban hechos el uno para el otro. Pero la realidad no funciona de ese modo. Los desenlaces, además de despedidas, son la posibilidad de emprender otro rumbo.

—Déjame explicártelo, Atena. Tengo miedo a que se me olvide lo bueno, y me falta voluntad para recordar esa etapa yo solo. —Soltó una bocanada y tragó saliva, emocionado—. Cuando nos conocimos en la fiesta de cumpleaños de un amigo común, Tanit salía con un matemático de familia acomodada y yo solo era un albañil de poca monta, pero eso no me hizo renunciar a ella. Pasamos toda la velada charlando, la hice reír con chistes malos y ella me volvió loco sonriendo de oreja a oreja, como solo tu madre sabía hacer. No perdimos el contacto y coincidimos en un par de reuniones más, aunque ella nunca me habría mirado de verdad de no ser por el accidente de moto que tuvo con el matemático. El chico fue un impresentable en mayúsculas y, al salir del hospital, el muy idiota se centró en los estudios para recuperar el semestre perdido. Yo estuve ahí; iba cada tarde a llevarle a tu madre arroz con leche y canela, le regalaba libros para que matase las horas y le llenaba la habitación de orquídeas blancas, sus favoritas. Con gestos así me gané a tu abuela materna, que empezó a invitarme a las comidas de los domingos y se apiadaba de mí cuando tu abuelo me trataba con desprecio. No me consideraba suficiente para su hija.

—El abuelo Efrén haciendo honor a su antipatía —murmuré con un ápice de humor.

Se hizo el silencio durante unos segundos. La crispación se disolvió y sentí que habría precisado aquella explicación mucho antes para ponerme en la piel de mi padre.

—Antes de tu madre, no me había enamorado —continuó—. Tanit fue muchas primeras veces. El primer paseo que dimos cuando le quitaron el yeso de la pierna y aprendió a caminar de cero. La primera paella en el campo, el primer

coche con el que recorreríamos la geografía española verano tras verano, los primeros bailes al son de Adamo en esa primera noche que pasamos juntos en el piso que tanto esfuerzo nos costó pagar. La primera televisión en color frente a la que cenábamos cada noche. El primer y último «sí quiero». —Hizo una pausa para recomponerse, se crujió los nudillos y su labio inferior tiritó—. Con el paso del tiempo, dejé de hacerla reír, de llegar pronto del trabajo, de decirle lo bien que le había salido la comida, de agradecerle que soportase mi mal carácter después de ir a casa de sus padres y hacerme el estoico ante Efrén. Me relajé creyendo que podríamos con todo. Y no es así, los sentimientos hay que avivarlos a diario. Nuestro amor era como las orquídeas: necesitaba cuidados, luz, agua, nutrientes, y yo creí que, colocándolas en un tiesto resguardado de la intemperie, tendrían suficiente para echar raíces. Pero, aunque terminásemos mal, nos quisimos a lo grande, Atena, y cuando eso sucede, por muy complicadas que sean las circunstancias, hay cabida para una última llamada. Así que esta mañana he descolgado el teléfono para hablar con ella, y ha sido muy diferente a las conversaciones que me había repetido mentalmente, desde el odio. No le he recriminado nada, no le he pedido explicaciones ni ella me las ha dado. El motivo por el que he marcado su número no soy yo, sino tú. Mereces un futuro, y ambos vamos a hacer lo posible para dártelo.

—No lo entiendo. —Parpadeé, confusa.

—Ya no somos una familia, pero tú siempre nos tendrás, aunque sea por separado. Abre el paquete, llámala para darle las gracias y recupera lo que yo no podré recuperar nunca. —Las palabras le costaban, las arrastraba con la punta de la lengua como si se le hubiesen pegado al paladar—. Vuelve a hacerle un hueco en tu vida, hija.

Temerosa e insegura, desaté el lazo. Eché a un lado el papel de seda que protegía mi regalo y abrí la caja: contenía un vestido negro de cuello cuadrado con tirantes de cadenas plateadas y falda vaporosa. Iba acompañado de una nota:

> *Mi querida Atena, este es el vestido que me gustaría que llevaras en mi boda. Todavía hay un sitio reservado para ti, siempre lo habrá.*
>
> *Te quiere,*
>
> *Mamá*

—Haz las paces con ella, pequeña. Ve y celebra su felicidad —me animó Víctor.

—No sé si podría —dudé.

—Las personas generosas como tú pueden.

—Si esto hace que vuelvas a beber, prefiero tirarlo a la basura —admití, tajante.

—Atena, he pasado por un calvario, pero hoy he comprendido que centrarse en lo que no tienes es un error enorme. He perdido momentos contigo, momentos que no volverán. Ha sido difícil para los dos, y yo me he obcecado en ver mi dolor, en magnificarlo. Te lo he escupido como si tuvieras la culpa, o como si Tanit fuera la artífice de mis acciones. Ha llegado la hora de asumir mis fallos y luchar por ser alguien digno para ti. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? —Sus ojos buscaron mi comprensión—. Necesito ayuda. Puede que el viernes me levante y quiera que el sol desaparezca, que me beba una cerveza y te grite las cosas que me aterran. Puede que te quite el corazón como hice con la música y no vuelvas a quererme. Así que vamos a aprovechar este instante, hagamos de ese vestido algo bueno.

—¿Cómo?

—He dejado el trabajo porque tu madre va a ocuparse de nuestra economía durante unos meses. No será gran cosa, pero si no nos excedemos, en verano podrás volver a tocar el violín. Vamos a buscar algún centro en el que puedan recordarme por qué necesito seguir a flote, y te juro que volveré a ser el hombre que adora las orquídeas.

El pesar le enturbiaba la mirada y un compendio de emociones me atravesaron en forma de canción. Una melodía sencilla que atrapé sin proponérmelo, notas cortantes que se respondían en un canon sin interrupción. Así imaginaba la cabeza de Víctor, una prisión en la que su historia de amor se sobreponía a la rutina después del divorcio.

El rostro de mi padre se deformó con las gotas de mis pestañas antes de caer por mis mejillas, sin que pudiera disimular. Estaba llorando porque con él nunca había escuchado música, y percatarme de que una sonata triste le representaba me partió el corazón.

Víctor me cobijó en sus brazos y sollozamos con la tela negra del vestido entre nosotros. Después de tantos combates perdidos, me permití no ser la adulta de aquella casa. «Saldrá bien, pequeña», susurró él contra mi pelo, y le di la razón. Lo decía en serio, estaba convencido de ello, hablaba el hombre y no la bestia.

Pasamos la tarde inspeccionando webs de clínicas de desintoxicación por

internet y encontramos una con buenas críticas en el centro. Al día siguiente llamamos para informarnos, nos citaron y, esa semana, Víctor empezó su camino hacia la recuperación.

El «sí quiero» más importante se lo dio a sí mismo.

68
Joel

Ese lunes no quedaba nadie en la sala de profesores, pasaban las seis, y el paisaje que se vislumbraba a través de la ventana era de un azul eléctrico salpicado por las copas de los árboles. Suspiré, fijando la vista por enésima vez en el ejercicio que estaba corrigiendo, con la mente muy lejos de allí. Y casi intuyendo mi dispersión, las notas de un violín se colaron por el burlete de la puerta y me erizaron el vello. Era ella hablándome a través de las cuerdas, y no tuve más remedio que ponerme en pie y subir las escaleras hasta el tercer piso, coger aire y colarme en el aula de música, sin hacer ruido, para no interrumpirla.

Sabía que el director estaba en la planta baja y que no era aconsejable hacer aquello. Pero lo hice igualmente.

Contemplé su figura, la melena rubia cayendo desordenada como una cascada por la espalda, la tela del jersey borgoña que se había remangado y le quedaba holgado, cubriendo el inicio de los vaqueros ajustados con pequeños cortes deshilachados a la altura de las rodillas.

Ojalá hubiera podido congelar ese instante en el que Atena todavía no había advertido mi presencia y solo estaba ella, con su música.

Quise vestirme con cada compás, envolverme en su pentagrama y que su mirada se enredase en mí mientras sopesaba si era mejor arroparnos en el silencio o callarnos con el roce de nuestras bocas. Todavía hoy, al recordarlo, mi corazón brinca frenético y mis palmas sudan como las de un adolescente que se aproxima a la chica que le gusta por primera vez.

Fue el ruido de mis suelas el que la puso sobre aviso, o mi garganta tragando saliva, la percusión de mis pulsaciones o ese halo intangible que nos unía en un círculo de fuego del que resultaba imposible escapar. Atena ladeó la cabeza, buscándome, y yo ya estaba allí, con el mentón recostado en el hueco de su hombro.

—No pares de tocar —imploré en un susurro.

Mi aliento activó su piel y sentí el respingo cuando recorrí rutas imaginarias sobre su cuello con la punta de la nariz. Entonces la besé encima de la clavícula, con los labios entreabiertos y mi respiración anidando en sus poros. El brazo que blandía el arco perdió fuerza, puede que sus piernas fallaran y un jadeo escapase de sus entrañas. Pero lo único que oí yo fue una nota desafinada, extraña, un sonido estridente que no tenía nombre. Quizá error. Quizá nosotros. Porque era singular, casual, inercia, todo lo que aquel violín anhelaba decir y no podía.

Le coloqué bien el cuello del jersey, hundí la barbilla en su hombro y me quedé allí, sujetando su espalda en mi pecho, abrazándola mientras la proximidad se traducía en una melodía aturullada sin precisión.

Sus dedos hicieron malabarismos por las cuerdas y cada nota que emitía se transformó en un sonido ensordecedor que me hacía partícipe del presente. Los vibratos más tímidos eran un bálsamo curativo ante los días que nos quedaban separados, y alargaban las manecillas del reloj hasta que ese instante rozaba la eternidad.

De allí ninguno de los dos podía huir. Del ahora. De la canción que llevaba nuestros nombres. De las emociones que anidaban hondo, muy hondo, donde ni la piel camufla lo que sientes.

—Tocas jodidamente bien —musité.

—Son solo estudios para calentar —explicó con la voz ronca.

—Son arte. —El «tú eres arte» se me quedó atascado, temblando entre la emoción y el deseo.

Aquellos fragmentos que reproducía de memoria, de los que no llegué a indagar título ni compositor, rasgaron mis vísceras poco a poco. Si alguien llevaba las riendas, era Atena. Ella me enseñó que renunciar a la prudencia no era una opción. Nos habíamos elegido de manera inconsciente y no había números que pudieran tambalearnos.

69
Atena

El abrazo de Joel se aflojó a la altura de mis caderas, pero su mentón siguió acariciando mi clavícula unos segundos más, sin prisa. El aire pesaba y yo, en cambio, me sentía muy ligera, capaz de volar.

Hicimos caso a la prudencia y nos apartamos, él emitió un quejido lastimero que me provocó una carcajada. Guardé el violín en el estuche notando su mirada taladrándome la nuca, y me apoyé en una mesa situada a cinco pasos de Joel. Mis dedos repiquetearon una polirritmia en la madera mientras nos observamos odiando cada centímetro entre nosotros.

—¿Emocionada por el viaje? —preguntó sin apartar la vista de mi boca.

Se me cortó la respiración. La camisa azabache que llevaba resaltaba el celeste de sus ojos. Me perdí en ellos algunos segundos antes de formular una respuesta.

—Lo estaría si pensase ir.

—¿No piensas ir?

—En algunos hogares seguimos en crisis. —Tanit iba a enviarnos la cantidad justa para pagar los gastos de la clínica y comida, no podía permitirme lujos.

—Si el dinero no supusiera un impedimento, ¿querrías ir?

—No —mentí.

—Cierra los ojos y dime que no te ves allí.

—Si cierro los ojos, nos veo a nosotros. El lugar es secundario —le desafié.

—Déjame regalarte el viaje, Atena.

—No.

—Dame un motivo de peso.

—Quiero estar en el escalón en el que estás tú, a la misma altura. Quiero conseguir cosas, no que me las pongan en la mano. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero...

Di un paso al frente. Dos. Tres. Apenas nos separaban unos palmos.

—Ves en mí a una mujer, no a una adolescente, pero también quiero que adviertas fortaleza y autonomía. Lo fácil no me interesa, me he ganado lo que tengo y pretendo seguir así. No necesito que me salves, Joel.

—Comprendo tu punto de vista, aunque le des demasiada importancia. Un viaje no te ata a mí. Jamás te pediría algo a cambio o te echaría en cara una acción que me nace.

—Lo sé, pero aceptar que empecemos así no es propio de mí. Me haría sentir incómoda, inferior, la que te arrastra.

—Vas al volante, Atena. —Me dedicó una sonrisa ladeada—. Y no sabes lo bien que suena oírte hablar de ese principio...

—Ciento siete días —murmuré, pero fue como si lo gritase.

—Ciento siete —afirmó—. Cuento cada minuto.

—Yo, cada segundo —contesté sin ruborizarme ante semejante cursilería, con él me permitía ser un caleidoscopio de prismas dispares, sin filtro. Tan romántica empedernida como soñadora de ojos abiertos, sensible y tenaz para la música, guerrera silenciosa en casa, heroína de capa morada en una oleada feminista que bañaba las calles. Luchadora, a veces frágil, a veces desafiante, terca y perspicaz. Muchos matices en una sola Atena, y todos ellos a salvo junto al chico que se detuvo una tarde de septiembre a escuchar mis canciones.

Joel avanzó hacia la puerta.

—Espera. —Corrí hacia él y le di un beso en la mejilla, notando el suave cosquilleo de su barba de dos días contra mi boca—. Gracias por preocuparte por mí. Por haber estado ahí cuando lo necesitaba.

Le expliqué que mi padre había ingresado voluntariamente en una clínica en la que trataban su enfermedad mediante psicoterapia individual, en grupo y actividades deportivas, que nos llamábamos cada tarde y que ese verano prepararía las pruebas de acceso al Conservatorio.

—Mereces que te pasen cosas extraordinarias, Atena. —Trazó el puente de mi nariz hasta la punta con el índice, manteniendo la yema entre mis labios hasta que los curvé en una sonrisa.

Seguí tocando un rato más después de que se marchara, a solas con mis cavilaciones, dándole vueltas a las cosas que nos habíamos dicho Isolda y yo. A las que nunca le había confesado a Tanit. A lo asombroso que había sido escuchar a Víctor pedir ayuda.

Volqué cada pensamiento en el violín y las notas de la partitura que reproducía tomaron su propio camino hasta transformarse en una composición personal.

70
Joel

Aquel sábado volví a casa de Irina y Fede para continuar con la tradición de paseos por el parque meciendo el carrito de Elisenda. Tras dormir a la bestia, solíamos sentarnos a comer en silencio sobre los recipientes de plástico del chino, vietnamita o turco que elegíamos a suertes. A menos que mi madre se uniese a la fiesta; en ese caso nos deshacíamos en halagos hacia sus canelones con tomate, carne en salsa o lentejas a la riojana.

Después de acunar a mi sobrina en brazos y adormecerla con un capítulo de *Peppa Pig* en el móvil, me despedí de la pareja y llevé a mamá de vuelta a Sabadell.

A las doce, aparqué cerca del Hamlet. La noche caía sobre la ciudad sin estrellas. Corría un viento cálido agradable que me invitó a bajar la cremallera de la chaqueta y quedarme con el jersey de algodón. Todo parecía en calma, justo lo que necesitaba para hilar conversaciones con mis pensamientos.

Tras un partido de baloncesto descafeinado, la clientela se marchaba cabizbaja hacia sus hogares. Eloi recogía el último plato y colocaba las sillas sobre la mesa para que su tío pudiera fregar el suelo. Esquivé el reguero de agua y, de puntillas, llegué hasta un taburete frente a la barra.

—Llevas un nubarrón gris encima —saludó mi amigo pasándole un trapo húmedo a la bandeja circular de las bebidas.

—Lo sé.

Solté un bufido sonoro y me froté los párpados. El tío de Eloi echó la llave para cerrar el local y me dio unas palmaditas en la espalda antes de invitarme a una cerveza y desaparecer rumbo a la cocina.

—¿Algo relacionado con Atena? —preguntó mi amigo.

—Sí.

—Cuéntame.

Sirvió un cuenco con aceitunas rellenas y se llevó una a la boca.

—Su clase quiere hacer un viaje de fin de curso a París, solo los de bachillerato artístico, y estoy buscando maneras de financiarlo.

—¿Financiarlo es sinónimo de convertirte en mecenas? Te va a costar un ojo de la cara y algunos órganos.

—Iba a regalárselo, pero se niega, así que llevo unos días rastreando internet en busca de gangas. Avión y alojamiento para nueve alumnos y dos profesores... Va a ser imposible.

—Espera. —Sacó el móvil del bolsillo y empezó a abrir pantallas de Google. Le di un trago a la cerveza y observé su semblante confiado—. Soy un máquina encontrando vuelos baratos.

—Si lo consigues, te invito a la siguiente ronda. —Dibujé líneas en el cristal lacado de mi bebida.

—Mejor invítame a unas *pizzas* en tu piso mañana.

—Hecho.

En menos de quince minutos, dio con ofertas de una compañía de bajo coste y su sonrisa se ensanchó con arrogancia.

—Te lo he dicho, soy un *crack*. ¿Os importa salir de madrugada?

—Si no hay más remedio...

Me mandó los enlaces para que hiciera capturas y se las mostrara a los alumnos el lunes. Hacer noche en el aeropuerto, no facturar equipaje y ocupar asientos aleatorios sonaba poco prometedor, pero era eso o decirle adiós a la aventura.

Una vez tachado el primer quebradero de cabeza, nos ocupamos de algo aún peor:

—Los hoteles en París son carísimos —comenté—. Y si nos decantamos por algo en los alrededores, tendremos que gastar la diferencia cogiendo metro o autobús.

—¿Has mirado bien?

—En más de quince páginas.

—Hay que descartar mucho hasta llegar a las que merecen la pena. Tú echa un vistazo a foros de opinión, yo voy a ver portales de reserva.

Fue un trabajo en equipo que nos retuvo en el bar hasta las dos. Encontramos un hostal a veinte minutos a pie del centro por cuarenta y cuatro euros la noche, sin aire acondicionado ni wifi. El edificio daba a una carretera

transitada de la que varios clientes se habían quejado, y las puntuaciones no superaban las dos estrellas.

—¿Y si les parece una mierda? —me preocupé.

—En temporada alta no hay nada más barato. Venga, Joel, no seas catastrofista. ¿Te acuerdas de nuestro viaje de fin de curso? Albergue con cucarachas, baño compartido para toda la planta y comida rápida cada día. Nos perdieron las maletas, hubo indigestiones y tuvimos que ir con camisetas de «I love London». Eso sí fue una mierda, pero lo que recordamos son las risas corriendo bajo la lluvia para refugiarnos en las tiendas, la tarde en la que el suertudo de Aitor ligó con una turista que le pidió una foto, o el atracón que nos dimos a pastelitos de azúcar para desayunar.

—Los de Mr Kipling estaban tremendos —coincidí.

—Eso es lo que queda, tío, lo bueno. Lo pasarán genial.

La semana siguiente presenté el itinerario en clase, tartamudeando cual alumno que oscila entre el aprobado y el suspenso con su exposición oral.

—Es bastante ajustado de presupuesto y no todo lo cómodo que podría —admití. Había listados de museos gratuitos, restaurantes decentes y muchos lugares que ver en cinco jornadas. Los estudiantes votaron y les pareció bien—. Y ahora lo más complicado, modos de recaudar ese dinero.

Aquel viaje unió a los alumnos y dejó al descubierto los rasgos más positivos de cada uno. En cuestión de días, los chicos me demostraron que el deseo por algo crea magia. Juntos, transformaron mis ideas en un sueño plausible.

Sin sentirse obligados, realizaron sus aportaciones individuales: Samuel vendió caricaturas por cinco euros; Ruth, Felisa y Olaya donaron las ganancias de sus vídeos de danza monetizados en YouTube; Diana se desprendió de varios juegos de los Sims y de ropa de otras temporadas por eBay; Dídac y Atena crearon un espectáculo de improvisación en el que el violín acompañaba a monólogos ingeniosos. Incluso Minerva ofreció talleres de fotografía con la réflex que le habían regalado por su cumpleaños.

Verlos esforzarse, ser responsables y dedicar horas que no tenían me inspiró. No se trataba de hacer todo el trabajo y darles la solución, tampoco de prohibirles algo sin que lo intentaran antes. Con aquella cadena de acciones,

fomentando la cohesión para alcanzar un objetivo común, aplicamos valores que no se inculcan con exámenes y que nos forjan como personas.

A modo personal, llevé algunos de mis ejemplares de diseño gráfico a librerías de segunda mano que los pagaban a mitad de precio, y maqueté imágenes de viajes que había hecho con Eloi para contribuir vendiendo postales de diferentes países.

Sin pedir permiso, coloqué una hucha en la sala de profesores para que los docentes realizasen aportaciones. Me asombró hallar la espléndida cantidad de trescientos treinta y siete euros. Pese a que el Valancós no era muy dado a saltarse las normas y llevarle la contraria al director, mis compañeros se apiadaron de los estudiantes. A veces la generosidad es tan osada que rompe reglas e ideas preconcebidas.

En tres semanas cubrimos los vuelos y la mitad del alojamiento, solo nos faltaba un poco más para las salidas culturales y la comida.

En abril pedimos permiso para montar una parada de rosas y puntos de libro el día de Sant Jordi, y añadimos bizcochos caseros de la pastelería del primo de Ruth. Además, la madre de Xavier, que trabajaba en una imprenta, puso a disposición de los alumnos varias cajas de camisetas con frases de series de televisión, las cuales se agotaron en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando las cifras se estancaron, fueron Dídac, Samuel, Felisa y Diana quienes acudieron a la sala de profesores para hacer donaciones anónimas al bote común.

—Somos los que se encuentran en mejor situación económica y queremos contribuir —expresó Samuel—, pero preferiríamos que quedase entre nosotros. Este viaje es de todos e iremos por el esfuerzo global.

—Lo que cuenta es que cada uno ha participado haciendo algo que se le da bien o renunciando a cosas que le gustaban —añadió Felisa.

71
Atena

Era una tarde de inicios de mayo y la biblioteca del Valancós estaba llena. Tras descartar ir a estudiar a mi casa por no tener acceso a internet, arrastré los pies camino a la de Dídac.

Aprovechando que sus padres no habían vuelto aún de trabajar y con la promesa de que Isolda llegaría a las nueve, nos instalamos en la mesa del salón para hacer esquemas de los apuntes.

—Ahora es cuando odio a Virginia por haberse pasado las clases hablándonos de su vida y no explicarnos nada —se quejó Dídac abriendo el cuarto tubo de Lacasitos de esa semana.

—Nos parecía graciosa a principios de curso —puntualicé.

—Sí, claro. A todos nos gusta perder horas lectivas, pero en selectividad no me aprobarán si les hablo de lo mucho que tiemblan las tarjetas de crédito de mi profesora después de arrasar en La Roca Village.

—Inglés será una lotería —coincidí—, pero el resto está en nuestras manos.

Pese al bloqueo inicial, el repaso nos cundió y completamos las tareas del calendario. Resumimos varios capítulos del libro de Inglés siguiendo una estructura idéntica, dividiéndolos en tres secciones: teoría en los primeros folios, práctica con ejercicios destacados y un listado de vocabulario traducido al final.

Hicimos las paradas obligadas para beber agua, levantarnos a mirar a lo lejos por la ventana y, a las seis, nos premiamos con una merienda de pan de molde relleno de Milka. Unos minutos más tarde llegaron Úrsula y Daniel, y trasladamos los apuntes a la habitación de Dídac.

Después de una ronda relámpago de preguntas para asegurarnos de que se nos había quedado algo del temario de Literatura, nos tumbamos en el suelo con la vista clavada en los pósteres de Matthew Daddario, Troye Sivan y Agoney que decoraban sus paredes.

—¿Y pretendías que me sorprendiese cuando me dijiste que eras gay? —Dejé las fotocopias de comentarios de texto a un lado y bostecé, estaba exhausta.

—Sigo resentido por no haber conseguido una reacción más a lo peli de Spielberg.

—Eres reservado, pero resultas fácil de analizar, rubito. Lo sabes de sobra. —Alargué la mano y le revolví el flequillo.

—Tú también, chica enigmática.

—¿Enigmática yo?

—Tú y tus secretos. Sé que los tienes, así que no disimules.

—Yo... —Me puse rígida.

—No te estoy pidiendo que me los cuentes, Atena. —Su risa contagiosa no me hizo sentir mejor—. Relájate.

—Debería contártelos. Somos amigos.

—Y los amigos entienden que algunos silencios están llenos de palabras, y que las cosas solo deben decirse cuando uno está seguro de querer hacerlo, no por temor a que alguien se enfade.

—¿Has vuelto a leer a Paulo Coelho?

—Cogí uno de los libros que Isolda puso en la puerta para tirar. No me extraña que dejara Psicología, aunque los temas sobre la conducta humana son interesantes. —Mi rostro debió de crisparse, porque añadió—: Lo siento, no tenía que haberla mencionado.

—No importa.

—¿La echas de menos?

—A la que era hace un tiempo. Eso es lo peor, tener la certeza de que tu amiga ha cambiado o quizá siempre fue así, solo que las circunstancias eran distintas.

—Las dos habéis cambiado, y evolucionar está bien, el problema es que ella es más de obsesiones y tú eres fiel a quienes te rodean, necesitas apoyo incondicional.

—Ojalá no fuera así.

—No digas eso. Que otra persona no te acepte no significa que haya algo malo en tu forma de ser. No sois compatibles, fin del drama.

Me di la vuelta hasta quedar de lado para disimular que estaba al borde de las lágrimas. Suspiré y supe que era correcto sincerarme con él.

—Tengo que decirte una cosa, Dídac.

—No tienes que decirme nada.

—Quiero decirte una cosa —rectifiqué.

—Si está relacionada con Sam, prefiero no saberlo hasta después de los exámenes. Necesito centrarme.

—No es de Sam. Es... sobre otro chico.

—¿Te has colgado de alguno?

—Sí.

—¿Xavier? —Frunció el ceño.

—No.

—¿Yo?

—Me has pillado, llevo enamorada de ti desde que le echaste un cubo de arena a mi fiambrera de macarrones aquel día que tus padres nos llevaron a la playa.

—Joder, Atena, teníamos siete y ocho años. Eres superrencorosa.

—Y tú, un mocoso creído. —Le di un codazo.

—¿Es de clase?

—Si respondo, lo adivinarás.

—¿Una chica? Por favor, que no sea Minerva. Me da un miedo impresionante cuando se toca el *piercing* con la mirada ida, como si planease matarnos a todos.

—No eres el único que la imagina escribiendo *Los Juegos del Hambre* versión bachillerato artístico —corroboré—. Y no, no es ella.

—Se me acaban las opciones. ¿Es de ciencias o de letras?

—De ninguna. —La cara de Dídac se arrugó en una mueca de confusión—. Estudió diseño, pero da clases de arte.

—¡No!

—Sí.

—Ostras, Atena... No te preocupes, es totalmente natural que semejante ser de proporciones áureas te resulte atractivo.

—Nos besamos.

—¡Perra con suerte! —clamó abriendo mucho los ojos.

—Varias veces.

—¡Más que perra!

—De hecho, la sudadera que llevo es suya.

—Vale, vamos por partes. —Se incorporó para sentarse de rodillas—. Punto número uno: me alegra que exista una explicación para que te la hayas puesto casi a diario desde marzo. Punto número dos: ¿cómo ha llegado una prenda de su

armario a tu cuerpo? Punto número tres: déjame olerla.

—Me la prestó un fin de semana que pasé en su casa —confesé cuando soltó la manga que trataba de esnifar en busca de un rastro de perfume de Joel—. Dídac, tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie.

—¿Ni a Troye Sivan?

—A nadie o me metes en un lío.

—Mis labios están sellados, rubia. Pero dame detalles, ¿es más de ColaCao o de Nesquik? ¿Duerme desnudo o con calcetines? ¿Y qué parte del cuerpo se frota primero en la ducha?

—Eres un pervertido —solté entre carcajadas.

—Y tú, una buena amiga que va a narrarme los secretos más oscuros de nuestro profesor a cambio de que sea vuestro aliado en París.

—No necesitamos aliado.

—Por favor, viajaremos a la Ciudad del Amor, conviviremos bajo el mismo techo y oirás sus ronquidos a través de la pared. Querrás darle más besos en Francia y yo te ayudaré. Aunque, si te echas atrás, yo ataco.

—Como si tuvieras posibilidades.

—Seguro que más que con Sam. —Rio y, que pudiera bromear sobre ello, me alegró.

—Tu primer amor será mucho más épico. El curso que viene practicarás escenas de besos en el Institut del Teatre.

—Lo veo. Haré la versión *queer* de *Romeo y Julieta* con un guaperas que será actor de método y querrá pasar día y noche conmigo para meternos en los personajes —soñó despierto.

—Pues sí que será épico...

—Aunque por ahora me quedo con Joel. En serio, no puedes fijarte en todos los tíos macizos de nuestro alrededor. Llámame obseso, pero empezaba a captar vibraciones gais del profesor.

—No es gay.

—En mis sueños, sí. Supergay. Vemos *Llámame por tu nombre* mientras corrige comentarios de obras renacentistas y nos pasamos el día escuchando a Adele.

—Siento romper tu burbuja surrealista, pero no lleva muy al día la cartelera y le va más el *rock*.

La puerta se abrió de repente. Isolda me miró y yo bajé la vista a mi regazo, negándole el saludo.

—¿Qué haces? —le preguntó Dídac.

—Nada, no quería molestar —se disculpó.

De soslayo, advertí su rostro ensombrecido y se me hizo un nudo en el estómago.

No sentí el impulso de levantarme e ir tras ella. No nos quedaba una charla pendiente ni un malentendido por resolver. Simplemente éramos dos chicas que se habían querido mucho, pero avanzaban en direcciones opuestas.

72
Joel

En cuestión de días, las temperaturas superaron los veintiocho grados y sustituimos las chaquetas de primavera por prendas de manga corta. El verano se colaba por las ventanas del instituto con rayos dorados que anticipaban las tardes de helados, chapuzones en la piscina y paseos frente al mar, aunque el ambiente que se respiraba en el Valancós era otro.

En los pasillos, las aulas y durante los recreos, el desasosiego se enmascaraba con un silencio turbador.

La agenda escolar llegaba a su fin para los estudiantes de segundo de bachillerato, y el término «selectividad» se convertía en ese gran innombrable que causaba sudores fríos e insomnio.

La charla sobre orientación profesional, lejos de ayudar, había sembrado el caos con el temido listado de notas de corte. Pese a que la mayoría de los alumnos del artístico no precisaban de una calificación mínima para entrar en el conservatorio de música o danza y deberían hacer exámenes concretos para teatro o Bellas Artes, tenían grabado en la mente que lo mejor era no descartar opciones. «Ya que has llegado hasta aquí, no te cuesta nada presentarte a las pruebas de acceso a la universidad. Así, si te cansas de la pintura, podrás entrar en una carrera de verdad», le habían recomendado los padres de Diana a su hija.

Por si la charla orientativa no hubiera sido suficiente para atemorizar a los alumnos, la idea de realizar un simulacro de dos días con exámenes oficiales del año anterior agravó el pánico en el instituto. El director insistió en que la nota global contase para la media de bachillerato, y ningún docente osó negarse.

Los estudiantes estaban asustados. Un ejemplo evidente era Minerva, cuyas ojeras conjuntaban con sus camisetas oscuras de grupos góticos. Paradójicamente, la delegada de clase no necesitaba más que un aprobado para matricularse en Diseño. La había visto docenas de veces con folletos del centro

privado en el que quería cursarlo, pero eso no le restaba presión. Iba a presentarse al máximo de materias de la fase específica para alcanzar la puntuación más alta: ese catorce que le serviría para suspirar de alivio y acariciar la excelencia.

Por su parte, Felisa, Ruth y Olaya habían aparcado sus clases de *ballet* para encerrarse de tres a nueve en la biblioteca. Sin la actividad que les servía para canalizar la tensión, les resultaba imposible concentrarse. Un ataque de histeria en el que Felisa rompió a llorar sin motivo aparente y las constantes visitas de Olaya al baño para vomitar me pusieron sobre aviso. Debía tomar cartas en el asunto, aunque mis métodos no fueron del agrado del centro.

Esa misma semana, aproveché la media hora del recreo para customizar el aula. Cuando entraron, las expresiones de asombro de los chavales provocaron que una sensación cálida se esparciera por mi pecho.

—Qué pasada —exclamó Dídac admirando el laberinto de pupitres y folios de colores que había formado, un juego a tamaño real en el que cada casilla contenía la fotografía de una pintura abstracta.

—Bienvenidos al *escape room* de obras contemporáneas —presenté—. Para llegar hasta el final y conseguir la recompensa, tendréis que decirme tres elementos de la composición de cada uno, su estilo y significado.

—Solo es un parchís cutre —espetó Minerva, malhumorada.

Ignoré su comentario y pedí a los chicos que se situasen en la esquina del inicio. Les repartí sobres con acertijos de autores y fui dándoles pistas para que se desplazasen por la estancia siguiendo el itinerario que había creado la noche anterior en el salón del ático.

Durante esa hora, abandonaron el derrotismo y volvieron a ser ellos: locuaces, responsables, enérgicos, a ratos despreocupados y testarudos, persistentes y metódicos. Jóvenes con ambiciones.

Las ganadoras —Minerva y Atena— recibieron su merecido premio: entradas para una exposición de Goya que estaban organizando cerca del puerto. Unas palmadas en la espalda bastaron para persuadir al resto de que sus horarios de estudio darían frutos.

—Si con tus clases didácticas no apruebo, asumo la culpa, Joel —bromeó Xavier.

—Creo que Fundamentos del Arte va a ser lo único que recuerde al examinarme —añadió Samuel.

Atena me observaba a su lado, a una distancia prudencial, con ojos

brillantes y un dedo acariciándose el labio inferior.

—Tranquilos, lleváis meses preparándoos —cercioré—. Selectividad no es una carrera para ver quién llega más rápido a la meta, es un medidor de lo que habéis aprendido durante años. —Me giré para mirarla a ella, solo a ella—. En cuarenta y seis días seréis libres.

En cuarenta y seis días podría decirle tantas cosas...

Los chicos salieron contentos del aula, más animados que en lecciones anteriores. Debí haber anticipado que aquel gozo se disiparía en unas horas, las que tardó el director en enterarse de lo que había acontecido durante los sesenta minutos de arte de ese viernes.

—Joel, quiero hablar contigo. —Se asomó por el aula de profesores.

—Claro.

Lo acompañé a su despacho, me sirvió una taza de café y apoyó los codos en la madera, frotándose las manos como si tratase de desmenuzar el cuerpo de una mosca que acababa de cazar.

—He recibido una queja sobre tu última clase de segundo. —Se apretó el nudo de la corbata—. Los alumnos no consideran que perder el tiempo con jueguecitos sea lo adecuado a estas alturas del curso.

—Precisamente por eso creí conveniente hacer una actividad más distendida. Someterles a tanto estrés tiene consecuencias.

—Hay que prepararlos de alguna manera para la presión a la que se enfrentarán en la universidad —rebatió enfatizando cada palabra.

Me contuve para no sacudir la cabeza en señal de desacuerdo. Nadie se ocupaba de aquellos chavales que estaban perdidos, que se debatían entre diferentes salidas profesionales, que aspiraban a algo y no lo conseguían, o intuían que la época en la que les había tocado vivir les pondría las cosas difíciles.

—Por supuesto, no lo tendrán fácil después del instituto —coincidí—, pero eso no significa que sea bueno dejar que se hundan cuando están a punto de enfrentarse a unos exámenes que, como les repetimos hasta la saciedad, marcarán sus destinos.

—Lo harán. La selectividad abre y cierra puertas, es un tema serio. Muchas familias no disponen de medios económicos para permitirse una universidad privada si no sacan la nota necesaria.

—Y muchos otros estudian por imposición de sus padres o elegirán carrera por amistades o modas. La abandonarán o seguirán con ella, aunque no todos

trabajarán en su ámbito. Cuatro años estudiando algo no te define. Existen otras vías como los módulos, cursos *online*, formación profesional o presentarse de nuevo a selectividad en septiembre.

—Detecto cierto resentimiento hacia el sistema educativo.

—Al contrario. Yo no me lo tomé tan en serio al principio, aprobé y estudié lo que quise. Pero me convencí de que hacer una cosa distinta a mi licenciatura significaba fracasar. No es ese el mensaje que pretendo transmitir.

—Joel, no pierdas el norte. Tu trabajo se basa en explicar el temario y puntuar, aplica los discursos de motivación en tu tiempo libre. —Me dedicó una sonrisa forzada—. Los estudiantes vienen aquí a aprender y tú eres una figura de autoridad a la que deben respetar. Nada de excursiones, nada de transformar aulas en tableros y nada de quebrantar la filosofía de este instituto. Acata las normas.

Me tendió la mano, dando por zanjado el asunto. Me levanté del asiento y tragué saliva mientras ejercía fuerza contra mis dedos en aquel pulso desconcertante, firmando un acuerdo no verbal en el que no volvería a desafiarle.

Caminé hacia la salida, pero frené en seco y añadí:

—Con todos mis respetos, soltar la mochila de piedras durante una hora no es perder el tiempo, sino recuperar energías para seguir adelante.

—Qué equivocado estás. —Su semblante no se alteró, aunque su tono gélido me erizó el vello de la nuca—. Entrarás en razón si te planteas firmar un contrato para continuar en el Valancós el próximo curso.

73
Atena

El 21 de mayo había sido el último día lectivo para los alumnos de bachillerato del IES Valancós. El viernes solo pasaríamos por el instituto a recoger las notas y la estampa iba a ser muy distinta a la del curso anterior. Las había aprobado todas; mi media sería de siete, destacando el ocho y medio de Fundamentos del Arte.

Llamé a Víctor para charlar como solíamos hacerlo desde que ingresó en la clínica. Había días mejores, otros peores. Esa tarde tuvimos suerte y el diálogo apocado dio paso a risas tímidas y a ese primer «te quiero, pequeña» desde hacía un año.

Más tarde le escribí un correo a Ariadna para que me reservase una plaza del intensivo de verano. Mi profesora de violín respondió con exclamaciones y prometió mandarme partituras y el programa del curso para que le echase un vistazo.

Cené, repasé los apuntes que había estudiado con Dídac en la biblioteca y me metí en la cama. Antes de cerrar los ojos, le mandé un mensaje a Joel:

«Cuarenta. Solo cuarenta».

«Y veinte minutos», respondió él.

Sonreí. Pensar en Joel se había convertido en mi modo de crear un álbum de recuerdos con aquellos instantes compartidos y los que imaginaba que llegarían más tarde. Como caminar de la mano por la calle; lanzarme a sus labios con los ojos cerrados, sin miedo al rechazo; tener una cita de escaleras y gofre al atardecer; pasar un fin de semana rodeados de música y series en su ático; conducir para ir a la playa de Castelldefels en un arrebato y darnos esos besos que guardamos en los bolsillos una noche de marzo.

Pensaba en ello cuando nos encontrábamos en la misma clase, nuestros brazos se rozaban al subir las escaleras o su mirada captaba la mía en mitad del pasillo. Mi mente creaba escenas anticipándose al futuro y me quedaba sin aliento, notando los bombeos acelerados en la garganta.

Un pestañeo y nos encontrábamos en su piso, despidiéndonos antes de empezar el día; él hacia el instituto, yo cargada de partituras del Conservatorio. Al siguiente, estábamos acurrucados en el sofá y Joel me pedía que retirase la cabeza de su hombro para correr hacia el dormitorio y poner en marcha una idea que implementaría en sus clases. Otro más y abríamos los regalos de Navidad, agendas adornadas con nuevas propuestas que nos harían conocernos mejor de forma individual y como pareja.

Con él, incluso lo más sencillo y rutinario se me antojaba interesante. Joel amplificaba lo bueno y hacía que los miedos enmudecieran.

74
Joel

No acertaba a meter la llave en la cerradura del ático y precisé de dos largos minutos para abrir la puerta.

Llegaba agotado del instituto. De puntuar simulacros. De corregir ejercicios extras que había encontrado en el aula de profesores con mi nombre. De soportar las miradas inquisitivas del director. Y, aun así, visualizaba los rostros relajados de los chicos en mis clases y merecía la pena.

Caminé hacia el dormitorio sin saber que allí recibiría una noticia importante. Ajeno a lo que iba a suceder, me senté en la cama y dejé el maletín del trabajo sobre las finas sábanas de primavera, frotando un talón contra el otro para quitarme los zapatos.

El móvil se iluminó con un número desconocido en la pantalla y descolgué, dispuesto a saludar con un cortés: «No tengo tiempo para hacer encuestas».

—¿Puedo hablar con Joel Sanz? —preguntó una voz femenina.

—Sí, soy yo —carraspeé.

—Llamo en relación a una vacante de empleo.

—No me he inscrito a ninguna oferta recientemente. —Contuve la risa y me pasé el teléfono a la otra oreja. Hacía nueve meses que no entraba en Infojobs ni en LinkedIn.

—Guardamos su contacto en la base de datos del puesto de diseñador gráfico al que se postuló el año pasado en la empresa Digital Trendings —informó la mujer—. Actualmente vamos a ampliar el departamento de arte con un equipo de tres personas y consideramos que su perfil encaja con lo que estamos buscando. Nos gustaría concertar una entrevista el jueves de la semana que viene.

—Mi situación ha cambiado, tengo un puesto en otro ámbito —farfullé cual autómata. Sin reflexionar, porque si me detenía a hacerlo..., no sabía qué ocurriría.

Una persona no solo es de dónde viene y adónde va, lo que ve al cerrar los ojos y lo que hace para modificar su presente. Cada uno de nosotros somos todo lo que nos ocurre: ese pensamiento que desechamos, esa conversación que repasamos mentalmente porque no pudimos expresarla con palabras, cómo empezamos una relación y cómo la acabamos. Cada «sí», cada «no», cada titubeo. Los compromisos a los que fuimos obligado, las canciones que tarareamos en la ducha, esa película que nos reconforta cuando enfermamos, los libros en los que nos reconocemos.

Cada latido acelerado que palpita en nuestra garganta al recibir esa noticia que tanto esperábamos. Y no llegó, no en el momento adecuado.

—La incorporación no sería inmediata. Si tiene que avisar con quince o veinte días de antelación en su actual empleo, no habría problema —añadió la mujer.

Ahí estaba, la escalera cayendo del cielo y una mano ayudándome a ascender por ella. ¿Por qué las alturas no se me antojaban tan atractivas? ¿Acaso había aprendido a respirar bajo el agua?

—¿Puedo pensármelo? —Fue la réplica más prudente que se me ocurrió.

—Por supuesto, pero necesitaría una respuesta esta semana para planificar el calendario. Le mando mis datos de contacto al correo de su currículum, espero tener una contestación suya pronto.

—Gracias, les escribiré.

Al colgar, me levanté del colchón y salí de mi habitación. Abrí las ventanas del salón en busca de aire, como si una ventisca fuese a llevarse las dudas. O las certezas, porque estaba más seguro de lo que ansiaba que de lo que tiempo atrás perdí.

Recordé una cita de Antoine de Saint Exupéry que decía: «Un diseñador sabe que ha logrado la perfección no cuando no hay nada que añadir, sino cuando no hay nada que quitar». Tenía razón, y en ese instante lo comprendí. No deseaba suprimir nada de mi vida; ni mi puesto en el Valancós, la incertidumbre contra la que había batallado hasta creerme docente, ni siquiera aquella llamada que me invitaba a cerrar una etapa y emprender la aventura. No, esa llamada era importante. Me obligaba a ver que había evolucionado, que a veces tienes el

poder de adaptarte a un medio hostil y quieres retarte, comprobar hasta dónde podrás llegar. Lo difícil, aquello que te obliga a madurar y a despedirte de quien anhelabas ser, es lo que merece la pena.

No obstante, nadie nos prepara para decir adiós, y yo lo estaba haciendo de un modo u otro. Así que lloré. Había hallado otro camino alejándome de lo que me hacía feliz, y resultaba tan contradictorio a la par que gratificante, que las lágrimas me supieron mitad saladas, mitad dulces. Me hundí en el sofá y me pregunté dónde estaría de haber recibido aquella oferta un año antes.

Quizá por esas fechas habría conseguido un puesto indefinido en una agencia.

Alguno de mis *packagings* se comercializaría en las grandes superficies.

Las campañas gráficas vestirían mis logotipos.

Atena y yo lo habríamos tenido más fácil.

No me habría enamorado del arte.

La clase de segundo de bachillerato artístico nunca me habría conocido.

Seguiría opinando que la creatividad es solo aplicable a ciertas profesiones.

Casualidades. Sucesos que te marcan. Algo temporal que se extiende y moldea tu personalidad con rasgos que desconocías de ti mismo. Oportunidades que no llegan, que te susurran en sueños, te atormentan al despertar o se materializan ante ti cuando es demasiado tarde.

De los condicionales aprendes que mirar al pasado siempre va a doler porque no hay modo de deshacer nudos, borrar cicatrices o rectificar el final de esa historia que ya no te pertenece. El ayer se queda ahí contigo, tatuado con tinta invisible sobre tu piel, pero hay más. Está el presente, lo que acontece de un modo imprevisto y le otorga un filtro distinto a tu visión. El pálpito que no esperabas y golpea acero cuando te creías de cristal.

La vida es un laberinto con trampillas y pasadizos secretos en el estamos influidos por tantos factores que la toma de decisiones se torna impredecible.

Redacté el *e-mail* de renuncia a Digital Trendings sintiendo que le fallaba al pasado, que estaba cometiendo un error. Y suspiré pensando en las maletas que haría antes de marcharme a París. En todos los lugares a los que un avión podría llevarme, todas las posibilidades que se esbozaban ante mí al aceptar o rechazar algo. Todo lo que había sido, era y jamás llegaría a ser.

75
Atena

Cuando llegó el día de selectividad, estaba tan cansada de estudiar que los nervios se evaporaron nada más pisar el campus de la Universidad Politécnica. El reloj aún no marcaba las ocho y la brisa matinal mecía los árboles y briznas de hierba de las explanadas rectangulares que separaban los edificios de cada facultad.

Nos recostamos en un bordillo y nos mantuvimos en silencio mientras apurábamos hasta el último segundo. Las bailarinas hojearon libros de texto en el suelo, con las piernas abiertas en un ángulo de ochenta grados. Xavier leyó en voz baja un tema de Filosofía, y Sam se puso los auriculares para relajarse.

Yo guardé la libreta con esquemas dentro de la mochila y me propuse vaciar la mente, obviando a los grupos de otros institutos que se agolpaban a nuestro alrededor.

—Ya casi es la hora —informó Dídac apagando una de sus alarmas del móvil, pero solo los del artístico le hicimos caso.

Sorteamos a los corrillos de letras y ciencias, e hicimos cola frente al acceso principal. Cuando abrieron la puerta y entramos uno a uno en el aula, Virginia y el director, que nos habían acompañado en metro, se marcharon a tomar un café.

Me acomodé en un asiento de la cuarta fila, dejando dos lugares libres entre Dídac y yo, y escuché las indicaciones del profesor asignado antes de pegar mi código de barras en el primer folio. Una vez bajé la vista al papel, las manecillas del reloj multiplicaron su velocidad y me zambullí en los tres años de conceptos y apuntes que me habían conducido a ese momento. No necesitaba aprobar para entrar en el Conservatorio y, aun así, anhelaba hacerlo. Para demostrarme que había superado cada obstáculo, que ni la separación de mis padres ni los problemas de Víctor con la bebida iban a dictaminar qué sería de mí.

Ese día, Atena Beltrán era mucho más que una etiqueta sin nombre. Me sentía preparada y expectante, sosteniendo un bolígrafo con la misma soltura con la que balanceaba el arco contra el violín. La música que siempre me acompañaba se tornó un rumor bajito para facilitar que el temario fluyese del cerebro a la hoja.

Aquellas horas fueron un viaje catártico en el que no calculé los puntos que podría sacar de cada ejercicio ni me distraje a medida que mis compañeros entregaban sus exámenes o resoplaban haciendo malabarismos con lápices entre los dedos. Me aislé en una burbuja en la que solo existía yo, y supe que hacer selectividad no marcaría un antes y un después en mi rumbo, no como los alumnos que pretendían entrar en Medicina, Publicidad o Ingeniería. Pero también interioricé que cada acción a la que te enfrentas te enseña algo de ti mismo, y superar bachillerato me despojaba de los «no vales para los estudios», «te falta constancia para terminar las cosas» y «solo se te da bien tocar un instrumento».

Para mí acababa y empezaba una etapa con el final de ese curso. Allí, volcando en hojas las enseñanzas que tanto me había esforzado por asimilar, entendí que el verbo «querer» siempre supera a los «no puedo».

Pese a que las pruebas de Lenguas y Literatura me salieron decentes, en Inglés detecté frases sin sujeto y varios conectores inventados al revisar mi ensayo sobre el ecologismo antes de entregarlo. Salí de Historia con dolor en la muñeca de tanto escribir, y me presenté a Filosofía como específica para subir nota, aunque el examen que más disfruté fue el de Fundamentos del Arte.

Volví a recorrer las calles de Barcelona y cada fotografía mental de su arquitectura, sus museos y exposiciones. Evoqué aquellas lecciones en las que Joel se había desvivido por transmitirnos los enigmas de cada obra y las historias que las dotaban de significado y despertarían nuestra atención. Viajé por cada época, rescaté sus rasgos característicos y realicé el examen más sencillo de mis años como estudiante.

Ahí estaba la clave de todo: basta con experimentar algo para no olvidarlo nunca. Las clases de Joel nos lo habían inculcado.

76
Joel

Era jueves, el sol se fundía en la línea del horizonte y mi corazón vibraba ilusionado.

Quedaban unas horas para que los últimos días de junio llegasen y, con ellos, el ansiado viaje de fin de curso. Un desenlace con tintes de comienzo.

Cerré el grifo de la ducha y dejé que las gotas del pelo resbalasen por mi rostro antes de buscar una toalla con la que secarme. Los acordes de *Everyday Is Like Sunday*, de Morrissey, inundaban el baño a través del altavoz del móvil, y me resultó inevitable no pensar en Atena.

La chica que acudía a mi mente con cada canción.

La que añoraba sin haber tenido y me incitaba a tachar recuadros del calendario con una sonrisa ingenua.

La que había transformado el peor año de mi vida en una segunda oportunidad para reinventarme.

Me faltó poco para trazar su inicial en el espejo empañado. A veces —prácticamente a diario—, entraba en nuestro chat de WhatsApp y me quedaba embobado mirando su imagen de perfil, una fotografía que se había hecho en la salida al Castillo de Montjuïc a principios de curso. Y contaba los días para abrazarla, perder la razón oliendo el perfume de su pelo, escucharla expresar sentimientos a través del violín y pasar todo el verano hablando con ella, besando sus sonrisas y descubriendo el verde exacto de sus ojos al despertar.

Fantaseaba con prestarle mi ropa, prepararle desayunos, comidas y cenas, ir a conciertos, desgastarnos los labios en las sesiones de cine al aire libre que organizaban en Barcelona con la llegada del buen tiempo, verla pintarse y quitarse la línea negra que enmarcaba sus párpados... Soñar dormidos y despiertos, hacer de su risa mi felicidad, colgar en el salón un mapa de lugares que has visitado e ir añadiendo chinchetas hasta completar continentes a su lado.

Quería atreverme junto a Atena, darle todo lo que era y prometerle que me convertiría en alguien mejor. Pero aún no. Todavía quedaban algunos días para julio.

77
Atena

Durante el fin de semana me mantuve ocupada preparando la maleta. Planché y doblé prendas de verano, pantalones cortos y vestidos de gasa, además de meter una libreta de pentagramas en la cremallera lateral, por si la inspiración subía al avión al conmigo.

El domingo por la noche sentí el impulso de entrar en WhatsApp y contemplar la imagen de perfil de Tanit, pero no lo hice. En lugar de eso, busqué su nombre en la agenda de contactos y pulsé el botón de llamada. En un arrebato, sin anestesia.

Respondió al cuarto tono.

—Cariño, ¿cómo estás?

Tres palabras fueron suficientes para comprender que debía escucharla en vez de insultar a una fotografía. Aquel acto descabellado no escondía mayor pretensión que la de asimilar ciertos comportamientos y perdonarla. Mientras llegaba el día en el que una de las dos iniciaba la ruta definitiva que nos uniría o separaría para siempre, conversar se me antojaba mejor que espiar la vida de alguien a través de la pantalla.

—Estoy bien. —Mi respiración se aceleró y me levanté de la silla para deambular por mi cuarto, inquieta—. Quería hablar contigo.

—¿Es por una buena noticia? ¿Vas a venir a la boda?

—No, mañana nos marchamos de viaje de fin de curso y... —No supe continuar.

—Eso es estupendo. ¿Adónde vais?

—A París.

—París —repitió saboreando cada letra—. Nosotros nunca llegamos a ir, es una pena.

—¿Te refieres a papá? —pregunté con cautela, aminorando la velocidad de mis pasos.

—A papá, a ti y a mí —concretó en un tono dulcificado—. Teníamos una lista de sitios, nos quedaron tantos...

—Pero viajasteis mucho por España, cada verano salíamos unas semanas —recalqué.

—Sí, aunque con el paso de los años te arrepientes de no haber hecho más cosas. De no haber estudiado idiomas, de no haber planeado una escapada a Venecia cuando Víctor encontró billetes baratos, o de haberte quedado con las ganas de un crucero.

—¿Qué te lo impedía?

—Algunas veces el trabajo; otras, coincidían con fechas lectivas y pensaba que no era buena idea sacarte de clase una semana. —Suspiró—. Excusas de las que aún me arrepiento. La vida es corta y todo puede cambiar de repente.

—Te estoy amargando la noche y mañana vas a casarte —me disculpé.

—Nada de eso, Atena —aseguró apenas sin convicción—. ¿Cómo está tu padre?

Una parte de mí se alegró de que lo nombrase, como si esa fuera la prueba irrefutable de que todavía le importaba.

—Mucho mejor —reconocí. Me senté en el borde del colchón y balanceé los pies—. Hay altibajos, pero hablamos a menudo. Está poniendo de su parte. —Mi tristeza le pasó desapercibida. Tanit era ajena al infierno que habíamos vivido en su ausencia. Tampoco quise narrárselo, no era el momento de recriminar nada, sino de mirar hacia adelante—. Gracias por lo que estás haciendo por nosotros. El dinero nos viene genial, y papá se está recuperando.

—No hay de qué, cariño. Sé que debería hacer mucho más.

«Deberías», coincidí. Clavé la mirada en el violín que descansaba en mitad de la cama y jugueteé con sus cuerdas para serenarme antes de lanzarle una invitación a Tanit.

—¿Vendrás algún día? Después de la luna de miel, o en un par de meses.

La oí expulsar una bocanada que traspasó el teléfono y cargó mi habitación de plomo. Sentí las partículas ejerciendo fuerza contra mi cabeza, estrujando cada hombro hasta doblegarme por completo. El huracán de tensión ganó el pulso.

—Atena, no creo estar preparada para volver a Barcelona. Todavía no.

—¿Por qué? —No era una recriminación, solo deseaba entenderla.

—Me da miedo arrepentirme de lo que hice, que veros me revuelva por dentro y solo pueda pensar en lo que dejé atrás.

—Pero vas a casarte.

—Quiero hacerlo, no me interpretes mal, estoy enamorada de Sergio, cariño. Y la convivencia con tu padre era complicada. Aun así, estuvimos juntos muchos años, hay cosas que el corazón siempre recordará —puntualizó con nostalgia—. Sé que no me he comportado bien, he sido egoísta y te he apartado porque formabas parte de una etapa a la que no podía enfrentarme. Espero que algún día me perdones. Si hay alguien que puede comprenderme, esa eres tú.

—¿Yo?

—Nos parecemos más de lo que crees. Ambas adoramos crecer, desplegar las alas sin pedir permiso. Aborrecemos estancarnos. Quienes vivimos más en fantasías que en el presente corremos el riesgo de que todo se nos quede pequeño.

Medité durante unos segundos de silencio. Había tratado de ser empática con Víctor durante su adicción, pero terminé huyendo, protegiéndome. ¿Acaso no era eso lo que Tanit había hecho? Desaparecer para que nuestra infelicidad no la consumiera. Desarrollar el instinto de supervivencia.

—¿Eso es lo que te ocurrió con papá? ¿Tus expectativas superaron a lo que teníais?

—Atena, los matrimonios no son un cuento de hadas. —Imaginé el centelleo de sus ojos debido a la emoción, con un ligero temblor en la mano que estaría creando florituras imaginarias, acompañando su narración—. Hay que luchar, hay que ceder y poner sobre la balanza lo que te aporta la otra persona, tanto lo malo como lo bueno. No existe una fórmula mágica para que funcione y, desde luego, convivir las veinticuatro horas añade trabas a la relación. Empieza con insignificancias como sustituir tu programa favorito por una película bélica, quedar con sus amigos cuando te apetece pasar el sábado en casa, cocinar toda la tarde y sentirte defraudada si no halagan tus platos. Por eso es importante hallar algo de romanticismo, instantes para reconectar y que la rutina no destruya esos gestos que hacen revolotear mariposas en la tripa. A veces piensas que estás dando demasiado, que te pierdes accediendo a cenar en ese restaurante que no te gusta o no siendo capaz de pedir unas horas para ti. Ambos tuvimos culpa, él no se esforzó lo suficiente y yo confundí esfuerzo con abandonarme, a mí y a mis

aficiones, para volcarme en una relación que no podía reflotar. Me asfixiaba, así que cuando conocí a Sergio y recordé lo que era estar enamorada, sin la soga al cuello, no pude negarlo. Volví a volar y me alejé de la jaula.

Se lo había escuchado decir a mi padre, pero, en boca de Tanit, fue un golpe de realidad. El problema nunca había sido que eligiera concluir su historia de amor, sino el modo en el que lo hizo. Divorciándose también de mí.

—¿Me quieres, mamá? —El interrogante salió espontáneo. Tras él, fruncí los labios, casi arrepentida de que por ellos se hubiera colado esa cuestión que en tantas ocasiones le había susurrado a la almohada.

—Claro que te quiero, cariño. Que me marchara no tuvo nada que ver contigo.

—Hay momentos en los que te detesto y me da rabia. No sé cómo gestionarlo, porque entiendo que nadie está obligado a permanecer al lado de una persona que no la hace feliz. Si dejaste de quererle, eras libre para empezar de cero, pero... —Cogí aire—. No es justo. Lo hemos pasado mal.

—A veces yo misma me detesto. Ojalá hubiera salido bien. Ojalá hubiera tenido el valor de hacerlo de manera diferente.

—Puede cambiar a partir de ahora —repuse. Si yo había sido capaz de llamarla, si no me había atragantado con el rencor, la reconciliación era posible.

—Puede. Dame tiempo, ¿de acuerdo?

—Vale.

—¿Quieres contarme algo del viaje? ¿Cuánto estaréis?

La charla bajó de intensidad y logramos reír sin acidez en el pecho. Hablamos del hostal en el que nos hospedaríamos, del listado de museos que Joel nos había enviado por correo y de los sitios baratos en los que comer que recomendaban los padres de Xavier. Le comenté por encima cómo me habían ido los exámenes de selectividad, ella me mandó una fotografía de su ramo de novia, compuesto de lirios blancos con una orquídea que sobresalía del lazo beis que las unía. Y sonreí.

—Mamá, gracias por el vestido. Significó mucho. —Sorbí por la nariz y me sequé el rabillo de los ojos para contener las lágrimas. Quise desearle que fuera feliz, lo intenté, pero el nudo en la garganta me lo impidió.

No todas las personas que forman parte de tu vida están destinadas a permanecer en ella hasta el final. Me había costado asumir que Tanit sería uno de esos intermitentes, porque damos por sentado que padre o madre se es para

siempre, y que el tipo de amor de quien te trae a este mundo resulta incondicional. Sin embargo, nos equivocamos.

Llegados a cierto punto, comprendemos que los nombres de aquellos que aparecen tras el telón escapan a nuestro control, y que ni el guion ni el decorado dependen de nosotros. No podemos decidir quién se ausenta, pero sí quién regresa a escena.

Quizá el futuro nos dotaría de la valentía necesaria para afrontar lo que se deja atrás, lo que ralentiza y pesa. Quizá algún día volveríamos a coincidir y nos percataríamos de que vestíamos las mismas cicatrices en la piel. Y ya no querríamos huir la una de la otra.

78
Atena

Eran las cuatro y media de la madrugada y la emoción de partir rumbo a París vencía al sueño.

Las farolas estaban encendidas y en el cielo todavía brillaban estrellas cuando bajamos del autobús. Las luces del aeropuerto alumbraban el exterior a través de sus puertas de cristal. Sam y Diana divisaron a Joel en el interior de la Terminal 2, frente a uno de paneles donde se anunciaban los vuelos, y emprendieron una carrera sacudiendo los brazos para llamar su atención. El resto arrastramos las maletas acelerando el paso y le saludamos derrochando menos entusiasmo. Con las gafas puestas, tejanos desgastados y una de las camisetas de *Peaky Blinders* que habíamos vendido para recaudar dinero para el viaje, el profesor de Fundamentos del Arte no aparentaba más de veintidós. Se descolgó la mochila que cargaba a la espalda y la sujetó entre sus piernas mientras repartía los billetes impresos.

—Diana Abad. —Entregó el primero del montón que tenía ordenado por orden alfabético—. Dídac Aloy, Samuel Ares, Xavier Baeza, Atena Beltrán.

Di un paso al frente y alargué la mano. Sus dedos rozaron los míos y se me cortó la respiración.

—G-gracias —titubeé.

—Minerva Estrada —continuó—. Felisa Heredia, Ruth Triol, Olaya Valverde.

La mano alzada de Minerva nos provocó una carcajada.

—Este es el billete de Olaya —se quejó la delegada, obviando las reacciones que despertaba su actitud.

—Perdona, debo haberlos mezclado. —Las mejillas de Joel se tiñeron de rubor.

—Yo tengo el tuyo, Minerva —comentó Ruth.

—Y yo el de Felisa —dijo Olaya.

—Has puesto nervioso al profesor —me susurró Dídac al oído, y yo le lancé una mirada de advertencia para que cerrase la boca.

Román se reunió con nosotros justo antes del embarque. Llegaba apurado y se disculpó para ir a limpiarse la mancha de café que le había caído en el polo de rombos. Era evidente que se sentía desubicado; su hábitat lo conformaban aquellas aulas en las que mantenía los pies en tierra firme, clavando la vista en un libro de texto que se sabía de memoria, sin improvisar.

—¿Quieres una? —Dídac me ofreció su blíster de pastillas para dormir.

—No, gracias.

—Mejor, necesito que estés despierta para tirar de mí si el resto se olvida de despertarme —clamó con un dramatismo innecesario para alguien enfundado en un chándal veraniego de estampado de leopardo amarillo y rosa. Sacó dos píldoras del plástico y se las tragó como si fueran Lacasitos. Tiró la botella de agua vacía a una papelera antes de agarrarme por la muñeca para colocarnos en la cola—. Tenemos que darnos prisa y coger asientos contiguos.

La suerte estuvo de nuestra parte y ocupamos dos de la zona derecha. Me cedió el lado de la ventanilla y sus ojos se cerraron al instante.

Abrí una guía de Francia que había tomado prestada de la biblioteca y observé las calles de sus planos para mantenerme entretenida y obviar que, el mismo día en el que mi madre caminaba hacia el altar y besaba al hombre que iba a ser su nueva familia, yo subía un avión *low cost* con destino a Francia, guardaba la maleta en el pequeño compartimento para no facturarla y sonreía. A mis compañeros, al semblante asustado de Román durante el despegue, a las miradas brillantes de Joel desde unas filas atrás.

A todo.

Sentía que aquel viaje iba a cambiar las coordenadas del mapa y a llevarme por un sendero más esperanzador. Y no me equivocaba en lo primero.

Llegamos a París con retraso. Tras un autobús y algunas vueltas para ubicarnos con el GPS del móvil, encontramos el hostal L’Éphémère, una edificación de seis alturas y fachada blanca en la cual resaltaba el pórtico caoba de la entrada, flanqueado por rosales.

—Haced una fila ordenada y entrad despacio —trató de organizarnos Román con poco éxito. Ignoramos su «rebaño de hormonas descontroladas» y saludamos a la recepcionista, a la espera de que Joel y sus nociones de francés nos sacasen del apuro.

Después de recoger las tarjetas magnéticas en el discreto vestíbulo enmoquetado, nos distribuimos por parejas para compartir habitación, a excepción de las bailarinas, las cuales se instalaron juntas. Dídac, que renunció a «ver el glorioso y atlético cuerpo de Sam pasearse en ropa interior durante cinco días» por no condenarme a una existencia miserable junto a Minerva, se encargó de hacer una limpieza general.

—No toques nada antes de que le dé un repaso —advirtió agitando un botecito de alcohol con olor a melocotón. Echó una cantidad exagerada en un clínex y frotó el pomo de la puerta, enchufes, las mesitas de noche, el cabezal de la cama y los grifos del baño.

—Te dejas el plato de la ducha —mascullé colgando algunos vestidos en el armario. Pese a ser de dimensiones reducidas, la estancia derrochaba alegría a través del naranja de sus paredes en contraste con el color crema de los edredones.

—Para eso traigo chanclas. —Lo miré con gesto reprobatorio y Dídac se rio —. Rubia, he visto demasiados documentales sobre bacterias. Tenemos suerte de que en esta habitación no haya tele, porque el mando es un foco de gérmenes.

—¿Tampoco piensas deshacer la maleta?

Su equipaje yacía a los pies de la cama, el candado de la cremallera estaba sin abrir.

—Ni de coña, prefiero llevar la ropa arrugada antes que coger urticaria. —Se abanicó con la mano y se dirigió hacia la ventana para abrirla sin descorrer las cortinas. La tela ondeó rozándole la espalda mientras el rumor del tráfico y el aroma a *croissants* se colaban en la habitación—. Vamos a morirnos sin aire acondicionado.

Asentí y continué sonriendo.

79
Joel

Román chasqueó la lengua al entrar en la habitación doble. Se sentó en la cama de la izquierda y encendió el Huawei, que empezó a vibrar como loco.

—Dichosos grupos de WhatsApp —protestó resoplando.

—¿Familiares pidiéndote regalos de París? —Saqué mi teléfono de la mochila para enviarle a Irina un «He llegado sano y salvo, este avión sí llevaba suficiente combustible para aterrizar», y un aburrido y escueto «Ya estamos en el hotel» a mi madre.

—Los padres de la guardería de mi hijo organizan una comida para el fin de semana —masculló—. Como si no tuviera suficiente haciendo de canguro estos días.

—¿Habías estado antes en Francia?

—No. Odio viajar y lo único que sé decir en francés es *voulez-vous coucher avec moi*, por la dichosa canción.

Su acento me hizo reír.

—Mejor no lo repitas fuera de estas paredes —le aconsejé.

Poco después nos reunimos con los chicos en el ascensor de la tercera planta para poner rumbo al centro. El sol nos dio la bienvenida durante los veinte minutos de caminata, los cuales aprovechamos para desayunar los bocadillos de pan de molde que llevábamos de casa. Nos arrepentimos al pasar por una cafetería de reciente apertura que buscaba clientes con su promoción de bollería a un euro. Sucumbimos al encanto intimista del local y juntamos dos mesas circulares del interior para degustar las napolitanas de chocolate acompañados por melodías de artistas *indies*.

—Es Pomme —reconoció Felisa—. Bailé *Sans toi* en la gala de contemporáneo del año pasado.

—¿Y si hacemos una lista de reproducción con toda la música que escuchemos? Así podremos recordar este viaje siempre —propuso Samuel.

Dídac y Atena se miraron con cierta tensión que el rubio disipó sacándole la lengua.

—Las vamos anotando en el móvil y por la noche nos las mandamos —concretó Diana.

—¿Nos hacemos una foto? —Minerva nos sorprendió destapando el objetivo de la réflex que le colgaba del cuello. Nos apretamos para caber en el encuadre, Román quiso escaquearse, pero Xavier y Olaya le pusieron un brazo a cada hombro para que se agachase con ellos en primera fila.

Tras la breve parada, iniciamos el circuito en la Plaza Charles de Gaulle, admirando el emblemático Arco del Triunfo, al que prometimos regresar esa misma noche para replicar las instantáneas de turistas sentados en la carretera que Ruth había encontrado en Instagram.

—¿Quién se acuerda de algunas de sus características? —pregunté sin lograr contenerme.

Román negó en silencio y se alejó en busca de una red wifi abierta.

—Estilo neoclásico, data de 1806 —se apresuró a responder Minerva.

—Mide cincuenta metros de altura y lo mandó construir Napoleón para conmemorar la batalla de Austerlitz —comentó Diana, retratándolo con el teléfono—. En los muros de su interior se encuentran los nombres de miembros del ejército francés.

—Vamos a verlo por dentro —indiqué.

La cola rodeaba la Tumba del Soldado Desconocido, fallecido durante la Primera Guerra Mundial y cuyos restos fueron emplazados allí, junto a una llama siempre encendida en homenaje a los soldados que perdieron la vida por Francia.

En el interior del Arco del Triunfo vimos una proyección sobre su construcción e historia, y aprovechamos el mirador para obtener una panorámica de la Torre Eiffel y la Ciudad del Amor bajo un cielo radiante.

Atravesamos los dos kilómetros de los Campos Elíseos observando escaparates, restaurantes y tiendas lujosas, bañándonos en una nube de nacionalidades. La Plaza de la Concordia, lugar en el que se produjo la decapitación de Luis XVI y María Antonieta durante la Revolución Francesa, fue la última parada que realizamos antes de comer. Después de un par de

retratos al obelisco de Luxor, nos dirigimos hacia el Jardín de las Tullerías, que en verano ofrecía un aspecto renovado con su feria tradicional de tiovivos, camas elásticas, coches de choque y puestos ambulantes.

Compramos crepes saladas —Dídac añadió una de Nutella y prometió volver a por algodón de azúcar, sumando más tarde una manzana de caramelo y dos buñuelos— y bordeamos el gran estanque hasta hallar sillas libres.

—Qué bonito es esto —confesó Atena, y tenía razón.

Nos envolvía un paisaje idílico de explanadas verdes salpicadas por arcoíris de flores. Sentados en primera línea, fascinados por la elegancia de las estatuas de mármol que decoraban el paseo central, con la noria y el Louvre al fondo, era difícil apartar la mirada de semejante estampa. Sin embargo, yo lo hice. Centré mi atención en ella. Era la primera vez que la oía hablar desde que habíamos aterrizado, y contemplé su expresión relajada, su pelo recogido en una coleta alta que le acariciaba la espalda. Estaba preciosa vistiendo una camisa granate con un lazo anudado en la cintura, falda vaquera y Converse.

Sentí que todo encajaba, que cada tropiezo me había conducido hasta aquel viaje.

—Y pensar que hay quienes prefieren estar tostándose en Tenerife... —se mofó Ruth.

A su izquierda, Xavier la apoyó moviendo la cabeza, con la boca llena de la segunda crep de pollo, lechuga y mayonesa.

Pasamos la tarde en el Louvre y nos turnamos en la cola para poder hacer *selfies* y *tiktoks* en la pirámide de cristal. Tras coger un mapa del recinto en el mostrador de la entrada, contuve mis discursos sobre arte y los alumnos deambularon según sus preferencias por las cinco plantas entre las que se distribuían las obras, más de 35.000 expuestas, repartidas en colecciones romanas, orientales, egipcias, griegas y etruscas.

Román se decantó por los papiros, esfinges y sarcófagos que albergaba el ala Sully, mientras que yo me centré en los capiteles y frisos de Mesopotamia. Nos reunimos con los estudiantes frente a *La balsa de la Medusa*, y continuamos admirando lienzos tan populares como *La libertad guiando al pueblo* o esculturas imponentes de la talla de la *Venus de Milo*. Me obligué a no perseguir a Atena, aunque la veía en todas partes.

En las parejas de enamorados que se comían a besos.

En la enigmática sonrisa de *La Gioconda*.

En cada movimiento de las manecillas de un reloj que parecía anclarnos a

un presente rebosante de posibilidades.

Y bajé la guardia.

La distancia de seguridad se disipó cuando llegamos a la sala cuatro del ala Denon y compartimos más que aire frente a *Psique reanimada por el beso del amor*, tan resplandeciente, teñida por el claroscuro de luces que le conferían realismo, representando un poquito de dónde veníamos Atena y yo.

Regresé a la primera vez que pisó mi ático, la noche en la que la chica del violín se había dejado la armadura en casa y vino a la mía para firmar una tregua. No hubo besos robados ni batallas verbales, tampoco desafíos ni lenguas afiladas. Sus ojos solo se encendieron de dolor, con lágrimas negras que arrastraban su maquillaje. Recordé que mis pulgares habían secado su llanto y mis labios desearon borrarlo. Recordé que un trocito de mí se había roto cuando sus brazos cayeron lánguidos a ambos costados en lugar de abrazarme.

Cuánto habíamos madurado, cuándo habíamos superado hasta llegar a esa sala del Louvre que nos trasladaba a los inicios de una llamada de teléfono en la que habíamos descrito la obra de Canova.

Las yemas de mis dedos hormiguearon, conscientes de que no podía tocar a Atena, y se me encogió el estómago.

—Joel, acompáñame un momento —me rogó muy bajito. Se había soltado el cabello y su mirada esmeralda brillaba—. Por favor.

Eché un vistazo para controlar el punto en el que se encontraban Román y el resto de alumnos. Asentí al ver que avanzaban sin reparar en la ausencia de dos miembros del grupo.

La mano de Atena se entrelazó a la mía mientras sorteábamos turistas que analizaban estatuas y pedestales. Nos cobijamos en una esquina, protegidos por una columna que nos ocultaba de las miradas indiscretas. En aquel rincón privado sucedió. Sin pedir permiso o alertar de sus intenciones, Atena tiró del cuello de mi camiseta hasta que el espacio que nos separaba se redujo. Recostó el peso de su cuerpo contra mi pecho y la calidez me embriagó al tiempo que la sombra de sus pestañas se derramaba por sus pómulos ruborizados. Feroz y ansiosa, me rompió los esquemas. Mi juramento de esperar hasta julio se convirtió en cenizas mientras una hoguera espontánea nos invitaba a arder.

La rodeé por la cintura, ella enroscó los brazos alrededor de mi cuello y me mordió el labio inferior antes de cederme las riendas del beso. Respondí con delicadeza, frenando la urgencia de aquel contacto que se volvió ternura. Con

Atena no podía ser de otro modo, no existía medio ni fin, solo el vuelo que emprendíamos con cada roce suave, el cosquilleo en el vientre y la necesidad de bajar los párpados hasta que el universo entero fuéramos dos personas.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté respirando su aliento.

—¿Acaso tiene que haber un porqué?

La punta de mi nariz trazó una línea irregular sobre una de sus mejillas. Enredé los dedos en su melena y ella reposó sus palmas en mi torso.

—No, claro que no. —Sonreí—. Pero no podemos pasarnos el viaje así.

—¿Así? —Se hizo la ingenua dándome un beso rápido y superficial que apenas saboreé.

—Atena —dije en un tono más serio—. Todavía no.

—Todavía.

—Te prometo que valdrá la pena —le murmuré al oído. El perfume a vainilla me nubló la razón e hice acopio de todas mis fuerzas para apartarme de ella—. Haré que no te arrepientas de estar conmigo.

Quería ser el causante de su felicidad, no de que sintiera que perdía momentos, se saltaba etapas o debía combatir a quienes no aprobarían una relación de cifras dispares. Quería que temblase de carcajadas, llorase en un ataque de cosquillas y me hablase a través de su violín. Y besar su sonrisa, ensancharla y que me esbozase ella a mí una en la cara. Que el tiempo se detuviera como en nuestra escultura y la eternidad viviera en el instante justo en el que dos labios se funden.

Aun así, guardé silencio. Querer no tenía que hacer ruido, por mucho que erizase la piel.

80
Atena

Nuestro segundo día en París inició con *croissants* recién horneados y un recorrido por las obras impresionistas del Museo de Orsay, situado en la antigua estación de trenes. Tras contemplar lienzos de Monet, Degas, Renoir y Cézanne, hicimos una sesión de fotos desde el observatorio Tour Montparnasse. El rascacielos nos brindó panorámicas conmovedoras del corazón de la ciudad, y Minerva volvió a ejercer de fotógrafa, retratándonos con el Panteón y el Palacio de los Inválidos.

—Mierda, me estoy quedando sin batería —se lamentó Sam cuando nos sentamos en el Campo de Marte, al mediodía.

La explanada verde ofrecía unas vistas increíbles de la Torre Eiffel. Multitud de familias extendían sus mantas y gozaban de pícnics, juegos de mesa y lecturas absorbentes bajo un firmamento celeste. Pese a que las temperaturas rondaban los treinta grados, corría una brisa agradable.

—Si no hubieras estado media hora conectado al wifi enviándoles vídeos a tus padres... —replicó Dídac dándole una patada amistosa en la espinilla.

—Soy idiota. ¿Alguien tiene una batería externa de sobra?

—Te presto el mío —ofreció el rubio entregándole su teléfono.

—¿Me haces una foto así? —Sam abarcó la Torre Eiffel con pulgar e índice, aprovechando la perspectiva para simular que la tenía entre los dedos.

Román y Joel aparecieron con la compra de un supermercado de los alrededores: sándwiches de pavo rebajados por su fecha de caducidad cercana, botellas de agua fresca y bolsas de patatas para compartir. De postre, *macarons*.

—Es la una —rio Xavi sacando su bocadillo del envoltorio—. Cada día comemos antes.

—Mejor, así visitaremos más sitios —puntualizó Minerva—. A las seis cierran todos los museos.

—¿Os apetece acercarnos a la Torre Eiffel cuando acabemos? —preguntó Joel leyendo en las notas del móvil la lista de lugares pendientes—. Si no hacemos cola para subir hasta arriba, nos dará tiempo de ver otras cosas. ¿Preferís pasar la tarde en las Catacumbas o en el Palacio de Versalles?

—Versalles está lejos. —Román bufó como un niño de cinco años al consultar el mapa.

—¡Versalles, Versalles! —exclamaron las bailarinas, y la democracia a mano alzada votó por subir a un tren y cumplirles el deseo.

Después de comer, nos relajamos en el césped. Algunos, como Dídac y Diana, sucumbieron a una breve siesta. Joel se estiró con los brazos bajo la cabeza, la camiseta de algodón le dejaba al descubierto unos centímetros de piel del abdomen.

Me quité las sandalias para que la hierba me acariciase la planta de los pies, y no me importó que la tierra ensuciase la parte trasera de mi vestido de tulipanes. Felisa se dedicó a idear peinados creativos: dos moñitos para Olaya, una coleta de burbujas para Diana y una trenza diadema para mí.

El estridente tono de llamada de Román rompió la paz del momento, y el profesor de Literatura se levantó malhumorado antes de responder.

Nos miramos entre nosotros y suspiramos. Si creíamos que el director iba a darse por vencido en su empeño de controlar aquel viaje, estábamos muy equivocados. Asignar a su ojito derecho como acompañante de Joel evidenciaba lo poco que confiaba en su nuevo docente. Nuestras sospechas se confirmaban cada vez que Román se apartaba con sigilo para dar parte al Valancós de lo que estaba aconteciendo en territorio francés.

—Cuando reciba la factura se enterará de que las llamadas al extranjero salen un pelín caras —susurró Sam para que solo unos pocos pudiéramos escucharlo.

—¿Alguien se apunta a jugar? —Xavi agitó su botella de agua vacía.

—¿Tan desesperado estás por darnos un beso? —se burlaron las bailarinas al unísono.

—Es por hacer algo. —Se encogió de hombros con las orejas muy rojas—. Sin besos, tipo el *escape room* que hicimos a finales de curso... —Apoyó la barbilla sobre las rodillas—. La ruleta de arte. A quien le toque, responde una pregunta de la asignatura, o una comprometida.

—Esto va a ser supermaduro —ironizó Minerva con el ceño fruncido.

Nos incorporamos e hicimos un círculo con la botella en el centro, aunque

no llegamos a hacerla girar ni una sola vez. Uno por uno tomamos la palabra para abrirnos a nuestros compañeros de viaje. Contra todo pronóstico, Dídac fue el primero. Pronunciando una frase escueta a media voz, salió del armario y clavó la vista en la punta de sus zapatillas de lentejuelas. Su secreto nos valió un abrazo colectivo, tras el cual Sam admitió haberse pillado por todas las chicas de clase en algún momento, incluso por Minerva.

—¿En serio? —preguntó la delegada con incredulidad—. Pensaba que el odio era mutuo.

—No sé, tiene su punto que me lleves la contraria —reconoció él.

La naturalidad con la que Dídac y Sam expusieron aquello que habían cargado a cuestas nos empujó a imitarlos. Uno a uno, sin escudarnos en las directrices de un plástico apuntándonos, fuimos confesando algo.

—Sin vosotros no estaría aquí, literalmente —dije sin reparos—. Hemos tenido muchos problemas en casa y estas vacaciones son un lujo que no hubiera podido permitirme sin el esfuerzo que hicimos juntos.

—Se acabó tanta cursilería —gruñó Minerva—. No os imagináis las ganas que tengo de empezar la universidad y dejar de escucharos a todas horas. —Repasó nuestros rostros con detenimiento antes de sonreír—. Pero este viaje está siendo bueno, por muy pesados que seáis.

Le dedicamos una carcajada honesta que se extinguió con el semblante pálido de Ruth.

—Allá va mi bomba: he suspendido selectividad.

—Aún no lo sabes —la consoló Felisa.

—Estaba muerta de miedo y me bloqueé —explicó—. No conseguía recordar nada. Entregué los exámenes de Literatura, Historia y Fundamentos del Arte en blanco. Sé que no es un gran drama y que no necesitaba la nota para entrar en el Conservatorio de Danza, pero me había esforzado y da rabia.

—Teníais mucha presión —la animó Joel—. Un examen no marca el rumbo de vuestras vidas ni define quienes sois.

—¿Qué hay de ti, Joel? ¿Eras buen estudiante? —inquirió Sam con un mohín divertido—. Cuéntanos algo de tu adolescencia.

—Vivía en una montaña rusa —contestó él, tirando del tejido vaquero que le apretaba las rodillas—. Este curso ha sido similar a aquella época, moviéndome a ciegas, frustrado. Cuando acepté el trabajo, sentí que fracasaba por cambiar de dirección en mi carrera. Como ya os conté a inicios de curso, estudié Diseño Gráfico, pero no me fue demasiado bien. Desde contratos en

prácticas no remuneradas hasta temporadas de autónomo en las que pagaba más de los ingresos netos que me quedaban a fin de mes. A principios de septiembre salía de una relación agotadora y conocí a alguien con quien quería estar, aunque no debía. —Se rascó el mentón—. Lo que pretendo decir es que la vida da muchas vueltas. A veces os sentiréis perdidos, os preguntaréis por qué suceden ciertas cosas, dudaréis de vuestras elecciones. Es inevitable, y lo único que podréis hacer es seguir dando pasos al frente. Nadie que se haya rendido ha llegado a un destino que merece la pena y, creedme, vosotros la merecéis. Habéis convertido una profesión que repudiaba en algo a lo que me gustaría dedicarme si el director no rescinde mi contrato por todas las normas que me estoy saltando...

—Podrías haberte dedicado a ser modelo —musitó Olaya—. Tienes una cara bastante perfecta.

Felisa le dio un codazo y su amiga se calló al instante.

—¿Se lo damos ahora? —sugirió Xavi.

—Claro, vamos a vomitar arcoíris —coincidió Minerva con sarcasmo.

—Para ti —anuncié sacando varios paquetitos de la mochila y poniéndolos sobre sus manos—. Un detalle de los alumnos de bachillerato artístico.

—Gracias, chicos —declaró emocionado al abrirlos y ver los dos bolígrafos del Louvre y una agenda de Van Gogh que habíamos comprado en la librería del Orsay esa mañana—. Gracias por estos meses creciendo a vuestro lado.

81
Joel

—¿Qué es para ti la felicidad? —le pregunté a Román durante el desayuno en Montmartre.

Era nuestro tercer día en París. Los chicos vagaban de un lado a otro con sus *brioches* de mantequilla, en busca de rincones atrayentes para capturarlos con una cámara, mientras nosotros reposábamos en las sillas de mimbre de la crepería, envueltos por el aroma a jazmín y la protección de las sombrillas.

—Estar sentado en la terraza con una taza de té y la mirada perdida, sin pensar en nada, sin contar los segundos —respondió Román.

—¿Así de simple? —Unté mermelada de higos a mi *baguette* y le di un bocado.

—Así de complicado —increpó—. Hay que tenerlo todo muy bien organizado aquí —señaló a su frente— para poder desconectar y encontrar calma en lugar de problemas.

Asentí. La felicidad que yo perseguía con logros profesionales y reconocimiento era tan simple y enrevesada como aceptar el presente. Asumir que hallarte en un sitio inesperado no te impide que lo recorras y te enamores de algo durante el itinerario.

Me llevé la taza de café a los labios, le di un trago y elevé la vista hacia la acuarela difuminada de turquesa, naranja y carmín que adornaba el cielo. Y solo cogí aire y lo solté pausadamente mientras asumía que estaba en paz conmigo mismo.

Esa mañana transitamos por las estrechas y empedradas callejuelas del barrio de los pintores, cuna del Impresionismo que había inspirado a grandes como Dalí o Picasso. El ambiente bohemio se respiraba en la plaza du Tertre,

donde los artistas callejeros eran los verdaderos protagonistas exponiendo sus retratos y caricaturas. El blanco roto de las fachadas convivía con la marabunta de turistas que se desplazaba sin prisa, haciendo suyo cada tramo.

Estaríamos allí todo el día, quizá por eso nos permitimos entrar en las tiendas de recuerdos para hacernos con algunos *souvenirs*. Tazas, gorras, imanes, láminas... Las mochilas de los chicos se llenaron de pedacitos parisinos, mementos que les dibujarían una sonrisa con el transcurso del tiempo. Román renovó la funda de su Huawei, y yo me decanté por llaveros para la familia, un vaso de chupitos para Eloi y un par de camisetas de bebé con óleos sublimados para Elisenda.

Sumidos en un retorno al pasado, imaginando cuántas ideas se habrían engendrado en cada punto que visitábamos, enfilamos la pronunciada escalinata que nos llevó a la Basílica del Sagrado Corazón.

—De estilo neobizantino... —empecé a recitar.

—Joel, si vas a preguntarnos quién la construyó o en qué año, no tenemos ni idea —me interrumpió Olaya en representación de sus compañeros.

—¿Minerva? —probé suerte.

—No entraba en el temario de selectividad —se excusó, cabizbaja.

—Aquí es donde Amélie llama a Nino para darle el álbum de fotos al final de la película —narró Dídac con un hilo de voz que fue tornándose más seguro —. ¿A nadie más le suena? —Solo a Atena y a Felisa. Yo había visto la película con Irina, pero apenas guardaba pinceladas superficiales de ella.

Moviéndose como pez en el agua por cada esquina de Montmartre, Dídac adoptó el papel de líder a la vez que tarareaba la famosísima *Comptine d'un autre été*. Nuestro improvisado guía nos condujo por cada escenario en el que se había rodado *Amélie*, desde el Café des Deux Moulins, donde trabajaba la protagonista, hasta el cine Studio 28 de la calle Tholozé, animándonos a seguir unos metros más allá, donde se emplazaba la frutería Au Marché de la Butte, cuyo cartel se sustituyó por el de «Epicerie Collignon» para el largometraje.

Me alegró que el alumno invisible, ese que apenas participaba en clase y del que solo conocía su predilección por el azúcar, se permitiese tomar las riendas. Cuando entablamos una conversación sobre sus aficiones y me confesó que quería ser actor, tuve una imagen más nítida de él. El joven de ondulaciones doradas y ropa transgresora cubría su personalidad arrolladora con silencios que no hacían justicia a su audacia.

Sin embargo, mi momento preferido fue otro. En lo alto de la colina. Junto

a Atena. Merendando en la plazoleta del jardín de Jehan Rictus, frente al *Muro de los Te quiero*. Allí el tiempo se congeló y a la vez inició una carrera vertiginosa. Y en el centro de aquel remolino que se generó a nuestro alrededor, se encontraba ella. Atena.

Me gustó que eligiera un gofre y no se decantase por una tarrina de helado como el resto. Me gustó que se le quedase una gota de chocolate en la barbilla y que no tratase de esconder la mancha del drapeado de su vestido. Me gustó que se detuviera frente al compendio de azulejos y me esperase allí hasta que solo quedamos nosotros ante las más de trescientas declaraciones de amor caligrafiadas en diferentes idiomas. La curiosidad ganó la batalla y pregunté:

—¿En qué piensas?

Delineé con los ojos la línea de su mandíbula cuando deseaba hacerlo con un dedo, con la boca, repartiendo un reguero de besos que le despertase el pecho con latidos frenéticos.

—Es una tontería. —Dio unos pasos hacia el fresco para acariciar los trazos rojos que simbolizaban fragmentos de un corazón—. Pensaba que París no sabe quiénes somos y que, si saliéramos corriendo y nos perdiéramos solos tú y yo, podríamos besarnos sin tener que mirar por encima del hombro.

—Solo unos días más —musité con la voz ronca.

—¿Sabes qué? Si tuviera que añadir otro idioma a este muro, sería exactamente lo que acabas de decir. Y al lado pintaría un pentagrama que hablase de nosotros, ese compás tres por cuatro cargado de notas que oigo en mi cabeza cuando pienso en ti.

Perdí fuerza en las rodillas.

—Un idioma que solo entenderíamos los dos —sentencié.

Asintió elevando las comisuras en una sonrisa preciosa.

—Te echo de menos —susurró, y comprendí a qué se refería. Yo la añoraba de la misma forma, pese a no habernos tenido aún.

Atena se mordió el labio inferior y mi única réplica coherente fue suspirar.

82
Atena

Dídac sonreía de oreja a oreja mientras cruzábamos el puente de Arcole, atravesando el Sena. Los rayos de sol incidían en su pelo, que ese mediodía estaba algo encrespado, pero ni siquiera ese drama capilar o el maldito botón del pantalón que no había podido abrocharse consiguieron agriar su humor.

El día anterior había vivido un sueño con el recorrido por los escenarios de *Amélie*, y asistiendo al espectáculo en directo que presenciamos por la tarde en el mismísimo Moulin Rouge. Quizá por eso insistía en que cometiera alguna locura, solo que él lo llamaba «sacarle partido al viaje con cierto macizo que no ha parado de mirarte desde que nos montamos en el ascensor».

—Baja la voz y descarta esa idea que estás teniendo —le insté.

Me aferró del brazo para que nos quedásemos los últimos, apartados del grupo, y siguió hablando:

—Has sido tú la que me ha contado lo del beso en el Louvre.

—Porque eres mi amigo. O lo eras —bromeé apuntando con los dedos al centro de su camiseta de Pac-Man.

—Y porque tu subconsciente sabe que necesitas mi ayuda, rubita.

—Estoy bien sin ella, gracias.

—Llevo tres noches oyendo lo que balbuceas en sueños, y el nombre de ese tío por el que estás colada, el cual no pronunciaré en alto por miedo a que me tires al río, se repite una media de cincuenta veces.

—Deja de decir tonterías —increpé tan flojo que apenas se escuchó mi réplica por encima del susurro del agua.

—Deja tú de desaprovechar este viaje, Atena. ¿Te has fijado en esa obra de una mujer desnuda de espaldas, con las efes de un violín pintadas? —Se refería a *El violín de Ingrés*, de Man Ray, una de las fotografías más sensuales y elegantes

que habíamos contemplado esa mañana en el Museo Pompidou—. Pues deberías inspirarte en ella, presentarte en la habitación de Joel e ir a por todas.

—Claro, y que Román se lo retransmita por teléfono al director —espeté con sarcasmo.

—Entonces que venga tu profesor favorito a nuestra habitación.

—No podemos.

—No pensaste eso al ver la escultura de Canova.

—Fue un arrebato. —Pero no fue solo eso.

—Que podrías repetir bajo la Torre Eiffel, en los Jardines de Luxemburgo o frente a la Ópera Garnier...

La conversación se extinguió sin un desenlace, nuestros compañeros se habían detenido en silencio. No era para menos, a unos metros de nosotros se alzaba una Notre Dame con cicatrices. Herida, pero en pie, dándonos una dura lección. No importan los años que te dediques a algo —su construcción había durado desde 1163 hasta 1345—, todo puede desmoronarse en un segundo.

Durante la tarde del 15 de abril de 2019, Notre Dame se había convertido en *trending topic* y el mundo veía a través de la pantalla cómo la aguja de la catedral caía a un mar de llamas. Uno de los grandes exponentes de la arquitectura gótica, testigo de guerras y revoluciones, perdía pedacitos de su historia mientras bomberos y expertos barajaban la mejor opción para extinguir el fuego sin deteriorar los cimientos del edificio.

Las redes sociales se plagaron de mensajes de apoyo a Francia e ilustraciones de un Quasimodo huérfano de hogar, una iglesia devastada en mitad de la neblina de humo negro y citas de Victor Hugo. Resultaba injusto, y casi inconcebible, que un emblema que siempre había estado ahí se enfrentase a semejante tragedia.

—Siglos consumidos en un incendio —dijo Román, que, por primera vez en todo el viaje, parecía afectado.

—Los tesoros de la catedral, vidrieras y gárgolas pudieron salvarse, pero el fuego dañó la cubierta y las flechas —explicó Joel.

—¿Cuánto tardarán en restaurarla? —preguntó Minerva.

—El plazo inicial era de unos cinco años, pero la contaminación de plomo lo ha retrasado. Antes de reconstruirla, tienen que estabilizar la estructura y reforzar los frontones para evitar derrumbamientos.

—Así que habrá que esperar... —puntualizó la delegada.

—Habrá que esperar.

A mi lado, Dídac representaba a ese diablo que defiende la idea arriesgada y temeraria, alentando a la kamikaze que me volvía si se trataba de un anhelo.

—Todo es efímero —murmuró fulminándome—. Una razón más para aprovechar cada segundo como si fuera el último.

Pensé sobre ello cuando nos sentamos a comer en un restaurante de aspecto rústico, cuya especialidad eran unas fuentes gigantescas de *ratatouille*. Me senté en una esquina, con la vista fija en una pantalla de móvil en la que no miraba nada más allá de mi reflejo, y fui la primera en levantarme usando el pretexto de ir al baño. Salí del local y conté días, horas, minutos. Julio estaba cerca. Julio se hacía de rogar. Julio se me antojaba uno de esos mañanas inalcanzables.

Seguí meditándolo de vuelta al hostal, bajo un firmamento que ya no era azul mar o celeste cielo, sino del color exacto de los ojos de Joel. Y entre suspiros, recostada contra el cabezal de la cama, los instantes que habíamos compartido se deslizaron ante mí como fotogramas de una película. El centro de la ciudad juntando a dos desconocidos. Su ático dándome cobijo durante las derrotas. La playa con un manto de estrellas arropándonos. Mi violín atrayéndole con todo lo que yo no le podía decir, o no me atrevía.

Parecía una enumeración tan breve, tan insuficiente..., que deseé añadir diálogos, besos y risas a aquella recopilación de recuerdos junto a él.

Llegué a la conclusión de que cualquier acto irreflexivo o sentimiento que despertase en mí Joel no se debía a la amenaza de vivir en un universo de cosas fugaces y perecederas. Iba más allá. Mucho más allá. Así fue como la cuenta atrás desapareció. No quería restar días, sino sumar infinitos. A su lado.

Pasaban las nueve cuando me di una ducha, me sequé cuidadosamente el pelo para que los mechones se deslizasen lacios por mi espalda, y desfilé frente al espejo del baño con varios conjuntos antes de optar por el más cómodo.

—Por fin vas a hacerme caso. —La expresión de orgullo de Dídac me ruborizó. Le lancé mi almohada y él me la devolvió cuchicheando: «Mañana olerá a *eau* de Joel».

—No es lo que imaginas. —Contuve una risita nerviosa.

—No, por tu bien espero que sea mejor. Las parejas heteros tenéis cero chispa en mi mente.

—Solo voy a proponerle dar un paseo.

—Un paseo... —Arqueó una ceja mientras repasaba mi vestido blanco con tirantes anudados mediante lazos en los hombros, pecho fruncido y falda de vuelo—. Podéis dormir aquí cuando volváis de ese paseo. Estaré en la habitación

de Sam y Xavi para que gocéis de cierta privacidad.

—No vamos a...

—Me da igual lo que vayáis a hacer. Compartir cama con Sam en la Ciudad del Amor es una de las cosas de mi *bucket list*. —Me guiñó un ojo—. Creo que ahora que ya le han gustado todas las de clase, estará dispuesto a abrir nuevos horizontes.

—Dídac... —reprendí mientras me abrochaba las sandalias planas.

—Es una fantasía muy remota, pero no me negarás que soy mejor partido que la estirada de Minerva.

—Lo eres. —Me colgué la mochila negra de un brazo.

—Feliz noche, rubia. —Me sonrió como solo sabía hacer él, derrochando ilusión y franqueza—. Y si te desnudas hoy, recuerda...

—¿Que me he pasado los últimos días comiendo tanta glucosa como tú y los michelines solo se camuflan apagando la luz?

Negó.

—Que eres preciosa por fuera, pero lo más bonito que tienes está debajo de tu piel.

Sonreí antes de salir por la puerta. Le mandé un mensaje a Joel para advertirle de mis intenciones y caminé despacio hacia la habitación del fondo del pasillo.

83
Joel

—Román está dentro —alerté encajando la puerta de la habitación y haciéndole señas a Atena para que me siguiera hacia el extremo contrario del pasillo. La moqueta amortiguaba el sonido de nuestros pasos—. ¿Qué es eso tan importante que no puede esperar?

—Quiero tener una cita contigo. Aquí, en París.

—Sabes que no podemos. —Me pasé una mano por la nuca, tenso.

—Una noche por París, solo eso.

—Se darán cuenta. Tus compañeros o Román.

—Ya hemos cenado, nadie va a salir. Solo tienes que inventarte una excusa para Román.

—¿Y si hay una emergencia?

—¿Quieres saber lo que hacen tus alumnos tras un día de turismo? Sam y Xavi usan el fijo de la habitación para ligar con la recepcionista. Las bailarinas se hacen fotos, retocan las que han hecho durante el día y se cambian de ropa para seguir haciéndose más. Minerva lee con el eBook y Diana se muere de aburrimiento.

—¿Y Dídac? —pregunté divertido.

—Suele hacer una cata de chocolatinas y dulces que haya comprado ese día en el supermercado, pero hoy se ha ido a otra habitación para darnos vía libre.

—¿Se lo has contado?

—Es mi mejor amigo.

—Atena, si alguien se va de la lengua...

—Te prometo que no pasará. Confía en mí.

—Confío en ti, pero aún soy tu profesor.

—Ya no.

—Hasta que termine el viaje.

—Quedan unas horas —insistió muy cerca—. Podemos adelantar el reloj y fingir que el tiempo ha corrido más que nosotros. —Su aliento me besó antes que sus labios.

—Atena —protesté con un quejido de contrariedad.

Quería, me contenía, y a la vez estaba loco por ella.

—El reloj ha corrido. Está en el futuro, donde tú y yo podemos salir juntos por París.

Durante una milésima de segundo, me asusté. Es lo que ocurre con aquello que merece la pena: estruja el corazón y te hace dudar de todo, incluso de ti mismo. Pero las mejores incógnitas de la vida no son las que despejan interrogantes, sino las que te animan a coger carrerilla y saltar nuevos obstáculos.

—Espérame en el vestíbulo, bajo en quince minutos.

Sustituí la camiseta de esa mañana por una camisa verde irlandés de manga corta que conjuntaba bien con las bermudas canela.

—¿Vas a algún sitio? —Román se había puesto el pijama y fruncía el ceño como si fuera descabellado enfundarse ropa de calle y salir más tarde de las nueve.

—Abajo, a llamar a mi hermana. Mi móvil no tiene cobertura aquí dentro —me excusé guardando la cartera en el bolsillo trasero del pantalón.

Me remojé el pelo, las puntas alborotadas del flequillo se erguían en todas direcciones. Le eché pasta de dientes al cepillo y me bañé en una cantidad desmesurada de colonia antes de escabullirme hacia el ascensor con las piernas hechas gelatina.

Atena me esperaba apoyada en la fachada exterior, observando las nubes teñidas de cobalto y púrpura.

—¿Qué? —preguntó cuando me quedé mirándola sin articular palabra.

—Estoy nervioso —admití.

—Yo también. —Se mordió el labio—. ¿Adónde vamos, profesor?

—No hagas que me arrepienta —refunfuñé al oír aquel apelativo—. Ahora solo soy un guía en busca de la cita perfecta.

—Enséñame cómo brilla la ciudad cuando anochece.

Titubeé. Lo cierto es que tuve que consultar el GPS para no perdernos y el azar me ayudó a salir victorioso. El Barrio Latino nos recibió con cines, teatros y bares abiertos. Dejamos atrás la fuente de Saint-Michel y nos adentramos en

calles estrechas y más concurridas, donde las terrazas eran foco de diálogo y risas.

El letrero de la librería Shakespeare and Company captó nuestra atención. El que había sido refugio de las publicaciones censuradas en el pasado y punto de encuentro de los autores de la Generación Perdida, contaba con seis plantas colmadas de innumerables historias sobre papel.

Entramos poco antes de que cerrasen. Atena escudriñó varias secciones, sorteando a lectores que hojeaban ejemplares sentados en cómodos sillones, hasta dar con un ejemplar específico: una copia en francés de *El curioso caso de Benjamin Button*, de Fitzgerald.

—Te lo regalo —dijo.

—Lo tengo en casa —confesé—. Además, mi francés no es tan fluido como para leer casi trescientas páginas.

—¿Lo has empezado en español?

—Y acabado, unas cuatro veces.

—Entonces sabrás que tú y yo somos una especie de Benjamin y Daisy. Por más vueltas que demos al mundo, nos acabamos encontrando.

—Porque lo que está destinado a suceder ocurre, por más que nos empeñemos en llevarle la contraria a lo que sentimos —coincidí.

Al salir al exterior, una guitarra nos hechizó. Doblamos cada esquina hasta llegar frente al artífice, un hombre que hacía versiones de James Arthur con la acústica colgada del cuello y un pie de micro. El altavoz era su fiel acompañante, enfatizando sus respiraciones entre verso y verso, otorgándole un aura melancólica a las canciones. Desplazaba los dedos con soltura por las cuerdas, derrochaba talento. No me asombró que en cuestión de minutos se formase un corrillo de espectadores que le hacían la segunda voz en los estribillos.

Atena no paró de aplaudirle, y me pregunté si le alegraba que aquel virtuoso nos deleitase con su arte o le preocupaba que ese extraño hubiera alcanzado su techo tocando gratis en un distrito de París, sin reconocimiento monetario fijo ni gloria. Y yo, que no sabía bailar y me moría de vergüenza con aquel tipo de gestos, coloqué las manos en la cintura de Atena y la invité a mecerse siguiendo las notas de *Falling Like The Stars*.

—¿Qué haces? —Su mirada encendida deshizo mi timidez.

—Bailar contigo —le susurré al oído—. Acabo de añadirlo a mi lista.

—¿Tu lista?

—Cosas que quiero hacer contigo. Como caminar de la mano, hacernos

nuestra primera fotografía solos, besarnos en una calle abarrotada y quedarnos hablando hasta el amanecer.

—Eres un romántico, Joel. —La estreché más fuerte, Atena sonrió antes de recostar una mejilla en mi hombro—. Y me encantaría hacer todas esas cosas contigo.

Nos besamos, atrapados en ese instante, en una acera que no salía en las guías de Francia, pero que recordaríamos como si fuéramos dos actores encerrados en su secuencia preferida. Alguien silbó, varios ancianos nos observaron ofuscados y un grupo de chicas suspiró. Se me antojó indescriptible: ser reales, un escándalo público para los mayores, una exhibición tangible del amor para quienes apreciaban la evidencia del momento.

Varias canciones después, recorrimos el laberinto de adoquines de aquellas callejuelas sin nombre, nosotros tampoco lo teníamos. Todo se reducía a dos corazones latiendo al mismo ritmo, arpegios de una guitarra acústica y una velada de colores. Las estrellas salpicaban el firmamento de París y mi mano derecha —la que estaba cogida a la de Atena— hormigueaba. Éramos demasiado jóvenes. Ella de edad y yo de cabeza. Y, sin embargo, quise que lo nuestro durase. No me planteé la fecha de caducidad, si la llama se extinguiría en unos años o si teníamos un futuro más allá de lo que tardase en salir el sol al día siguiente. Floté arropado por la sensación de plenitud, calma y torbellino a la vez. «Siempre» se me antojó un adverbio precioso que colocar junto a Atena, y anhelé un «juntos» sintiendo un líquido cálido extenderse por mi tripa.

Paramos en una crepería para refrescarnos con agua. Yo, además, pedí un helado de merengue y ella su habitual gofre con chocolate. Le aseguré que mi sabor estaba buenísimo hasta que se atrevió a lamer el reguero derretido que se deslizaba cucurucho abajo. Atena me dio un trozo de gofre que impactó a traición en mi nariz. La brisa templada propagó el eco de nuestras risas mientras paseábamos sin rumbo.

La casualidad nos condujo hasta la plaza du Vert-Galant, en la Isla de la Cité, una pequeña llanura verde bordeada de copas frondosas, con vistas al Sena y al Louvre. Ocupamos uno de los bancos, bajo el fulgor de las farolas que titilaban en aquella velada mágica. A nuestra espalda se hallaba el famoso Pont Neuf, repleto de candados con iniciales que parejas de enamorados habían colocado para sellar su amor. Atena se acomodó en mi pecho y la rodeé con los brazos, enlazando mis manos a las suyas a la altura de su ombligo.

—Cuéntame algo de ti que no sepa —dijo.

—Me tienes loco.

—Eso lo sospechaba —presumió aparentando confianza.

—No he vuelto a disfrutar de un partido de fútbol desde que mi padre murió —admití—. ¿Demasiado personal?

—No. Quiero que podamos hablar de cualquier cosa.

Diseccionamos las partes feas. Yo, el duelo que arrastraba y temía no superar jamás; ella, ese resquemor que le había provocado la ausencia de su madre y el bien que le había hecho charlar con Tanit por teléfono antes de la boda. Después le dimos una patada a la zona sucia y nos centramos en la luz.

—Veamos, déjame pensar en anécdotas más alegres... —rumié—. Aprobé el práctico de conducir a la tercera, estuve como voluntario en los Mundiales de Natación de 2013 y mi *pizza* preferida es la de atún con pimientos y aceitunas negras.

—A mí me gusta la barbacoa.

—¿Con beicon?

—Adoro el beicon. —Acarició las venas de mis manos con un dedo—. ¿Qué tal está tu sobrina?

—¿Elisenda? Enorme y preciosa, con unos mofletes sonrosados irresistibles. Espera, te enseño una foto.

Saqué el teléfono y le mostré las que había hecho en el último sábado de cena con mi familia.

—Tiene tus ojos —comentó con ternura.

—Al parecer, también ha heredado mi capacidad para estresar a los Sanz. Irina y Fede han pasado unos meses complicados hasta ajustarse a los cambios.

—El próximo fin de semana podemos llevarla al parque. Así tendrán un rato para descansar.

—Me encantaría... —Inspiré hondo—. Me encantaría hacer cosas contigo.

—¿Como una foto?

—Vale, pero te advierto que no soy nada fotogénico.

—No me lo creo, ¡si eres guapísimo!

—Vas a comprobarlo enseguida —avisé antes de estirar el brazo para hacernos un *selfie*.

—Sales un poco forzado —dictaminó tras analizar el resultado.

—Bórralas. Salgo horrible.

—No es verdad, solo tienes que relajarte. Tengo una idea.

Me sujetó la mejilla con la mano para aproximarnos hasta que nuestras

bocas se fundieron. Besándola, con los ojos cerrados, la mente en blanco y las pulsaciones disparadas, nos hicimos un par de instantáneas más.

—Eh, estas están mucho mejor —exclamó pasando la ráfaga de quince imágenes en las que nos rozábamos nariz contra nariz, sus dientes jugueteaban con mi labio inferior y sonreíamos a escasos centímetros, con las frentes pegadas.

—Tu turno —indiqué—. Cuéntame lo que quieras.

—¿Te acuerdas de Isolda? —Asentí—. Pues ya no somos amigas.

—Por qué.

—Empezó a salir con un chico y se esfumó. Hace unas semanas, cuando él la dejó, se presentó en casa y no quise escucharla. Soy estúpida por echarla de menos.

—Hay gente que viene y va. —Vega se había regido por ese patrón; desapareciendo de puntillas y revolviéndolo todo cuando regresaba. Comprendía los remordimientos de Atena al poner punto y final a su amistad, pero esa sensación de haber hecho algo mal solo lograría borrarla el tiempo. Las personas no somos paradas de tren opcionales, nuestras vías están ahí siempre. Tarde o temprano lo entendería. Sin embargo, era una lección que aprendería por sí misma, yo solo podía aliviar su dolor asegurándole que lo superaría—. Sentirte mal por añorar a alguien no es ser estúpida, a los humanos nos reconforta la costumbre, lo seguro.

—Supongo que también hay que acostumbrarse a las ausencias. —Resopló y se removió entre mis brazos. Se puso la coraza y modificó el tono a uno más risueño—. Otra cosa que no sabes de mí es que he dormido con tu sudadera puesta muchas noches. Que prefiero las películas tristes y los libros con final feliz. Y aunque alardee de tener buen gusto musical, hay muchas canciones inconfesables que escucho a diario.

—Ponme ejemplos.

—Esto va a ser humillante.

Sacó el móvil y me enseñó sus listas de reproducción. Se me escapó una carcajada al descubrir temas del verano y clásicos pegadizos. Atena me dio un codazo y se percató de que tenía cosquillas. Durante unos minutos, solo fuimos un chico y una chica compartiendo auriculares en un banco, ella acurrucada en mi pecho, mis labios inclinándose para besarla a cada segundo.

—Hay otra cosa más en mi lista —murmuré pasada la una y media—, te prometo que no implica nada que no quieras hacer.

—Qué es.

—Despertar a tu lado.

Mi boca la saludó suave, lento, voraz, sin contención ni espacio para coger oxígeno. Quería anidar en sus labios y tantear las curvas de su cuerpo. Quería levantarle los pies del asfalto, llevarme su aliento y entregarle a cambio el mío. Ser urgencia y sosiego, un paréntesis cálido en el que abrir la jaula que contenía millones de mariposas y echarlas a volar a nuestro alrededor. Quería volver a tener diecinueve, regalarle mi primer beso y prometerle que no sería el último. Mostrarle que los amores que dejan huella son los que suman y no aquellos que se adueñan de una parte de ti.

No paré de besar su sonrisa hasta que llegamos al hostal. A tientas, acertamos con la tarjeta de su habitación, cerramos la puerta de un codazo y rescatamos el argumento que habíamos debatido en la librería: «Lo que está destinado a suceder ocurre, por más que nos empeñemos en llevarle la contraria a lo que sentimos».

Doblamos la cobardía con cada prenda que echamos al suelo y avanzamos entre besos hasta caer sobre su cama, en ropa interior. Necesitaba memorizar el olor de Atena, el sabor de su boca, el tacto de cada centímetro de piel que se erizaba a mi paso y el brillo exacto de sus ojos verdes al mirarme oscurecidos por la excitación.

La punta de mi nariz delineó la suya en un gesto que me resultó casi familiar, como si hubiera recorrido muchas veces antes el perfil de su rostro, cada surco, hoyuelo y lunar. Ella me sujetó por las mejillas para encajar nuestras bocas y hundió su lengua en busca de la mía. Incesante, con ansia, por cada instante que habíamos anhelado esa intimidad y no habíamos podido tenerla.

Mis manos moldearon el contorno de su silueta y se deslizaron por sus brazos para luego trepar desde sus caderas hasta la cintura. Notaba el vello erizado, el vaivén de su respiración agitada y el modo delicioso en el que su espalda se arqueaba, rogándome más cuando atrapaba su labio inferior con los dientes o un beso húmedo en la oreja la encendía.

—Joel, me estás matando —jadeó entre besos.

Pero era ella la que marcaba el ritmo de cada roce, la que me arañaba la espalda si le mordía el hombro y la que se aferraba a mis nalgas sin pudor para que el bulto que escondían mis bóxers despertase cada punto sensible entre sus piernas.

—Tú me estás matando —admití con la voz ronca—. Y no quiero que

acabes de hacerlo nunca.

Aquel susurro al oído la animó a besar la línea de mi mandíbula y lamerme muy despacio desde el lóbulo de la oreja hasta la clavícula. Sentí un tirón bajo el vientre y en esa ocasión fui yo el que la aferró por las caderas y se frotó para aliviar el fuego propagado por los besos intensos y succiones que me hacían repetir su nombre.

—¿Es París o somos nosotros? —preguntó para sí misma.

La comprendí a la perfección. Cada caricia, beso y suspiro se multiplicaba por mil entre aquellas paredes. Era la magia de la ciudad. El hecho de dejarnos ir a la deriva. Era el maldito compás que nos había tenido atrapados desde septiembre, conteniendo algo imposible de frenar.

Atena enroscó los brazos alrededor de mi nuca mientras paseaba mi boca por su cuello y le arrancaba gemidos que sonaban a música. Jugueteé con el tirante de su sujetador de encaje negro y deslicé hacia abajo una copa para besarle el pecho muy lento. Ella se removió, buscando mayor fricción entre nuestros cuerpos, y se incorporó con el fin de desabrochar los corchetes y deshacerse de la prenda.

El temblor que le produjo mi boca al atrapar uno de sus pezones me volvió loco. Mi pulgar se centró en el otro y no tardé en trazar un camino descendiente de caricias por la zona inferior de su ombligo y la cara interna de sus muslos, antes de retirarle la tela fina de las braguitas y estimular cada centímetro sensible a conciencia. La besé sin prisa, despacio, y me grabé su semblante de placer con los labios entreabiertos, los ojos cerrados y su melena derramada sobre las sábanas. Sus dedos se aferraron a las puntas de la almohada cuando las primeras sacudidas de placer la estremecieron, y hundió ambas manos en mi pelo para que no me apartase hasta que el orgasmo se disipó.

Volvimos a besarnos como si nos faltase el aire del otro. Saqué un preservativo del pantalón que yacía arrugado a los pies de la cama y se me encogió el estómago al notar las manos de Atena bajarme el bóxer. Rodeó mi erección y la masajeó con una suavidad delirante antes de ponerme el condón.

Entré en ella con calma, atento a su reacción, queriendo prolongar al máximo ese momento, y volví a besarle el cuello a medida que notaba cómo me acogía dentro y palpitaba de deseo.

Los brazos de Atena me envolvieron y temblé mientras pasaba su mano izquierda por mi omoplato, dándole sentido a mi tatuaje de la rosa de los vientos, a la que añadió puntos cardinales con sus huellas dactilares. Querer en

mayúsculas es eso, reseguir las cicatrices del otro advirtiendo la belleza de quien se dejó la piel combatiendo.

Perseguí mis latidos con cada embestida y sus escalofríos me contrajeron carne y alma. Al alcanzar el éxtasis, de su garganta brotó un «Joel» que me destrozó. Con la voz rasgada, los ojos vidriosos, sus piernas trenzadas a mi cadera. La pronuncié yo también a ella hasta que la musicalidad de nuestros nombres se tambaleó entre jadeos y promesas que nunca le había ofrecido a ninguna otra chica. Se las dediqué todas a Atena: a la osada, a la altruista, a la erudita que me había enseñado que pertenecer a una generación sin rumbo y considerarme insuficiente eran aspectos circunstanciales. Que nosotros podíamos querernos siendo nadie, estando perdidos y acumulando derrotas. El corazón no se enamora de los logros, sino del coraje que multiplicas para seguir intentándolo. De cómo te comportas cuando las cosas no salen bien. De lo que haces para rectificar aquello que no te gusta y de tu capacidad para adaptarte a lo que no se puede modificar.

En París descubrí mucho de mí mismo. Que había crecido en menos de un año, que estaba preparado para enfrentarme a cualquier revés, que temerle al miedo es más peligroso que arriesgarse. Y a la mañana siguiente, cuando el sol pintó de dorado las paredes de la estancia, mi brazo rodeó a Atena para atraerla más a mí y nuestra proximidad trazó una expresión relajada en sus facciones, ya no hubo dudas. Supe que los caminos inesperados no siempre conducen a errores.

84
Atena

No debían ser más de las seis. Estaba amaneciendo y el ámbar de los primeros rayos matinales bañaba la mitad de la habitación del hostal. Joel me abrazaba las caderas y reposaba la mejilla en mi pecho, haciéndome cosquillas con la barba. Su respiración era una cadencia relajada, al contrario que los bombeos frenéticos de mi corazón.

Alargué aquel instante un poco más cerrando los ojos, negándome a estallar la burbuja en la que nuestra relación había comenzado, y me centré en la agradable sensación de estar juntos, en el calor de nuestros cuerpos y en ese hormigueo que me despertaba por dentro la simple idea de que pudiera ser así a partir de julio.

—Buenos días —susurró en mitad de mis cavilaciones.

Sus ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la luz.

—Hola —respondí con un suspiro.

Su expresión era serena y los mechones del flequillo, despeinados. Se removió para liberarme de su peso y aproveché el movimiento para tirar de un extremo de la sábana revuelta y cubrirme más de lo preciso, hasta las clavículas. Joel le dedicó una sonrisa ladeada al rubor de mis pómulos y me besó lento hasta que mi súbito ataque de timidez se deshizo como escarcha bajo el sol.

—Podemos dormir un poco más, todavía es temprano —propuso, pero al enredar mi mirada con la suya, advertí un mensaje diferente en sus ojos.

Mi celeste preferido brillaba sin nubes, dejándole ganar el pulso a las pupilas dilatadas.

—Quiero estar despierta y no perderme ni un segundo a tu lado —admití sin temor a mostrar lo que sentía—. Y tú, ¿en qué piensas?

—En que el presente es una jodida fantasía. En lo preciosa que estás. —Pasó la nariz por mi cuello y se me erizó el vello—. En las ganas que tengo de memorizar tus labios y verte cada día así de...

—Feliz —finalicé su frase—. Tú me haces feliz.

Se incorporó apoyando los codos en el colchón hasta inclinarse hacia mí y fundir nuestras bocas en una caricia abrasadora.

Sus manos se hundieron en mi pelo y las mías envolvieron sus hombros. Nos besamos tan pausadamente que fui capaz de distinguir cada roce activando lugares recónditos de mí. Tirité por la efervescencia que me trepaba por el pecho y enrosqué mis piernas a las de él, deseando que no tuviera que marcharse nunca. El mundo iba despacio cuando Joel no estaba cerca y se volvía un torbellino cuando estábamos juntos.

Echó la sábana a un lado. Se llevó uno de mis pezones a la boca y lo lamió con delicadeza mientras su mano izquierda se colaba entre mis piernas y trazaba caricias circulares. Inspiré hondo y el rubor me tiñó las mejillas.

—¿Cómo voy a mirarte hoy sin poder tocarte? —lamentó.

Cada centímetro de mi cuerpo vibraba.

—No lo sé —conseguí decir a duras penas.

Estábamos desnudos y yo solo deseaba fundirme con él, revolverle cada mechón de pelo y retorcerme bajo sus labios.

Arqueé la espalda al notar que deslizaba un dedo dentro de mí. Todo mi cuerpo se tensó para después disfrutar del hormigueo de cada incursión. Separé más las piernas y sumó un segundo dedo. Le pedí que los moviera más rápido, más profundo, y pronto su erección creció contra mi vientre.

Me faltaba muy poco para dejarme ir cuando tomé las riendas. Me senté a horcajadas sobre Joel, le sujeté las muñecas a ambos lados de la cabeza y lo observé quedarse quieto, expectante. Rescaté su pantalón del suelo y rebusqué dentro de los bolsillos. No tardé mucho en encontrar otro preservativo. Se lo puse y, sin desviar la vista de su mirada acuosa, bajé muy despacio hasta que encajamos y empecé a moverme con las palmas de las manos recostadas en su torso.

Quería saborearlo, que fuera lento, especial, eterno, que pudiera embotellar ese recuerdo y llevármelo de vuelta al verano que nos aguardaba en Barcelona. A Joel le gustó la idea y no apartó los ojos de mí mientras hacíamos el amor con calma, igual que la noche anterior.

Me estremecí cuando me acarició los pechos, y me sentí poderosa y libre

con una nueva oleada de placer recorriendo mis terminaciones nerviosas. Aceleré el ritmo y me balanceé un par de veces más antes de que el remolino de sensaciones nos arrastrase entre besos húmedos, jadeos y dientes que marcaban la piel.

Joel terminó con la mandíbula apretada, la frente empapada en gotitas de sudor y una sonrisa inmensa.

—¿Y si nos quedamos aquí encerrados para siempre? —preguntó sin aliento.

Mi corazón se saltó un latido. Me acomodé a su lado y descansé la cabeza en el hueco de su hombro. Me rodeó con el brazo y me estrechó más contra él.

—Sé que debería guardármelo hasta mañana, cuando escribamos listas de deseos nuevas, en Barcelona, y las hagamos realidad —dije—. Pero no aguanto más y...

—¿Y? —me animó.

—Te quiero.

—¿Me quieres? —repitió con una sonrisa divertida.

—Te quiero, Joel. A ti y a tus sueños por cumplir.

—¿Con mis malas elecciones y sus consecuencias?

—Con todo.

Porque el amor es navegar en la angustia del otro para mantenerle a flote. Es advertir dolor y sentir el impulso de curarlo. Es soplar a la espalda de tu compañero para que pueda batir las alas y reírse de las estrellas.

—Yo también te quiero, Atena.

Separarnos después de aquella declaración se nos hizo cuesta arriba. Joel se metió en la ducha y no salió hasta veinte minutos después, con la piel helada y el corazón blando. Se puso la ropa del día anterior y me dio un beso fugaz antes de escabullirse hasta la habitación de Román con un mohín de disgusto.

Dídac llegó a las ocho y no preguntó. Abrió la ventana para ventilar la estancia, «el ambiente está cargadito», rio, y me narró lo dramático que había sido dormir con Xavi.

—Pensaba que tu plan era meterte en la cama de Sam. —Enarqué una ceja.

—Lo fue durante cinco segundos de demencia transitoria. Xavi tiene unos sueños muy intensos, me usó como saco de boxeo. ¿Se notará mucho si me maquillo las piernas? —inquirió echándose crema hidratante sobre los moratones de las rodillas y los muslos.

—Sudarás y se te manchará la ropa.

—Genial. ¿Ahora me explicas con muchos adjetivos si el profesor de arte es tan eficiente en las extraescolares como en sus clases?

—Me voy a la ducha.

—Claro, rubia, elimina las pruebas, pero el crimen seguirá ahí.

Una hora más tarde nos reunimos en el vestíbulo para ir a desayunar ensaimadas con pasas en una pastelería cercana. Después subimos a las habitaciones a por las maletas y cogimos el metro hasta Belleville, donde admiramos el *street art* que bañaba las fachadas del barrio con un mosaico de tonalidades vibrantes.

Tal y como había anticipado Joel, actuar con normalidad resultó imposible. Posar la vista en él me sonrojaba de pies a cabeza, y el simple hecho de colocarme a su lado durante las explicaciones sobre el arte urbano que decoraba *rue* Dénoyez me tensó tanto que le di un puntapié involuntario a mi maleta, tirándola contra el asfalto. Mis compañeros se giraron hacia mí y me sentí desnuda sobre un escenario, sin violín ni partituras, mientras un público elitista me juzgaba.

Nos mantuvimos alejados el resto del día, conscientes de que cada mirada o sonrisa eran un gesto delator. Sin embargo, guardar las distancias no me privó de oír la escueta conversación que mantuvieron Joel y Román en la breve visita al cementerio de Père-Lachaise, a la altura de la tumba de Abelardo y Eloísa.

—¿Dónde estuviste anoche? —le interrogó el profesor de Literatura—. No te escuché volver.

—Dormías, intenté no hacer ruido —se excusó Joel clavando las pupilas en el suelo—. No podía pegar ojo y salí a dar una vuelta.

—¿Has pasado toda la noche fuera? —El ceño de Román se arrugó emulando los pliegues de un acordeón.

—Llamé a mi hermana, di un paseo por el Barrio Latino...

Sonaba poco creíble y se percató de ello, así que cerró la boca y lanzó una pregunta general a los estudiantes para demoler el silencio incómodo.

A media tarde salía nuestro vuelo de regreso a Barcelona. Aprovechamos las últimas horas para llenar la memoria de la réflex de Minerva con fotografías de grupo y comimos *gallettes* de salmón y queso en el autobús de camino al aeropuerto.

El avión de vuelta fue una montaña rusa de turbulencias. Recogimos las maletas mientras Felisa y Xavier iban al baño, y salimos al exterior para hacer cola frente a la parada de autobuses. Román, que tras vomitar había perdido el color, llamó a un taxi y desapareció.

—¿Podemos hablar un momento? —Joel se acercó a mí empleando un tono suave para que nadie se percatase del contenido de aquella charla.

Dídac captó el mensaje y se apartó unos metros para darnos privacidad.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó.

Me quedé sin aire al observarle detenidamente, con los primeros botones de la camisa desabrochados y los ojos que le habían robado los mejores cielos despejados a París.

—Uno de julio —asentí.

—¿A las siete de la tarde?

—No puedo esperar tanto —cuchicheé—. ¿A las tres?

—A la una. —Se mordió el carrillo.

—¿En las escaleras de la catedral?

—Donde empezó todo.

85
Joel

El primer día de julio se desató la tormenta y el firmamento, teñido de carbón, se desmoronaba sin tregua.

Yo conducía en dirección al instituto tratando de no salirme de las líneas discontinuas que parecían tambalearse bajo las ruedas del Seat. Eran las nueve de la mañana y mi limpiaparabrisas deshacía la fina cortina de lluvia veraniega que resbalaba por el cristal frontal del coche.

Me detuve frente a un semáforo en rojo y mi mente hizo un retroceso en el tiempo, a una madrugada de años atrás saliendo de un bar con Eloi. Por aquella época, mi amigo sofocaba la melancolía de una ruptura con chupitos de tequila y urdía sus propias teorías sobre universos paralelos al volver a casa.

—¿Otra vez con *Origen*? —me había reído, haciendo referencia a la película.

Al tropezar con el bordillo de la acera, había sido Eloi el que se había desternillado de mí.

—Mira por dónde vas —me había aconsejado observando la luna llena, taciturno. Había carraspeado con el semblante sombrío—. Tienes dos opciones: viajar al pasado para darle un consejo a ese Joel que planeaba comerse el mundo, o que tu versión futura se plante delante de ti y te cuente cualquier cosa que quieras saber. ¿Cuál eliges?

—Fácil. Elijo que mi yo del futuro venga a darme un consejo.

Lo había dicho tras meditar unos segundos, valorando que necesitaba más recibir una guía que darla.

No obstante, mi presente en julio parecía haberse esclarecido. Pensé que quizá algo —o todo— había cambiado. Me asaltó el pálpito de que, si pudiera responder de nuevo a aquella pregunta, me decantaría por la otra opción.

—Viajaría al pasado para abrazar a aquel chico con sueños —susurré poniendo primera y acelerando, sin titubear.

¿Significaba eso que al fin estaba en paz con el presente?

Reflexioné sobre ello durante los últimos kilómetros y llegué a la conclusión de que sí, las experiencias de los últimos meses me habían hecho crecer más que las velas de cumpleaños de una década. Me embargó una sensación de plenitud al subir los peldaños de la entrada principal del Valancós y avanzar hacia el despacho del director, ajeno a lo que me esperaba.

Sus ojos castaños me recibieron sin levantarse de la silla, ni siquiera me tendió la mano ni me preguntó por el viaje. La brusquedad que había detectado en su llamada para que me pasara a comentar unos asuntos era real. Se palpaba en el ambiente. Quizá no estaba allí para firmar el contrato para el próximo curso.

—Tenemos algo de lo que hablar —espetó ajustándose las gafas.

—Claro. —Fingí que estaba al corriente y me pasé una mano por los hombros, llevándome el agua que el chaparrón había calado en mi camisa.

—No tiene sentido dilatarlo más, así que seré directo. ¿Has mantenido una relación con alguna alumna del instituto?

Mi mandíbula se tensó al escuchar aquella verdad disfrazada de acusación.

—¿Qué?

—Me has oído, Joel.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —Traté de ganar tiempo, una ventaja ínfima para meditar, tejer excusas y convencerle de que no había nada perverso ni oscuro que involucrase a Atena.

—Me ha costado mucho esfuerzo llegar al cargo que ocupo y no voy a permitir que nada me arrebate el puesto, ¿estoy siendo lo suficientemente claro? —Sus pupilas me fulminaron—. Me importa poco lo que hagas en tu tiempo libre, siempre y cuando no salpique al nombre de este instituto. Así que te lo voy a preguntar otra vez: ¿has mantenido una relación con alguna alumna del IES Valancós?

Tragué saliva, apreté los puños y le di la respuesta que deseaba escuchar:

—No.

—Joel, estás acabando con mi paciencia que, por si no lo has deducido a estas alturas, es bastante limitada. Hemos jugado al tira y afloja con tus salidas y tus clases creativas, propuestas que solo me han generado dolor de cabeza. Estamos pasando una temporada delicada en la que la mínima acusación genera

ampollas. El #MeToo mueve a las masas. No quiero salir en las noticias ni que periodistas sensacionalistas utilicen fotografías del centro para narrar tu caso en los periódicos. Y, mucho menos, que ciertos colectivos se manifiesten por la zona. ¿Entiendes a qué me refiero?

—No hay nada de lo que preocuparse, yo...

—¡Y una mierda! —Azotó la madera del escritorio con la mano abierta, provocando un sonido seco—. Tú y Atena Beltrán, no te atrevas a negarlo ni una vez más. ¿Ha sido consentido?

Inspiré hondo, sin escapatoria.

—Sí. Ha sido una relación consentida.

Una mueca grotesca se apoderó de sus labios y por ellos desfilaron apelativos despectivos. Amagos de amenaza. La certeza de que podría destrozar mi reputación. El ultimátum de que lo haría antes de que yo destrozase la suya. Ofensa tras ofensa, detallando las características del monstruo, del tipo despreciable y la bestia que era, añadió sus cartas manipuladas a una baraja con la que nunca debí jugar.

Mientras caía por el abismo, mis ojos memorizaban las nubes, aquel cielo que Atena y yo habíamos rozado juntos y al que no volveríamos. Durante el descenso que supuso esa conversación, no miré al suelo, ya tendría tiempo para acostumbrarme a él tras el impacto. En mitad del cataclismo, seguí contemplando el firmamento haciéndose diminuto. Al igual que mis esperanzas.

Nuestra relación, esa que construimos pieza a pieza con cautela para que nada ni nadie la derribase, se desplomaba ante mis narices sin que pudiera evitarlo. Estábamos al descubierto, desnudos, caricaturizados. La pintura de nuestro lienzo se había desfigurado y formaba una imagen obscena y vulgar, tan dispar a lo que habíamos sido que no logré reconocernos en lo que el director describía. No mencionó la igualdad, el cariño, el respeto, la preservación de los sueños del otro y el altruismo. Él solo le puso una etiqueta, la de lo prohibido, abominable e ilícito, y defendió su alegato a capa y espada.

—Estás despedido —sentenció—. Sube al aula de profesores a recoger tus cosas. No quiero que te dirijas a nadie en los pasillos ni que comentes el motivo por el que no seguirás con nosotros en septiembre. Una sola palabra de lo que acabamos de hablar y te juro que nos veremos delante de un juez.

Iba a decirle que no había ocurrido nada, que nos habíamos contenido hasta París. Que fue más que consentido. Dulce. Lo mejor que había tenido. Pero hubiera sido mentir. Porque nos habíamos querido en la distancia, nos habíamos

visto sin denominar cita a aquellos encuentros, y nuestros abrazos habían derrochado más intimidad que cualquier acto sexual. Así que no lo negué, aunque no estuviera de acuerdo con el desenlace.

Asentí en silencio y me puse de pie.

—Hablaré con ella —me desafió—. Si contradice tu versión, ten por seguro que me pondré de su parte y te hundiré la vida. Vende esa chatarra de coche y múdate con tu madre, saca dinero de donde sea para cerrarle la boca a esa cría o...

No le permití ir más lejos, en esa ocasión fui yo el que interrumpió:

—Esa cría es la chica más madura que conozco, y nada de lo que hayamos hecho o sentido está mal. Ni se te ocurra utilizarla para sacar provecho de la situación.

—Mantente alejado de Atena Beltrán, no me des motivos para complicaros las cosas. No sería descabellado llegar a la conclusión de que una alumna que repite curso y resulta ser una negada en todo, de repente aprueba con buena nota, favorecida por un profesor que la chantajea. Desaparece, Joel. Esfúmate y no me incites a pensar en maneras de machacarte. Lárgate sin hacer ruido, como si nunca hubieras pisado el Valancós.

Es cierto eso que dicen: algunos finales son comienzos. Aunque no lo parezca cuando te están echando de un lugar y la puerta golpea tu rostro y resuena en tus entrañas. Aunque precises de un folio en blanco para trazar ese mapa que no sabes lo que delimitará. El futuro es incierto, asusta, se te atasca en la garganta y te roba el aire. Es conducir sin frenos, subirte a la moto sin casco y soñar algo bonito antes de que te despierte el vuelco en el pecho.

Pero los soñadores tenemos algo en el ADN, un masoquismo intrínseco que nos empuja a continuar. Y eso es lo que haces cuando hallas un muro infranqueable ante ti. No esperas observando por la rendija, no buscas una ventana ni te sientas a esperar. No.

Gritas.

Lloras.

Das una patada al suelo y te levantas para no perder ni un segundo.

Caminas firme, consciente de que la vida no se define por un bache, mala suerte o una oportunidad que dejaste ir. Tampoco por una decisión que otros tildan de error. La única manera de superar lo que duele es avanzar.

En mi caso, desaparecer.

86
Atena

Estaba pletórica. Esa mañana habían salido las notas de selectividad y el grupo de WhatsApp de bachillerato artístico se llenó de iconos festivos. Todos —a excepción de Ruth, que ya lo tenía más que asumido— habíamos aprobado.

Me di una ducha y decliné la oferta de Dídac. Ponernos hasta arriba de palomitas y chucherías viendo una peli elegida al azar tendría que esperar hasta el jueves. El primero de julio estaba reservado para Joel.

Arreglarme supuso más quebraderos de cabeza de los que imaginaba. Yo, que nunca había sido experta en estilismos y me guiaba más por la comodidad que por la moda, me propuse sorprender. Emulando los trucos que Felisa nos había enseñado en el viaje, me hice tres peinados distintos. Melena suelta con pasadores a los lados, una coleta improvisada y un moño bajo, pero ninguno me gustó. También me probé varios conjuntos de ropa, algunos más formales, un par de vestidos sueltos que había llevado a Francia y ya estaban secos gracias a las temperaturas cálidas de la noche. Incluso saqué varias perchas del armario para hacer combinaciones.

Me pinté la raya del párpado y opté por hacerme una trenza lateral con varios mechones delanteros sueltos. Me puse una camiseta de encaje salmón, unos *shorts* y las sandalias. No me eché perfume en el cuello y bajé las escaleras con una sonrisa inmensa.

Cuando salí del portal ya había parado de llover y el horizonte estaba aclarando.

Caminé hacia el centro acompañada por la lista de reproducción que hicimos en París y me mimeticé entre los turistas hasta llegar al punto en el que habíamos quedado. Me senté en un lateral de las escaleras de la catedral y me cubrí la frente con la mano para escudarme del tímido sol que empezaba a asomar con fuerza.

Esperé, esperé y esperé. Joel no apareció.

Le escribí tres mensajes y lo llamé, pero mi tentativa fue directa al contestador automático. A las dos del mediodía decidí dar una vuelta para estirar las piernas y huir de los mosquitos. La vibración de mi teléfono interrumpió el estribillo de *Dinamita*, de La Bien Querida, y se me aceleró el corazón.

—Estoy paseando por Las Ramblas —solté por inercia.

—¿Atena? Soy el director, ¿puedes pasarte por aquí? Me gustaría hablar contigo.

—Claro. ¿Ocurre algo?

—Preferiría comentarlo en persona —fueron sus únicas palabras.

Me tragué los interrogantes, cogí el metro y me presenté en el Valancós sin saber que ese día, al contrario de lo que decía la canción, las estrellas no estarían de mi parte. Golpeé la madera con los nudillos antes de entrar en el despacho del director, y aguardé a que me invitase a sentarme.

—Felicidades por el aprobado en selectividad. —Me dedicó una sonrisa y señaló la silla frente a su escritorio.

La ocupé sin vacilar, consciente del muro de madera que nos separaba.

—Gracias —murmuré inquieta, a la espera de la verdadera razón por la que me había citado.

—Metieron esto por debajo de la puerta. —Acarició el portafolio de cuero que ocupaba el centro de la mesa y sacó de él un sobre morado. Lo aproximó hasta mi lado, analizando mi reacción con la mirada rasgada de suspicacia—. Ábrelo.

Con dedos temblorosos, desenvolví la nota que contenía y leí la tinta de Times New Roman:

> *Joel Sanz mantiene una relación con Atena Beltrán, de segundo de bachillerato. Sería conveniente que tomaran medidas antes de que esta información se extienda.*

Mi visión se nubló y percibí arena obstruyéndome la garganta. Por más que intentaba tragar, mi saliva solo servía para compactar la pasta que me impedía respirar. ¿Ese era el motivo por el que Joel no se había presentado a nuestra cita? ¿Por eso no me había respondido? ¿El calor del asiento que ahora ocupaba yo era suyo?

—Y bien, ¿es cierto? —El director añadió una pregunta más. Me examinó con detenimiento, como si fuera la primera vez que me veía. Quizá lo era, porque no recordaba haber mantenido una conversación con él antes. Tampoco se había interesado por mis planes de futuro o algo más allá de las faltas de asistencia, los suspensos o el ingreso de la cuota del material escolar. Estaba convencida de que había tenido que hurgar entre varios expedientes para confirmar que la Atena Beltrán a la que hacía referencia la nota era esa chica rubia de ojos bañados en negro—. Atena, ¿me oyes?

Mi nombre sonó disonante, impersonal, a trámite burocrático. Aquella reunión lo era, y tener que darle explicaciones sobre mi vida privada a un completo desconocido resultaba bochornoso. La masa que me obstruía el cuello fue deshaciéndose poco a poco hasta tornarse lava candente. El miedo se transformó en rabia. Sabía lo que debía hacer: tenía que mentir para protegernos.

—No, claro que no —increpé, tajante.

—¿Es posible que hayas escrito tú la nota para alertarme de un comportamiento... poco profesional?

—No —reiteré.

—¿Tienes idea de quién podría insinuar algo así? ¿Qué razones tendrían para inventárselo?

—No lo sé.

—Atena, no quiero hacer leña del árbol caído. Solo pretendo comprender qué ha ocurrido con Joel Sanz.

Mis dedos se cerraron alrededor del reposabrazos de la silla y me prometí que no me marcharía de allí en medio de un ataque de histeria, tras romper algo. Porque era lo único que deseaba hacer, reducir a fracciones punzantes cada objeto. Tantos y tan fuerte como resonaban en mis oídos aquellas acusaciones.

—No sé quién se ha inventado algo así —musité entre dientes.

—¿Estás segura? Cualquier tema que discutamos aquí quedará entre nosotros, tienes mi palabra. Si decides denunciarle, el centro te apoyará, aunque me gustaría que el asunto no llegara tan lejos. Ya sabes, resolverlo de un modo discreto.

Las verdaderas intenciones del director salieron a la luz. Un acuerdo, sin polémicas ni la sombra de un escándalo mancillando el Valancós. No estaba culpándome de nada, solo negociando una manera civilizada de enterrar el hacha de guerra que él mismo blandía.

—No ha ocurrido nada —mascullé por enésima vez.

Sus facciones contenidas por los recelos se convirtieron en un lienzo victorioso. Dilató su alegato un par de minutos más vendiéndome sus buenas intenciones, su preocupación por mi bienestar. «Cuentas con mi apoyo», recalcó con una máscara de cordialidad. Ya no se contenía y sus comisuras se alzaban triunfales.

—Te pediría discreción, Atena. Que esta conversación no trascienda. —Exhaló un suspiro—. Contaremos con un nuevo profesor de Fundamentos del Arte para el siguiente curso, y no hay motivo para alarmar a padres y alumnos.

—¿Por qué le echáis? No ha hecho nada —repetí, a sabiendas de que el Valancós era un ecosistema intransigente.

—Su contrato era para un curso, y defendemos metodologías de enseñanza diferentes —se excusó—. Tiene un buen currículum, encontrará algo pronto.

Pude haberle dicho que era el mejor profesor que había pisado el instituto, que nadie nos había enseñado tanto sobre nosotros mismos a través de una materia, que la crisis haría que Joel estuviera desempleado varios meses antes de tener que aclimatarse a un puesto distinto. Que eso le destrozaría porque, ¿cuántas veces puede alguien mudar de piel sin desbaratarse?

Sin embargo, el director estaba al corriente de todo y no podía importarle menos. Las dificultades, la economía, los sueños fracturados y la pérdida de identidad le resbalaban por el rostro mientras se ponía de pie y me estrechaba la mano con vigor.

—Espero que te vaya bien en la carrera, Atena —me deseó un hombre que no me conocía en absoluto, al que decirle que iba a presentarme a las pruebas de acceso al Conservatorio le hubiera generado una mueca de espanto. «Qué desperdicio, menuda pérdida de tiempo y dinero», me habría respondido.

A él solo le interesaba que mantuviera la boca cerrada para que el bochorno de una relación entre un docente y su alumna no ensuciase su país de las maravillas. Así que guardé silencio; al fin y al cabo, lo que digas carece de relevancia si la persona que tienes delante no está dispuesta a escuchar.

De espaldas a él, con mi mano trémula rodeando el pomo, le oí hacer añicos la nota de la discordia.

Esa nota envuelta en un sobre morado.

Exactamente igual que el que me había regalado Isolda por mi cumpleaños.

87
Joel

No sé cuánto tiempo estuve en el aula de bachillerato artístico, desafiando las exigencias del director. Iba a desaparecer, lo haría, pero no sin antes despedirme de mí mismo.

Eso es lo que traté de llevar a cabo, sentado en el borde del escritorio como solía hacer durante las clases, observando pupitres vacíos. Me dije adiós mientras recorría cada uno de ellos con la mirada empañada.

Seguía sin ver con nitidez cuando salí al pasillo. Me enjuagué la cara en el baño y fui directo al aula de profesores. La estancia estaba desierta a excepción de Román, que tomaba notas en el margen de sus fotocopias de Literatura.

—He venido a recoger mis cosas —expliqué.

Me ayudó a ordenar los apuntes que había preparado para la optativa de la ESO, y que terminaron en la papelera.

—¿Estás bien? —inquirió Román.

—Es complicado.

No le pregunté si había puesto al corriente al director de mi relación con Atena al llegar de París, o incluso por teléfono. ¿Acaso importaba? Él no me había obligado a enamorarme de nadie, él no me había hecho creer que hay sentimientos que están por encima de las reglas. De eso me había encargado yo, solo yo.

—¿Vamos a tomar un café? —propuso.

Asentí.

Metí los exámenes finales en los archivadores y le cedí un par de hojas para que las reciclase escribiendo por la cara limpia. Bajamos las escaleras en silencio, me giré para observar cómo los rayos del sol se colaban por las ventanas. Entonces la vi.

—Espera —le pedí a Román sin descender ni un peldaño más.

—Ten cuidado, Joel. Este no es sitio para arriesgarse así —me advirtió antes de cruzar el umbral y caminar hacia el aparcamiento.

Permanecí unos segundos, minutos, quizá días, recostado contra la pared de la entrada, contemplándola en la distancia.

Se frotaba los ojos para acabar con las lágrimas que yo no podía quitarle. Porque era el causante de aquello, el que le añadía otro drama a su larga lista. Atena se desplazó de un lado a otro, con pasos cortos, creando círculos concéntricos irregulares. Temblaba, estaba encogida y se despeinaba la melena en un gesto nervioso mientras la otra mano rebuscaba algo dentro de la mochila.

Al instante, mi teléfono comenzó a sonar. Pero no oí música, solo ruido. El del futuro romperse y, con él, los recuerdos de lo que había anhelado por anticipado y que no llegaría a hacerse realidad.

Apagué el aparato y seguí a Román hasta el Toyota blanco.

—¿Tan loco estás por ella que te merece la pena perder tu empleo? —preguntó jugueteando con las llaves del coche entre los dedos.

El secreto a voces que habíamos preservado era un grito con eco en el punto más alto de una colina. Se propagaba sin que lo pudiéramos contener.

—Es evidente, ¿no?

—Sí, por tu manera de mirarla. Y, joder, ojalá yo siguiera mirando así. Pero no aquí, el Valancós no entiende de corazones.

—Tú estás de acuerdo con los valores que defiende el instituto.

—No tengo que estarlo para cumplir con mis obligaciones y cobrar una nómina —puntualizó—. Llevo trabajando aquí mucho más que tú, Joel. Al principio cuesta, pero te haces al sitio y a sus peculiaridades.

—Yo no he sido capaz.

—Tú eres distinto. No te haces a los lugares, haces tuyos los lugares y luchas hasta que los cambias. Te marchas con la sensación de derrota, pero hazme caso, eres más fuerte que el muchacho que conocí el año pasado. —Me dio una palmada amistosa en la espalda—. Vamos a por ese café y seguimos hablando.

88
Joel

El teléfono vibró durante una semana. Mi timbre se fundió de tanto sonar.

Apenas salí para no encontrármela sentada en el felpudo, en el portal, en la acera.

Era ella, siempre lo era.

Pidiéndome que fuera valiente.

Pidiéndome que fuera otra persona.

Alguien que no podía ni quería ser.

89
Atena

Intentaba no pensar en Joel y era ese esfuerzo el que me obligaba a tenerlo las veinticuatro horas en la mente. Pero ver sus fotografías, las que me llegaron al correo de parte de Minerva, fue peor, mucho peor. Reviví cada instante que habíamos atesorado en París, las charlas al mediodía, las caminatas para no gastar un trayecto en metro, sus explicaciones a pie de calle y la fascinación que rebosaba en los ojos de cada estudiante al escucharle.

También recuperé nuestros momentos. El beso robado en el Louvre, los «te quiero» que guardamos en Montmartre frente a un muro que hablaba por nosotros, un parque iluminado por farolas, preguntas improvisadas y el amanecer que no logró separarnos y se revolvió en mi cama. El despertar de la mañana siguiente cobró fuerza. Bajé los párpados, me entregué al recuerdo y la imagen se tornó más clara que el presente.

Vi a Joel saliendo de la ducha con una toalla anudada a la cintura, de su pelo despeinado caían millones de gotas que brillaban en su torso descubierto. Se detuvo unos segundos a comprobar la hora en la pantalla del móvil, manteniéndose en la parte de la estancia que aún estaba en penumbra, y yo subí un poco más las sábanas para cubrir mi desnudez.

Joel se sentó en la cama y me dedicó una sonrisa ladeada a la que solo pude corresponder con un suspiro.

—Qué te pasa —preguntó, divertido.

Se inclinó y sus labios acariciaron los míos con delicadeza. Me perdí en aquel beso lento, en la humedad de sus mechones entre mis dedos, en el roce de la barba de varios días y el modo en el que sus manos acunaban mi rostro. En la languidez de mis extremidades y el cosquilleo que me bailaba en el vientre.

—Quiero quedarme aquí para siempre —murmuré con el pulso acelerado. La punta de su nariz jugueteó con mi boca hasta que sonreí.

—Podemos volver con los ojos cerrados. Además, mañana empieza julio.

—Julio será mi mes favorito, sin duda, pero estas horas se me van a hacer más largas que las semanas que hemos contado hasta llegar aquí —cercioré, frustrada.

—Atena, no pongas esa cara. —Rio y su aliento me acarició las mejillas—. Tachar días sabiendo qué te espera al final de la cuenta atrás es un lujo. Te lo dice un experto en esperar cosas que no han llegado a cumplirse.

—Lo sé.

Nos miramos muy cerca, conscientes de la magnitud de aquella escena, de la intimidad que nos conectaba y de esa atracción que provocaba descargas en respuesta al roce de nuestros cuerpos. Y, por encima de todo, estaba la admiración. Qué fácil hubiera sido tirar de su mano y rogarle que me enseñase más de la ciudad, que recorriésemos cada museo, monumento o cementerio y me hablase durante horas sobre las cosas que él sabía y no se encontraban en los libros.

Sin embargo, guardé silencio y no rompí el contacto visual. Mis dedos trazaron constelaciones dispersas en su espalda y el sosiego nos envolvió. Puede que contemplar un imposible tuviera ese efecto, el de sumirte en una paz inusitada y robarte la voz. No necesitábamos verbalizar lo que estábamos sintiendo, habíamos creado nuestro propio lenguaje de miradas y latidos.

—Quedémonos en este momento un poco más, Atena, sin anticipar lo que ocurrirá. Vamos a besarnos hasta perder la cabeza. —Me observó con una expresión burlona y añadió—: O hasta que suene la alarma del despertador y Román tire abajo cada puerta del hostal buscándome.

Supongo que lo hicimos bien. En nuestro último día en París, entre cuatro paredes, fuimos eternos. De vuelta al presente, en Barcelona, si me concentraba, alcanzaba a oler su perfume de menta, mis labios palpaban el tacto de los suyos y todo mi alrededor era del mismo azul que sus ojos. Pero el recuerdo no me calentaba por dentro ni apaciguaba el dolor. Al contrario, rasgaba, escocía, tiraba de la carne viva antes de verter sal sobre cada corte.

Ya no quería permanecer una eternidad en aquella habitación de Francia. Las mariposas se habían transformado en fantasmas.

Todos ellos me acompañaron a encarar a la villana que me había usurpado mi final feliz. Sin un discurso preparado, solamente con la ira que me provocaba aquella situación, me presenté en la puerta de Isolda. No se sorprendió al verme, ni siquiera disimuló cuando de mi boca brotaron reproches. Encajó la puerta y

dio un paso al frente, yo no di uno atrás y quedamos a escasos centímetros en aquel rellano que antaño nos vio charlar de chicos, volver de fiesta con paquetes de churros y compartir confidencias.

—¿Cómo has podido hacerlo? ¿En qué momento decides que es mejor ir al director antes que hablar conmigo? —le recriminé.

—Tú y yo ya no hablamos, bonita —escupió con chulería. Colocó los brazos en jarra acentuando el diminuto contorno de cintura que se le marcaba con el vestido lencero de cuadros.

—¿Y de quién es la culpa?

—¿No te cansas de culpar al resto de las cosas que te pasan?

—Me ignoras todos estos meses y vuelvo a ser relevante para ti cuando descubres que estoy con Joel. Tiene mucho sentido —ironicé, la bilis ascendió por mi garganta—. Nos escuchaste, ¿verdad? A mí y a Dídac la tarde en la que se lo conté. Te morías de envidia y...

—¿Envidia? ¿De una chica sin familia que abandona a su mejor amiga por el hermano pequeño al que ni saludaba el curso pasado? ¿La que se ha tirado a un profesor mientras su padre se peleaba con cada camarero del barrio que se negaba a servirle una cerveza? Sé un poco realista; Víctor no va a recuperarse nunca y Joel es demasiado para ti. —La odié como no creía posible. Isolda se limitó a contemplarme con aires de superioridad, arrugando la nariz y elevando una de sus comisuras—. Me dan envidia el Premio Nobel, el descubridor de la penicilina, los triunfadores. No tú, escoria. ¿Te acuerdas de la noche que salimos y me contaste que os habíais besado? Dijiste que ibas a aceptarlo sin hacer nada, porque en el fondo eras consciente de que no teníais futuro. Hazlo, Atena, asume que no es para ti y que vas a pasar una temporada sola. Quizá así te hagas a la idea de lo que jode cuando pierdes algo que quieres y tu mayor apoyo te da la espalda.

Isolda solo podía causar dolor porque estaba rota, porque era pedazos afilados de esos que producen cortes limpios y profundos. De esos que parece que jamás dejarán de sangrar.

—¿Qué te ha pasado? ¿Cómo has llegado a convertirte en alguien que destroza a los demás para que la necesiten?

No hizo falta que respondiera a mi pregunta. Lo vi claro. Yo siempre había sido la desaventajada, la que tenía problemas, y ella la adulta que me ayudaba a resolverlos. Una vez que había dejado de interesarle salvarme y su relación la había cegado, empezó el descenso sin frenos. Y cuando su príncipe azul se cansó

de un solo reino, la carroza se transformó en calabaza y no tuvo más remedio que regresar a la realidad. Pero no encontró a la amiga desamparada cuyas piezas podía enmendar con su caridad. Halló a alguien que, a base de luchar, se hacía llamar guerrera.

Y creyó que para recuperarme debía iniciar una disputa que lo sepultaría todo.

—Tú solita te cargas las cosas que merecen la pena —espetó altiva, elevando el tono—. Eres una desagradecida.

—Me equivocaba al echarte de menos, Isolda —farfullé con exasperación.

Una sarta de verdades se interpuso entre nosotras. El volumen subió. Gesticulamos a punto de rozarnos. A partir de ahí, no recuerdo lo que dije, tampoco qué replicó ella. Fui impulsiva, me dejé llevar por la cólera y todo se manchó de furia y dardos envenenados que aumentaban la crueldad con la que disparábamos acusaciones. Si no podía detener la hemorragia, pensé, me conformaría con liberar toda la adrenalina y la toxicidad que contaminaban mi organismo.

—Se os oye desde abajo. —La regañina de Dídac se coló en la trifulca. Llegaba agitado de subir las escaleras corriendo. Me cogió del brazo, fulminando a su hermana. El tacto de su palma cálida rodeando mi piel me trajo de vuelta.

Recuperé parte de la cordura y mordí el adjetivo despectivo que anhelaba deslizarse por mi lengua. Aquella era una caza de brujas prescrita. Mi amistad con Isolda había estado sentenciada desde mucho antes, y de nada servía pedirle explicaciones o tildarla de traidora. El daño estaba hecho, mi amor se desvanecía como un sueño al despertar y a Joel lo desterraban del instituto.

Isolda se metió dentro de casa, dando un portazo tras ella. Su hermano y yo nos sobresaltamos. El silencio en el que nos sumimos resultó más aterrador que los gritos.

—¿Damos una vuelta? —propuso el pequeño de los Aloy.

Asentí. Sus dedos se trenzaron a los míos y me invitaron a avanzar.

Ni sesión de cine, centros comerciales o cafeterías. Esa tarde solo paseamos por el barrio, me daba la impresión de que encerrarme en algún local terminaría por asfixiarme. Preferí las altas temperaturas estivales, con sus brisas llameantes y los destellos de un sol radiante que no me provocaba nada. Dídac se secó la frente con el dorso de la mano en un par de ocasiones, pero no se quejó, pese a que en su camiseta avellana había surcos de sudor.

—Lo siento, rubia —bufó—. Si no me hubieras contado nada...

—No es tu culpa.

—Ni la tuya, ni la de Joel. Menuda mierda. ¿Has hablado con él?

—No da señales de vida y lo entiendo. Ha perdido su trabajo...

—Pero te quiere.

No logré reprimir las emociones. Una cascada de lágrimas me manchó la cara en cuestión de segundos. Nos paramos en una esquina y sollocé sin contención, sintiéndome patética y muy niña. Dídac me abrazó sin apretar hasta que acompasé mi respiración a la suya.

—¿Cuánto se puede perdonar por amor? —le pregunté.

—Amiga, el dramático soy yo, así que elimina esos interrogantes de tu cabeza y focalízate en lo que puedes controlar. —Me secó los carrillos con los pulgares y sonrió—. El instituto ha terminado, vas a pasar un verano con el violín al cuello preparando las pruebas de acceso. Y cuando entres en el Conservatorio, espero ser el primero al que se lo digas.

—Si ocurre, te llamaré.

—Nada de llamadas. —Enarcó una ceja—. Quedaremos y me lo contarás llorando. Pero serán lágrimas de felicidad y estaré orgullosísimo.

—¿Crees que dejaremos de ser amigos ahora que cada uno ha elegido su camino?

—Atena, no digas estupideces. Puedo ser actor y seguir queriéndote. Nos veremos menos, costará cuadrar horarios y algunos días llegaremos tan agotados a la cama que ni siquiera leeremos los mensajes del otro. Pero eso no significa que vaya a olvidarme de este año, de lo bueno que ha sido porque has estado a mi lado. Sé que tu concepto de amistad es de larga duración y yo acabo de llegar, aunque te lo advierto, soy de los que se quedan.

—Promételo —le pedí estrechando su mano con fuerza.

—Voy a hacer algo mejor. Demostrártelo.

Dídac Aloy siempre será un personaje peculiar. Entró a mi vida confesando que era gay en nuestro primer recreo juntos, y acabó abrazándome cuando mi relación más significativa hizo aguas. Cuando mi mejor amiga resultó ser antagonista. Cuando todo parecía estar a cien años luz.

El chico de ondulaciones doradas, estampados atrevidos y corazón bondadoso. El rarito de las palomitas de colores y fan de las modas. Mientras los rascacielos caían uno a uno, él sería mi constante. Me escucharía ensayar durante

todo el verano, amenazaría con cortar las cuerdas del violín si repetía el *Canon*, de Pachelbel, una vez más y me obligaría a ver películas de su nuevo amor épico, James Dean.

De Dídac aprendí que las acciones dicen más de alguien que sus palabras. Que un calendario fosforito planeando cada hora de julio a septiembre sonaba a estar en casa. Que abrir mi libreta de composiciones era más valiente que reproducir la música de otros estando vacía. Y eso hice: despojarme de miedos y vergüenzas, seguir creando mi propia historia con el violín, aferrándome a sus manos cuando perdía el equilibrio. Y no me escudé en los fracasos del ayer para eludir las oportunidades que surgirían en el futuro.

90
Joel

La persiana bajada para ignorar el paso del tiempo y una almohada harta de mis dilemas existenciales, ese era mi hábitat. Salía del dormitorio cuando el rugido del estómago me recordaba que era la hora de la cena, engullía pan de molde acompañado de café y me daba una ducha rápida para que las cavilaciones no me pillasen desnudo.

Había hecho una regresión a los meses de verano del año anterior, cuando no tenía empleo, mi corazón retrasaba lo inevitable y eso de «todos estamos en el universo por algún motivo» me sonaba a filosofía barata que vende agendas y tazas. Me sentía una carga para mí y los de mi alrededor, por eso me recluía en el ático.

Ese martes no salí de la cama hasta que sonó el timbre a media tarde. Me negué a abrir pensando que sería ella, la chica a la que llevaba dos semanas evitando. Al igual que los mensajes de Eloi, las llamadas de Irina y las notificaciones de candidaturas descartadas en portales de empleo.

Después escuché la voz de mi madre y arrastré los pies hasta el umbral.

—Joel, llevo media hora en la puerta. ¿Estás sordo? —Su rostro serio no hacía juego con el vestido de cerezas que llevaba puesto, del mismo tono borgoña que su pintalabios.

—Estaba echando la siesta —me excusé.

—¿Qué es todo esto? —preguntó conforme entraba, observando el sueño de Atena empapelando las paredes de mi salón.

—El Liceo.

Gracias a mi reciente manía de no alzar la vista del suelo, había olvidado que seguía allí. O lo había dejado inconscientemente para conservar algo tangible de las promesas que le había hecho a Atena.

—¿Un proyecto nuevo?

Ignoré su ceño fruncido por la confusión y nos sentamos en el sofá.

—No, aunque debería empezar a pensar en un plan b. Me han echado del trabajo.

—Cariño, lo siento.

—Vuelta a empezar —contesté.

Iban a ser meses duros postulándome a puestos de los que me descartarían por sobrecualificación. Otros ya tenían nombre antes de iniciar los procesos de selección. Prefería no darle muchas vueltas.

—Pensemos en positivo, cariño, todo saldrá bien. Irina puede dejar tu currículum en el hospital, y el hijo de la vecina Emilia trabaja en una clínica de estética, podría enviarlo al departamento de Imagen y Comunicación. Cuando vean tus carteles seguro que...

—Mamá, he pasado la fase de buscar solo empleo de diseño —la corté con una sonrisa sarcástica.

—Dime, ¿qué necesitas?

—Decirte la verdad. Me han echado por mi culpa.

—No te castigues así. Te has esforzado, tu hermana me contó que organizabas salidas y que ayudaste a financiar el viaje de fin de curso. Lo has hecho lo mejor que has podido, te has desvivido por esos chicos.

—¿Irina no te contó que he estado saliendo con una alumna? —Le sostuve la mirada porque había hecho muchas cosas mal, pero querer no era una de ellas. No me avergonzaba de mis sentimientos.

—Si es una broma, hijo, no entiendo tu humor —opinó desconcertada.

—No lo es —rebatí. Mi madre abrió mucho los ojos y se tapó la boca para cubrir la expresión de asombro—. La chica que vino conmigo al hospital cuando nació Elisenda, estoy enamorado de ella.

—Joel...

—Sé que vas a soltarme un sermón sobre lo que está bien y lo que no, que opinas que soy un idiota desaprovechando una nómina por alguien más joven que se cansará de mí muy pronto... Pero puedes ahorrártelo, el director se te ha adelantado.

Me escrutó con detenimiento, analizando cada arruga, marca y pelo de mi barba. Dedujo que mi aspecto desaliñado y mi carácter arisco de los últimos días se debían a una ruptura. No estaba equivocada, aunque fuera un capullo sin coraje para quedar con Atena y zanjar el asunto.

Cuando asimiló la información, mi madre tiró de mí en un abrazo que me

transmitió más que cualquier palabra de aliento o consejo que pudiera darme.

—Sé que te sientes solo, pero nunca vas a estarlo —susurró contra mi hombro—. Cuando la vida se complica, sacas los dientes. Sigue haciéndolo, no te rindas hasta que tu suerte cambie.

A veces solo necesitamos eso, que no nos nieguen el limbo en el que estamos presos ni edulcoren la realidad con un «conocerás a alguien», «encontrarás otro trabajo» o «lo mejor está por llegar». En mitad del temporal, una muestra de afecto irradia más esperanza que cualquier juramento verbal.

No me quité el pijama ni salí a merendar con mi madre, pero tomarme un yogur frío en el sofá mientras me ponía al día de los últimos *realities* a los que se había enganchado no estuvo mal. Apagué el interruptor del dolor, me resarcí de las contracturas que me retorcían como hilos de un títere que manejaban en varias direcciones a la vez y recuperé el juicio.

Dicen que con el paso de los años te enamoras de un modo distinto, más sereno y racional. Que los fuegos artificiales no son tan vibrantes, alumbran lo justo, pero perduran. Entonces, ¿por qué lo experimentaba todo con tanta intensidad?

La sangre de mis venas se convertía en estalactitas si cometía la imprudencia de encender el móvil y perderme en las fotografías de los besos nocturnos que nos habíamos dado en una plaza de París.

Y escuchaba sus carcajadas, sus respuestas mordaces, olía su colonia de vainilla y me moría por dentro.

Tanteaba la suavidad de su cuerpo en mis sábanas y me maldecía por haberle descubierto un lunar en la espalda, por saber que tenía cosquillas en la cintura, pero que las rodillas eran el punto exacto para hacer que se doblegase de risa.

Y buscaba música de violín en internet. Una canción tras otra. De un modo enfermizo y lacerante. Aunque nadie sonaba como Atena. Nadie me estrujaba las vísceras como ella ni poseía el poder para anestesiarme.

Me había enamorado como nunca antes, de todas las formas posibles: con la sensatez de un adulto, la ingenuidad de un adolescente, sin prudencia ni fecha de caducidad, liberándome de los recelos de experiencias anteriores. Siendo una pared en blanco a la espera de los trazos del primer amor.

Por eso me costaba tanto renunciar a ella.

Por eso solo me permití una cita más con Atena. En mi mente. La imaginé corriendo por Las Ramblas, con una expresión aliviada mientras canturreaba

canciones que eran ya más nuestras que de sus propios compositores. Con un vestido, pantalones o lo que quisiera ponerse; lo más bonito que llevaba Atena era su inmensa sonrisa. Esa que le rompería en mil pedazos al decirle que no estábamos allí para iniciar un camino juntos. Que de dos colores primarios surge un arcoíris, pero de dos complementarios solo se obtiene gris. Que una cometa jamás ondeará atada a un bloque de hormigón. Que éramos una de esas flores raras —una reina de la noche— que se abre al atardecer y muere al salir el sol. Y nuestro amor se componía de luz.

No podía.

No quería.

No lo haría.

Tardé varias horas en redactar, borrar, reescribir y releer veinte palabras. Solo unos segundos en cerrar los ojos y mandarlas con el corazón encogido, ignorando la opresión que me provocaba una sensación áspera al respirar.

«Lo siento, Atena, esto es lo mejor. No me busques, a veces ser valiente implica decir adiós a quien quieres».

No fue nada digno el modo en el que lo hice, en la distancia, con un mensaje de texto, pero no estaba seguro de poder romper con ella si me hundía en su esmeralda y atendía a los argumentos que tendría preparados para abogar por nosotros. Así que fui un cabrón de los que se carga algo precioso sin dar la cara.

Estaba dejando marchar a mi talón de Aquiles, a la chica del violín negro, los exámenes en blanco y las letras de canciones que seguían clamando lo que no nos atrevimos a decir. A la muchacha que diferenció entre renunciar y elegir.

Una consonante la separaba de la ciudad griega, una vocal de la diosa. Y pese a no interesarle la mitología, personificaba justicia y guerra a la perfección.

Entre nosotros se interponía un abismo de ocho años, pero compartíamos esa juventud que muchos tachaban de indecisión. Ese carácter aventurero que nos obligaba a perseguir oportunidades, modificar anhelos o adaptarnos a situaciones que aniquilaban sueños. Por eso, porque la vida coloca obstáculos suficientes que sortear, no quise ser freno ni soga. Solo una anécdota que recordaría transcurrido un tiempo; aquel chico con el que recorrió el arte de Barcelona y París, con el que la curva de cada sonrisa decantaba en un beso. El que sucumbió al poder de cerrar los ojos para visualizar dónde querrías estar. Y lo hizo —lo seguiría haciendo—, y solo la vería a ella.

Epílogo

Joel

Anochece en Barcelona y un manto de algodones lavanda pinta el cielo mientras recorro las calles de la Ciudad Condal. Los bares están más vivos que nunca ahora que el termómetro no sobrepasa los veinticinco grados, y las horas del verano se estiran en compañía bajo los toldos.

Septiembre huele a un agosto resacoso que se niega a abandonar la fiesta.

En las terrazas hay brindis con jarras de cerveza, bravas compartidas, platitos de aceitunas y Coca-Colas con rodajas de limón. Conversaciones, carcajadas, miradas que besan, labios prudentes, dedos que delinean iniciales en copas heladas. Las hojas de los árboles crean sombras en el pavimento y poco importa que un par de adoquines estén pegajosos de bebidas derramadas o que el cubierto de un niño caiga al suelo. Nada quiebra la jovialidad del momento. Los corros siguen charlando, algunos se giran para echarle un vistazo al plasma encendido, otros agitan la mano para pedir la siguiente ronda.

Camino mirándome los cordones de las zapatillas, esquivo a una marabunta de viajeros que salen de la boca del metro y ahí, a unos metros, está ella. La morena de mirada caramelo. Locura. Idas y venidas. Ese huracán que desordenó mi desorden. La mismísima Vega Reyes Hernando.

—Joel, cuánto tiempo. —Se para a darme dos besos de esos en los que boca y mejilla no llegan a tocarse.

Está deslumbrante. Lleva la melena recogida con gomas de cable de teléfono y el rubor natural de sus pómulos le hace las veces de maquillaje. Va enfundada en un vestido rosa con hombreras y escote de pico, las cuñas de esparto revelan la manicura francesa de los pies. El chico trajeado que la acompaña permanece en segundo plano, fingiendo que consulta algo en el móvil.

—Ha llovido mucho desde la última vez —musito.

—Es genial verte.

Detecto peculiaridades de la antigua Vega en la forma de levantar el mentón, en cómo hace de una simple mirada algo sexi. Sin embargo, su voz es menos aguda, los pendientes de aro de menor tamaño y parece mucho más pausada al hablar. La mujer que conocí no masticaba las sílabas, las lanzaba a una diana con los ojos vendados.

Sus cambios no me irritan. Yo también he evolucionado. He sustituido la cafeína por zumos y me he vuelto más noctámbulo. Esbozo pequeños proyectos de diseño a mano antes de lanzarme a la pantalla del ordenador, pongo series a cualquier hora para sentirme arropado y estoy aprendiendo a manejarme entre fogones.

Las personas somos maleables y las circunstancias nos moldean. Me gusta comparar al ser humano con una ficción en manos de un escritor minucioso, siempre corrigiendo, a la caza de sinónimos, retocando, añadiendo, curtiéndose con los conflictos de sus personajes. Puede que rara vez satisfecho, pero es ese inconformismo el que catapulta hacia las mejores aventuras.

—¿Cómo te va? —pregunta Vega. Poco sabe ella que barajo miles de respuestas ante su interrogante de cortesía.

«Bien. A la espera de la llamada de una empresa de tecnología para realizar la segunda entrevista».

«Desanimado. Al jefe de recursos humanos le gusté, pero el director del departamento no me miró a los ojos ni una sola vez».

«Fatal. Sin trabajo. Detesto la humedad, salgo a correr por las mañanas para despejar la mente... Aunque apenas lo consigo. Atena, la chica que revolvió mi mundo en el mejor de los sentidos, es mi inquilina fantasma. No es que piense en ella, es que la veo. En cada playa, en músicos callejeros, pronunciando palabras en francés. En un pastel de atún, en los diálogos de Tokio y Berlín, en cualquier postre de chocolate. En todas partes. Me estoy volviendo loco y no sé si hice bien deján...».

Freno. Tengo prohibido despertar la memoria, aunque a veces tirar de ella sea lo único que llene el presente de luz.

—Bien, estoy adaptándome a un par de cambios —me decanto por la opción más neutra. La adorno con una sonrisa estoica, así mi falta de concreción no rezuma debilidad—. ¿Y tú? ¿Sigues trabajando en academias?

—Sí, encontré una oferta mejor que la última. Pagan el doble y está cerca de casa. Cualquier dinero extra viene bien ahora que voy a casarme —exclama complacida, y me muestra la discreta alianza plateada con una circonita en el

centro.

En el pasado me hubieran asaltado una retahíla de cuestiones peligrosas, de esas que te oprimen los pulmones y zarandean tu autoestima. Por qué él, por qué no conmigo, por qué a mi ático jamás lo llamó «casa». Qué hice mal, cuándo la chica que repartía su afecto en la pirotecnia del poliamor se volvió una fiel creyente del «sí quiero». Pero sería hipócrita. Yo también me enamoré después de estar con ella y, si comparase lo que sentí en ambas relaciones, la balanza se inclinaría hacia el lado opuesto a Vega con rotundidad.

Es involuntario. No elegimos a quién le entregamos el corazón, a quién le dedicamos el primer pensamiento del día, quién hay tras cada letra romántica que suena en la radio. Junto a quién queremos amanecer y envejecer. El amor es accidental, dicen que química, pero, además, así de mágico.

—Felicidades, Vega. Me alegro por ti.

Mi amago de abrazo se congela al ver su asombro. Doy marcha atrás, ella se percata y acepta el gesto. Nuestra unión dura unos segundos, no le huelo el pelo, su boca no busca mi cuello ni mis dedos descienden cintura abajo. Somos dos compañeros andando a un ritmo diferente. Un dulce amargo. Manga corta en invierno.

—Cariño, llegamos tarde —interviene el futuro esposo de Vega.

El encuentro se diluye, ellos enfilan la avenida y yo espero a que el semáforo cambie de color. Sigo avanzando y acelero el paso hasta Paral·lel.

He quedado con Eloi para ver un partido y ni siquiera sé qué equipos juegan. Pero se lo debo. Por haber soportado mis tonterías durante dos meses. Por llevar haciéndolo toda la vida. Por elegir presentarse en mi piso a horas intempestivas, tras largas jornadas sirviendo mesas, en lugar de saludar a la almohada. Por llenar mi salón con olor a *pizza*, anécdotas de infancia y risas que despiden a la luna y saludan al sol. Por enseñarme una vez más, hasta la saciedad, siempre, que la amistad no se agota. Si la suerte me da la espalda en todo lo demás, quizá sea porque se portó jodidamente bien colocando a ese abogado, camarero, consejero y hermano adoptivo en mi camino.

Al llegar al Hamlet, pongo los ojos en blanco. La puerta está cerrada, la persiana bajada y las luces apagadas. Saco el móvil del bolsillo del vaquero y llamo a mi mejor amigo para pedirle explicaciones.

—¿Dónde estás?

—Espera... ¿Ya has llegado?

—A las nueve, como habíamos quedado.

Me recuesto en la fachada, dispuesto a esperar. No sé de qué me sorprendo, Eloi y puntualidad no casan en la misma oración.

—Pica al cristal —me indica después de un breve silencio.

—¿Estás dentro?

—Hazlo —insiste.

Cuelo la mano entre las barras de metal y golpeo el vidrio con los nudillos. Agudizo el oído, pero el tráfico me impide advertir qué pasa en el local. Transcurren algunos minutos hasta que la persiana empieza a subir a trompicones. Distingo una figura femenina metiendo la llave dentro de la cerradura y mis latidos exaltados la saludan.

—¿Qué es esto? —le pregunto a Eloi. Me aparto unos metros de la entrada y camino por la calle, aterrado—. Explícame qué hace Atena aquí.

—No actúes como un imbécil —ruega mi amigo—. Vino al Hamlet la semana pasada y me dijo que las despedidas son tan importantes como los inicios. Me soltó un buen sermón hasta que le prometí que cerraría el bar para que pudierais hablar.

—No tenías que...

—Joel —me interrumpe—, solo escúchala.

—Llevas repitiéndome que no me meta en líos desde que éramos unos renacuajos. Intento hacer las cosas bien.

—Evitarla no es hacer las cosas bien. Esa chica le ha dado una sacudida a tus principios, no se merece que la trates así.

—Intento que no nos hagamos más daño —justifico.

—Estás siendo cobarde. Cuesta encontrar a alguien que merezca la pena, que me lo digan a mí. —Ríe con sarcasmo—. Te conozco, sé cómo te sientes y que crees estar haciendo lo correcto. Pero te equivocas. Escúchala, por favor.

La parte racional de mi cerebro busca pretextos absurdos para no hacerlo. Porque no puedo estar a solas con ella entre cuatro paredes sin anhelar besarla. Sin interesarme por sus notas de selectividad, sus planes para el otoño e inmiscuirme en el futuro que aún no ha perfilado.

En esas me encuentro, urdiendo una huida, cuando Atena se asoma para gritar mi nombre. Un Joel rasgado que hiere al aire que lo trae hacia mí y me araña de un modo placentero, como si escuchar lo que duele que alguien te eche de menos resultase satisfactorio.

Doy media vuelta y congelo la estampa bajo el firmamento sombrío que nos ampara. Las farolas me dibujan a una Atena rígida, con los ojos vidriosos

enmarcados por trazos de maquillaje, el cabello suelto meciéndose por la brisa caldeada y un vestido negro con tirantes de cadena plateados y falda vaporosa.

—Entra —dice.

No lo suplica ni lo acompaña de una sonrisa. Desaparece hacia el interior y me da la posibilidad de marcharme. Al encontrarme a solas en mitad de la calle, sé que necesito reunirme con ella una última vez y otorgarle el punto final que merece. Aunque no quiera, aunque prefiera regodearme en el desenlace de este último capítulo y resistirme a pasar página hacia los agradecimientos.

«Estoy preparado», me hago el fuerte. Cojo aire y lo expulso despacio en un intento de serenarme antes de entrar al Hamlet.

Las luces del salón desprenden un fulgor más tenue e intimista, y mesas y sillas se hallan apiladas en una esquina, tras ella. Atena ocupa el centro, con el violín en el hombro. Levanta la vista unos segundos y, sin darnos tiempo para iniciar una conversación, empieza a tocar.

El arco friega las cuerdas, pero cada nota me acaricia la piel. Voy reconociendo melodías: las que tocó en Las Ramblas, los *singles* que sirvieron de pies de foto en su Instagram de Arte a inicios de curso, temas que pusimos en la furgoneta durante las salidas del instituto, también una versión de *Heroes* muy similar a la que Peter Gabriel hace del éxito más conocido de Bowie. Y una nueva, distinta al resto, en la que se alternan ritmos dispares y armonías mayores y menores, intercaladas con silencios. Somos ella y yo. Dejo que suene nuestra canción.

Entre los pentagramas que narran la relación que mantuvimos distingo un solo melancólico, apocado, de sonidos cortantes que van suavizándose a medida que los compases se suceden. Me reconozco. Mi terquedad, cada tira y afloja, las utopías en las que confiaba. La punta de los dedos hormigueando cuando estábamos cerca, veladas corrigiendo exámenes y analizando cada una de sus mayúsculas, comas y puntos, como si caligrafía y sintaxis fueran a materializarla en mi habitación.

Nunca me había detenido a pensar en que el arte adquiere otra dimensión cuando no borra la realidad de un plumazo, sino que le hace un homenaje retratándola.

En la composición de Atena, mis rarezas son notas y mis deseos, silencios. Cada acción, una armadura que da tonalidad a toda la obra. Me doy cuenta de que escucharte a través de otro es tan bonito como provocarle una carcajada a

alguien que llora sin consuelo. Y entiendo el mensaje: ella me admira por encima de mis defectos, acepta carencias e indecisiones, y eso solo conduce al verbo de cuatro letras que hemos forjado durante meses.

La música disminuye de volumen hasta que ningún sonido envuelve mi respiración acelerada. Atena deposita el violín en su estuche mientras yo procuro mantenerme en pie. Eleva la mirada despacio, diseccionándome con sus pestañas hasta que el esmeralda alcanza mi altura.

—Hola —murmura.

—Hola. Lo que has tocado... ha sido increíble. —No le confieso lo mucho que echaba de menos escucharla.

—Gracias, es mi manera de pedirte perdón. Lamento que te echaran del Valancós. —Se alisa la tela del vestido y su semblante se torna serio.

Yo lamento haberle hecho daño.

—Forma parte del pasado, Atena.

—¿Tienes alguna oferta a la vista?

—Varios frentes abiertos, ninguno prometedor —señalo—. Mientras voy a entrevistas y espero respuestas, actualizo mi portafolio de diseño. Por si los astros se alinean.

Sigo aferrado a ese optimismo fantasioso. Si deseas que algo se cumpla, tienes que apostar cada día como si fuera decisivo. Sin perder la motivación, entregándote por si no hay más oportunidades. Los sueños son retos y alas. Son obstáculos que sortear y muchos dolores de cabeza. Pero, por encima de eso, los sueños consisten en perseguir imposibles. Sin metas, estamos perdidos.

—Saldrá bien si no te rindes —augura con una sonrisa preciosa. Una que deseo delinear con dedos y labios, cerrando los ojos.

Y no puedo.

—Se hace tarde...

—Espera, ¿te apetece picar algo? —Detecto su ansiedad, la templanza con la que tocaba el violín la ha abandonado.

—¿Vas a cocinar? —Enarco una ceja y mi interrogante relaja el ambiente.

—Eloi ha dejado hamburguesas preparadas. Un toque de calor y listas.

—Genial. Por si conspirar a mis espaldas no fuera suficiente, habéis planeado el menú. —Cualquier comentario irónico antes que admitir que las mariposas empiezan a revolotear en mi tripa.

Atena ignora mi burla y se cuela detrás de la barra. Saca las hamburguesas y las mete en el microondas.

—¿Qué le pasa? —refunfuña al ver que el botón no se enciende.

Desconoce que el tío de mi mejor amigo es un maniático de la electricidad y lo desenchufa todo antes de cerrar por si hay subidas de tensión. Disfruto de su desconcierto antes de decírselo, un pedacito de venganza por la emboscada.

—Hazme un hueco. —Me coloco a su derecha y la sujeto por las caderas para que se ponga a un lado. El roce dura tres segundos, y tres son suficientes para irradiar un cortocircuito directo al corazón. Las rodillas me tiemblan, su perfume a vainilla flota en el aire y temo perder la conciencia. Respirar cuesta cuando el magnetismo se apodera de la estancia y Atena no es inmune. Se estremece, el vello de los brazos se le eriza, y me centro en rescatar el cable del microondas para no acariciarla hasta que normalicemos la locura de volver a estar cerca. O nos rindamos a la atracción—. Ya está —mascullo cuando el plato empieza a danzar en círculos con los números de la cuenta atrás. La rubia los observa, me pregunto si los estará contando como yo, si sabrá que esta noche es un espejismo y la tregua concluirá sin bandera blanca.

Terminamos sentados en la barra y cenamos en silencio. De repente, degustar ese combinado se me antoja un regalo, la posibilidad de reescribir lo que no hice bien. Atena baña de kétchup el borde del plato y da mordiscos diminutos a las patatas fritas. Suspira, da otro bocado a la hamburguesa y se limpia el aceite de los dedos con una servilleta que dobla por inercia. Mis miradas de soslayo resbalan por su perfil, y me debato entre repetirle el mensaje de texto que le envié o inventarme otra excusa para no besarla, cogerla de la mano rumbo al ático y ser ese egoísta que entierra una supernova en el fondo del mar.

—Yo recojo —ofrezco retirando la vajilla vacía al ver que ella no hace ademán de levantarse.

—Espera, no lo acabes tan pronto. —Se aferra a mi muñeca.

—¿De qué sirve alargarlo? Va a doler igual.

—Soy inmune al dolor, lo que me destroza es tu ausencia.

—Atena, no lo hagas más difícil...

—Sesenta y siete días —me corta sin vacilar—. Solo he llegado a contar sesenta y siete días sin ti antes de darme por vencida, antes de que la impotencia arrasara con todo. Es demasiado tiempo privándonos de lo que habíamos soñado. —Coge aire y se coloca un mechón detrás de la oreja—. Vivir no es restar días, es adueñarse de momentos. Quedarse ronco de tanto reír, inflar el pecho con esperanza, salir corriendo sin oxígeno y que los pies encuentren un sitio

inesperado al que llamar hogar. Que un desconocido te oiga susurrarle sus pensamientos cuando tocas el violín... Si pretendes librarte de mí, dame una razón de peso, una que me obligue a borrar la lista de viajes, citas, conciertos y fines de semana en pijama que quiero pasar a tu lado.

—Rompo lo que toco, lo hago añicos y... no quiero que pase eso contigo.

—Prefieres dejarme a descubrir si funcionamos juntos.

—Quiero que seas feliz. —Rodeo su rostro con ambas manos para que nuestras pupilas se encuentren—. Que salgas por ahí a celebrar que has terminado bachillerato, que le saques partido a cada instante y los llenes de música. Que tu corazón vuelva a ilusionarse.

—A mi corazón le gustas tú. Me hiciste feliz, Joel, me devolviste la confianza en mi sueño.

—Y tú en el mío, pero mi situación actual es complicada. No sé qué será de mí en los próximos meses.

—¿Acaso alguien lo sabe? ¿Acaso no nos dedicamos a improvisar sobre la marcha?

—¿Y si no sale bien? —Rectifico—: No saldría bien.

—Hay pocas cosas eternas —reprende con firmeza—. No pretendo que nosotros lo seamos, o quizá sí. Pero déjanos averiguarlo, no arranques páginas en blanco antes de que podamos escribir en ellas.

—No voy a arrastrarte a mi caos.

—Joel, las cosas que merecen la pena requieren de riesgo.

—¿Más todavía?

—Mucho más. —Balancea las sandalias sentada en el taburete mientras se arma de valor para seguir rebatiéndome—. Que tu presente sea imperfecto no es motivo para que no me permitas formar parte de él.

—Escúchame, Atena...

—No, escúchame tú. No quiero que suspires recordándome y nos preguntemos qué hubiera pasado si no fueras un idiota que rompe conmigo por mensaje y yo, una insensata que te hace caso. —Se muerde el labio—. Quiero estar a tu lado cada mañana al despertar. Añadir más propuestas a tu agenda. Que me escondas las partituras para poder leer tranquilo. Que me culpes de que no queden cereales y te quejes de mis pies fríos en febrero. Quiero enfadarme si juegas con el violín y lo desafinas. Preparar una cena romántica y que mi intento de lasaña sepa horrible, pero te la comas igual. Tirarte un cojín en mitad de una guerra de cosquillas y que no te haga gracia, convencerte para ir a ver una de

esas lluvias de Perseidas que salen en las películas y que cojamos un catarro descomunal. Llenar las estanterías con nuestras fotos, aunque salgamos despeinados o con los ojos cerrados. —Su mirada brilla—. No quiero imaginarlo, quiero vivir todo eso contigo. Lo bueno y lo malo. Ahora. Lo que dure.

—Lo siento, Atena —objeto con un hilo voz. Porque yo también lo quiero todo con ella, pero querer y deber no suelen ir unidos.

Atena lo comprende, no está de acuerdo, pero asiente y se desliza por el taburete hasta tocar el suelo. Su verde se humedece. Se carga el violín de un brazo, la decepción del otro y sale del Hamlet. ¿Para siempre?

Exhalo una bocanada antes de recoger los platos y fregar. Paso un trapo mojado por la barra, apago las luces y me recuesto en la pared. El bar se ha quedado en silencio.

Permanezco imperturbable hasta que el abrazo de Eros y Psique se cuela en mi mente. Quizá lo que me atrae de la obra no es su promesa de amor eterno, quizá solo admiro que estén presos en el mármol intacto, anhelando la fricción de unos labios que no llegan a tocarse. Ese afán por reflejar el ideal de la belleza, la perfección. No obstante, lo que la convierte en adictiva es la autenticidad de su significado: el sacrificio, las pruebas que sortean los amantes, la unión entre lo divino y lo humano. Esa entrega absoluta para garantizar el bienestar del otro.

¿Acaso no puedo ser así? Abnegado, generoso, altruista, pero junto a ella. ¿Por qué siento que hacer lo correcto y dejarla ir es un error?

A oscuras, los pensamientos se oyen con mayor claridad. Los míos dicen que me arrepentiré, que las relaciones acaban cuando solo quedan cenizas y no cuando la llama de la cerilla alumbra entre tus dedos. ¿Cuánto tardará en consumirse? Resulta difícil de pronosticar. Al fin y al cabo, la vida no se compone de un «para siempre», sino de muchos momentos longevos. Los que rasgan, lamen las heridas y activan la piel. Los que descompasan latidos y te colocan boca abajo para que admires tu alrededor desde otra perspectiva. Instantes inesperados, fugaces, aunque no por ello menos relevantes.

Hay infinidad de incógnitas en mi presente, pero en mitad del caos bajo los párpados y veo a Atena. La busco, la necesito y la quiero a mi lado. Prefiero arrepentirme de aquello que arriesgué que de lo que perdí sin luchar.

Cierro con llave y me entrego a la carrera por las calles de Barcelona. A tientas, desesperado, consciente de que borré su número y mi único modo de encontrarla sería yendo a su casa o peregrinando por la ciudad hasta reconocer

su violín maullando en cualquier plaza o esquina. Y lo haría: acampar en su umbral, hacer guardia en el asfalto, llenar su buzón de notas y quemarle el telefonillo con promesas que ya rompí. Aun así, no voy a perdonarme que pase una madrugada más humedeciendo la almohada.

A lo lejos la veo. A unos metros, en la acera de enfrente. Camina tan despacio que podría estar retrocediendo rumbo al Hamlet para recriminarme lo estúpido que soy. Cruzo el paso de peatones con las pulsaciones en la boca. Las suelas de mis zapatillas la alertan de mi presencia y Atena me encara antes de que pare de correr.

Sus ojos acuosos son un disparo visceral. Me odio al vislumbrar el aspecto frágil que ofrece con ambas manos colgadas de la correa del estuche.

—Sabía que era una mala idea quedar contigo —le grito deteniéndome a dos portales de ella—. Eres tan persuasiva que me subiría a un maldito cohete para que me guiases a cualquier lugar.

—Joel...

Avanzo con los brazos en jarra, mi pecho martillea y la fatiga del ejercicio físico me revuelve el estómago.

—Perdóname, Atena. Perdóname por el mensaje que te envié, por ser un cobarde que elige por los dos. —Y ahí va, mi declaración de intenciones—: Quiero que mis sábanas huelan a ti, que te rías al descubrir que los fines de semana todavía desayuno viendo dibujos animados. Que las goteras de mi ático sean nuestro muérdago particular y nos demos un beso al estilo de Hollywood cuando lleguen las tormentas. Que te parezca muestra de amor suficiente que mi salón siga empapelado con tu sueño, que tenga la convicción de que vas a cumplirlo y desee estar en primera fila aplaudiendo el día en el que las luces del Liceo se enciendan para ti. —Doy unos pasos hacia ella hasta que mis manos se entrelazan con las suyas—. Y a cambio, prometo que no te arrastraré a la oscuridad, que haré que sonrías al despertar y al irnos a la cama, que cada domingo habrá maratón de series mientras comemos gofres con chocolate. Si me das otra oportunidad, te prometo que alcanzaremos metas y transformaremos en especial lo cotidiano. Dure lo que dure, haré que valga la pena.

Atena me observa conmovida. Hunde la cara en el hueco de mi hombro y aspira la tela de mi camiseta, tira de las mangas, se aferra a las costuras. La oigo llenarse los pulmones con mi aroma y la busco. Agacho la cabeza para besar su

frente antes de bajar por su cuello, tocándola con mi aliento. Ella palpita y alza el rostro. Su mirada me recuerda por qué el esmeralda transmite más que esperanza. Desafío. Entereza. La capacidad de respirar sueños.

—¿Paseamos hasta la catedral? —murmuro, mi pulgar traza caricias en el dorso de su mano.

Atena asiente e ilumina la noche con su sonrisa.

Caminamos sin prisa y nos acomodamos en las escaleras de la catedral, en el mismo lugar donde hablamos por primera vez acerca de sueños, cambios de rumbo y anhelos frustrados. Atena descansa las piernas sobre mis rodillas y el silencio nos arropa.

Permanecemos unos minutos allí, bajo un manto repleto de estrellas, con los ojos cerrados y una sonrisa delatora en los labios. Ambos nos aferramos a este momento. Y a la electricidad que irradian nuestras bocas al acariciarse, al contacto de sus dedos entrelazados con los míos, al aliento que me susurra un «te quiero» al oído y me estremece. Por supuesto, ella es la primera en decirlo, siempre va un paso por delante.

—Te quiero —le respondo, porque «yo también» me sabe a poco después de añorarla cada jodido día.

Nos desgastamos los labios sin descanso, con la respiración agitada, lenguas intrépidas y caricias de lava que se convierten en miel. Y no me creo que haya estado a punto de despedirme definitivamente de esta chica. De su música, de sus utopías, de todo lo que me hace sentir cuando estamos cerca.

—Atena... —jadeo. Me aparto unos milímetros y nuestras narices se rozan —. Deberíamos parar.

—No quiero... —tira con los dientes de mi labio inferior— parar de besarte... —y lo atrapa de nuevo con intención de lamerlo— nunca.

Me rindo y le cedo las riendas. Ella hunde los dedos en mi pelo y se inclina ligeramente hacia la derecha para profundizar el beso. Seguimos así un par de minutos más, hasta que le pido una tregua.

—Me apetece seguir —contesta con una expresión pícara.

—¿Aquí? —Enarco una ceja—. Ni de coña.

—Vale. Ya paro —accede dándome un pico superficial que apenas saboreo.

—Cuéntame qué me he perdido.

Mi voz no suena triste, aunque sé que ambos imaginamos los sitios en los que podríamos haber estado juntos este verano. Las conversaciones que habríamos tenido. Las veces que la catedral habría sido testigo de nuestros besos.

Y la pequeña punzada de dolor está ahí, pero también la posibilidad de aprovechar cada oportunidad que surja a partir de ahora. De ser honestos, comprender que las relaciones son más comunicación que atracción, y esforzarnos en recordar el pasado, por mucho que escueza, para no cometer los mismos errores en el presente.

—No demasiado —admite—. He pasado todo el verano ensayando con Dídac. Y he compuesto.

Apoya la cabeza en el hueco de mi hombro y la rodeo por la cintura. Beso el nacimiento de su pelo y me quedo allí, aspirando el olor a frutas de su champú.

—¿Has vuelto a la escuela de música?

—El mes pasado. Ahorré del dinero que envía mi madre, y trabajar de canguro también suma.

—Si necesitas ayuda... —propongo, aunque la necesite yo mismo.

—Solo quiero que estés a mi lado.

—Te lo prometo. —La estrecho más fuerte—. ¿Qué hay del Conservatorio?

—Las pruebas de acceso son en un par de semanas.

—Irá genial. Estoy convencido.

—Y si sale mal, puedo presentarme el año que viene. No es el fin del mundo.

Hablamos mediante palabras y silencios, basta con una mirada para entendernos. Me cuenta los progresos de su padre, el proceso largo que le espera. Me explica que la música ha sido su refugio, que sin ella estaría perdida. Cita los nombres de las piezas que ha compuesto y le contesto que me muero por escucharlas. Y me la como con los ojos, le coloco un mechón suelto tras su oreja y le repito que la quiero.

—Mmm —ronronea.

—Te estás quedando dormida. —Deslizo la punta de mi nariz por su puente, ella pestañea despacio y alza las comisuras con pereza.

—No quiero irme —confiesa, soñolienta.

—Podemos vernos mañana —propongo, pero Atena se enrosca a mi cuello y recuesta la mejilla contra mi torso.

—Por favor, Joel —musita sin apartarse. Noto el calor de su cuerpo, el deseo que activa su aroma, la combustión en la que ardo cuando la oigo pronunciarme—. Vamos a quedarnos aquí. Solo un poco más.

Asiento a sabiendas de que ambos estamos agotados. Atena se acurruca

contra mí y yo la lleno de besos. Mis labios dibujan un camino serpenteante. En la frente, los pómulos, el entrecejo, la línea de la mandíbula, el mentón. Hasta anidar en su boca, recorrerla muy lento y arrancarle suspiros.

—Te acompaño a casa —prometo, alejándome de su piel.

Me pongo de pie y le tiendo la mano para ayudarla a incorporarse. Juntos, con un brazo enredado a la altura de su cintura, avanzamos hasta el ático. Hago ademán de sacar las llaves del coche, pero ella niega.

—Quiero despertar a tu lado, Joel.

No necesito más para entrar en el portal, subir hasta el último piso y hacerle un sitio en mi cama.

Sin quitarnos la ropa, sin echar un vistazo al espejo ni lavarnos los dientes. Nos desplomamos sobre el colchón, abrazados, y cada remordimiento de las últimas semanas desaparece.

—Buenas noches, Atena.

Ella contesta con una sonrisa y se acurruca entre mis brazos, hecha un ovillo. Su presencia y sus latidos me envuelven hasta el amanecer.

Puede que nos queramos para siempre. O puede que para siempre dure un segundo. Y sea suficiente. Porque todavía hoy, somos tan valientes como la nota desafinada de un violín que celebra su singularidad en mitad de una composición perfecta.

Agradecimientos

¡GRACIAS!

A mi familia en mayúsculas, siempre, porque sin ella no habría motivación ni fuerzas para seguir intentándolo. Conocéis de primera mano el cariño, las lágrimas, los sacrificios y las dudas que se esconden detrás de cada historia. Os repito muy poco lo importantes que sois y lo mucho que os quiero, lo que me ayudáis en los malos momentos y lo feliz que soy celebrando con vosotros cada pequeño éxito. Voy a intentarlo por escrito...

A mamá, por ser madre y padre, por darme cualquier cosa que necesitara y ser la mayor fan de mis novelas.

A Cristina y Andrea, pasar tiempo a vuestro lado es viajar a un destino bonito, sin ruido ni preocupaciones. Gracias por la paciencia haciendo fotos, las meriendas dulces y las conversaciones interminables.

A mis tíos, Leli y Marcelino, mis segundos padres, teneros cerca es un regalo inmenso.

A mis yayos Rafael y Trini, y a Fali, ojalá hubierais llegado a tener en vuestras manos alguna de mis publicaciones. Esta os pertenece. Pensamos cada día en vosotros, todavía hoy.

A Chus y a Paqui, por acompañarme novela tras novela y leerme con tanto cariño.

A 2018, por ser el año horrible en el que perdí la ilusión por escribir y la recuperé entre decepciones, dónuts y un chico rubio que me obligaba a reír cuando solo quería llorar.

A Olivia, Sophie, Gala, Lilia y Atena. Hablar sobre salud mental y personajes femeninos fuertes e independientes, con sus propios sueños, es el motor que me mueve. No podría estaros más agradecida por haberme regalado vuestras voces.

Al equipo que ha hecho posible que estas palabras lleguen al papel: Pablo, David y toda la agencia de Editabundo, a Miryam y a Espasa por arropar a Proyecto Barcelona. A Laura, @_lauilustra_, por retratar a Joel y a Atena a

través de su arte.

A los lectores que me han acompañado hasta aquí.

¡GRACIAS!

Deja que suene nuestra canción
Ester Isel

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este *ebook* estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Asrulaqroni/Freepik

© Ester Isel, 2023
Publicado por acuerdo con Editabundo. S. L., Agencia Literaria
www.editabundo.com
© por las ilustraciones de interior, lauilustra®

©Editorial Planeta, S.A., 2023
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023

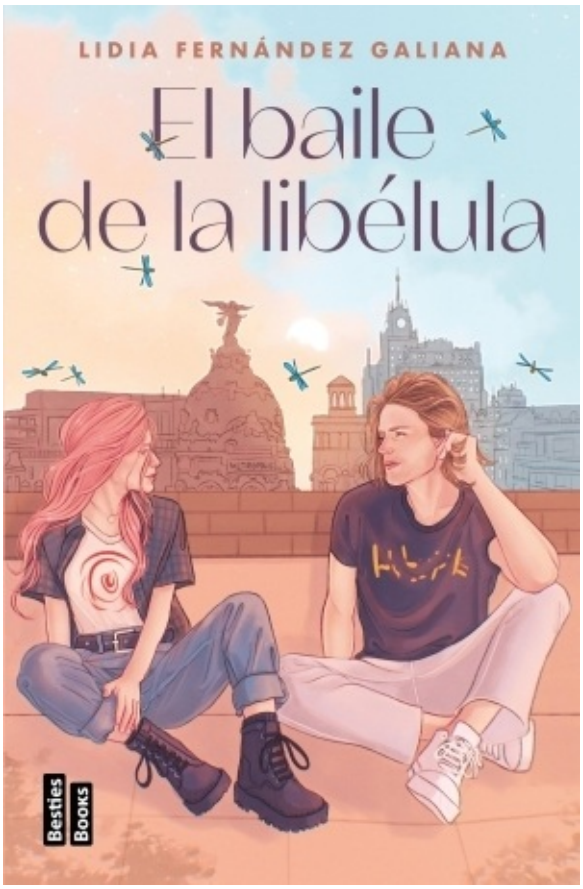
ISBN: 978-84-270-5097-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


LIDIA FERNÁNDEZ GALIANA
El baile de la libélula
Besties Books

El baile de la libélula

Fernández Galiana, Lidia
9788427051126
480 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sasha me enseñó a sonreír. Elinor me enseñó a amar.

Una novela juvenil repleta de amor, superación y conflictos internos desde la perspectiva más frenética e ingenua de la adolescencia.

«Si algo he aprendido con el tiempo es que es más fácil autoengañarse que solucionar los problemas. Lo que también me ha llevado a aprender que hacer precisamente eso se convierte en EL gran problema. Supongo que esta historia va de eso, de cómo me di cuenta de que era una gilipollas integral».

Sí, porque el cáncer se llevó a mi madre; la cárcel, a mi padre, una joyita en todos los sentidos, a quien espero no volver a ver en mi vida; y a mí **el odio, la venganza y una relación amorosa equivocada** me condujeron al peor de los abismos: no saber quién era, qué quería o qué y a quién amar.

Me llamo Elinor, un nombre raro, lo sé, es por una de las protagonistas de *Sentido y sensibilidad* y… no os explico más, porque en esta historia, hasta los nombres tienen su aquel. Pues bien, quiero contaros lo que me sucedió a los **diecisiete años**, cuando, a la muerte de mi madre, tuve que irme a vivir, hasta la mayoría de edad, con mi tía Mónica y Cristina, su mujer; cuando Javi, mi novio, o lo que fuera aquello, me hizo lo que me hizo; cuando el chico más guapo y más amable que me había encontrado en mi vida me devolvió las ganas de dibujar, las ganas de bailar y, sobre todo, **me enseñó a amar** como la libélula que soy: con el cuerpo relajado y tranquilo y el cerebro a mil revoluciones por minuto.

Esta es mi vida, mi baile. ¿Bailas conmigo?

Los lectores opinan:

«Me encantó la naturalidad con la que Lidia me hizo sentir que las personas disidentes pertenecen a cualquier ámbito de la literatura», Alberto Ramos.

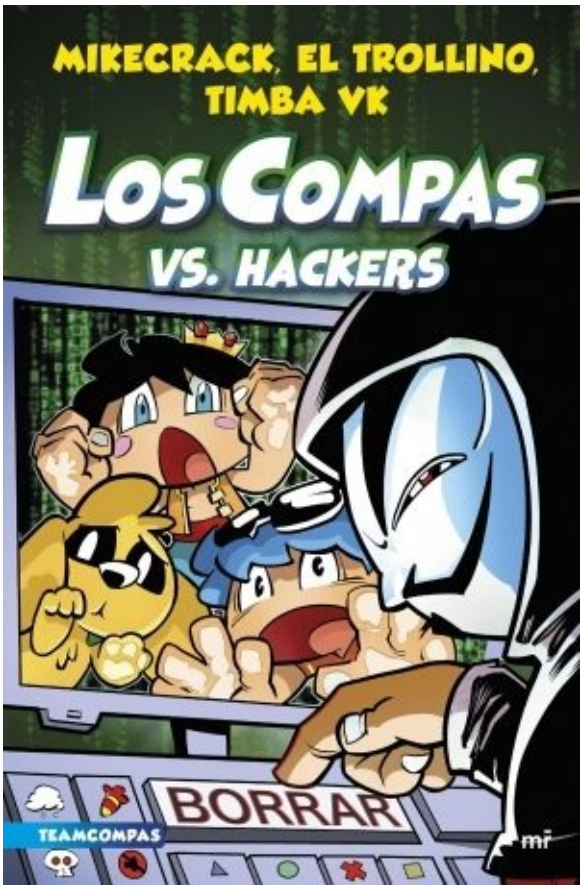
«Una forma de conocer un Madrid diferente de la mano de unos personajes que te llegan al corazón. Lidia nos adentra en dos mundos cargados de pasión, tensión y amor en los que nos hará sufrir pero de los que también saldremos recompensados», Ana @apricotscrazythoughts.

«Todas las formas de amar son válidas y plenas; este libro nos lo enseña», Inés @greenwood_world.

«La historia de Lidia te engancha desde las primeras páginas y te encoge el corazón. *El baile de la libélula* es una montaña rusa de emociones que te hará reír, llorar, enfadarte, enamorarte y gritar de emoción. Una historia imposible de olvidar y un final que no te dejará indiferente», Laura Marvo @lauramarvo.

«Las historias de Lidia siempre son maravillosas, no solo por lo que nos narra en ellas, sino por lo especiales e increíbles que son los personajes que encontramos en ellas. Una vez más, Lidia me ha atrapado desde la primera hasta la última página», Marina.

Cómpralo y empieza a leer


MIKECRACK, EL TROLLINO, TIMBA VK
LOS COMPAS
VS. HACKERS
BORRAR
TEAMCOMPAS

Compas 7. Los Compas vs. hackers

Mikecrack El Trollino y Timba Vk

9788427050334

224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Los Compas disfrutan de un vuelo tranquilo a Tropicubo, cuando de repente una tormenta les obliga a hacer un aterrizaje forzoso.

¡Se han salvado de milagro! Pero algo raro sucede… Están en la misteriosa base secreta de unos malvados hackers… El Área Puerro 51.

Si quieren salvar a sus amigos, los Compas tendrán que desenmascararlos y averiguar cuál es su terrorífico plan antes de que sea demasiado tarde.

Cómpralo y empieza a leer


KRAO
VS ITALIANINI 2
La conquista del mundo
mĩ

Krao vs. Italianini 2. La conquista del mundo

Krao
9788427051355
176 Páginas

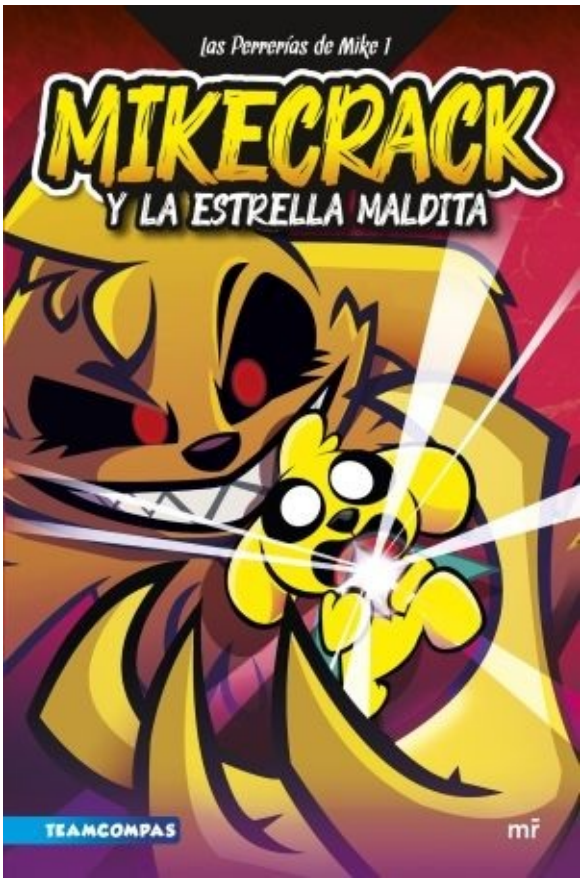
Cómpralo y empieza a leer

¡Acompaña a Krao y sus amigos en otra loca aventura para salvar el mundo!

Krao, **Suri** y **Kraosita** están a punto de vivir un momento único en la historia: el lanzamiento de un satélite al espacio. Pero un extraño temblor interrumpe el evento y salir corriendo parece la mejor opción. ¡Sobre todo cuando se encuentran con tentáculos gigantes destruyendo la ciudad!

¿Será un nuevo invento del Italianini para conquistar el mundo? ¡Descúbrelo en esta robótica aventura con Krao y sus amigos!

Cómpralo y empieza a leer


las Perrerías de Mike 1
MIKECRACK
Y LA ESTRELLA MALDITA
TEAMCOMPAS
mr

Las Perrerías de Mike 1. Mikecrack y la Estrella Maldita

Mikecrack
9788427049970
192 Páginas

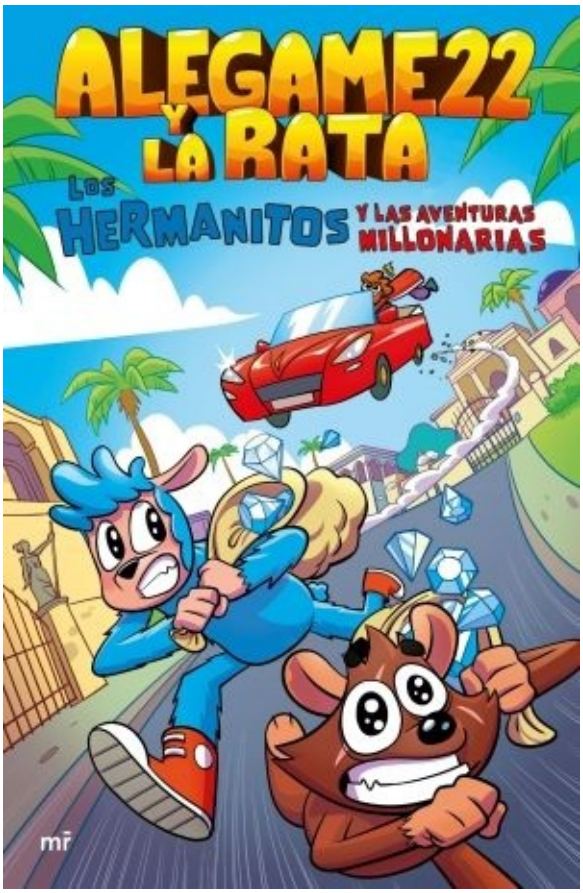
Cómpralo y empieza a leer

Amanece un nuevo día en Ciudad Cubo, y en casa de Mike y Trolli todo parece en calma. ¡Es el día de la excursión! Preparan todo lo necesario para sobrevivir en un bosque misterioso: linterna, brújula, chocolate y más chocolate.

Pero no imaginan lo que se van a encontrar: pasajes ocultos, objetos mágicos, puertas a otras dimensiones, enemigos desconocidos.

Y un secreto que cambiará su vida para siempre…

Cómpralo y empieza a leer


ALEGAME22
Y LA RATA
Los
HERMANITOS
Y LAS AVENTURAS
MILLONARIAS
mr

Los Hermanitos y las aventuras millonarias

AleGame22 y La Rata
9788427051324
176 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Alegame y La Rata no se lo pueden creer, ¡han ganado un viaje a la ciudad de los millonarios!

Al llegar, el rey Castillo les recibe con una reluciente bolsa de diamantes, pero detrás de tanta riqueza se esconden un malvado plan para acabar con el reino ¡y una Resistencia que intenta impedirlo!

¿Conseguirán Alegame y La Rata sobrevivir a esta aventura millonaria?

Cómpralo y empieza a leer